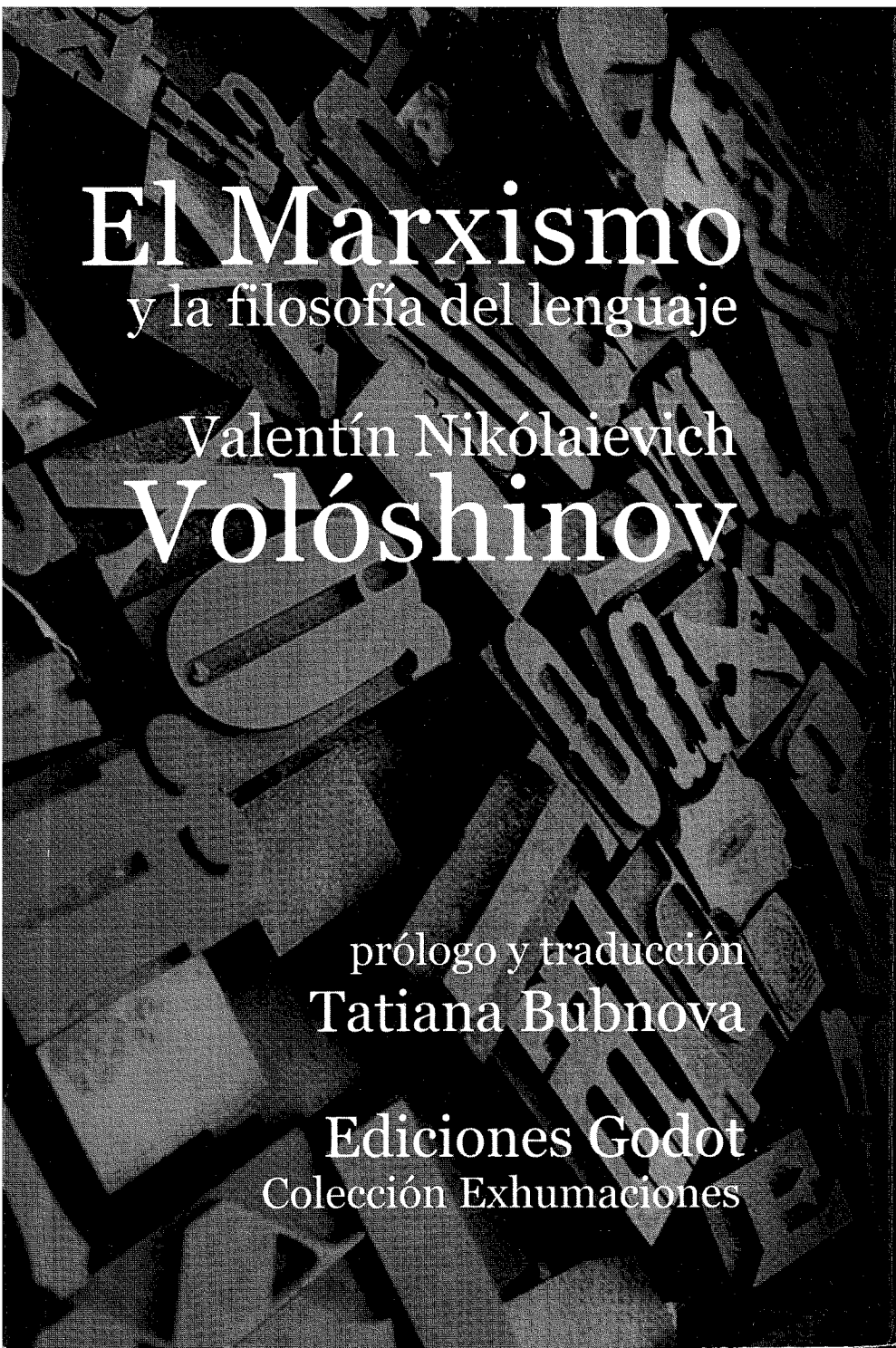

El Marxismo
y la filosofía del lenguaje

Valentín Nikólaievich Volóshinov

prólogo y traducción
Tatiana Bubnova

Ediciones Godot
Colección Exhumaciones

Valentín Nikólaievich Volóshinov nació en San Petersburgo, Rusia, en 1895 y perteneció a la elite intelectual que se agrupó bajo el nombre de *Círculo de Bajtín*. *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, publicado en ruso en 1929, presenta un método sociológico para construir una filosofía del lenguaje a partir de las bases del materialismo marxista. Discípulo de Mijaíl Bajtín en la década del '20, Volóshinov dejó un legado intelectual que desnuda una cuestión que muchas veces pasa desapercibida: las palabras tienen una carga ideológica y como tales forman parte de un sistema mayor, el lenguaje, que lejos de ser inocente está también atravesado por las desigualdades de la sociedad. Murió de tuberculosis en 1936.

Tatiana Bubnova es investigadora del *Seminario de Poética* en la Universidad Autónoma de México (UNAM) desde enero de 1979, y fue coordinadora del mismo de 1989 a 1990 y de 1993 a 1995. Es profesora de las asignaturas *Introducción a las Teorías Literarias* e *Introducción al pensamiento de Mijaíl Bajtín* en el Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Tradujo al español una innumerable cantidad de artículos de Mijaíl Bajtín, directos del ruso, así como también diversos textos de poesía rusa. Su traducción de *El marxismo y la filosofía del lenguaje* no solamente es prolija y precisa, sino que también ofrece una buena cantidad de notas al pie, que lejos de confundir esclarecen conceptos que, al ser traducidos directamente del ruso, corren el riesgo de caer en la ambigüedad o la mala interpretación. A ella le debemos un profundo agradecimiento.

Valentín Nikólaievich Volóshinov nació en San Petersburgo, Rusia, en 1895 y perteneció a la elite intelectual que se agrupó bajo el nombre de *Círculo de Bajtín*. *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, publicado en ruso en 1929, presenta un método sociológico para construir una filosofía del lenguaje a partir de las bases del materialismo marxista. Discípulo de Mijaíl Bajtín en la década del '20, Volóshinov dejó un legado intelectual que desnuda una cuestión que muchas veces pasa desapercibida: las palabras tienen una carga ideológica y como tales forman parte de un sistema mayor, el lenguaje, que lejos de ser inocente está también atravesado por las desigualdades de la sociedad. Murió de tuberculosis en 1936.

Tatiana Bubnova es investigadora del *Seminario de Poética* en la Universidad Autónoma de México (UNAM) desde enero de 1979, y fue coordinadora del mismo de 1989 a 1990 y de 1993 a 1995. Es profesora de las asignaturas *Introducción a las Teorías Literarias* e *Introducción al pensamiento de Mijaíl Bajtín* en el Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Tradujo al español una innumerable cantidad de artículos de Mijaíl Bajtín, directos del ruso, así como también diversos textos de poesía rusa. Su traducción de *El marxismo y la filosofía del lenguaje* no solamente es prolija y precisa, sino que también ofrece una buena cantidad de notas al pie, que lejos de confundir esclarecen conceptos que, al ser traducidos directamente del ruso, corren el riesgo de caer en la ambigüedad o la mala interpretación. A ella le debemos un profundo agradecimiento.

Volóshinov, Valentín **El Marxismo y la filosofía del lenguaje** - 1a ed. -
Buenos Aires : Ediciones Godot Argentina, 2009.
256 p. : il. ; 20x13 cm.
ISBN 978-987-1489-11-4
Fecha de catalogación: 23/03/2009

El Marxismo y la filosofía del lenguaje
Valentín Nikoláievich Volóshinov

Prólogo y traducción
Tatiana Bubnova

Ilustración de Valentín Nikoláievich Volóshinov
Autoría de Ariel Gullumi
a él nuestro profundo agradecimiento

Corrección
Hernán López Winne

Diseño de tapa e interiores
Víctor Malumián

Ediciones Godot
Colección Exhumaciones
www.edicionesgodot.com.ar
edicionesgodot@gmail.com
Buenos Aires, Argentina, 2009

EL MARXISMO Y LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE

(LOS PRINCIPALES PROBLEMAS DEL MÉTODO SOCIOLÓGICO EN LA CIENCIA DEL LENGUAJE)

VALENTÍN NIKOLÁIEVICH VOLÓSHINOV

PRÓLOGO Y TRADUCCIÓN DE TATIANA BUBNOVA

Ediciones Godot | Colección Exhumaciones

VALENTÍN NIKOLÁIEVICH VOLÓSHINOV (1894-1936), *EL MARXISMO Y LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE* Y EL CÍRCULO DE BAJTÍN

POR TATIANA BUBNOVA

Este legendario libro fue publicado en ruso en 1929. Apareció por primera vez en lengua española en 1976, traducido del inglés, en la Argentina, en los momentos aciagos para la cultura. Exhibir en la portada la palabra "marxismo" era impensable, y los editores encontraron una buena salida, sin traicionar en absoluto el espíritu del libro: *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*[1]. En la versión directa del ruso aparece en España en 1992. En realidad, afinar la traducción era una tarea imprescindible, porque uno de los problemas del legado del Círculo de Bajtín son precisamente las traducciones y la interpretación aleatoria de los conceptos. La terminología especializada que se usa en diferentes lenguas y en diferentes versiones no ha sido unificada incluso hasta ahora, aunque actualmente se han realizado esfuerzos en este sentido, al menos en inglés.

El problema central de este legado, como ha sido reconocido, es el contexto de la producción de los textos, escritos durante un período histórico determinado y destinados a su tiempo, pero luego extraviados por diversas razones, y el contexto de la recepción, sobre todo fuera de su país y muchos años después, recepción de acuerdo

1. Traducción de R. M. Rússovich, B. A., Nueva Visión. El título, desde luego, no traicionaba el espíritu del libro, pero sí evitaba juicios encasillados. De todos modos, el tiraje completo fue llevado al extranjero mientras fue posible.

con los problemas de otra época. Esto genera lecturas múltiples. Los textos del Círculo de Bajtín se leyeron con otros ojos, en un contexto diferente, y perdieron en cierta medida el vínculo con su significación original. Fueron actualizados de acuerdo con el pensamiento de otras épocas. En fin, es éste el destino de los libros: ya sabemos que el texto "no existe", sólo la interpretación. Julia Kristeva, que fue la primera en presentar las ideas de Bajtín y su círculo en Occidente, reconoció (1998) que había adaptado su interpretación de la obra de Bajtín al horizonte intelectual e incluso al vocabulario del lector francés culto de los años sesenta y setenta. La aparición irregular, acronológica, de varios textos del círculo de Bajtín contribuyó también a interpretaciones babélicas. Parafraseando a un bajtinista ruso, V. Turbín, se puede decir que la herencia intelectual del Círculo de Bajtín se ha perdido en el tiempo. El humanista ruso S. Averintsev se lamentaba de que Bajtín fuera entendido en Occidente con la exactitud de "hasta al revés". El libro de Volóshinov, atribuido a Bajtín, y la confusión en torno a la autoría contribuyeron considerablemente a la interpretación "semiótica" y "marxista" del "dialogismo" bajtiniano[2].

Así ha sido el destino del libro *El marxismo y la filosofía del lenguaje* (en adelante, *MFL*). Escrito en los albores del período soviético, dentro del optimismo previo al inicio de los desastres de la colectivización, del

2. Las obras del Círculo de Bajtín, firmadas por V. N. Volóshinov, P. N. Medvédev y I. Kanaev, fueron atribuidas a Bajtín en 1970 por el semiólogo V. V. Ivánov, y esta idea se sostuvo hasta mediados de los noventa del siglo pasado. Puesta en duda ya por Morson y Emerson, fue replanteada por los investigadores ingleses y norteamericanos, que aceptan que la medida de la intervención de Bajtín en los textos llamados "apócrifos" (tres libros y toda una serie de artículos) no puede ser determinada con precisión, y que los autores titulares habían sido reales y no meros pseudónimos. El problema de la autoría sigue abierto.

gran terror y de la guerra, representa un temprano intento por construir una filosofía del lenguaje de acuerdo con los principios marxistas. Estos principios habían de basarse en un enfoque semiótico y materialista. El marxismo soviético, no lo olvidemos, se encontraba todavía en su fase constructiva. Al final de su vida Bajtín negaría categóricamente todo vínculo con el marxismo, lo que explica, en parte, su negativa a admitir *públicamente* su autoría, total o parcial. Ahora bien, su intervención en el libro es patente, pero no se puede asegurar en qué medida. La aparición en el texto de *MFL* de cierto vocabulario propio de los trabajos tempranos de Bajtín ponen de manifiesto el esfuerzo de Volóshinov por adaptar las ideas filosóficas del maestro a su iniciativa semiótica y pragmática. Esto sucede por ejemplo con la idea del enunciado equiparado a un "acontecimiento social": el diálogo bajtiniano originalmente se planteaba como un "acontecimiento del ser" (*Hacia una filosofía del acto ético*), y el carácter de encuentro y de evento ontológico vertido en un diálogo lo encontraremos en los trabajos clásicos y autógrafos de Bajtín. Tanto más paradójico resultaba traducir el concepto de enunciado/enunciación en términos de "acto de habla" (L. Austin), como sucedía en la primera versión castellana, que tomaba como modelo la inglesa. En cualquier caso, en el concepto mismo colisiona el "idealismo" neokantiano de Bajtín con el "materialismo" marxista de Volóshinov.

Volóshinov critica la aproximación psicologista a los fenómenos "ideológicos" como si fueran productos de la conciencia. Esta última no puede ser registrada sino por medio de los signos, y los signos, en primer lugar los de la lengua, representan productos ideológicos generados dentro de una interacción comunicativa de diversas clases sociales. Las clases sociales se encuentran en relación antagónica. Los signos –las palabras– son neutrales por

naturaleza (toda la sociedad los usa por igual, sin importar la clase social). Por lo mismo poseen la capacidad de ser vehículos de diferentes contenidos ideológicos: jurídicos, científicos, estéticos, literarios, políticos, religiosos, etc. Se trata de zonas de creatividad ideológica que refractan la realidad de una manera particular mediante los signos. Todos los fenómenos ideológicos (productos de la "conciencia") y la conciencia misma se manifiestan en forma sígnica. Aquí encontramos un concepto particular de ideología, elaborado por los marxistas rusos de aquel entonces: a la vez conciencia de clase y sistema de ideas, imágenes, normas, sentimientos, etc. N. Bujarin, en particular, fue teórico e ideólogo de la época.

Mediante el concepto de refracción Volóshinov parece responder a la epistemología leniniana (*Materialismo y empiriocriticismo*, 1910) basada en la teoría del reflejo. Tal respuesta puede considerarse como una especie de polémica y de correctivo a la idea de que la conciencia "refleja" la realidad de una manera inmediata. Donde Lenin dice "reflejo", Volóshinov dice "reflejo y refracción", incluso "distorsión" de la realidad por el signo (*MFL* 32-33). El medio de los signos ideológicos es justamente el ámbito "refractante" que conforma nuestras ideas acerca de la realidad de una manera acorde a nuestras ideologías de clase; nuestra percepción de la realidad no es directa, sino mediada por la superficie refractante de los signos ideológicos.

C. Brandist (2002:75) señala la relación entre la primera parte de la *Filosofía de las formas simbólicas* (1923) del neokantiano Cassirer, texto que Volóshinov estaba traduciendo antes de escribir *El marxismo y la filosofía del lenguaje* (la traducción no ha sido encontrada), y la refracción en los signos de la existencia socioeconómica. Otra corriente que contribuyó a la idea del signo ideológico es la filosofía de la *Gestalt* adaptada en este caso por el psicólogo

y filósofo del lenguaje Karl Bühler. La diferencia entre la teoría del conocimiento neokantiana y las contribuciones de Bühler (que sigue a su vez a la escuela de Graz) consiste en que ésta última no desestimaba la percepción (vista, oído, tacto, etc.) como fuente del conocimiento y base de interacción con el mundo circundante frente a la formación del conocimiento puro mediante conceptos, como lo hacían los modernos seguidores de Kant. También en Bühler se puede encontrar algo así como un paso hacia considerar el contexto no sólo individual, sino social, pero Volóshinov lo desarrolla un poco antes, aunque en una forma que ahora nos parezca incipiente.

En realidad, aquí es donde se puede distinguir el origen primero del enfoque global de la interacción del ser humano con el mundo, del ser humano concebido como razón y cuerpo, como una totalidad intelectual, anímica y corporal, que aparece ya en "Autor y héroe en la actividad estética" (h. 1924) de Bajtín y se sostiene bajo diferentes aspectos hasta sus escritos más tardíos. En la comunicación el ser humano participa con la totalidad de su ser: "del cuerpo a la palabra". También la radical *no soledad* del hombre, que se traduce en su existencia social, proviene de Bajtín; pero en éste es parte de una concepción filosófica, mientras que en Volóshinov se transcribe en forma de una "sociología". El aporte de Volóshinov consiste sobre todo en transcribir esta visión del mundo en una semiótica ideológica desde su origen, en la que se puede ver los primeros lineamientos de las futuras pragmática y sociolingüística. Es por eso que en los años setenta, frente al auge de los estudios semióticos que desestimaban cualquier fuente de significación que no estuviera derivada de la estructura del texto, el libro de Volóshinov se leyó como precursor del giro

hacia las dos disciplinas mencionadas con las que la lingüística, "ciencia piloto" del siglo XX, experimentaba en aquel período.

La crítica que Volóshinov emprende contra el "objetivismo abstracto" de De Saussure como fuente de la semiótica europea, fue lo que llamó la atención de los pragmáticos y sociolingüistas en la época de las "teorías del texto". "Pour la sémiotique, la littérature n'éxiste pas", observó agudamente Kristeva. El "contexto" empezó a cobrar relevancia frente al "texto": Volóshinov llegó como una corroboración del descontento creciente con el imperialismo de una semiótica volcada sobre sí misma. Aunque lo critica también favorece más al subjetivismo individualista (lo hace remontar a W. von Humboldt), mismo que, considerablemente corregido, es adaptado a su propia visión del lenguaje, que es, ante todo, *energeia*, actividad permanente e ideológica.

Volóshinov partió en su crítica a la psicología, que delinea en rasgos generales en este libro, más exactamente de la crítica del psicoanálisis que realizó en un libro anterior: *Freudismo. Ensayo crítico* (1927). De aquel libro primerizo son rescatables en estos días su llamado de atención hacia el carácter discursivo de las representaciones psicoanalíticas (y el lenguaje/discurso es social por naturaleza), así como el hecho de que la función psicoanalítica representa en sí un escenario en miniatura de una interacción social en la que el analizando y el analista ocupan posiciones jerárquicamente organizadas, como cualquier escenario comunicativo en la sociedad.

En *MFL*, Volóshinov propone que la conciencia no es la sede de las ideologías. Como los contenidos de la conciencia sólo se transmiten mediante los signos (ideológicos), la misma conciencia sólo puede ser situada como una frontera entre el psiquismo interior y el medio

sígnico exterior. El pensamiento mismo, de esta manera, desde un principio pertenece a un sistema ideológico y es regido por sus leyes, que es el sistema del psiquismo particular. Como borra la oposición entre lo interno y lo externo, cancela la oposición entre lo individual y lo social. Lo social, dice, tiene por correlato lo natural. En cambio el individuo es absolutamente definido por lo social.

Ambos libros de Volóshinov, a pesar de haber caído en el olvido para el gran público, tuvieron una repercusión importante en la articulación y/o supresión de las disciplinas respectivas —el psicoanálisis y la filosofía del lenguaje— en el panorama de las humanidades soviéticas (Vasiliev 50-51). El *Freudismo*, por ejemplo, hizo que cesara la publicación de la serie "Biblioteca psicológica y psicoanalítica", convirtiéndose en la fuente y modelo para toda una generación de individuos que cobraban por llevar a cabo una "crítica de la psicología burguesa". Así se articulaba la "lucha" en el frente ideológico, la que no se limitaba, por desgracia, a la supresión de publicaciones. Por otra parte, el hecho de que Volóshinov reseñara negativamente la teoría lingüística de De Saussure se manifestaría en la actitud subsecuente a las ideas provenientes de la escuela de Ginebra por parte de los lingüistas soviéticos. Hay quienes (A. Etkind) ven en el título de *MFL* un modelo para la famosa compilación de los trabajos de Stalin *El marxismo y los problemas de la lingüística* (1950). Pero incluso se puede ir más lejos y relacionar la idea de Volóshinov acerca de la neutralidad del signo ideológico con todo el planteamiento de Stalin acerca de la omnipresencia de la lengua en la vida social y la producción y de su carácter instrumental: se trata de llevar al extremo y vulgarizar la postura pandiscursiva que caracteriza al propio del Círculo de Bajtín. Este *insight* de Etkind sugiere que Stalin pudo haber leído el libro de Volóshinov, hecho imposible de demostrar. En

todo caso, Volóshinov habría sido utilizado, sin intervenir personalmente en aquellas "luchas" sangrientas, cuyas víctimas los miembros del Círculo de Bajtín de hecho eran.

Al mismo tiempo en la Unión Soviética las ideas de Bajtín/Volóshinov resultaron enterradas durante varios decenios, debido a las contingencias políticas y a la imposibilidad de salir del marco de un "marxismo" oficial y ortodoxo. En la lingüística, como se sabe, la escuela dominante, que se autoproclamó la única verdaderamente marxista, fue, durante un cuarto de siglo, la de N. Marr, con su teoría "jafética". A pesar de que con la aparición de dos ediciones de *MFL* hubo bastantes respuestas de especialistas, con críticas de tonos diversos, el libro se quedó reposando en los fondos de las bibliotecas hasta las nuevas épocas, sin que el lector común lo pudiese consultar. No obstante, en el extranjero aparecieron también reseñas favorables y críticas, y existió una repercusión importante en el desarrollo del pensamiento lingüístico con uno de los miembros del grupo formalista.

Roman Jakobson estaba enterado del libro de Volóshinov desde su aparición (la primera mención del libro aparece en su correspondencia con Trubetzkoy ya en 1931). Los traductores norteamericanos del libro consideran que *MFL* no sólo contribuyó al desarrollo de ciertas ideas lingüístico-semióticas del mismo Jakobson, sino que a través de éste tuvo una importante influencia en la articulación de las teorías del Círculo Lingüístico de Praga. Jakobson escribiría una introducción a la traducción francesa del libro, en la cual valora altamente la contribución de Bajtín y Volóshinov al desarrollo del pensamiento humanístico del siglo XX. Se apoya en las concepciones de Volóshinov en el artículo de 1957 acerca de los "embragues" o *shifters,* y en el trabajo de 1970 "La lingüística en su relación con otras ciencias"

habla de la prioridad de Volóshinov en plantear una "sociología" del lenguaje.

Actualmente existen ya numerosos trabajos especializados que analizan el aparato conceptual, la génesis y el contexto tanto de las obras de Volóshinov como las de todo el Círculo de Bajtín, en el cual emergieron figuras a las cuales al principio (los años sesenta-setenta del siglo pasado) no se les ha dado relevancia, tales como Matvei Kagan y Mijaíl Pumpianski, aparte de la tríada Volóshinov-Medvédev-Kanáev. La figura misma de Volóshinov cobró relieve: fue músico y musicólogo, poeta, lingüista. Sus aportaciones a la teoría marxista del lenguaje ahora se toman más en serio. Sus contemporáneos, testigos de su personalidad y de su trabajo, le daban prioridad a la presencia de Bajtín en su obra. Los investigadores actuales –me refiero a la escuela marxista de bajtinólogos en Inglaterra, los Estados Unidos y Canadá– le están dando un mayor crédito a Volóshinov. La figura de Bajtín, mientras tanto, sigue siendo un misterio. Sabemos ahora mucho más tanto de la génesis de sus ideas como de su biografía. No obstante, su personalidad misma sigue indescifrable y plena de contenidos que nos parecen antagónicos. Algún investigador ruso (V. Makhlin) sugiere que en los textos de Bajtín "aún no ha pisado pie humano".

Bibliografía

Alpatov, Vladimir, "The Bakhtin Circle and problems in linguistics", en Craig Brandist, David Shepherd & Galin Tihanov (eds.), *The Bakhtin Circle: In the Master's Absence*, Manchester University Press, Manchester and New York, 2004, pp. 70-96.

Bondarenko, M., "Reflet *vs* refraction chez les philosophes marxistes du langage des années 1920-30 en Russie: V. Vološinov lu á travers V. Abaev", *Cahiers de l'ILSL*, no. 24, 2008 (*Langage et pensée: Union Soviétique années 1920-1930*), Lausanne, 113-148.

Brandist, Craig, "The Political Significance of Bakhtin's Group's Struggle against the Saussure's Ideas", *Dialog Karnava. Hronotop*, 2 (1995), 32-43.

Brandist, Craig, "Volóshinov's dilemma: on the philosophical roots of the dialogic theory of the utterance", en *The Bakhtin Circle: In the Master's Absence*, pp. 97-124.

Brandist, Craig, *The Bakhtin Circle: Philosophy, Culture and Politics*, Pluto Press, London – Sterling, Virginia, 2002.

Sériot, Patrick, "Bajtín en contexto: diálogo de voces e hibridación de lenguas (el problema de los límites)", en Bénédicte Vauthier & Pedro Cátedra (eds.), *Mijaíl Bajtín en la encrucijada de la hermenéutica y las ciencias humanas*", pp. 25-43.

Sériot, Patrick, "Volochinov, la sociologie et les Lumières", en Vauthier 2007, 89-108.

Tchougounnikov, Sergueï, "Vuelques sources allemandes de la 'linguistique sociologique' (Volochinov) et de la 'psychologie matérialiste' (Vygotski)", en Vauthier, 163-180.

Thomson, Clive, et Julia Kristeva, "Dialogisme, carnavalesque et psychanalyse: entrettien avec Julia Kristeva sur la réception de l'oeuvre de Mikhaïl Bakhtine en France", *Recherche sémiotique/ Semiotic Inquiry*, 18 (1-2), 1998, 15-30.

Vasiliev, N. L., "Personalidad y obra de V. N. Volóshinov a los ojos de sus contemporáneos" [en ruso], *Dialog Carnaval Hronotop*, 2 (2000), 31-69.

Vauthier, Bénédicte (ed.), *Bakhtine, Volochinov et Medvedev dans les contextes européen et russe*, *Slavica Occitania* (Toulouse), 25 (2007), 523 pp.

Vauthier, Bénédicte & Pedro Cátedra (eds.), *Mijaíl Bajtín en la encrucijada de la hermenéutica y las ciencias humanas*, SEMyR, Salamanca, 2003.

Volóshinov, Valentín N., *El marxismo y la filosofía del lenguaje* [1929], trad. Tatiana Bubnova, Alianza Universidad, Madrid, 1992.

INTRODUCCIÓN

Hasta ahora no existe ningún estudio marxista de la filosofía del lenguaje. Más aún, en los trabajos marxistas dedicados a temas afines[1] no hay propuestas relativamente definidas y desarrolladas en torno al lenguaje. Por eso es comprensible que nuestro trabajo, por su carácter primerizo, se plantee objetivos muy modestos. Es asimismo imposible llevar a cabo un análisis marxista mínimamente sistemático y acabado, aunque sea de los problemas más generales de la filosofía del lenguaje. Un análisis semejante sólo puede ser producto de un trabajo prolongado y colectivo, mientras que nosotros nos hemos visto obligados a limitarnos a la modesta tarea de señalar sólo el sentido general de un pensamiento lingüístico auténticamente marxista, así como aquellas pautas metodológicas a las cuales tal pensamiento habría de sujetarse en su enfoque de los problemas lingüísticos concretos.

Nuestra tarea ha sido especialmente complicada por el hecho de que en los estudios marxistas no existe todavía una definición completa y comúnmente aceptada de la realidad específica de los fenómenos ideológicos[2]. La mayoría de las

1. El único trabajo marxista en torno al lenguaje, el reciente libro de I. Prezent, *Orígenes del lenguaje y del pensamiento* (Priboy, 1928), tiene en realidad muy poco que ver con la filosofía del lenguaje. En el libro se analizan los problemas de la génesis del lenguaje y del pensamiento, pero por lenguaje no se entiende el discurso en cuanto sistema ideológico específico, sino la "señal" de la teoría del reflejo. El lenguaje como fenómeno específico no puede de ninguna manera ser reducido a la señal, es por eso que las investigaciones de I. Prezent no conciernen en absoluto al lenguaje ni conducen directamente a los problemas concretos de la lingüística y de la filosofía del lenguaje.

2. Los fundadores del marxismo dejaron una definición del lugar de la ideología en

veces éstos se entienden como fenómenos de la conciencia, es decir, psicológicamente. Ésta ha sido la razón por la cual resulta sumamente difícil sostener un enfoque correcto de la especificidad de los fenómenos ideológicos, que no pueden reducirse a las peculiaridades de una conciencia subjetiva o a las de la psique. Es por eso que el papel del lenguaje como la realidad específica material de la creatividad ideológica no pudo apreciarse suficientemente.

A eso hay que agregar el hecho de que todas las áreas que no fueron sino muy levemente abordadas por los fundadores —Marx y Engels—, han sido invadidas por las categorías mecanicistas. Todas las áreas mencionadas se encuentran todavía en la fase de un materialismo mecanicista predialéctico, lo cual se pone de manifiesto en el hecho de que en todas las ramas de la ciencia de las ideologías predomina hasta ahora la categoría de la causalidad mecanicista. Tampoco ha sido desterrado el concepto positivista de lo empírico, la reverencia ante el "hecho" visto no dialécticamente, sino como algo inamovible y estable[3]. El espíritu filosófico del marxismo no ha penetrado casi en estas regiones.

Como consecuencia de todo lo mencionado, en la filosofía del lenguaje nos encontramos casi sin posibilidad alguna de apoyarnos en ciertos logros positivos de otras ciencias ideológicas. Ni siquiera los estudios literarios, que entre estas últimas representan el área más elaborada

la totalidad de la vida social: ideología en cuanto superestructura, la relación entre superestructura y bases, etc. En cuanto a las cuestiones relacionadas con el material de la creación ideológica y con las condiciones de la comunicación ideológica, por ser secundarias tales cuestiones para la teoría general del materialismo histórico no han logrado una solución concreta y completa.

3. El positivismo en realidad representa una transposición de las principales categorías y de los hábitos del pensamiento substancialista desde el área de "sustancias", "ideas", "universales" hacia la de los hechos singulares.

gracias a Plejánov[4], han podido aportarnos apenas nada en relación con nuestro tema.

El presente trabajo pretende ser una investigación especializada, pero hemos tratado de darle dentro de lo posible un carácter divulgativo[5].

En la primera parte del trabajo tratamos de fundamentar la importancia de los problemas de la filosofía del lenguaje para el marxismo en general. Según hemos dicho, tal importancia no ha sido valorada lo suficiente todavía. Sin embargo, los problemas de la filosofía del lenguaje se sitúan en la intersección de las zonas más importantes de la visión del mundo marxista, zonas que atraen actualmente mucha atención de nuestra comunidad[6].

Hay que añadir que en los tiempos más recientes, tanto en la Europa Occidental como en la URSS[7], los problemas de la filosofía del lenguaje se han planteado de una manera crítica. Se puede decir que la filosofía burguesa contemporánea empieza a evolucionar bajo el signo de lo verbal, pero esta nueva orientación del pensamiento filosófico de Occidente se encuentra en sus meros inicios. En torno a la palabra y su lugar sistemático se desarrolla una animosa lucha. Su análogo puede hallarse en las

4. Plejánov, G. V. [en inglés Plekhanov] (1856-1918), teórico y propagandista ruso del marxismo, analista importante de los fenómenos ideológicos en el arte (Nota de la traductora).

5. Desde luego, aparte de una preparación marxista general, se espera que el lector esté familiarizado al menos con los fundamentos de la lingüística.

6. Problemas de estudios literarios, de psicología.

7. No obstante, no se trata precisamente de los círculos marxistas. Nos referimos al interés hacia la palabra despertado por los "formalistas", así como a los libros de G. Spett, *Fragmentos estéticos, Forma interior de la palabra* y de Losev, *Filosofía del nombre* [todos en ruso].

disputas medievales entre el realismo, el nominalismo y el conceptualismo. En efecto, las tradiciones de estas corrientes filosóficas del Medioevo empiezan en cierto grado a revivir en el realismo de los fenomenólogos y en el conceptualismo neo-kantiano.

En la propia lingüística, después del miedo positivista hacia la firmeza de principios en el planteamiento de los problemas científicos, y después de la hostilidad, tan característica de un positivismo tardío, hacia cualquier demanda de una cosmovisión, se ha renovado una conciencia aguda de sus presupuestos filosóficos generales y de sus vínculos con otras ramas del conocimiento. En esta relación da la impresión de que la lingüística, incapaz de cumplir con todos estos requisitos, está pasando por una crisis.

El propósito de la primera parte del libro es el de ubicar los problemas de la filosofía del lenguaje en la totalidad de la visión del mundo marxista. Por tanto, la primera parte no busca demostrar nada ni ofrece ninguna solución acabada para los problemas planteados: no tanto nos ocupan ahí las relaciones entre los fenómenos cuanto los vínculos entre los problemas.

La segunda parte trata de resolver el problema principal de la filosofía del lenguaje, el de la realidad concreta de los fenómenos del lenguaje. Es el eje en torno al cual giran las pautas principales del pensamiento filosófico-lingüístico de la modernidad. Los problemas como el de la generación del lenguaje, el de la interacción discursiva, el de la comprensión, el de la significación convergen hacia el punto mencionado como hacia su centro. Por supuesto, tan sólo pudimos señalar las vías más importantes para solucionar el problema. Una serie de cuestiones apenas ha sido tocada; toda una serie de hilos tramados en la exposición no han sido sostenidos hasta el final. Pero en un libro pequeño, que es casi el primero en

acercarse al punto de vista marxista en torno al lenguaje, no pudo ser de otra manera.

La última parte representa una indagación concreta de uno de los problemas de la sintaxis. La idea principal de nuestro trabajo —el papel productivo y la naturaleza social del enunciado— requiere una concretización: es necesario mostrar su importancia no sólo en el plano general de la cosmovisión y de los problemas fundamentales de la filosofía del lenguaje, sino también para las cuestiones particulares y específicas de la lingüística. Si una idea es correcta y productiva, su productividad ha de manifestarse globalmente. Pero también el mismo tema de la tercera parte —problema del discurso ajeno— es de una importancia que rebasa con mucho los límites de la sintaxis. Porque toda una serie de fenómenos literarios más relevantes —discurso del héroe (en general la estructura del personaje protagónico), reproducción del discurso oral [skaz], estilización, parodia—, representan tan sólo las diversas refracciones del "discurso ajeno". La comprensión de este discurso y de la ley sociológica que lo rige viene a ser la condición necesaria para un tratamiento productivo de todos los fenómenos literarios mencionados[8].

Además, el propio tema de la tercera parte no ha sido tratado por la investigación lingüística rusa. Así, el fenómeno del discurso cuasi directo ajeno en ruso[9]

8. Como es sabido, son precisamente los fenómenos que actualmente atraen la atención de la investigación literaria. Por supuesto, para una cabal comprensión de los fenómenos mencionados es necesaria además la aplicación de otros puntos de vista. Sin embargo, sin el análisis de las formas de transmisión del discurso ajeno es imposible todo trabajo productivo.

9. En castellano se usa normal e indistintamente —lo que supongo un calco del francés— el término "estilo indirecto libre" para consignar el fenómeno mencionado por Vološhinov. Puesto que el autor especifica mucho en las diferentes variantes del fenómeno, adopto el término usado ya en los estudios bajtinianos, "discurso cuasi-

(presente ya en Pushkin) por lo pronto no ha sido señalado ni descrito. Las modalidades más variadas del estilo directo e indirecto todavía no han sido investigadas en absoluto.

Así, pues, nuestro trabajo se mueve desde lo general y abstracto hacia lo particular y concreto: desde las generalidades filosóficas pasamos a las generalidades lingüísticas y ya a partir de ahí hacia un problema más específico que se sitúa en el límite entre la gramática (sintaxis) y la estilística.

directo". Lo mismo vale para el término típicamente bajtiniano "discurso ajeno", que tiene, en cierto modo, el equivalente comúnmente aceptado "discurso referido", e incluso otros ("discurso del otro", por ejemplo), pero ninguno de ellos, ni siquiera este último, destacan lo suficiente el papel de *otro sujeto* en cuanto generador autónomo de este discurso. [Nota de la traductora].

PRIMERA PARTE

LA IMPORTANCIA DE LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE PARA EL MARXISMO

CAPÍTULO I

EL ESTUDIO DE LAS IDEOLOGÍAS Y LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE

El problema del signo ideológico - El signo ideológico y la conciencia - La palabra como signo ideológico por excelencia - La neutralidad ideológica de la palabra - La capacidad de la palabra de ser signo interno - Recapitulación.

Actualmente, los problemas de la filosofía del lenguaje adquieren para el marxismo una importancia excepcional. En los sectores de combate más importantes para la labor científica el método marxista converge justamente con estos problemas y no puede avanzar productivamente sin someterlos a un análisis y una solución autónomos.

Ante todo, las mismas bases de la doctrina marxista acerca de la creatividad ideológica —los fundamentos de la epistemología, de los estudios literarios, de los estudios de la religión y de la moral— se entretejen muy estrechamente con los problemas de la filosofía del lenguaje.

Cualquier producto ideológico es parte de una realidad natural o social no sólo como un cuerpo físico, un instrumento de producción o un producto de consumo, sino que además, a diferencia de los fenómenos

enumerados, refleja y refracta otra realidad, la que está más allá de su materialidad. Todo producto ideológico posee una significación[10]: representa, reproduce, sustituye algo que se encuentra fuera de él, esto es, aparece como signo. Donde no hay signo no hay ideología. Un cuerpo físico es, por así decirlo, igual a sí mismo: no significa nada coincidiendo por completo con su carácter natural único y dado. Aquí no cabe hablar de la ideología.

Pero cualquier cuerpo físico puede ser percibido como imagen de algo, digamos, como imagen del carácter inerte, rutinario y necesario del mundo natural reflejado en un objeto singular. Una semejante imagen simbólica y artística de una cosa física determinada representa ya un producto ideológico. La cosa física se convierte en signo. Sin dejar de ser parte de la realidad material, esta cosa muerta en cierta forma refleja y refracta la realidad.

Sería justo decir lo mismo respecto de cualquier instrumento de producción de producción. Por sí mismo, un instrumento de producción carece de significación, le corresponde sólo un destino determinado, el de servir a algún propósito de la producción. El instrumento sirve a tal propósito como un objeto singular dado sin reflejar ni sustituir nada. Pero también una herramienta de trabajo puede ser convertida en un signo ideológico. Así son la hoz y el martillo de nuestro escudo de Estado, en el cual ellos tienen una significación ya netamente ideológica. Las herramientas del hombre primitivo aparecen cubiertas de dibujos y ornamentos, es decir, llenas de signos. En este caso, el mismo instrumento no llega a ser, desde luego, un signo. Luego, a un instrumento de trabajo se le puede dar una perfección artística formal, y además

10. Traduzco la palabra *znachenie* como "significación" y no como "significado", puesto que este último término remite a la dicotomía saussureana significante/significado, para la que en ruso se usan otros derivados de la palabra *znak* ("signo"), a saber: *oznachaiuschee/oznachaiemoe* (Nota de la traductora).

de un modo tal que la decoración artística armonice con la asignación práctica productiva del instrumento. En este caso tiene lugar una especie de acercamiento, casi una función entre el signo y un instrumento de trabajo. Sin embargo, en este caso también nos damos cuenta de que existe una marcada frontera de sentido: el instrumento en cuanto tal no llega a ser signo, así como el signo como tal no se convierte en un instrumento de trabajo.

Un producto de consumo también puede llegar a ser un signo ideológico. Por ejemplo, el pan y el vino se convierten en símbolos religiosos en el sacramento cristiano de la eucaristía. Pero un producto del consumo en cuanto tal no aparece como signo. Igual que los instrumentos, los productos de consumo pueden asociarse con los signos ideológicos, pero no por eso se borra la definida frontera de sentido entre ellos. Así, al pan se le da una forma determinada, que no se justifica en absoluto por el propósito de consumo, sino que tiene un valor de un signo ideológico, aunque signo primitivo (por ejemplo, el pan en forma de ocho o de roseta).

De esta manera, al lado de los fenómenos de la naturaleza, los objetos técnicos y los productos de consumo existe un mundo especial, el mundo de los signos.

Los signos son también cosas materiales y singulares y, según hemos visto, cualquier objeto de la naturaleza, de la técnica o del consumo puede convertirse en un signo, pero con ello adquiere una significación que rebasa los límites de su dación singular. El signo no sólo existe como parte de la naturaleza, sino que refleja y refracta esta otra realidad, y por lo mismo puede distorsionarla o serle fiel, percibirla bajo un determinado ángulo de visión, etc. A todo signo pueden aplicársele criterios de una valoración ideológica (mentira, verdad, corrección, justicia, bien, etc.). El área de la ideología coincide con la de los signos.

Entre ellos se puede poner un signo de igualdad. Donde hay un signo, hay ideología. Todo lo ideológico posee una significación sígnica.

Dentro del territorio de los signos, esto es, dentro de la esfera ideológica, existen diferencias profundas: la constituyen así la imagen artística como el símbolo religioso, así la fórmula científica como la norma del derecho, etc. Cada zona de la creatividad ideológica se encuentra orientada a su modo particular dentro de la realidad y la refracta a su modo. Cada zona se apropia de una función particular en la totalidad de la vida social. Pero el carácter signico es la determinación general de todos los fenómenos ideológicos.

Todo signo ideológico no sólo aparece como un reflejo, una sombra de la realidad, sino también como parte material de esta realidad. Todo fenómeno sígnico e ideológico se da en base a algún material: en el sonido, en la masa física, en el color, en el movimiento corporal, etc. En esta relación, la realidad del signo es totalmente objetiva y se presta para un método de estudio único, objetivo y monista. El signo es fenómeno del mundo exterior. Tanto el signo mismo como todos los efectos que produce, esto es, aquellas reacciones, actos y signos nuevos que genera el signo en el entorno social, transcurren en la experiencia externa.

Este postulado es de suma importancia. Por más elemental y de sentido común que parezca este hecho, en los estudios de las ideologías hasta ahora no se ha llegado en este punto a conclusiones pertinentes.

La filosofía idealista de la cultura y la filosofía psicologista de la cultura sitúan la ideología en la conciencia[11]. Afirman que la ideología es un hecho de

11. Es preciso señalar que en el neokantismo contemporáneo, se detecta en este sentido un cambio. Nos referimos al último libro de Cassirer *Philosophie der symbolischen formen*, t. 1, 1923. *(Filosofía de las formas simbólicas*, I, FCE, México).

la conciencia. El cuerpo exterior del signo es tan sólo la envoltura o un recurso técnico para conseguir un efecto interior: la comprensión.

Tanto el idealismo como el psicologismo no toman en consideración el hecho de que la comprensión misma sólo puede llevarse a cabo mediante algún material sígnico (por ejemplo, en el discurso interior). No se tiene en cuenta que al signo se le opone otro signo y que la propia conciencia sólo puede realizarse y convertirse en un hecho real después de plasmarse en algún material sígnico. La comprensión del signo es el proceso de relacionar un signo dado que tiene que ser comprendido con otros signos ya conocidos; en otras palabras, la comprensión responde al signo mediante otros signos. Esta cadena de la creatividad ideológica y de la comprensión, que conduce de un signo al otro y después a un nuevo signo, es unificada y continua: de un eslabón sígnico, y por tanto, material, pasamos ininterrumpidamente a otro eslabón también sígnico. No existen rupturas, la cadena jamás se sumerge en una existencia interior no material, que no se plasme en un signo.

Esta cadena ideológica se tiende entre las conciencias individuales y las une. Los signos surgen, pues, tan sólo en el proceso de interacción entre conciencias individuales. La misma conciencia individual está repleta de signos. La conciencia sólo deviene conciencia al llenarse de un contenido ideológico, es decir sígnico, y por ende, sólo en el proceso de interacción social.

La filosofía idealista de la cultura y la psicología de la cultura, a pesar de las profundas diferencias metodológicas

Permaneciendo en el terreno de la conciencia, Cassirer considera como su rasgo principal la representación. Cada elemento de la conciencia representa algo y tiene una función simbólica. El todo se manifiesta en la parte, y una parte se entiende sólo en el todo. Según Cassirer, la idea es tan sensorial como lo es la materia, sin embargo, esta sensorialidad pertenece a un signo simbólico, es representativa.

que entre ellas existen, cometen el mismo error radical. Al situar la ideología en la conciencia, convierten la ciencia de las ideologías en el estudio de la conciencia y de sus leyes, sean éstas las trascendentales o las empírico-psicológicas.

En consecuencia, aparecen a la vez una radical distorsión de la propia realidad estudiada y un enredo metodológico en las relaciones recíprocas entre las distintas áreas del conocimiento. La creatividad ideológica —hecho material y social— está delimitada por el estrecho marco de la conciencia individual. Por otro lado, la propia conciencia individual pierde todo afianzamiento en la realidad. Se convierte en el todo o en la nada.

En el idealismo la conciencia se convierte en el todo, se sitúa por encima del ser, determinándolo. En realidad, la conciencia, que es para el idealismo la dominante del universo no es sino una hipostatización de un vínculo abstracto entre las formas más generales y las categorías de la creatividad ideológica.

Para el positivismo psicologista la conciencia, por el contrario, se convierte en la nada, a saber: en un conjunto de reacciones psicofisiológicas individuales, que dan por resultado, como por arte de magia, una creación ideológica singular y plena de sentido.

El carácter regular, objetivo y social de la creatividad ideológica, interpretado erróneamente como una ley de la conciencia individual, debe inevitablemente perder su lugar real en el ser, al retirarse o bien a las alturas supraexistenciales del trascendentalismo, o bien a las honduras presociales del sujeto biológico y psicofísico.

Pero no se puede explicar lo ideológico en cuanto tal desde las raíces suprahumanas, infrahumanas o animales. Su lugar auténtico se encuentra en el ser: en el específico material sígnico y social creado por el hombre. Su especificidad consiste justamente en el

hecho de situarse entre los individuos organizados, de aparecer como su ambiente, como un medio de comunicación.

El signo sólo puede surgir en un territorio interindividual, territorio que no es "natural" en el sentido directo de esta palabra[12]: el signo tampoco puede surgir entre dos homo sapiens. Es necesario que ambos individuos estén socialmente organizados, que representen un colectivo: sólo entonces puede surgir entre ellos un medio sígnico (semiótico). La conciencia individual no sólo es incapaz de explicar nada en este caso, sino que, por el contrario, ella misma necesita ser explicada a partir del medio ideológico social.

La conciencia individual es un hecho ideológico y social. Hasta que este postulado se reconozca con todas sus implicaciones, no podrá construirse una psicología objetiva ni una ciencia objetiva de las ideologías.

El problema de la conciencia es justamente aquel que crea las principales dificultades y genera la confusión más profunda en todas las cuestiones relacionadas tanto con la psicología como con el estudio de las ideologías. A fin de cuentas, la conciencia ha llegado a ser un *asylum ignorantiae* para todos los sistemas filosóficos. La conciencia se convierte en el depósito de todos los problemas irresolubles, de todos los remanentes no disgregables objetivamente. En vez de buscar una definición objetiva de la conciencia, la empezaron a utilizar para subjetivizar y refundir entre sí todas las definiciones objetivas equilibradas.

Una definición objetiva de la conciencia sólo puede ser sociológica. No es posible deducir la conciencia inmediatamente de la naturaleza, como trataba de hacer el ingenuo materialismo mecanicista y como sigue

12. La sociedad es, desde luego, una *parte de la naturaleza* también, sólo que una parte cualitativamente diferente, poseedora de sus leyes *específicas*.

intentando hacerlo la psicología objetiva contemporánea (la biológica, la conductista y la reflexológica). No se puede derivar la ideología de la conciencia, como lo hacen el idealismo y el positivismo psicologista. La conciencia se construye y se realiza mediante el material sígnico, creado en el proceso de la comunicación social de un colectivo organizado. La conciencia individual se alimenta de signos, crece en base a ellos, refleja en sí su lógica y sus leyes. La lógica de la conciencia es la de la comunicación ideológica, la de la interacción sígnica en una colectividad. Si privamos a la conciencia de su contenido sígnico ideológico, en la conciencia nada quedará. La conciencia sólo puede manifestarse en una imagen, en una palabra, en un gesto signficativo, etc. Fuera de este material queda un desnudo acto fisiológico, no iluminado por la conciencia, es decir, no iluminado, no interpretado por los signos.

De todo lo dicho se deduce el siguiente postulado metodológico: el estudio de las ideologías en ningún grado depende de la psicología ni se apoya en ésta. Por el contrario, como veremos más detalladamente en uno de los capítulos siguientes, es la psicología objetiva la que debe fundarse en la ciencia de las ideologías. La realidad de los fenómenos ideológicos es la realidad objetiva de los signos sociales. Las leyes de esta realidad son leyes de la comunicación semiótica determinadas directamente por todo el conjunto de las leyes económicas y sociales. La realidad ideológica es una superestructura inmediata que surge sobre la base económica. La conciencia individual no es el arquitecto de la superestructura ideológica, sino tan sólo un inquilino alojado en el edificio social de los signos ideológicos.

Al disociar previamente los fenómenos ideológicos y sus leyes de la conciencia individual, los hemos relacionado más sólidamente con las condiciones y formas de la comunicación social. La realidad del signo se define

completamente por esta comunicación. La existencia del signo no es sino la materialización de esta comunicación. Así son todos los signos ideológicos.

Pero el carácter sígnico y el condicionamiento global y multilateral mediante la comunicación no se expresa en ninguna forma tan descollante y plena como en el lenguaje. La palabra[13] es el fenómeno ideológico por excelencia. Toda la realidad de la palabra se disuelve por completo en su función de ser signo. En la palabra no hay nada que sea indiferente a tal función y que no fuese generado por ella. La palabra es el medio más puro y genuino de la comunicación social.

Ya la misma representatividad de la palabra en cuanto fenómeno ideológico, su poder demostrativo, la claridad excepcional de su estructura sígnica bastarían para colocar la palabra en el primer plano del estudio de las ideologías. Las principales formas ideológicas de la comunicación semiótica podrían ponerse de manifiesto de la mejor manera posible justamente gracias al apoyo del material verbal.

13. La polisemia del vocablo ruso *slovo* («palabra») cubre un campo semántico amplio, que sólo en parte coincide con el castellano, y permite un permanente juego conceptual, a veces ambivalente, marca de la filosofía del lenguaje bajtiniana. El *Slovar russkogo iazyka [Diccionario de la lengua rusa]* de S. I. Ozhegov, 18° ed., Moscú, Ed. Russki Iazyk, 1987, ofrece nueve acepciones, entre las cuales son importantes para los propósitos teóricos las siguientes: a) unidad de la lengua que sirve para nombrar un concepto aislado; b) el mismo discurso, la facultad de hablar; c) actuación pública oral, discurso en una asamblea; d) discurso sobre algún tema, narración, exposición (arcaísmo de estilo elevado); e) opinión, alegato. Según se puede apreciar, algunas acepciones remiten a los conceptos de discurso (c), lenguaje (b), verbo (b y d) en castellano, asimismo polisémicos. Puesto que es farragoso y contraproducente sustituir siempre la "palabra" en ruso por los términos respectivos en castellano, en la traducción se opta casi siempre (con raras excepciones) por conservar la peculiaridad arcaizante, de matiz filosófico, de su uso en el original. A las acepciones señaladas de "palabra" hay que agregar el empleo específicamente bajtiniano (y del círculo de.Bajtín) del término *vyskazyvanie* ("enunciado" y "enunciación") como sinónimo de *slovo*. (Nota de la traductora).

Pero esto aún no es todo. La palabra no sólo representa un signo puro y ejemplar, sino que aparece además como un signo neutral. Todo el material sígnico restante se especializa de acuerdo con las áreas de creación ideológica. Cada una de ellas posee su propio material ideológico, forma sus signos y símbolos específicos, que resultan inaplicables en otras áreas, en las que el signo se crea por su función ideológica particular y es inseparable de ella. Por el contrario, la palabra es neutral con respecto a una función ideológica, sea ésta la científica, la estética, la moral o la religiosa.

Además, existe una enorme zona de la comunicación ideológica que no se deja relacionar con esfera ideológica alguna. Es la zona de la comunicación en la vida cotidiana. Esta es sumamente rica en contenido e importante. Por un lado, se conecta directamente con los procesos de la producción, por el otro toca las esferas de las diversas ideologías ya formadas y especializadas. Hablaremos de esta área específica de la ideología cotidiana en el capítulo siguiente. Aquí tan sólo anotaremos el hecho de que el material privilegiado de la comunicación cotidiana es la palabra. El llamado lenguaje coloquial con sus formas se localiza precisamente ahí, en el área de la ideología de la vida cotidiana.

La palabra posee otra particularidad de suma importancia, que la convierte en el medio predominante de la conciencia individual. A pesar de que la realidad de la palabra, como la de cualquier otro signo, se ubica entre los individuos, la palabra al mismo tiempo se produce mediante los recursos de un organismo individual sin intervención alguna de cualesquiera instrumentos o materiales extracorporales. Debido a ello, la palabra llegó a convertirse en el material sígnico de la vida interior, esto es, de la conciencia (el discurso interno). La conciencia sólo pudo desarrollarse al disponer de un recurso elástico y corporalmente expresivo. La palabra llegó a ser tal recurso. La palabra puede utilizarse como signo de uso interno, por así decirlo; puede realizarse como signo sin tener que expresarse plenamente hacia el exterior. Por eso, el problema de la conciencia individual en cuanto discurso interno (en general, el problema del signo interno), viene a ser uno de los más importantes en la filosofía del lenguaje.

Ya desde un principio está claro que es imposible enfocar este problema por medio del concepto común del discurso y de la lengua tal como éstos fueron elaborados por la lingüística no sociológica y por la filosofía del lenguaje. Para comprender la función de la palabra como el medio de la conciencia se requiere un análisis profundo y detallado de la palabra como signo social. Este exclusivo papel de la palabra, el de servir como medio ambiente para la conciencia, determina el hecho de que la palabra acompaña, como un ingrediente necesario, a toda la creación ideológica en general. La palabra acompaña y comenta todo acto ideológico. Los procesos de comprensión de cualquier fenómeno ideológico (la pintura, la música, el ritual, el acto ético[14]) no se llevan a cabo sin la participación del discurso interno. Todas las manifestaciones de la creatividad ideológica, todos los demás signos no verbales aparecen sumergidos en el elemento verbal y no se dejan aislar y separar de éste por completo.

Esto no quiere decir, desde luego, que la palabra pueda sustituir cualquier otro signo ideológico. No; todos los principales signos ideológicos específicos no son sustituibles plenamente por la palabra. Por principio, una obra musical o una imagen pictórica no pueden

14.En el original, *postupok* (en inglés, *deed*). Otra clave del pensamiento bajtiniano, que se desarrolla sobre todo en sus trabajos reunidos en el volumen *Estetika slovesnogo tvorchestva (Estética de la creación verbal)*. (Nota de la traductora).

traducirse adecuadamente a la palabra. Un ritual religioso no puede sustituirse del todo por la palabra; no existe un sustituto verbal idóneo ni siquiera para un gesto cotidiano más simple. Negarlo sólo llevaría a un racionalismo más vulgar y a una simplificación. Pero al mismo tiempo todos estos signos ideológicos que no son reemplazables por la palabra, en ésta se apoyan y por ésta se hacen acompañar, como el canto es acompañado por la música.

No existe un solo signo cultural que, al ser comprendido y conceptualizado, quede aislado, sino que al contrario, todos ellos forman parte de la unidad de una conciencia estructurada verbalmente. La conciencia siempre sabe encontrar una aproximación verbal hacia el signo. Por eso alrededor de cada signo cultural se forma una especie de círculos concéntricos hechos de reflejos y ecos verbales. Toda refracción ideológica del ser en devenir, no importa en qué material significante se realice, es acompañada por una refracción ideológica en la palabra, como fenómeno satélite obligatorio. La palabra está presente en todo acto de comprensión y en todo acto de interpretación.

Todas las particularidades de la palabra que analizamos –su pureza sígnica, su neutralidad ideológica, su capacidad de convertirse en discurso interno y, finalmente, su ubicuidad en cuanto fenómeno colateral de todo acto consciente–, todos estos rasgos convierten la palabra en el objetivo básico del estudio de las ideologías. Las leyes de la refraccción ideológica de la existencia en los signos y en la conciencia, las formas y la mecánica de esta refracción deben ante todo estudiarse con base en el material de la palabra. La introducción del método sociológico marxista en todas las profundidades y sutilezas de las estructuras ideológicas "inmanentes" sólo es posible sobre la base de una filosofía del lenguaje elaborada por el propio marxismo, de una filosofía del lenguaje comprendida como filosofía del signo ideológico.

CAPÍTULO II

EL PROBLEMA DE LA RELACIÓN ENTRE LAS BASES Y LAS SUPERESTRUCTURAS.

La inadmisibilidad de la categoría de la causalidad mecanicista en el estudio de las ideologías - El proceso de generación de la sociedad y la generación de la palabra - La expresión sígnica en la psicología social - El problema de los géneros discursivos cotidianos - Formas de comunicación social y formas de signos - El tema del signo - Lucha de clases y dialécticas del signo - Conclusión.

Uno de los problemas principales del marxismo, el de la relación entre las bases y las superestructuras, está estrechamente relacionado, en varios de sus aspectos, con las cuestiones de la filosofía del lenguaje y puede beneficiarse mucho con la solución o incluso con un tratamiento más o menos amplio y profundo de tales cuestiones.

Cuando se plantea el problema de la forma en que las bases determinan las ideologías, se da una respuesta correcta pero demasiado general y, por tanto, polivalente: las determinan causalmente.

Si por causalidad se entiende una causalidad mecánica, así como la entienden hasta ahora y la definen los exponentes positivistas de las ciencias naturales, dicha respuesta resulta radicalmente falsa y en contradicción con los mismos fundamentos del materialismo dialéctico.

El territorio de aplicabilidad de las categorías de la causalidad mecánica es sumamente reducido, e incluso en las mismas ciencias naturales se reduce cada vez más a medida de la amplificación dialéctica de sus fundamentos. En cuanto a los problemas principales del materialismo histórico y a los de los estudios ideológicos, no se debe

tratar siquiera de aplicar esta categoría inerte al campo mencionado.

El establecimiento de un nexo entre las bases y un fenómeno aislado, sacado del contexto ideológico global, no tiene ningún valor cognoscitivo. Ante todo es indispensable determinar la significación de un cambio ideológico dado en el contexto de la ideología respectiva, tomando en cuenta el hecho de que toda el área ideológica representa una totalidad, la que reacciona mediante todos sus componentes a los cambios en las bases. Por eso una explicación debe conservar todas las diferencias cualitativas entre las áreas en interacción, siguiendo todas las etapas por las cuales el cambio atraviesa. Sólo bajo esta condición el resultado del análisis no registrará tan sólo una correspondencia externa de dos fenómenos eventuales pertenecientes a planos distintos, sino que mostrará el proceso de una generación dialéctica efectiva en una sociedad, proceso que se inicia en las bases y culmina en las superestructuras.

Al subestimar la especificidad del material de los signos ideológicos, se simplifica el fenómeno ideológico: en éste se toma en consideración y se explica o bien el aspecto racional del contenido (por ejemplo, el sentido cognoscitivo directo de alguna imagen artística: Rudin como "hombre superfluo"[15]), y este aspecto se relaciona con las bases (por ejemplo: la nobleza se arruina, de ahí que el "hombre superfluo" aparezca en la literatura). O bien, por el contrario, ponen de relieve sólo un momento externo y técnico de un fenómeno social (por ejemplo, la

15. Protagonista de una novela homónima de Turguenev, tratado por la crítica decimonónica progresista en una serie histórica de los personajes de la novela rusa, desde el *Oneguin* de Pushkin en adelante, como representante de un grupo social de gente ilustrada y perteneciente a clases elevadas, que no encuentran una aplicación a sus aptitudes en una sociedad anquilosada y, por tanto, "sobran". (Nota de la traductora).

técnica de una obra arquitectónica o la técnica química de las pinturas), y este aspecto se deriva directamente del nivel técnico de la producción.

En las dos maneras de hacer derivar la ideología de las bases se pasa igualmente por alto lo esencial del fenómeno ideológico. Si bien la correspondencia establecida sea correcta, si bien los "hombres superfluos", en efecto, hicieran su aparición en la literatura junto con el hecho de que la economía nobiliaria empezara a tambalearse, en primer lugar, todo esto no quiere decir que los correspondientes trastornos económicos generaran, mediante una causalidad mecánica, a los "hombres superfluos" en las páginas de una novela (salta a la vista el absurdo de una suposición semejante) y, en segundo lugar, la correspondencia en sí no tiene ningún valor cognoscitivo si no se aclara antes el papel específico del "hombre superfluo" en la estructura artística de una novela, así como el papel específico de la novela en la totalidad de la vida social.

Está claro que entre las transformaciones económicas y la aparición del "hombre superfluo" en la novela hay un camino muy largo que recorrer y que pasa por toda una serie de esferas cualitativamente diversas, cada una de las cuales posee sus leyes específicas y su singularidad. Está claro que el "hombre superfluo" no surgió en la novela autónomamente, sin relación alguna con otros elementos de la novela; por el contrario, la novela en sí se reestructuró como un todo orgánico e íntegro sometido a leyes específicas. Todos los demás elementos de la novela —su composición, su estilo, etc.— se reestructuraron respectivamente. Pero aun esta reestructuración orgánica de la novela se llevó a cabo asimismo en una estrecha relación con los cambios en todo el sistema de la literatura.

El problema de la relación entre las bases y las

superestructuras, excepcionalmente compleja y que requiere, para su elaboración productiva, un enorme material preliminar, puede en una gran medida esclarecerse precisamente sobre el material verbal.

La esencia de este problema se reduce, en el plano que nos interesa, al cómo de la existencia real (las bases) determinan el signo, al cómo el signo refleja y refracta la existencia en su proceso generativo.

Las peculiaridades de la palabra en cuanto signo ideológico, analizadas en el capítulo anterior, convierten el signo en el material más idóneo para realizar una orientación fundamental de todo el problema. En esta relación, no es tanto la pureza semiótica de la palabra lo que importa como su omnipresencia social. Porque la palabra penetra prácticamente en cuanta interacción e interrelación se lleve a cabo entre los hombres: en la cooperación en el trabajo, en los eventuales roces cotidianos, en las relaciones políticas, etc. En la palabra se ponen en funcionamiento los innumerables hilos ideológicos que traspasan todas las zonas de la comunicación social. Por eso es lógico que la palabra sea el indicador más sensible de las transformaciones sociales, inclusive de aquellas que apenas van madurando, que aún no se constituyen plenamente ni encuentran acceso todavía a los sistemas ideológicos ya formados y consolidados. La palabra es el medio en el que se acumulan lentamente aquellos cambios cuantitativos que aún no logran pasar a una nueva cualidad ideológica, ni dar origen a una nueva y acabada forma ideológica. La palabra es capaz de registrar todas las fases transitorias imperceptibles y fugaces de las transformaciones sociales.

La llamada psicología social, que según la terminología de Plejánov, retomada por la mayoría de los marxistas, es el eslabón transitivo entre una formación político-social y una ideología en el sentido restringido

(la ciencia, el arte, etc.), se presenta en términos reales, materiales como la interacción discursiva. Tomada fuera de este proceso real de la comunicación e interacción discursiva (y, en general, de la comunicación semiótica), la ideología social se convertiría en un concepto metafísico o mítico (el "alma colectiva" o la "psique interior colectiva", el "espíritu del pueblo", etc.).

La ideología social no se origina en alguna región interior (en las "almas" de los individuos en proceso de comunicación), sino que se manifiesta globalmente en el exterior, en la palabra, en el gesto, en la acción. En ella no hay nada que fuese interior y no expreso: todo está en el exterior, en el intercambio, en el material y, ante todo, en el material verbal.

Las relaciones de producción y la formación político-social condicionada directamente por aquéllas determinan todos los posibles contactos de los hombres, todas las formas y modos de su comunicación verbal: en el trabajo, en la política, en la creación ideológica. A su vez, tanto las formas como los temas de las manifestaciones discursivas están determinados por las formas y tipos de la comunicación discursiva.

La psicología social es precisamente aquel medio ambiente que, compuesto de las actuaciones discursivas más variadas, abarca multilateralmente todas las formas y aspectos de la creación ideológica: conversaciones privadas, intercambio de opiniones en el teatro, en un concierto, en las diferentes reuniones sociales, simples pláticas eventuales, la manera de reaccionar verbalmente a los actos éticos vitales y cotidianos, la manera intraverbal en que uno concibe a sí mismo, y su posición en la sociedad, etc. La psicología social se manifiesta preferentemente en las formas muy variadas del enunciado, en formas de los pequeños "géneros discursivos", internos y externos, que hasta ahora no han sido estudiados en absoluto. Todas

estas actuaciones discursivas están interrelacionadas, por supuesto, con otros tipos de exteriorizaciones e interacciones sígnicas: con la mímica, la gesticulación, la acción simbólica, etc.

Todas estas formas de interacción, discursiva están relacionadas muy estrechamente con las condiciones de una situación social dada y reaccionan muy sensiblemente a todas las oscilaciones de la atmósfera social. Y es precisamente en las entrañas de esta psicología social materializada en la palabra donde se acumulan aquellas transformaciones y desplazamientos apenas perceptibles que posteriormente se ponen de manifiesto en los productos ideológicos terminados.

De todo lo dicho se deduce lo siguiente. La psicología social debe estudiarse bajo dos ángulos: en primer lugar, desde el punto de vista de su contenido, es decir, de los temas que son actuales para ella en un momento determinado, y, en segundo lugar, desde el punto de vista de las formas y tipos de la comunicación discursiva, en la cual dichos temas se realizan (se discuten, se expresan, se ponen a prueba, se analizan).

Por el momento, el problema de la psicología social se ha limitado únicamente al primer punto de vista, esto es, a la definición de su composición temática. Inclusive la misma cuestión de la localización de los documentos objetivos, o sea de las expresiones materiales de la psicología social, no ha sido planteada con una precisión suficiente. Las nociones de "conciencia", "psique", "mundo interior", han tenido un papel lamentable por haber eximido a los investigadores de la necesidad de buscar las formas materialmente definidas de expresión de la psicología social.

Mientras tanto, el problema de las formas concretas tiene una importancia primordial. No se trata, por supuesto, de las fuentes de nuestro conocimiento

de la psicología social en una época determinada (por ejemplo, las memorias, la correspondencia epistolar, las obras literarias), ni del origen de nuestra comprensión del "espíritu de una época", sino de las mismas formas de la realización concreta de este espíritu, es decir, de las formas de la comunicación semiótica verdadera.

La tipología de estas formas es una de las tareas más urgentes del marxismo. Más adelante tendremos la oportunidad de referirnos al problema de los géneros discursivos en relación con el problema del enunciado y del diálogo. Por lo pronto vamos a apuntar lo siguiente.

Cada época y cada grupo social tiene su repertorio de las formas discursivas de la comunicación ideológica real. A cada grupo de formas homogéneas, es decir, a cada género discursivo concreto, le corresponde su conjunto de temas. Entre la forma de la comunicación (por ejemplo, la comunicación directa técnica y laboral), la forma del enunciado (breve réplica oficial) y su tema existe una indisoluble unidad orgánica. Por eso la clasificación de las formas del enunciado debe fundarse en una clasificación de las formas de comunicación discursiva. Estas últimas están plenamente determinadas por las relaciones de producción y por la formación político-social. En un análisis más detallado veríamos la enorme importancia del momento jerárquico en los procesos de la interacción discursiva, la poderosa influencia que la organización jerárquica de la comunicación ejerce sobre las formas del enunciado. La etiqueta verbal, el tacto comunicativo y otras formas de adaptación del enunciado a la organización jerárquica de la sociedad tienen una gran importancia en el proceso de elaboración de los géneros discursivos principales[16].

16. El problema de los géneros discursivos cotidianos empezó a discutirse sólo en los tiempos más recientes por la lingüística y la filosofía del lenguaje. Uno de los primeros intentos serios de analizar estos géneros, aunque sin una orientación

Como sabemos, todo signo se estructura entre los hombres socialmente organizados en el proceso de su interacción. Por eso las formas del signo están determinadas ante todo tanto por la organización social de los hombres como por las condiciones más inmediatas de su interacción. En cuanto cambian las formas, cambia el signo. Una de las tareas del estudio de las ideologías debe consistir en examinar la vida social del signo verbal. El problema de la relación de reciprocidad que se presenta entre el signo y la existencia puede lograr una expresión concreta únicamente bajo este enfoque, y sólo bajo esta condición el proceso de la determinación causal del signo por la existencia aparecerá como el proceso de una auténtica transformación de la existencia en el signo, de una verdadera refracción del ser en el signo.

Para ello es necesario cumplir con la principal exigencia metodológica:

1) No se debe disociar la ideología de la realidad material del signo (por ubicarla en la "conciencia" o en otros dominios difusos e imperceptibles).

2) No se puede separar el signo de las formas concretas de la comunicación social (ya que el signo es parte de la comunicación social organizada y no puede existir sino en ésta, convirtiéndose de lo contrario en un simple objeto físico).

3) No se puede separar las formas de la comunicación de sus bases materiales.

Todo signo ideológico, incluyendo el verbal, al plasmarse en el proceso de la comunicación social está determinado por el horizonte social de una época dada y de un grupo social dado. Hasta ahora hemos estado hablando

sociológica definida, es el trabajo de Leo Spitzer *Italienische Umgangssprache* (1922). Cf. más adelante acerca de este autor, sus precursores y seguidores.

de la forma del signo que está determinada por las formas de la interacción social. A partir de aquí abordaremos otro aspecto: el contenido del signo y el acento valorativo que acompaña cualquier contenido.

En cada etapa evolutiva de la sociedad existe un específico y limitado círculo de temas expuestos a la atención de la sociedad y en los que esta atención suele depositar un acento valorativo. Sólo este grupo de temas puede manifestarse en signo, llegando a ser tema de la comunicación semiótica. ¿Qué es lo que determina este ámbito de temas acentuados axiológicamente?

Para que un tema, cualquiera que sea el nivel de la realidad a la que pertenezca, forme parte del horizonte social de un grupo y suscite una reacción semiótico-ideológica, es necesario que dicho tema esté relacionado con los presupuestos socioeconómicos más importantes del grupo mencionado; es preciso que involucre siquiera parcialmente las bases de la existencia material del grupo señalado.

Por supuesto, aquí no puede tener importancia alguna arbitrariedad individual. Puesto que el signo se crea entre individuos, en un medio social, es indispensable que el tema posea una significación interindividual; sólo entonces podrá ser objeto de una formalización semiótica. En otras palabras, sólo aquello que posea un valor social puede entrar en el mundo de la ideología, constituirse y consolidarse en él. Por eso todos los acentos ideológicos, aun cuando los produzca una voz individual (por ejemplo, en la palabra), o, en general, un organismo individual aparecen como acentos sociales que pretenden lograr un reconocimiento social y que se imprimen en el exterior, sobre el material ideológico, únicamente para obtener tal reconocimiento.

Convenimos en llamar aquella realidad que llega a ser objeto del signo, tema del signo. Cada signo constituido posee su tema. Así, toda manifestación verbal

tiene su tema[17]. Un tema ideológico siempre aparece acentuado socialmente. Desde luego, todos estos acentos sociales de los temas ideológicos penetran también en la conciencia individual, la que es, como sabemos, completamente ideológica. En la conciencia individual se convierten en una suerte de acentos individuales, puesto que aquélla los absorbe y los hace propios, pero su origen no es la conciencia individual. El acento en cuanto tal es interindividual. Un grito animal, como reacción pura de un organismo individual al dolor, carece de acento. Es un fenómeno netamente natural. El grito no cuenta con una atmósfera social y por eso carece incluso de rudimentos de una conformación sígnica.

El tema de un signo ideológico y su forma están indisolublemente relacionados entre sí y, por supuesto, pueden diferenciarse solamente en abstracto. Al fin de cuentas, son las mismas fuerzas y los mismos presupuestos sociales los que suscitan el primero y la segunda.

En efecto: las mismas condiciones económicas unen un elemento nuevo de la realidad con el horizonte social y le adjudican una significación social, lo hacen "interesante", así como las mismas fuerzas crean las formas de la comunicación ideológica (cognoscitiva, artística, religiosa, etc.), las cuales a su vez determinan las formas de la expresión sígnica.

De esta manera, los temas y las formas de la creación ideológica se crían en la misma cuna y, en realidad, representan dos aspectos de una misma totalidad. Este proceso de la inmersión de la realidad en la ideología, el nacimiento del tema y el nacimiento de la forma se examinan mejor que nada en el material verbal. En el lenguaje este proceso de la generación ideológica se refleja

17. Más adelante aclararemos en qué relación se encuentra el tema con la semántica de las palabras.

tanto a gran escala, en el plano histórico universal estudiado por la paleontología semántica, la que descubre el proceso de introducción de las parcelas aún indiferenciadas de la realidad al horizonte social del hombre primitivo, com a escala menor en el marco contemporáneo, ya que nos consta la gran sensibilidad de la palabra con respecto a las transformaciones mínimas de la existencia social.

La existencia reflejada en el signo no tanto se refleja propiamente como se refracta en él. ¿Qué es lo que determina la refracción del ser un signo ideológico? Es la intersección de los intereses sociales de orientación más diversa, dentro de los límites de un mismo colectivo semiótico; esto es, la lucha de clases.

La clase social no coincide con el colectivo semiótico, es decir, con el grupo que utiliza los mismos signos de la comunicación ideológica. Así las distintas clases sociales usan una misma lengua. Como consecuencia, en cada signo ideológico se cruzan los acentos de orientaciones diversas. El signo llega a ser la arena de la lucha de clases.

Este carácter multiacentuado del signo ideológico es su aspecto más importante. En realidad, es tan sólo gracias a este cruce de acentos que el signo permanece vivo, móvil y capaz de evolucionar. Un signo sustraído de la tensa lucha social, un signo que permanece fuera de la lucha de clases inevitablemente viene a menos, degenera en una alegoría, se convierte en el objeto de la interpretación filológica, dejando de ser centro de un vivo proceso social de la comprensión. La memoria histórica de la humanidad está repleta de signos ideológicos muertos incapaces de ser arena de confrontación de acentos sociales vivientes. Sin embargo, gracias a que el filólogo y el historiador los siguen recordando, estos signos conservan todavía los últimos vestigios de la vida.

Pero justamente aquello que hace vivo y cambiante

al signo ideológico lo convierte al mismo tiempo en un medio refractante y distorsionador de la existencia. La clase dominante busca adjudicar al signo ideológico un carácter eterno por encima de las clases sociales, pretende apagar y reducir al interior la lucha de valoraciones sociales que se verifica en él, trata de convertirlo en signo monoacentual.

Pero en realidad todo signo ideológico vivo posee, como Jano bifronte, dos caras. Cualquier injuria puede llegar a ser elogio, cualquier verdad viva inevitablemente puede ser para muchos la mentira más grande. En las condiciones normales de vida social esta contradicción implícita en cada signo ideológico no puede manifestarse plenamente, porque un signo ideológico es, dentro de una ideología dominante, algo reaccionario y trata de estabilizar el momento inmediatamente anterior en la dialéctica del proceso generativo social, pretendiendo acentuar la verdad de ayer como si fuera la de hoy. Es lo que determina la capacidad refractante y distorsionadora del signo ideológico dentro de los límites de una ideología dominante.

Así es como se plantea el problema de la relación entre las bases y las superestructuras. Nuestra tarea ha sido tan sólo la de concretizar algunos aspectos y de precisar aquellos rumbos y direcciones que debe seguir una elaboración productiva del problema. Ante todo, nos pareció importante señalar el lugar de la filosofía del lenguaje en el análisis de dicho problema. El material del signo verbal permite seguir con una mayor facilidad y más plenamente la continuidad del proceso de un cambio dialéctico que vaya dirigido desde las bases hacia las superestructuras. En la explicación de los fenómenos ideológicos, la categoría de la causalidad mecánica puede ser superada con una mayor probabilidad de éxito si nos instalamos en el terreno de la filosofía del lenguaje.

CAPÍTULO III

LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE Y LA PSICOLOGÍA OBJETIVA

Problema de una definición objetiva del psiquismo - Idea de la ideología comprensiva e interpretativa (Dilthey) - Realidad semiótica del psiquismo - Punto de vista de la ideología funcional - Psicologismo y antipsicologismo - Singularidad del signo interno (discurso interior) - Problema de la autoobservación - Naturaleza socioideológica del psiquismo - Recapitulación.

Una de las tareas principales y más urgentes del marxismo es la creación de una psicología verdaderamente objetiva, pero no de una psicología fisiológica o biológica, sino sociológica. En esta relación, el marxismo afronta un problema difícil: el de encontrar un enfoque objetivo, pero al mismo tiempo ágil y flexible del psiquismo humano consciente y subjetivo, enfoque que suele comúnmente relacionarse con los métodos de autoobservación.

Ni la biología, ni la psicología pueden superar este problema: el psiquismo consciente es un hecho ideológico y social inaccesible a los métodos de la fisiología o a los de cualquier otra ciencia natural. El psiquismo subjetivo no puede reducirse a los procesos que se llevan a cabo en un organismo natural y animal. Los procesos que determinan en general el contenido del psiquismo no se desarrollan dentro del organismo sino fuera de éste, aunque con la participación del organismo individual.

La psique subjetiva de un hombre no es el objeto para un análisis científico-natural, como si fuera una cosa o un proceso de la naturaleza; la psique subjetiva es el

objeto de un proceso de comprensión ideológica y de una comprensiva interpretación socioideológica. Un fenómeno psíquico comprendido e interpretado sólo puede estar sujeto a una explicación que comprenda factores sociales que determinan la vida concreta de un individuo dado en las condiciones de un ambiente social[18].

La primera tarea fundamental que se plantea desde este punto de vista es la de una definición objetiva de la "experiencia interna". Es preciso incluir la "experiencia interna" en la totalidad de la experiencia exterior objetiva.

¿Qué tipo de realidad abarca el psiquismo subjetivo? Se trata de la realidad del psiquismo interno, esto es, de la realidad semiótica. No existe el psiquismo sin material sígnico. Existen los procesos fisiológicos, los procesos del sistema nervioso, pero no existe una psique subjetiva en cuanto cualidad singular del ser, cualidad que se diferencie radicalmente tanto de los procesos fisiológicos del organismo, como de la realidad que circunda dicho organismo, realidad a la cual la psique reacciona y a la que refleja de alguna manera. De acuerdo con su modo de existencia, la psique subjetiva se localiza entre el organismo y el mundo exterior, como si estuviese en la frontera entre estas dos esferas de la realidad. Es ahí donde se verifica el encuentro entre el organismo y el mundo exterior, pero no se trata de un encuentro físico: el organismo y el mundo se encuentran en el signo. Una vivencia psíquica es la expresión semiótica del contacto entre el organismo y el ambiente externo. Es por eso que la psique interior no debe analizarse como una cosa sino que debe entenderse e interpretarse como signo.

La idea de una psicología comprensiva e interpretativa es muy antigua y es instructiva su historia.

18. Un esbozo, con carácter de difusión, de los problemas actuales de la psicología fue presentado por nosotros en el libro *Freudismo. Ensayo crítico*, Lenotgiz, 1927. Véase el capítulo "Dos corrientes en la psicología contemporánea".

Es característico el hecho de que en los tiempos modernos esta disciplina haya encontrado una fundamentación más honda en relación con las necesidades metodológicas de las ciencias humanas, esto es, de las ciencias ideológicas.

En los tiempos modernos, el que sustentó esta idea de un modo más reflexivo y perspicaz fue Wilhelm Dilthey. Para él, una vivencia psíquica subjetiva más significa que existe como objeto. Según Dilthey, si nos abstraemos de la significación al tratar de hallar la pura realidad de la vivencia, damos con un proceso fisiológico en el organismo, mientras que la vivencia desaparece de nuestro campo de visión, de la misma manera que al abstraemos de la significación de una palabra la perdemos y captamos solamente un sonido físico y un proceso fisiológico de su pronunciación. La significación convierte la palabra en lo que es. La vivencia asimismo se convierte en tal mediante su significación. Es imposible dejar de lado la significación sin perder la propia esencia de la vida psíquica interior. Es por eso que los problemas de la psicología no pueden ser derivados causalmente de las vivencias, como si éstas fuesen análogas a los procesos físicos o fisiológicos. La tarea de la psicología se presenta como la de una descripción comprensiva, una deconstrucción[19] y una interpretación de la vida psíquica, como si ésta fuese un documento sujeto a un análisis filológico. Sólo este tipo de psicología descriptiva y hermenéutica puede, según Dilthey, servir de base a las ciencias humanas o las "ciencias del espíritu", como él las denomina[20].

19. A pesar de que sea un anacronismo usar "deconstrucción" en la traducción de un texto escrito en los años veinte, lo prefiero por ser sinónimo de "desmontaje", "desmantelamiento" y, en fin, "análisis" en el sentido de "descomposición en partes integrantes", concepto que aparece en el original.

20. Cf. En ruso el artículo de Frieschensein-Koeler (*Logos*, 1912-1913, tomos I-II) acerca de Dilthey.

Las ideas de Dilthey resultaron muy fructíferas y hasta nuestros días siguen teniendo muchos adeptos entre los exponentes de las ciencias humanas. Se podría decir que casi todos los humanistas alemanes de tendencia filosófica están influidos en una mayor o menor medida por las ideas de Wilhelm Dilthey[21].

La concepción de Wilhelm Dilthey ha surgido sobre el terreno idealista y sus seguidores revelan la misma filiación. La idea de una psicología comprensiva y hermenéutica está muy estrechamente relacionada con los presupuestos idealistas del pensamiento, y muchos la tienen por una idea específicamente idealista.

En efecto, por la forma en que se ha fundamentado y desarrollado hasta la actualidad, la psicología hermenéutica es idealista e inadmisible para el materialismo dialéctico. Ante todo, es inadmisible la prioridad metodológica de la psicología sobre la ideología. Según Dilthey y otros exponentes de la psicología hermenéutica, ésta debe servir de fundamento para las ciencias humanas. La ideología se explica a partir de la psicología como la expresión y la encarnación de ésta, y no a la inversa. Es verdad que se ha logrado una aproximación entre el psiquismo y la ideología, que se ha encontrado su denominador común: la significación, que distingue a ambas de la realidad restante. Pero en el acercamiento mencionado predomina la psicología y no la ideología. Luego, en las ideas de Dilthey y de los otros no se toma en consideración el carácter social de la significación.

Y, finalmente, el *proton pseudos* de toda esta concepción: no fue comprendido el vínculo necesario entre la significación y el signo, ni la naturaleza específica

21. Oskar Walzel, Wilhelm Gundolf, Emiol Ermattinger, confiesan haber recibido la influencia formativa de Dilthey, para mencionar sólo a los representantes máximos de las ciencias humanas en Alemania.

de éste. En efecto, la comparación de la vivencia con la palabra no deja de ser para W. Dilthey una simple analogía, una imagen aclaratoria que por lo demás muy raramente se encuentra en sus obras. Está muy lejos de proponer conclusiones adecuadas en torno a la analogía mencionada. Es más, Dilthey no explica el psiquismo mediante el signo ideológico sino que, como idealista que es, explaya el signo con la ayuda del psiquismo: según él, el signo se hace signo en cuanto sirve para expresar la vida interior. La vida interior contribuye al signo su propia significación. En este caso, el razonamiento de Dilthey pone de manifiesto una tendencia que es común a todo el idealismo: la de sustraer todo sentido, toda significación del mundo material y la de localizarlos en un espíritu atemporal y aespacial.

Si una vivencia, más allá de una existencia, posee una significación (en esto Dilthey tiene razón), entonces se hace evidente que una vivencia ha de manifestarse ineludiblemente en un material semiótico. La significación sólo puede ser producida por el signo, la significación sin signo es una ficción. La significación expresa la relación entre el signo como realidad singular y otra realidad a la que sustituye, representa, refleja. La significación es la función del signo, por eso es imposible imaginarse una significación (relación pura, función) que exista fuera del signo como una cosa particular y autónoma. Es tan absurdo como considerar como significado de la palabra "caballo" a un caballo concreto y vivo. En tal caso, sería lícito decir que al comer una manzana uno se come el significado de la palabra "manzana" y no la manzana misma. El signo sí es una cosa material y singular, pero la significación no es cosa ni puede aislarse del signo con una realidad autónoma existente fuera del signo. Por eso, si una vivencia tiene alguna significación, si puede comprenderse e interpretarse, se ha de revelar entonces en el material de un signo auténtico y real.

Reiteremos: la vivencia no sólo puede ser expresada mediante el signo (porque puede transmitirse a otros en la palabra, la mímica o de alguna otra manera), sino que además de esta expresión exterioriza (para otros), la vivencia, incluso para quien la vive, existe tan sólo en el material de los signos. Fuera de este material la vivencia simplemente no existe. En este sentido toda vivencia es expresiva, es decir, aparece como una expresión potencial. Todo pensamiento, toda emoción, toda volición son expresivas. El momento expresivo no puede ser separado de la vivencia sin que se pierda la naturaleza misma de ésta[22].

Así pues, entre la vivencia interna y su expresión no media ningún salto ni se da la transición de una cualidad de lo real a alguna otra cualidad. La transición de la vivencia a su expresión externa se lleva a cabo en el marco de una misma cualidad y es de carácter cuantitativo. Verdad es que en el proceso de la expresión externa se realiza con frecuencia la transición de un material semiótico (por ejemplo, la mímica), al otro (por ejemplo, el material verbal), pero la totalidad del proceso no trasciende los límites del material sígnico.

¿Cuál es, entonces, el material semiótico de la psique?

Lo puede ser cualquier movimiento o proceso orgánico: la respiración, la circulación sanguínea, el movimiento corporal, la articulación, el discurso interno, la mímica, la reacción a los estímulos externos, por ejemplo, a la luz, etc. En breves palabras, todo lo que

22. La idea del carácter expresivo de todos los fenómenos de la conciencia no es ajena al neokantismo; aparte del mencionado trabajo de Cassirer, acerca de la expresividad de la conciencia (la conciencia como movimiento expresivo), escribió el finado Hermann Cohen en la tercera parte de su sistema *(Aesthetik des reinen Gefühls)*. Sin embargo, en este trabajo no se proponen conclusiones correctas a partir de la idea en cuestión: lo esencial de la conciencia permanece siempre más allá de la existencia.

sucede en el organismo puede llegar a ser un material de la vivencia, puesto que todo puede adquirir una significación semiótica, hacerse expresivo.

Sin embargo, todos estos materiales no son de igual valor. Un psiquismo mínimamente desarrollado y diferenciado necesita un material semiótico ágil y flexible, que pueda formalizarse, precisarse, diferenciarse en un medio extracorporal, mediante un proceso de la expresión externa. Es por eso que el material semiótico de la psique es por excelencia la palabra: el discurso interno. Es cierto que el discurso interno funciona entretejido con otras reacciones motrices de significación semiótica. Sin embargo, la palabra es la base, el esqueleto de la vida interior. Si la psique se desconectara de la palabra, habría disminuido sus manifestaciones en grado extremo; la cancelación de los demás movimientos expresivos haría que se extinguiera del todo.

Si hacemos a un lado la función semiótica del discurso interno y los demás movimientos expresivos que constituyen el psiquismo, nos encontraremos ante un descarnado proceso fisiológico, que transcurre en el interior de un organismo individual. Para un fisiólogo, es lícito e incluso necesario este tipo de abstracción, porque se ocupa tan sólo de la mecánica del proceso fisiológico.

Sin embargo, tanto un fisiólogo como un biólogo deben tomar en cuenta la función semiótica expresiva (ergo, la función social), de los procesos fisiológicos correspondientes, sin lo cual no podrán comprender cuál es su lugar biológico en la economía general del organismo. En este sentido, un biólogo tampoco puede rechazar el punto de vista sociológico, no puede dejar de tener en cuenta el hecho de que el organismo humano no pertenece a un medio natural abstracto, sino que forma parte de un medio social específico. Pero al ponderar la función semiótica de los procesos fisiológicos respectivos, el fisiólogo

en lo sucesivo examina su mecanismo estrictamente fisiológico (por ejemplo, el mecanismo de un reflejo condicionado) y se abstrae por completo de las significaciones ideológicas cambiantes y sujetas a sus propias leyes históricas y sociales. Es decir, no le concierne el contenido de la vida psíquica. Pero justamente este contenido, en su relación al organismo individual, es el objeto de la psicología. No hay ni puede haber ningún otro objeto para una ciencia digna de este nombre.

Existe la opinión de que el contenido del psiquismo no es el objeto de la psicología, sino la función de dicho contenido en la psique individual. Este es el punto de vista de la llamada "psicología funcional"[23].

De acuerdo con la doctrina de esta escuela, la "vivencia" está compuesta de dos aspectos. Uno de ellos es el contenido de la "vivencia", que no es psíquico. Se trata o bien de un fenómeno físico, al que va dirigida la vivencia (por ejemplo, el objeto de la percepción), o bien de un concepto cognitivo que posee su lógica, o bien de valor ético, etc. Este aspecto contenidista y referencial de la vivencia pertenece a la naturaleza, cultura, historia y, por consiguiente, compete a las disciplinas científicas correspondientes y no a un psicólogo. Otro aspecto de la vivencia es la función del contenido referencial dado en la unidad cerrada de una vida psíquica individual. El objeto de psicología es el carácter vivenciable o vivido de todo contenido extrapsíquico. En otras palabras, el objeto de la psicología funcional no es el "qué" de la vivencia sino su "cómo". Así, por ejemplo, el contenido de algún proceso del pensamiento, su "qué", no es psíquico y compete a un

23. Los representantes más importantes de la psicología funcional son Stumpf, Meinong, etc. Esta disciplina fue fundada por Franz Brentano y actualmente es indiscutiblemente la corriente dominante del pensamiento psicológico alemán, si bien no en su forma puramente clásica.

lógico, un epistemólogo o un matemático (en el caso de que se trate del pensamiento matemático). En cambio, un psicólogo estudia solamente el "cómo" se lleva a cabo el pensamiento en torno a los contenidos objetivos dados (lógicos, matemáticos u otros), en las condiciones de una psique individual y subjetiva.

No hemos de profundizar en las ideas de esta concepción psicológica, no tocaremos aquellas —a veces muy importantes— diferencias en la comprensión de la función psíquica que existen entre los representantes de esta escuela y los de las corrientes psicológicas emparentadas con ella. Para nuestros objetivos basta con exponer el principio básico de la psicología funcional. Esto nos permite articular más claramente nuestra propia concepción del psiquismo y la importancia de la filosofía del signo (esto es, de la filosofía del lenguaje) que le corresponde en la solución del problema de la psicología.

La psicología funcional también surge y se desarrolla sobre la base del idealismo. Pero por su tendencia es, en cierto sentido, diametralmente opuesta a la psicología hermenéutica diltheyana. En efecto, si Dilthey parecía reducir la vida psíquica y la ideología a un denominador común, que es la significación, la psicología funcional, por el contrario, busca trazar una fundamental y rigurosa frontera entre el psiquismo y la ideología, frontera que supuestamente se delinearía dentro de la psique misma. Como resultado, todo lo significante se ve totalmente excluido de los límites de la psique, y todo lo psíquico se ve reducido al puro funcionamiento de ciertos contenidos objetuales dentro de una constelación individual de los mismos llamada "alma individual". Si aquí cabe hablar de la prioridad, entonces, en la psicología funcional, a diferencia de la psicología hermenéutica, se establece la prioridad de la ideología sobre la vida psíquica.

¿Qué es, pues, la función psíquica, y cuál es su modo de existencia?

Los exponentes de la psicología funcional no dan una respuesta precisa y satisfactoria a este interrogante. En esta cuestión no tienen claridad, ni acuerdo, ni unidad. Están, sin embargo, de acuerdo en una cosa: la función psicológica está muy lejos de ser un proceso fisiológico. Así lo psicológico se deslinda rigurosamente de lo fisiológico. Pero no queda esclarecido qué clase de realidad le corresponde a esta nueva cualidad psicológica. Tampoco se plantea muy claro, en la psicología funcional, el problema de la realidad de un fenómeno ideológico.

Los funcionalistas dan una respuesta precisa tan sólo para los casos en que la vivencia está dirigida a un objeto natural. En esta circunstancia a la función psíquica se le contrapone la existencia natural y física: un árbol, la tierra, una piedra, etc. Entonces, ¿en qué forma la existencia ideológica —un concepto lógico, un valor ético, una imagen artística, etc.— se contrapone a la función psíquica?

La mayoría de los representantes de la psicología funcional se atienen en esta cuestión a los puntos de vista generales del idealismo, principalmente los kantianos[24]. Al lado del psiquismo individual y de la conciencia individual subjetiva admiten la existencia de una "conciencia trascendental", de una "conciencia en general", de un "sujeto gnoseológico puro", etc. En este medio trascendental sitúan el fenómeno ideológico contrapuesto a la función psíquica individual[25].

De esta manera, el problema de la realidad ideológica

24. Actualmente los fenomenólogos, relacionados también en su concepción filosófica general con Franz Brentano, se atienen a la psicología funcional.

25. Los fenomenólogos asimismo *ontologizan* los pensamientos ideológicos, al admitir la existencia de una esfera independiente del ser ideal.

en la psicología funcional también permanece irresoluble. La incomprensión del signo ideológico y de su existencia específica condicionan, por consiguiente, tanto en este caso como en todos los demás, el carácter irresoluble del problema del psiquismo. Éste jamás podrá resolverse sin que se solucione el problema de las ideologías. Toda la historia de la psicología y toda la historia de las disciplinas ideológicas (lógica, teoría del conocimiento, estética, ciencias humanas, etc.) es la de una lucha incesante entre el deslinde y la absorción mutuas en estas dos ramas gnoseológicas.

Existe una especie de alternancia periódica entre un psicologismo espontáneo que inunda todas las ciencias ideológicas y un abrupto antipsicologismo, que le niega al psiquismo todo contenido y lo reduce a una especie de lugar formal y vacío (como en la psicología funcional), o bien a un fisiologismo descarnado. Mientras tanto la ideología privada de su lugar habitual en la existencia (esto es, en la psique) por el antipsicologismo sostenido, se ve totalmente desplazada de la realidad y obligada a ascender hacia las alturas trascendentales y aun trascendentes.

A principios del siglo XX hemos vivido una gran oledada (que no fue la primera en la historia) del antipsicologismo. Los trabajos fundamentales de Husserl[26], el principal exponente del antipsicologismo actual, los de sus seguidores intencionalistas ("fenomenólogos"), brusca vuelta antipsicologista de los neokantianos contemporáneos de las escuelas de Marburgo y de Friburgo[27], la expulsión

26. Cf. tomo I de las *Investigaciones lógicas* (trad. rusa ,1910), que son una especie de biblia del antipsicologismo contemporáneo, así como su artículo "Filosofía de ciencia de rigor" (*Logos,* 1911-1912, tomo 1).

27. Cf., por ejemplo, el trabajo muy instructivo de Heinrich Rickert, cabeza de la escuela de Friburgo, "Dos vías en la teoría del conocimiento", traducido al ruso en *Nuevas ideas en la filosofía,* fas. VII, 1913. En este trabajo Rickert, influenciado por Husserl, traduce al lenguaje antipsicologista su concepción de la teoría del conocimiento,

del psicologismo de todas las áreas del conocimiento y aun de la propia psicología (!): todos estos fenómenos aparecen como el acontecimiento filosófico y metodológico más importante de las dos décadas que van del siglo.

Hoy en día la oleada del antipsicologismo empieza a ceder. En su lugar, viene llegando una nueva y, por lo visto, muy potente olea del psicologismo. Una forma de psicologismo que está de moda es la filosofía de la vida. Bajo su marca, el psicologismo más desenfrenado vuelve, con una rapidez extraordinaria, a ocupar todas las posiciones recientemente abandonadas en todas las áreas de la filosofía y del estudio de las ideologías[28].

La presente oleada del psicologismo no trae consigo ninguna fundamentación básica de la realidad psíquica. El psicologismo moderno, a diferencia del anterior (el de la segunda mitad del XIX), que fue el psicologismo positivista y empirista (su representante más típico es Wundt), tiende a interpretar el ser interior, el "elemento de la vivencia", metafísicamente.

Como resultado de la alternancia dialéctica del psicologismo y del antipsicologismo, no se ha presentado, sin embargo, una síntesis dialéctica. El problema de

que inicialmente tuvo matices psicologistas. El artículo es muy característico para apreciar la actitud del neokantismo hacia el movimiento antipsicologista.

28. El lector encontrará en el libro de Rickert *Filosofía de la vida* (Academia, 1921, en ruso), una revisión general, aunque algo tendenciosa y anticuada, de la filosofía de la vida contemporánea. El libro de Spranger *Lebensformen* está ejerciendo una enorme influencia en las disciplinas humanísticas. Todos los representantes alemanes más importantes de los estudios literarios y de la filosofía del lenguaje se encuentran actualmente bajo un mayor o menor influjo de la filosofía de la vida. Por ejemplo: Ermattinger (*Das dichterische Kunstwerk*, 1921), Gundolf (el libro sobre Goethe y el libro sobre George, 1916-1925), Hefele (*Das Wesen der Dichtung*, 1923), Walzel (*Gebalt und form... im dichterischen Kunstwerk*, 1923), Vossler y su escuela y muchos otros. Más adelante hablaremos de algunos de ellos.

la psicología, como tampoco el de la ideología, por el momento no han encontrado una solución adecuada en la filosofía burguesa.

Las fundamentaciones de ambos problemas deben presentarse simultáneamente y en base a una relación mutua. Consideramos que una misma llave abre el acceso objetivo a las dos esferas. Esta llave es la filosofía del signo, esto es, la filosofía de la palabra en cuanto signo ideológico por excelencia. El signo ideológico es el territorio común tanto para el psiquismo como para la ideología; es un territorio material, sociológico y significante. Allí es donde debe efectuarse el deslinde entre la psicología y la ideología. El psiquismo no debe ser el doblete del mundo restante (ante todo, del mundo ideológico), pero el mundo restante tampoco ha de ser una simple acotación del monólogo psíquico.

Pero si la realidad de la psique es semiótica, ¿cuál es la forma de trazar la frontera entre el psiquismo subjetivo individual y la ideología en el sentido exacto de la palabra, la cual es también una realidad sígnica? Por el momento hemos señalado tan sólo el territorio compartido; en adelante es necesario trazar dentro del mismo una frontera correspondiente.

Lo esencial de este problema se reduce a la definición del signo interno (intracorporal) accesible a una autoobservación en su realidad inmediata. Desde el punto de vista del propio contenido ideológico no hay ni puede haber fronteras. Todo contenido ideológico sin excepción, cualquiera que sea su material semiótico, puede ser comprendido y, por consiguiente, asumido psíquicamente, es decir puede reproducirse en el material del signo interno. Por otro lado, todo fenómeno ideológico en el proceso de su creación pasa por la psique como por una instancia necesaria. Reiteramos: todo signo ideológico

externo, del género que sea, está sumergido en los signos internos de la conciencia. Nace y vive en este mar de los signos internos, ya que la vida de un signo externo consiste en el proceso siempre renovado de su comprensión, vivencia, asimilación, esto es, en su integración siempre nueva al contexto interno.

Por eso, desde el punto de vista del contenido en un principio no hay frontera entre el psiquismo y la ideología, sino tan sólo una diferencia de grado: un ideologema en la fase interna de su desarrollo es un ideologema impreciso, que sólo puede clarificarse, diferenciarse, consolidarse en el proceso de su plasmación ideológica. Un pensamiento que existe apenas en el contexto de mi conciencia, sin haberse consolidado en el contexto de una ciencia en cuanto sistema ideológico total, es un pensamiento confuso, aún no formulado. Pero ya en el contexto de mi conciencia este pensamiento se realiza con arreglo al sistema ideológico y de por sí lo generan los signos ideológicos asumidos por mí antes. Insistimos en que aquí no existe una diferencia cualitativa y de principio. El conocimiento de los libros, de los discursos ajenos, y el conocimiento en la mente de uno pertenecen a una misma esfera de la realidad, de modo que las diferencias que siempre existen entre lo que tenemos en la mente y el libro no conciernen al contenido del conocimiento.

Lo que más dificulta nuestro problema de deslinde entre el psiquismo y la ideología es el concepto de lo "individual". Como correlato de lo individual suele pensarse en lo "social", de ahí que el psiquismo sea individual y la ideología, social.

Esta concepción es radicalmente falsa. El correlato de lo social es lo "natural" y, por consiguiente, no se trata de un individuo como persona, sino de un individuo biológico de la naturaleza. El individuo como poseedor de los contenidos de su conciencia, como autor de sus

ideas, como persona responsable por sus pensamientos y deseos es un fenómeno estrictamente socioideológico. Por eso el contenido de una psique "individual" es por su naturaleza tan social como la ideología, y el mismo grado de la conciencia de su individualidad, con sus derechos internos, es de carácter ideológico, histórico y está totalmente condicionado por factores sociológicos. Todo signo es social en cuanto tal, y un signo interno no lo es menos que el externo.

Para evitar malentendidos es necesario distinguir siempre entre un individuo natural aislado, no integrado al mundo social, tal como lo conoce y estudia un biólogo, y el concepto de individuo que aparece ya como una superestructura ideológica y semiótica por encima del individuo natural, y es por ende social. Estos dos significados de la palabra "individuo" (individuo natural y persona) suelen confundirse, y como resultado en los razonamientos de la mayor parte de los filósofos y psicólogos permanentemente tiene lugar una *quaternio terminorum* o bien se sobreentiende un concepto, o bien se sustituye por otro.

Si bien el contenido de una psique individual es tan social como lo es la ideología, por otro lado los fenómenos ideológicos son tan individuales (en el sentido ideológico de la palabra) como lo son los fenómenos psíquicos. Todo producto ideológico lleva el sello de la individualidad de su creador o creadores, aunque este sello sea tan social como todos los demás rasgos e indicios de los fenómenos ideológicos.

Así pues, todo signo, e incluso un signo de individualidad, es social. Entonces, ¿en qué consiste la diferencia entre el signo interno y el externo, entre el psiquismo y la ideología?

Un significado vertido en el material de un movimiento interior está dirigido al organismo, al individuo natural dado y ante todo se determina en el contexto de la

unicidad de su vida. En este respecto, una cierta porción de la verdad es atribuible a las ideas de la escuela funcionalista. Es ilícito subestimar la peculiar unicidad del psiquismo frente a la unidad de los sistemas ideológicos. La singularidad psíquica es absolutamente compatible con la concepción ideológica y sociológica del psiquismo.

En efecto, alguna idea científica, incluso en mi conciencia, en mi psique, se realiza, como hemos dicho, con arreglo al sistema ideológico del conocimiento, en el cual la idea mencionada tiene su lugar. Mi pensamiento en este sentido desde un principio pertenece al sistema ideológico y se rige por sus leyes. Pero al mismo tiempo pertenece a otro sistema, que es asimismo singular y posee sus propias leyes: es el sistema de mi psiquismo. La singularidad de este sistema no se determina sólo por la unicidad de mí organismo biológico, sino por todo el conjunto de las condiciones vitales y sociales en las que dicho organismo aparece inserto. El psicólogo estudiará mi pensamiento enfocado hacia la singularidad orgánica de mi biología individual y hacia las condiciones de mi existencia. El ideólogo se interesará por el mismo pensamiento desde el punto de vista de su aportación objetiva al sistema del conocimiento.

El sistema de la vida psíquica, determinado por los factores orgánicos y biográficos (en el sentido extenso) está lejos de ser tan sólo el resultado del "punto de vista" de un psicólogo. Al contrario, se trata de una singularidad real, como es real el individuo biológico que está en sus cimientos, con su constitución peculiar, y como es real el conjunto de las condiciones vitales que determinan la vida del individuo. Cuanto más estrechamente se entreteje un signo interno con la unidad de este sistema psíquico, tanto más fuertemente se somete a la determinación por el aspecto biológico y biográfico, y tanto más lejos se halla de una expresión ideológica acabada. Por el contrario, a la medida

de su conformación y plasmación ideológica el signo interno parece liberarse de las cadenas del contexto psíquico.

Es lo que determina la diferencia entre los procesos de la comprensión del signo interno, es decir, de la vivencia, y el signo ideológico estrictamente exterior. En el primer caso comprender quiere decir relacionar el signo interior con la unidad de otros signos igualmente interiores, percibirlo en el contexto de una psique dada; en el segundo caso se trata de percibir un signo interno dado dentro de un sistema ideológico correspondiente. En realidad, también en el primer caso es necesario tener en cuenta la significación puramente ideológica de una vivencia dada: sin comprender, digamos, el sentido estrictamente cognoscitivo de algún pensamiento, el psicólogo no podrá comprender su lugar en el contexto de una psique determinada. Si se sustrae de la significación cognoscitiva del pensamiento en cuestión, ya no se las verá con un pensamiento sino con un mero proceso fisiológico de la realización de este pensamiento, del signo mencionado dentro del organismo. Es por eso que la psicología del conocimiento debe apoyarse en una teoría del conocimiento y en una lógica, y en general la psicología debe sustentarse sobre la ciencia de las ideologías y no a la inversa.

Hay que señalar que inclusive toda expresión sígnica externa, por ejemplo un enunciado, puede constituirse en dos direcciones: hacia el sujeto y desde éste hacia la ideología. En el primer caso el enunciado tiene como propósito expresar los signos internos en cuanto tales mediante los signos externos, y exige que el oyente los relacione con el contexto interior, es decir, que se proporcione una comprensión estrictamente psicológica. En el segundo caso hace falta una comprensión estrictamente ideológica y temático-referencial del enunciado[29].

29. Hay que señalar que los enunciados del primer tipo pueden ser ambivalentes: comunicar la vivencia ("siento alegría") o expresarla directamente ("¡Hurra!").

Así es como se realiza el deslinde entre el psiquismo y la ideología[30].

¿En qué forma aparecen, entonces, el psiquismo y los signos internos para nuestra observación y análisis?

En su aspecto más puro, el signo interno, es decir, una vivencia, sólo se presta a una autoobservación (introspección). La unidad de nuestra experiencia objetiva y externa, ¿se destruirá mediante la autoobservación? Desde el punto de vista de una concepción correcta del psiquismo y de la propia introspección, no se destruye en absoluto[31].

En efecto, el objeto de la autoobservación es el signo interno, que en cuanto signo puede también exteriorizarse. Un discurso interno puede adquirir voz. En el proceso de la autocomprensión es indispensable que los resultados de la observación de uno mismo se hagan externos, o en todo caso se aproximen a la fase de la expresión externa. Como tal, la autoobservación se desplaza del signo interior al exterior. De este modo, la propia autoobservación tiene un carácter expresivo.

Son posibles formas intermedias ("¡Me alegro!", con una fuerte entonación de alegría). La distinción entre estos dos tipos tiene una enorme importancia para el psicólogo y el ideólogo. En el primer caso no existe la expresión de la vivencia y, por consiguiente, no hay actualización del signo interior. Se expresa el resultado de una autoobservación (se presenta, por así decirlo, un signo del signo). En el segundo caso, la autoob servación de la experiencia interior brota al exterior y se hace objeto de una observa ción externa (para ser exactos, diremos que suele transformarse un poco en esta operación). En el tercer caso, el intermedio, el resultado de la autoobservación se matiza por el signo interior (signo primario) que brota al exterior.

30. La exposición de nuestros puntos de vista sobre el contenido de la psique ya fue presentada en nuestro libro mencionado arriba, *Freudismo*. Cf. el capítulo "Contenido de la psique como ideología".

31. Se destruiría en el caso de que la realidad de la psique fuese la realidad de la cosa y no la del signo.

La autoobservación es la comprensión del propio signo interno de la persona. Es lo que la distingue de la observación de un cuerpo físico o de algún proceso físico. No vemos ni percibimos la vivencia sino que la comprendemos. Esto quiere decir que en el proceso de autoobservación la incluimos en cierto contexto de otros signos comprendidos. Un signo es iluminado por otro signo.

La autoobservación es comprensión y por eso transcurre inevitablemente en cierta dirección ideológica. Así, puede llevarse a cabo con arreglo a los intereses de la psicología, y en tal caso comprende la vivencia determinada en el contexto de otros signos internos orientados hacia la unidad de la vida psíquica.

En este caso, la autoobservación echa una luz a los signos internos por medio del sistema cognoscitivo de los signos psicológicos, clarifica y singulariza la vivencia en dirección hacia su registro psicológico exacto. Este tipo de tarea se plantea, por ejemplo, a una persona examinada durante un experimento psicológico. Lo dicho por la persona sometida a prueba es el registro psicológico o un esbozo de tal registro.

Pero la autoobservación puede seguir otra dirección, si tiende hacia una autoobjetivación ética y moral. En este caso el signo interno se introduce en el sistema de normas y valores éticos y es comprendido y clarificado desde este punto de vista.

Dentro de la autoobservación en cuanto comprensión pueden presentarse otras orientaciones. Pero siempre y en todas partes la autoobservación busca esclarecer activamente el signo interno, conducirlo hacia una mayor articulación sígnica. Este proceso llega a su límite cuando el objeto de la autoobservación se vuelve del todo comprensible, es decir, cuando puede llegar a ser no sólo objeto de una observación de sí mismo, sino

también de una normal observación ideológica objetiva (semiótica).

De este modo, la autoobservación en cuanto comprensión está incluida en la unidad de la experiencia objetiva. Hay que agregar a esto lo siguiente: en un caso concreto es imposible trazar una frontera precisa entre los signos internos y externos, entre la autoobservación interna y la observación externa, que proporciona un continuo comentario, tanto semiótico como efectivo, de los signos internos en el proceso de la comprensión.

Un comentario real siempre está presente. La comprension de cualquier signo, tanto externo como interno, se lleva a cabo en un vínculo indisoluble con toda la situación de realización de este signo determinado. Esta situación también se presenta durante la autoobservación como un conjunto de hechos de una experiencia externa que comenta e ilumina un signo interno dado. Siempre se trata de una situación social. Una orientación en la propia alma de uno (la autoobservación) es en realidad inseparable de la orientación en una determinada situación social de la vivencia. Por eso todo tipo de profundización en la autoobservación sólo es posible mediante la profundización correspondiente en la comprensión de la situación social. Un total desprendimiento de ésta conduce también a una completa extinción de la vivencia; lo mismo sucede al omitir la naturaleza semiótica de ésta. Como veremos con mayor detalle más adelante, el signo y su situación social se encuentran indisolublemente ligados uno a otro. Un signo no puede ser separado de su situación social sin perder su naturaleza semiótica.

El problema del signo interno es uno de los más importantes en la filosofía del lenguaje. El signo interno por excelencia es la palabra, el discurso interno. El problema del discurso interno, igual que todos los

problemas tratados en este capítulo, es un problema filosófico. Se sitúa en la intersección de la psicología con los problemas de la ciencia de las ideologías. Sólo puede lograr una solución metodológica fundamental con base en la filosofía del lenguaje entendida como filosofía del signo. ¿Qué representa la palabra como signo interno? ¿En qué forma se realiza el discurso interno? ¿Cómo se relaciona éste con la situación social? ¿En qué forma se relaciona con el enunciado externo? Sólo una filosofía del lenguaje bien desarrollada puede responder estas preguntas.

Abordemos, por ejemplo, la segunda pregunta: ¿en qué formas se realiza el discurso interno? Desde un principio está claro que todas las categorías elaboradas por la lingüística, sin excepción alguna, para analizar las formas del lenguaje externo (lexicología, gramática, fonética) son inaplicables al análisis formal del discurso interno, y si lo son, hace falta una especie de transformación muy radical de estas categorías.

Un análisis más detenido pondría de manifiesto el hecho de que las unidades del discurso interno son ciertas totalidades que en algo recuerdan los párrafos del discurso monológico o bien enunciados enteros. Pero lo que más traen a la memoria son las réplicas de un diálogo. Por algo el lenguaje interno fue conceptualizado ya por los pensadores más antiguos como un diálogo interno. Las totalidades mencionadas no son divisibles en elementos gramaticales (no sin grandes reservas, al menos), y entre ellas, como entre las réplicas de un diálogo, no existen nexos gramaticales, aunque sí existen relaciones de otro género. Estas unidades del lenguaje interno, una especie de "impresiones globales"[32] de los enunciados, se vinculan entre sí y se

32. Tomamos prestado el término a Gompertz (*Weltanschauungslehre*). Parece que fue Otto Weininger quien empleó el término por primera vez. La impresión global es

suceden no de acuerdo con las leyes gramaticales o lógicas sino según las de la correspondencia valorativa (emocional), de una secuencia dialógica, etc., en una dependencia estrecha de las condiciones históricas de una situación social y de todo el curso pragmático de la vida[33].

Sólo una aclaración de las formas de enunciados enteros y, sobre todo, de las formas del lenguaje dialogado, puede echar una luz tanto sobre las formas del discurso interno como sobre la lógica peculiar de su curso en la corriente de la vida interior. Todos los problemas del signo interior que apuntamos por supuesto rebasan los límites de nuestro trabajo. Por el momento es imposible su elaboración productiva en términos generales. Es indispensable disponer antes de un enorme material fáctico previo y es preciso llegar a un esclarecimiento de los problemas más elementales y generales de la filosofía, particularmente del problema del enunciado.

Consideramos que el problema del deslinde entre el psiquismo y la ideología puede resolverse sobre el singular territorio del signo ideológico, que abarca las dos instancias. Con esta solución se suspende dialécticamente la contradicción entre el psicologismo y el antipsicologismo.

la impresión aún no desmembrada de un objeto íntegro, una especie de aroma global que lo antecede y que se ubica en la base del conocimiento preciso de un objeto. Así, no podemos recordar a veces una palabra o un nombre, a pesar de tenerlos "en la punta de la lengua", es decir, ya tenemos una impresión global de este nombre o palabra, que todavía no puede desplegarse en una imagen concreta y diferenciada. Según Gompertz, las impresiones globales tienen una gran importancia en el proceso del conocimiento. Son equivalentes psíquicos de las formas de la totalidad que contribuyen a esta unidad.

33. La distinción comúnmente aceptada de los tipos de discurso interno —visual, auditivo y motor— no tiene que ver con las consideraciones que aducimos. En cada uno de los tipos, el discurso se lleva a cabo mediante impresiones globales: visuales, auditivas, motrices.

El antipsicologismo tiene razón al negarse a derivar la ideología del psiquismo. Es más, es el psiquismo el que debe derivarse de la ideología. La psicología debe apoyarse en el estudio de las ideologías. La palabra primero tuvo que originarse y madurar en el proceso de la comunicación social entre los organismos, para después introducirse en un organismo y convertirse en palabra interior.

Sin embargo, el psicologismo también tiene razón: no existe signo externo sin el signo interno. Un signo externo incapaz de entrar a formar parte del contexto de los signos internos, es decir, no apto para ser comprendido y vivenciado, deja de ser signo y se convierte en cuerpo físico.

El signo ideológico sobrevive gracias a su realización psicológica, de la misma manera que la realización psicológica se sostiene gracias a la plenitud ideológica. La vivencia psíquica es lo interior que se transforma en lo exterior; el signo ideológico es lo exterior que llega a ser lo interior. En el organismo, la psique es extraterritorial. Representa lo social que penetra en el organismo de un individuo biológico. De la misma manera, todo lo ideológico es extraterritorial en el área socioeconómica, puesto que el signo ideológico que se encuentra fuera del organismo debe entrar en el mundo interior para realizar su significación semiótica.

Entre la psique y la ideología existe entonces una interacción dialéctica indisoluble: el psiquismo se anula al convertirse en ideología, mientras que la ideología se anula al convertirse en psiquismo; el signo debe liberarse de estar impregnado por el contexto psíquico (bio-biográfico), debe dejar de ser vivencia subjetiva para llegar a ser signo ideológico; el signo ideológico debe sumergirse en el elemento de los signos internos subjetivos, hacerse sonar con tonos adjetivos, para seguir siendo un signo vivo y no caer en la honorable posición de una reliquia incomprensible de museo.

Esta interacción dialéctica del signo interno con el signo externo, del psiquismo con la ideología, ha atraído muchas veces la atención de los pensadores, pero no ha encontrado una conceptualización correcta ni una expresión adecuada.

Últimamente Georg Simmel realizó un análisis más profundo interesante de esta interacción. Simmel percibe esta interacción en la forma característica del pensamiento burgués actual: como una "tragedia de la cultura" (más exactamente, como tragedia de una personalidad subjetiva creadora de la cultura). La personalidad creadora, según Simmel, se anula a sí misma, su subjetividad y su individualidad en el producto objetivo que crea ella misma. El nacimiento de un valor cultural objetivo está condicionado por la muerte del alma subjetiva.

No vamos a entrar en los detalles del análisis que hace Simmel de todo este problema, análisis que contiene no pocas observaciones finas e interesantes[34]. Sólo señalaremos la falla principal de la concepción de Simmel.

Para Simmel, entre el psiquismo y la ideología existe una ruptura insalvable: no existe, para él, un signo de una realidad que sea compartida tanto por el psiquismo como por la ideología. Las dos realidades, sin embargo, aparecen como la refracción de una misma existencia socioeconómica.

34. Existen dos trabajos de Simmel, traducidos al ruso, que están dedicados a este problema: "Tragedia de la cultura" (*Logos*, 1911-1912, tomos II-III) y un libro publicado con un prefacio del profesor Sviatlovski, *Conflictos de la cultura contemporánea* (Nachatki Znanii, Petrograd, 1923). Su último libro que trata el mismo problema desde el punto de vista de la filosofía de la vida es *Lebensanschauung*, 1919. La misma idea aparece como el *leit motiv* de su libro sobre Goethe, así como es parte de sus libros sobre Nietzsche, Schopenhauer, y de sus artículos sobre Rembrandt y sobre Migue Ángel (el último existe en ruso, cf. *Logos*, 1911-1912, tomo I). Las diferentes maneras de poner fin a este conflicto entre el alma y su objetivación creadora en un producto externo de la cultura son para Simmel fundamento de su tipología de personalidades creadoras.

Como resultado, la palpable contradicción díaléctica entre el psiquismo y la existencia se convierte, para Simmel, en una antinomia inerte e inmóvil, en una "tragedia". Trata vanamente de superar esta antinomia inevitable mediante una dinámica del proceso vital con matiz metafísico.

Sólo con base en un monismo materialista es posible una solución dialéctica de las contradicciones semejantes. Si no se adopta esta posición, las contradicciones se subestiman, se pasan por alto y como resultado se convierten en una antinomia irresoluble, en un trágico callejón sin salida[35].

En cada palabra, en cada enunciado, por insignificante que sea, siempre se renueva esta viva síntesis dialéctica de lo psíquico y lo ideológico entre lo interno y lo externo. En todo acto discursivo la vivencia subjetiva se anula dentro del hecho objetivo, del discurso-enunciado, y la palabra se subjetiviza en el acto de la comprensión de respuesta, para generar tarde o temprano una réplica como respuesta. Como sabemos, cada palabra es una pequeña arena de cruce y lucha de los acentos sociales de diversas orientaciones. La palabra en los labios de un individuo aislado aparece como producto de interacción de las fuerzas sociales vivas. De esta manera, el psiquismo y la ideología se compenetran dialécticamente en un proceso singular y objetivo de la comunicación social.

35. En la filosofía rusa es Fedor Steppun quien trabaja en los problemas de la objetivación del psiquismo subjetivo en productos ideológicos y en las contradicciones y conflictos que surgen de ello (cf. sus trabajos en *Logos*, tomos II-III, 1911-1912, y tomos. II-IV, 1913). Él también presenta estos problemas bajo una luz trágica y aun mística. No sabe desplegarlos en el plano de una realidad material objetiva, la única en que pueden tener una productiva y sobria solución dialéctica.

SEGUNDA PARTE

HACIA UNA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE

CAPÍTULO I

DOS CORRIENTES DEL PENSAMIENTO FILOSÓFICO LINGÜÍSTICO

Planteamiento del problema de la realidad dada del lenguaje - Fundadores de la primera corriente del pensamiento filosófico lingüístico (el subjetivismo idealista) - Representantes del subjetivismo idealista - Fundadores de la segunda corriente filosófico-lingüística (objetivismo abstracto) - Raíces históricas de la segunda corriente - Representantes actuales del objetivismo abstracto - Conclusión.

Cuál es, entonces, el objeto de la filosofía del lenguaje? ¿Dónde se encuentra? ¿Cuál es su materialidad concreta y dada? ¿Cómo abordarla metodológicamente? En la introductoria primera parte de nuestro trabajo no hemos tocado estas preguntas concretas. Hablamos de la filosofía del lenguaje, de la filosofía de la palabra. Pero ¿qué es el lenguaje?, ¿qué es la palabra?

Aquí no se trata, por supuesto, de dar una definición más o menos acabada de estas nociones fundamentales. Una definición semejante sólo puede ser dada al final y no al principio de un trabajo (y sólo en la medida en que la definición científica en general puede ser acabada). En el inicio de una investigación lo que hace falta no es una definición, sino unos lineamientos metodológicos: ante todo hay que abordar el

objeto real de la investigación, hay que aislarlo de la realidad circundante y delimitarlo previamente. Al principio de una investigación no tanto indaga el pensamiento, al construir fórmulas y definiciones, como los ojos y las manos, al tratar de aprehender el objeto.

Sin embargo, en nuestro caso los ojos y las manos se encuentran con una dificultad: los ojos no ven nada, las manos nada logran asir. Por lo visto el oído, que pretende oír la palabra, el lenguaje, es el que se encuentra en una posición más ventajosa. En efecto, para la ciencia del lenguaje las tentaciones de un empirismo fonético superficial son muy frecuentes. El estudio del aspecto fónico del discurso ocupa en la lingüística un lugar desproporcionadamente grande, es el que da el tono, y en la mayoría de los casos se lleva a cabo sin relación alguna con la sustancia real del lenguaje en cuanto signo ideológico[36].

La de aislar el objeto real de la filosofía del lenguaje es una tarea nada fácil. Con cualquier intento de delimitar el objeto de investigación, de reducirlo a un determinado, visible y compacto conjunto material y objetual, perdemos la propia esencia del objeto estudiado, su naturaleza sígnica e ideológica. Si aislamos el sonido como fenómeno puramente acústico, no aprehendemos el lenguaje como objeto específico. El sonido compete plenamente a la física. Si agregamos el proceso fisiológico de la producción del sonido y el proceso de su percepción acústica, tampoco nos acercaremos a nuestro objeto. Si unimos la vivencia (signos internos) del hablante con la del oyente obtenemos

36. Ante todo, esto se refiere a la fonética experimental, que no estudia en realidad el sonido de la lengua sino el sonido producido por los órganos articulatorios y percibido por el oído de un modo totalmente independiente del lugar que este sonido ocupa en el sistema de la lengua y en la estructura del enunciado. Tampoco en otras áreas de la fonética las enormes masas del material fáctico recolectado mediante un trabajo enorme y diligente jamás encuentran un lugar metodológicamente preciso.

dos procesos psicofísicos que transcurren en dos sujetos psicofisiológicos distintos, y un mismo complejo fónico y físico que se realiza en la naturaleza según las leyes de la física. Aún no aparece el lenguaje como objeto específico. Sin embargo, ya abordamos tres esferas de la realidad —la física, la fisiológica, la psicológica— y obtuvimos un conjunto suficientemente complejo y compuesto. Pero este conjunto carece de alma, sus partes integrantes reposan juntas sin ser unidas mediante alguna ley que lo unifique y lo convierta precisamente en un fenómeno del lenguaje.

¿Qué es lo que hay que añadir a nuestro conjunto ya de por sí complejo? Ante todo, es menester incluir este conjunto en otro conjunto mucho más amplio que lo abarque: la esfera global de la comunicación social organizada. Para observar el proceso de combustión es necesario que un cuerpo esté en medio del oxígeno. Para observar un fenómeno del lenguaje, es necesario situar al sujeto emisor y al sujeto oyente del sonido, así como el sonido mismo, en una atmósfera social. Porque es indispensable que así el hablante como el oyente pertenezca a un mismo colectivo lingüístico y a una sociedad, organizada de un modo determinado. Además, es necesario que nuestros dos individuos se reúnan en una situación social concreta, es decir, que se encuentren, como un hombre con otro hombre, sobre algún terreno determinado. Un intercambio verbal sólo puede suceder sobre una base determinada, por más general u ocasional que ésta fuese.

Así pues, la unidad del medio verbal y la unidad del acontecimiento social inmediato de la comunicación son condiciones absolutamente indispensables para que el señalado conjunto físico-psico-fisiológico pueda vincularse al lenguaje, al discurso, para que pueda llegar a convertirse en un hecho de la lengua en cuanto discurso. Dos organismos biológicos en condiciones de un medio puramente

natural no generan ningún hecho discursivo. Pero como resultado de nuestro análisis, en vez de la buscada delimitación del objeto de la investigación, hemos llegado a una amplificación y una complicación extraordinarias.

Es que el medio social organizado en que hemos incluido nuestro conjunto, y la inmediata situación social de la comunicación son de por sí extraordinariamente complejos, llenos de nexos multilaterales y heterogéneos, entre los cuales no todos son igualmente necesarios para la comprensión de los hechos del lenguaje, y no todos representan aspectos constitutivos del lenguaje. Finalmente, todo este heterogéno sistema de fenómenos y relaciones, de procesos y cosas requiere que se lo reduzca a un denominador común; todas las líneas deben ser conducidas a un mismo centro: el foco del proceso lingüístico.

En el capítulo anterior hemos expuesto el problema del lenguaje, esto es, explayamos el problema y las dificultades que incluye. ¿De qué modo la filosofía del lenguaje y la lingüística suelen resolverlo? ¿Qué pautas, susceptibles a servir de una orientación, ya han sido marcadas para su solución?

Nuestro objetivo no incluye una incursión circunstanciada en la historia o al menos en el estado actual de la filosofía del lenguaje y de la lingüística general. Aquí nos limitaremos solamente a un análisis general de las corrientes magistrales del pensamiento filosófico y lingüístico de la modernidad[37].

37. Hasta ahora no existen trabajos especiales sobre la historia de la filosofía del lenguaje. Existen sólo investigaciones enjundiosas sobre la filosofía del lenguaje y la lingüística en la antigüedad, por ejemplo: Steinthal, *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern* (1890). Para la historia europea, sólo existen monografías acerca de algunos pensadores y lingüistas (sobre Humboldt, Wundt, Marty, etc.). Las señalaremos en el lugar oportuno. Por lo pronto el único ensayo sólido de historia de la filosofía del lenguaje el lector lo puede encontrar en el libro de Ernst Cassirer

En la filosofía del lenguaje y en las áreas metodológicas correspondientes de la lingüística general podemos observar dos corrientes principales en cuanto a la solución de nuestro problema, a saber: el problema de la separación y delimitación del lenguaje como objeto de un estudio específico. De ahí que en todos los demás problemas de la ciencia del lenguaje se observe una diferenciación radical entre las dos corrientes mencionadas.

La primera corriente de la ciencia del lenguaje puede denominarse el subjetivismo individualista, y la segunda el objetivismo abstracto[38].

La primera corriente analiza el acto individual y creativo del discurso como el fundamento del lenguaje (entendido como conjunto de todos los fenómenos lingüísticos sin excepción alguna). La psique individual es el origen del lenguaje. Las leyes de la creación lingüística —y la lengua es la creación y la generación continua— son leyes psicológicas individuales, las cuales deben justamente estudiarse por el lingüista y por el filósofo del lenguaje. Echar una luz sobre un fenómeno lingüístico quiere decir reducirlo a un acto razonado (y a veces incluso racional) de la creación individual. Todo lo demás en el trabajo del

Philosophie der symbolischen Formen. Erster Teil: Die Sprache (1923). Kap. I, "Das Sprachproblem in der Geschichte der Philosophie" (S. 55-121). En ruso R. Shor ofrece un ensayo conciso pero enjundioso de la situación actual de la lingüística y la filosofía del lenguaje en el artículo "Crisis de la lingüística contemporánea" (*Iafeticheski sbornik*, V, 1927, pp. 32-71). Una revista general, aunque bastante incompleta, de los trabajos sociolingüísticos aparece en el artículo de M. N. Peterson "Lengua como fenómeno social" (*Uchonvie Zapiski Instituta Iazyka i Literatury*, Ranion, Moscú, 1927, pp. 3-21).

38. Ambas denominaciones, como todas de este tipo, están lejos de cubrir la plenitud y la complejidad de las corrientes mencionadas. Sobre todo, como veremos, es inadecuada la designación de la primera corriente. Sin embargo, no hemos encontrado calificativos más apropiados.

lingüista tiene tan sólo un carácter previo, constativo, descriptivo y clasificador, que busca una explicación verdadera del fenómeno lingüístico únicamente a partir de un acto de creación individual, o bien sirve a los fines prácticos de la enseñanza de una lengua dada. Desde este punto de vista la lengua es análoga a otros fenómenos ideológicos; en especial al arte, a la actividad estética.

Para la primera corriente, el enfoque general de la lengua se reduce, entonces, a los cuatro postulados siguientes:

1) El lenguaje es actividad, es un continuo proceso constructivo de creación (energeia) realizado en los actos discursivos individuales.

2) Las leyes de la creación lingüística son leyes individuales y psicológicas.

3) La creatividad lingüística es una actividad consciente análoga a la artística.

4) El lenguaje como producto hecho (ergon), como sistema estable de una lengua (vocabulario, gramática, fonética), es una especie de sedimento muerto, una lava petrificada de la creación lingüística, construido en abstracto por la lingüística con los fines de enseñanza práctica de una lengua como un instrumento hecho.

El representante más grande de la primera corriente, quien puso sus cimientos, fue Wilhelm Humboldt[39].

La influencia del vigoroso pensamiento humboldtiano trasciende con mucho los límites de la corriente que acabamos de caracterizar. Se puede decir que toda la lingüística posterior a Humboldt, hasta nuestros días, se encuentra bajo su influjo determinante. Por supuesto, la totalidad del pensamiento de Humboldt sobrepasa el marco de los cuatro postulados expuestos:

39. Sus predecesores en este sentido fueron Hamann y Herder.

es más amplio, complejo y contradictorio, y es por eso que Humboldt pudo convertirse en preceptor de dos corrientes sumamente divergentes. Pero el núcleo principal de las ideas de Humboldt es la expresión más contundente y profunda de las tendencias principales de la primera corriente que hemos caracterizado[40].

En la lingüística rusa, el exponente más importante de la primera corriente fue A. A. Potebniá y el círculo de sus seguidores[41].

Los representantes posteriores de la primera corriente no alcanzaron la síntesis filosófica ni la profundidad de Humboldt. La corriente fue menguándose, sobre todo al pasar a las posiciones positivistas y superficialmente empiristas. Ya Steinthal no logra la misma envergadura de Humboldt. En cambio, la sustituye por una mayor precisión metodológica y una sistematicidad.

40. Humboldt expuso sus ideas filosófico-lingüísticas en *Deber die Verschiedenheiten des menschlichen Sprachbaues,* Vorstudie zur Einleitung zum Kawíwerk; Gesamm. Schriften (Akademie-Ausgabe), Bd. VI. Existe una traducción muy vieja al ruso por P. Biliarski: "Sobre los diferentes organismos del lenguaje humano" (1859). En torno a Humboldt existe una extensa bibliografía. Señalaremos el libro de R. Heirri, *Wilhelm von Humboldt,* del que hay una traducción rusa. Entre las investigaciones más nuevas, cf. el libro de Ed. Spranger *Wilhelm von Humboldt* (Berlín, 1909). Sobre la importancia de Humboldt para la lingüística rusa, véase el libro de B. M. Engelhardt: *A. N. Veselovski,* Petrogrado, 1922. Hace poco salió un libro muy interesante de G. Spett: *La forma interior de la palabra (estudios y variaciones sobre el tema de Humboldt)* (en ruso), en el que el autor trata de reconstruir a un Humboldt auténtico, purificado de los estratos de las interpretaciones tradicionales, que son varias. La concepción de Spett, muy subjetiva, demuestra una vez más hasta qué punto Humboldt es complejo y contradictorio; las variaciones resultaron ser muy libres.

41. Su trabajo filosófico principal es *Mysl i iazyk [Pensamiento y lenguaje],* reeditado por la Academia de Ciencias Ucraniana. Los seguidores de Potebniá, la llamada "escuela de Jarkov" (Ovsianiko-Kulikovski, Lezin, Jartsíev, etcétera), editaron una serie no periódica "Cuestiones de teoría y psicología de la creación", que contiene los trabajos póstumos del propio Potebniá y los artículos de sus discípulos sobre él. En el libro principal de Potebniá hay una exposición de las ideas de Humboldt.

También para Steinthal la psique individual es el origen del lenguaje, y las leyes de la evolución lingüística son psicológicas[42].

Los fundamentos de la primera corriente se reducen extraordinariamente al psicologismo empirista de Wundt y de sus seguidores[43]. Los razonamientos de Wundt pueden resumirse en la idea de que todos los hechos de la lengua, sin excepción, se prestan para ser explicados desde el punto de vista de la psicología individual basada en el voluntarismo[44]. Es verdad que Wundt, igual que Steinthal, considera la lengua como hecho de una "psicología de los pueblos" (Vólkerpsychologie) o "psicología étnica"[45]. No obstante, la psicología de los pueblos de Wundt se compone de los psíquismos individuales aislados; sólo éstos poseen la plenitud de lo real. Todas sus explicaciones de los hechos de la lengua, del mito, de la religión se reducen al fin de cuentas a interpretaciones puramente psicológicas. Wundt no conoce la realidad específica estrictamente sociológica, propia de todo signo ideológico, el que no se reduce a ninguna ley psicológica individual.

Actualmente la primera corriente de la psicología

42. En la base de la concepción de Steinthal se encuentra la psicología de Gerbart, que trata de construir todo el edificio del psiquismo humano de elementos conceptuales unidos por nexos asociativos.

43. Aquí la relación con Humboldt es ya muy débil.

44. El voluntarismo fundamenta la psique con el elemento volitivo

45. El término "psicología étnica" fue propuesto por G. Spett para sustituir la traducción literal del término alemán *Volkerpsychologie:* "psicología de los pueblos". El término es, en efecto, sumamente satisfactorio, y la designación de G. Spett nos parece muy acertada. Cf. G. Spett, *Introducción a la psicología étnica* [en ruso], Academia Estatal de las Artes, Moscú, 1927. En el libro se da una crítica bien fundamentada de la concepción de Wundt, pero la propia construcción de G. Spett es absolutamente inaceptable.

del lenguaje, al desechar las trabas del positivismo, volvió a lograr un intenso florecimiento y una amplitud en la comprensión de sus objetivos con la escuela de Vossler. La escuela de Vossler (la llamada *idealistische Neuphilologie*) aparece indiscutiblemente como una de las corrientes más prestigiosas de la filosofía del lenguaje contemporánea. También es muy grande el aporte positivo y específico de sus continuadores a la lingüística (la romanística y la germanística). Basta con mencionar, aparte del mismo Vossler, a sus partidarios como Leo Spitzer, Lorck, Lerch, etcétera. Tendremos la ocasión de hablar de cada uno de ellos repetidamente.

La concepción filosófico-lingüística general de Vossler y su escuela puede caracterizarse plenamente mediante los cuatro postulados que hemos expuesto. La escuela de Vossler ante todo se define por un rechazo decidido y fundamentado del positivismo lingüístico, que no ve más allá de la forma lingüística (predominantemente la forma fonética como la más "positiva") y del acto psicofisiológico elemental de su generación[46]. En esta relación, se promueve el aspecto conscientemente ideológico del lenguaje al primer plano. El motor principal de la creatividad lingüística es el gusto lingüístico, que es una especie de gusto artístico. El gusto lingüístico viene a ser aquella verdad lingüística gracias a la cual la lengua vive, y la que el lingüista debe descubrir en todo fenómeno de la lengua, para que dicho fenómeno sea comprendido y explicado.

Pero sólo será historia científica de la lengua aquella que a través de toda la serie de causas prácticas llegue a la serie estética, de manera que el pensamiento idiomático, la verdad idiomática, el gusto idiomático, el

46. El primer trabajo filosófico fundamental de Vossler *Positivismus und Idealismus der Sprachwissenschaft* (Heidelberg, 1904) está dedicado a la crítica del positivismo lingüístico.

sentimiento idiomático o como lo llama Wilhelm von Humboldt, la forma interior del lenguaje se haga patente y comprensible en todos sus cambios, condicionados física y psíquicamente, política, económicamente y, en general, culturalmente[47].

De modo que, como vemos, todos los factores que determinan algún fenómeno lingüístico (los factores físicos, políticos, económicos y otros), según Vossler, no tienen para un lingüista una importancia directa, y sólo le importa el sentido artístico de un fenómeno lingüístico dado.

Esta es la concepción del lenguaje, netamente estética, propuesta por Vossler. "El pensamiento idiomático es, en lo esencial —dice—, pensamiento poético, la verdad idiomática es verdad artística: es belleza llena de significación"[48].

Es muy comprensible que para Vossler el fenómeno principal, la realidad principal de la lengua no sea el sistema hecho de la lengua, en el sentido del conjunto de las heredadas y existentes formas fonéticas, gramaticales y otras, sino el acto individual y creativo del discurso (Sprache als Rede)[49]. De ahí que en todo acto discursivo, desde el punto de vista de generación del lenguaje, no sean importantes aquellas formas gramaticales que son comunes, estables y presentes en todos los demás enunciados de una lengua dada, sino que importe la concretización estilística y la modificación de estas formas abstractas, que caracterizan tan sólo el enunciado individual dado.

47. "Gramática e historia lingüística", *Logos,* I, 1910, p. 170 (en ruso). Aquí citamos la siguiente edición: Karl Vossler, *Filosofía del lenguaje* (ensayos), trad. y notas de Amado Alonso y Raimundo Lida con la colaboración del autor, Ed. Losada, Buenos Aires, 1978, p. 40. [N. de la T.]

48. Ibid., p. 37 (Ed. rusa, p. 167).

49. Para eliminar la identificación con las teorías de Austin, traduzco *acto de discurso,* y no *acto de habla.* [N. de la T.]

Esta individuación estilística de la lengua sólo es productiva en un enunciado concreto desde el punto de vista de la creatividad y de la historicidad. Es aquí donde tiene lugar la generación del lenguaje que posteriormente se asienta en formas gramaticales: todo lo que llega a ser hecho gramatical, antes fue hecho estilístico. Así puede ser resumida la idea vossleriana de la prioridad de la estilística sobre la gramática[50]. La mayor parte de las investigaciones lingüísticas realizadas por la escuela de Vossler se sitúa en la frontera entre la lingüística (en sentido estricto) y la estilística. En cada forma de la lengua los vosslerianos tratan de descubrir consecuentemente sus raíces conscientemente ideológicas.

Estas son, en resumidas cuentas, las ideas filosófico-lingüísticas de Vossler y su escuela[51]. Entre los representantes contemporáneos de la primera corriente de la filosofía del lenguaje hay que mencionar al filósofo y literato italiano Benedetto Croce, por su gran influjo en el actual pensamiento filosófico-lingüístico y literario de Europa.

50. Más adelante haremos una crítica de esta idea.

51. Los principales trabajos filosófico-lingüísticos de Vossler aparecidos después del libro citado están compilados en *Philosophie der Sprache* (1926). Es el último libro de Vossler, que da una idea completa acerca de su concepción filosófica y lingüística. El trabajo lingüístico que caracteriza bien la metodología filosófica de Vossler es "Frankreich Kultur im Spiegel seiner Sprachenwicklung" (1913). Una bibliografía completa de Vossler hasta 1922 se encuentra en su homenaje: *Idealistische Neuphilologie, Festschrift für K. Vossler (1922) [Cf.* En ruso hay dos artículos:.el del *Logos,* que ya citamos, y "Relación entre la historia de las lenguas y la historia literaria", *Logos,* 1912-1913, tomos. I-II [*Cf. Historia de la lengua e historia de la literatura, en Vossler, Filosofía del lenguaje,* ed. cit., pp. 41-60. N. de la T.]. Los dos dan una idea de la concepción vossleriana. Las opiniones de Vossler y sus seguidores no han sido discutidas por los lingüistas rusos. Existen sólo algunos señalamientos en el artículo de V. M. Zhirmunski sobre la actual ciencia literaria alemana (*Poetika,* vol. III, 1927, ed. Academia). En el ensayo de R. Shor que citamos la escuela de Vossler sólo está mencionada en una nota. En un lugar adecuado hablaremos de los trabajos de los continuadores de Vossler que son importantes filosófica y metodológicamente.

En muchos aspectos las ideas de Benedetto Croce son cercanas a las vosslerianas. Para él también el lenguaje es un fenómeno estético. El término clave de su concepción es expresión. De ahí que la lingüística como ciencia de la expresión (de la palabra) por excelencia coincida con la estética. También para Croce el acto individual expresivo del discurso es el principal fenómeno de la lengua[52].

Ahora vamos a caracterizar la segunda corriente de la filosofía del lenguaje. El centro organizador de todos los fenómenos lingüísticos, el que se convierte en el objeto de una particular ciencia del lenguaje, se traslada, para la segunda corriente, hacia un aspecto totalmente distinto: hacia el sistema de la lengua en cuanto sistema de las formas fonéticas, gramaticales y léxicas. Si para la primera corriente la lengua es un eterno flujo de actos discursivos, en el que nada permanece estable ni idéntico a sí mismo, para la segunda corriente la lengua es un arcoiris inamovible que se yergue sobre el flujo.

Como todo acto creativo individual, todo enunciado es individual e irrepetible, pero en todo enunciado hay elementos idénticos a los elementos de otros enunciados de un grupo discursivo dado. Son precisamente estos elementos idénticos y por lo mismo normativos para todos los enunciados —elementos fonéticos, gramaticales y léxicos— los que aseguran la unidad de una lengua dada y de su comprensión por parte de todos los miembros del colectivo.

Si tomamos algún sonido de la lengua, por ejemplo, el fonema "a" en la palabra "arco", este sonido producido por el aparato articulatorio de un organismo individual es singular e irrepetible para el individuo hablante. Cuantas personas pronuncien la palabra "arco", tantas

52. Traducida al ruso existe la primera parte de la estética de B. Croce: *Estética como ciencia de la expresión y como lingüística general*, Moscú, 1920, que contiene los puntos de vista más generales de Croce sobre el lenguaje y la lingüística.

"a" singulares aparecerán en ella (aunque nuestro oído no quiera ni pueda percibir sus diferencias). Al fin y al cabo, el sonido fisiológico (es decir, el sonido producido por un aparato fisiológico individual), es tan irrepetible como lo es la huella dactilar de un individuo determinado, como es irrepetible la composición sanguínea de cada individuo (aunque hasta ahora la ciencia no llegara a descubrir la fórmula individual de la sangre).

Sin embargo, todas estas cualidades individuales del sonido "a", condicionadas, digamos, por la forma irrepetible de la lengua, del paladar y de la dentadura de los individuos hablantes (en el caso de que fuéramos capaces de captar y de registrarlas todas), ¿son realmente esenciales desde el punto de vista de la lengua? Por supuesto, no lo son en absoluto. Lo que resulta esencial es justamente la identidad normativa de un sonido dado en todos los casos de la pronunciación de la palabra "arco". Es precisamente esta identidad normativa (porque una identidad de los hechos no existe) la que constata la unidad del sistema fonético de la lengua (en el corte de un instante determinado de su vida) y asegura que la palabra dada sea comprendida por todos los miembros de un colectivo lingüístico. Este fonema "a" normativamente idéntico aparece como el hecho de la lengua, como el objeto específico de la ciencia lingüística.

Lo mismo vale respecto de todos los otros elementos de la lengua. Aquí también nos topamos con la misma normatividad idéntica de una forma lingüística (por ejemplo, algún cliché sintáctico), y con una realización individualmente irrepetible y una plenitud de la forma dada en un acto discursivo singular. El primer aspecto forma parte del sistema de la lengua, el segundo viene a ser el hecho de los procesos individuales de la enunciación determinados por factores fisiológicos, los subjetivamente psicológicos y otros, que no pueden ser registrados, pero que son causales

desde el punto de vista del sistema de la lengua.

Está claro que el sistema de la lengua en el sentido arriba caracterizado aparece como absolutamente independiente de cualquier acto, intención o motivo individualmente creativo. Desde el punto de vista de la segunda corriente ya no puede tratarse de una consciente creatividad lingüística por parte del individuo hablante[53]. La lengua se le opone al individuo como una norma inquebrantable e inobjetable, que desde el punto de vista del individuo sólo puede ser asumida por él. Si el individuo no percibe alguna forma lingüística como norma incuestionable, entonces ésta ni existe siquiera para él como tal, si no sea tan sólo como la posibilidad natural de su aparato psicofísico individual. El individuo recibe el sistema totalmente hecho del colectivo hablante, y todo cambio dentro del sistema está más allá de los límites de su conciencia individual. Un acto individual de la pronunciación de ciertos sonidos llega a ser un acto lingüístico sólo en la medida de su pertenencia a un sistema lingüístico invariable en cada momento dado e incuestionable para un individuo.

¿Cuál es la ley que rige desde dentro el sistema lingüístico? Esta ley es puramente inmanente y específica, irreductible a cualquier ley ideológica, artística u otra. Todas las formas de la lengua en el corte sincrónico son mutuamente necesarias, se complementan recíprocamente convirtiendo la lengua en un sistema coherente regido por una ley lingüística específica. Una específica regularidad lingüística, a diferencia de una regularidad ideológica —del conocimiento, de la creación artística, etcétera— no puede ser motivo de una conciencia individual. El

53. Sin embargo, como veremos abajo, sobre un terreno racionalista las bases de la segunda corriente del pensamiento filosófico-lingüístico que acabamos de caracterizar han podido combinarse con la idea de una lengua universal y racional creada artificialmente.

individuo debe aceptar y asumir todo este sistema tal cual se presente, en su interior no hay lugar para valoraciones ideológicas diferenciales: peor, mejor, bello, feo, etcétera. En realidad, sólo existe un criterio lingüístico: correcto-incorrecto, y se entiende por corrección lingüística tan sólo la correspondencia de una forma dada al sistema normativo de la lengua. Por tanto, no cabe hablar de ningún gusto lingüístico ni de verdad lingüística alguna. Desde el punto de vista de un individuo, una regularidad lingüística es arbitraria, es decir, carece de toda inteligibilidad y motivación natural e ideológica (por ejemplo, artística). Así, entre el aspecto fonético de una palabra y su significación no existe ningún vínculo natural, como tampoco existe correspondencia artística alguna.

Si la lengua como sistema de formas es independiente de cualquier impulso o acción de un individuo, ella es, por consiguiente, el producto de una creatividad colectiva, es social, y por tanto, como toda institución social, es normativa para cada individuo aislado.

Sin embargo, el sistema de la lengua, que es total e inmutable en todo corte sincrónico, va cambiando y formándose en el proceso de la generación histórica de un colectivo hablante dado. Porque la identidad normativa del fonema que hemos establecido es diferente para las diversas épocas de desarrollo de una lengua determinada. En resumen, la lengua tiene su historia. ¿Cómo puede ser comprendida su historia desde el punto de vista de la segunda corriente?

Para la segunda corriente del pensamiento filosófico-lingüístico resulta sumamente característica una peculiar ruptura entre la historia y el sistema de la lengua, tomada en su corte ahistórico, sincrónico de un momento dado. Desde el punto de vista de los postulados básicos de la segunda corriente, esta ruptura dualista es absolutamente

insuperable. Entre la lógica que rige el sistema de las formas lingüísticas en un momento dado y la lógica (o más bien la "alógica") del cambio histórico de estas formas no hay nada en común. Son dos lógicas distintas; o, si reconocemos como lógica a una de ellas, la otra será una "alógica", esto es, una verdadera violación de una lógica aceptada.

Efectivamente, las formas lingüísticas que componen el sistema de la lengua son mutuamente necesarias y se complementan recíprocamente una a otra como los miembros de una misma fórmula matemática. El cambio de un miembro del sistema crea un sistema nuevo, así como el cambio de uno de los miembros de la fórmula crea una nueva fórmula. El nexo y la ley que rige las relaciones entre los componentes de una fórmula dada no se extiende, desde luego, ni se puede extender hacia las relaciones de un sistema o de una fórmula dada con otro sistema o fórmula que los siguen.

En este caso se puede utilizar una analogía burda que, sin embargo, expresa con cierta precisión la actitud de la segunda corriente de la filosofía del lenguaje ante la historia de la lengua. Comparemos el sistema de la lengua a la fórmula para resolver el binomio de Newton. Esta fórmula se rige por una ley estricta que domina y hace inmutable a cada uno de sus miembros. Supongamos que un estudiante que usa la fórmula la confunda (por ejemplo, se equivoque en signos y valores), y como resultado aparezca una nueva fórmula con su propia ley interna (esta fórmula, por supuesto, no serviría para resolver el binomio, pero esto no importa para nuestra analogía). Entre la primera y la segunda fórmula ya no hay ninguna relación matemática que sea análoga a aquella que predomina dentro de cada una de fórmulas.

Lo mismo sucede en la lengua. Las relaciones sistemáticas que vinculan dos formas lingüísticas en un sistema de la lengua (en el corte de un momento dado),

nada tienen en común con aquellas relaciones que unen una de estas formas a su aspecto transformado en la siguiente etapa de la generación histórica de la lengua. Los alemanes hasta el siglo XVI solían conjugar: ich was; wir waren. Los alemanes contemporáneos conjugan: ich war, wir waren. Ich was se ha transformado, de esta manera, en ich war. Entre las formas ich was – wir waren e ich war - wir waren existe una relación lingüística sistemática y una complementación mutua. Se relacionan y se complementan una a otra, particularmente, como el singular y el plural de la primera persona en la conjunción de un mismo verbo. Entre ich was - ich war y entre ich war (contemporáneo) y wir waren (siglos xv-xvi) existe otra relación absolutamente especial, que nada tiene en común con una relación sistemática. La forma ich war se formó por analogía con wir waren: en vez de ich was, bajo la influencia de wir waren algunos individuos empezaron a crear ich war[54]. El fenómeno se ha difundido y, como resultado, un error individual se convirtió en una norma lingüística. Así, pues, entre las dos series: *ich was - wir waren (en el corte sincrónico del s. XV, por ejemplo), o ich war - wir waren (el corte histórico del s. xx)* y *ich was - ich war - wir waren (como factor que condiciona la analogía)* existen diferencias muy profundas y de principio. La primera serie (la sincrónica) se rige por el nexo sistemático-lingüístico entre elementos mutuamente necesarios y mutuamente complementarios. Esta serie se contrapone al individuo como una norma lingüística inquebrantable. La segunda serie es histórica (o diacrónica) y se rige por su propia ley, que es, en términos estrictos, la ley del error por analogía.

La lógica de la historia de la lengua es la de los

54. Los ingleses hasta hoy dicen "I was".

errores individuales o de las divergencias y se verifica fuera de los límites de una ciencia individual. La transición es espontánea y pasa inadvertida, y sólo por lo mismo puede llevarse a cabo. En cada época dada puede existir una sola norma lingüística: o ich was, o ich war. Junto a la norma sólo puede existir su transgresión, pero no otra norma opuesta (por eso no pueden presentarse "tragedias" lingüísticas). Si la transgresión no se advierte, y por lo mismo no se corrige, y si existe un motivo que favorezca a que la transgresión determinada se convierta en un hecho masivo —en nuestro caso esta base favorable es la analogía— entonces tal transgresión llega a convertirse en una nueva norma lingüística.

Así pues, entre la lógica de la lengua como sistema de formas, y la lógica de su generación histórica no hay ninguna relación, no hay nada en común. En ambas esferas predominan las leyes totalmente diferentes y los factores diversos. Aquello que hace la conciencia y la unidad de la lengua es su corte sincrónico, se transgrede y se subestima en el corte diacrónico. El presente de una lengua y la historia de la misma no se comprenden y no son capaces de comprenderse uno a otra.

Precisamente en este punto se observa la diferencia más profunda que existe entre la primera y la segunda corriente de la filosofía del lenguaje. Porque para la primera, la esencia de la lengua se pone de manifiesto justamente en su historia. La lógica de una lengua no es la de la repetición de una forma normativamente idéntica, sino la de una renovación eterna, una individualización de esta forma mediante las enunciaciones estilísticamente irrepetibles. La realidad de una lengua es justamente la de su generación. Entre un momento dado de la vida de la lengua y su historia reina una total comprensión mutua. Aquí y allá predominan los mismos motivos ideológicos: usando el lenguaje de

Vossler se puede decir: el gusto lingüístico crea la unidad de la lengua en el corte de un momento dado: el mismo gusto crea y asegura la unidad de la generación histórica de la lengua. La transición de una forma histórica a otra se realiza en general dentro de los límites de una conciencia individual, puesto que, como lo sabemos con Vossler, cada forma gramatical inicialmente fue forma estilística libre.

La diferencia entre las dos corrientes puede ilustrarse de la siguiente manera: las formas idénticas a sí mismas que forman un sistema inmóvil de la lengua (ergon) fueron para la primera corriente tan sólo un sedimento muerto de una generación lingüística real, de la auténtica esencia de la lengua verificada en un acto creativo individual. Para la segunda corriente, es precisamente este sistema de las formas idénticas a sí mismas el que llega a ser la esencia de la lengua; la refracción creativa individual y la variación de las formas lingüísticas son para la lengua tan sólo los residuos de la vida lingüística, sólo los matices inaprensibles e innecesarios del tono principal e invariable de las formas lingüísticas.

El punto de vista resumido de la segunda corriente puede ser reducido a las siguientes ideas fundamentales:

La lengua es un sistema estable e invariable de formas normativamente idénticas, sistema previamente dado a la conciencia individual e incuestionable para ésta.

Las leyes de la lengua son leyes específicamente lingüísticas, que expresan la relación entre los signos lingüísticos dentro de un sistema cerrado de la lengua. Son leyes objetivas para toda conciencia subjetiva.

Las relaciones lingüísticas específicas no tienen nada que ver con los valores ideológicos (artísticos, cognoscitivos y otros). Ningún motivo ideológico fundamenta el fenómeno de la lengua. Entre la palabra y su significado no hay ningún vínculo natural e inteligible para la conciencia,

como tampoco hay nexo artístico alguno.

Los actos individuales de enunciación desde el punto de vista de la lengua aparecen apenas como refracciones y variaciones casuales, o sólo como distorsiones de las formas normativamente idénticas; pero precisamente estos actos individuales de enunciación explican la variabilidad histórica de las formas lingüísticas. En cuanto tal, esta variabilidad es irracional y absurda desde el punto de vista del sistema. Entre el sistema de la lengua y su historia no hay relación ni motivación común. Son ajenos el uno a la otra.

El lector puede ver que los cuatro principios de la segunda corriente filosófico-lingüística que hemos formulado representan una antítesis de los cuatro principios correspondientes de la primera corriente.

Resulta mucho más difícil seguir la trayectoria histórica de la segunda corriente. En los albores de la época contemporánea no existió un representante o fundador que por su grandeza fuese comparable a W. von Humboldt. Las raíces de esta corriente deben buscarse en el racionalismo de los siglos XVIII y XVIII. Se trata de las raíces cartesianas[55].

Las ideas de la segunda corriente tuvieron su primera expresión bien articulada en la gramática universal de Leibniz. Cualquier racionalismo se caracteriza por la idea del convencionalismo y la arbitrariedad de la lengua, así como por una comparación del sistema de la lengua con el sistema de los signos matemáticos. La mente matemáticamente orientada de los racionalistas no se interesa por la relación entre el signo y la realidad que éste refleja, ni por el individuo que lo genera, sino por la

55. No cabe duda acerca de una profunda relación interna de la segunda corriente del neoclasicismo, con su culto a la forma ensimismada, racional e inmóvil. El mismo Descartes no dejó trabajos sobre la filosofía del lenguaje, pero sí algunas opiniones en su correspondencia. Sobre éstas, ver el capítulo mencionado del trabajo de Cassírer, pp. 67-68.

relación entre los signos dentro de un sistema cerrado. En otras palabras, les interesa tan sólo la lógica interna del propio sistema de signos, tomado, como en el álgebra, independientemente de las significaciones ideológicas que corresponden a los signos. Los racionalistas todavía tienden a tomar en cuenta el punto de vista del receptor que comprende, pero para nada el del hablante en cuanto sujeto que expresa su vida interior. Un signo matemático menos que nada puede ser interpretado como expresión de una psique individual, y el signo matemático fue para los racionalistas el ideal de todo signo, el signo lingüístico inclusive. Todo esto halló una nítida expresión en la idea de la gramática universal de Leibniz[56].

Aquí mismo hay que señalar que la prioridad del punto de vista del receptor, del sujeto que comprende, sobre el punto de vista del hablante permanece como un rasgo específico de la segunda corriente. Por eso en el terreno de esta corriente no se logra el acceso al problema de la expresión, y por tanto al de la modelación del pensamiento y del psiquismo subjetivo por la palabra, siendo éste uno de los problemas principales para la primera corriente.

En la forma más simplificada, la idea de la lengua, en cuanto sistema de signos convencionales y arbitrarios, racionales en su base fue elaborada por los filósofos ilustrados del siglo XVIII.

Las ideas del objetivismo abstracto originadas en Francia hasta ahora siguen predominando sobre todo en este país[57]. Dejando de lado las etapas evolutivas intermedias, vamos a caracterizar directamente la situación

56. El libro fundamental de Cassirer *Leibniz System in seinen wissenschaftlichen Grundlagen* (Marburg, 1902) presenta las opiniones correspondientes de Leibniz.

57. Es interesante señalar que, a diferencia de la segunda, la primera corriente se ha desarrollado en el terreno alemán.

actual de la segunda corriente.

La "escuela de Ginebra" de Ferdinand De Saussure (muerto ya hace algún tiempo) es actualmente el exponente más destacado del objetivismo abstracto. Sus representantes, sobre todo Charles Bally, son los lingüistas más importantes de la actualidad. F. De Saussure fue quien confirió a las ideas de la segunda corriente una nitidez y una precisión extraordinarias. Sus formulaciones de los conceptos principales de la lingüística pueden considerarse clásicas. Además, De Saussure llevaba sus ideas intrépidamente hasta sus últimas consecuencias, marcando con un relieve excepcional todas las líneas principales del objetivismo abstracto.

Cuanto más impopular es la escuela de Vossler en Rusia, tanto más popular e influyente es aquí la escuela de De Saussure. Se puede decir que la mayoría de los representantes de nuestro pensamiento lingüístico está influida determinantemente por De Saussure y sus discípulos Bally y Sechehaye[58].

Nos detendremos con mayor detalle en la caracterización de los puntos de vista de De Saussure, a causa de su importancia fundamental para toda la segunda corriente. Sin embargo, en este caso también hemos de limitarnos únicamente a los principales postulados filosófico-lingüísticos de De Saussure[59].

58. El trabajo de R. Shor *Lengua y sociedad* (Moscú, 1926) está planteado en el espíritu de la "escuela de Ginebra". Shor también aparece como apasionado propagandista de las ideas principales de De Saussure en el artículo arriba citado "Crisis de la lingüística contemporánea". Otro seguidor de la "escuela de Ginebra" es V.V. Vinogradov. Las dos escuelas lingüísticas rusas: la de Fortunatov y la llamada "escuela de Kazan» (Krushevski y Baudouin de Courtenay), que aparecen como una clara expresión del formalismo lingüístico, entran perfectamente en el marco de la segunda corriente filosófico-lingüística que hemos descrito.

59. Ferdinand De Saussure, *Cours de Linguistique Générale* (1916) es su trabajo teórico principal editado póstumamente por sus discípulos. En adelante lo citaremos según la 2.ª ed. de 1922. Es asombroso que el libro de De Saussure, con toda su influencia, hasta ahora no esté traducido al ruso. Una breve exposición de las ideas de De Saussure puede encontrarse en el artículo citado de Shor y en el artículo de Peterson "La lingüística general", *Pechat'i Revoliutsia,* 1923, libro 6 (*No debe olvidarse que el comentario de Volóshinov se refiere a la época de la década de 1920)* [N. de la T.].

De Saussure parte de la distinción entre tres aspectos del lenguaje: lenguaje como facultad discursiva (langage), lengua como sistema de formas (langue), y acto discursivo individual: habla (parole). La lengua como sistema de formas y el habla (parole) son elementos constitutivos del lenguaje, entendido como el conjunto de todos los fenómenos, sin excepción alguna —físicos, fisiológicos y psicológicos—, que participan en la actividad discursiva.

El lenguaje (langage) no puede, según De Saussure, ser objeto de la lingüística. Tomado como tal, carece de unidad interior y de legitimación autónoma e independiente. El lenguaje es compuesto y heteróclito. Es difícil orientarse en su composición contradictoria. Al permanecer en su ámbito, es difícil dar una definición clara del hecho de la lengua. El lenguaje no puede ser el punto de partida para un análisis lingüístico.

¿Cuál es, según De Saussure, la metodología correcta para aislar el objeto específico de la lingüística? Dejemos que hable él mismo:

A nuestro parecer —dice De Saussure— no hay más que una solución para todas estas dificultades (se refiere a las contradicciones que se generan dentro del langage como punto de partida para el análisis - V.V.); hay que colocarse desde el primer momento en el terreno de la lengua y tomarla como norma de todas las otras manifestaciones del lenguaje (langage). En efecto, entre tantas dualidades, la lengua parece ser lo único susceptible de definición autónoma y es la que da un punto de

apoyo satisfactorio para el espíritu[60].

¿Cuál es, según De Saussure, la diferencia fundamental entre el lenguaje (langage) y la lengua (langue)?

Tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo entre diferentes dominios, a la vez físico, fisológico y psíquico, pertenece además al dominio individual y al dominio social; no se deja clasificar por ninguna categoría de los hechos humanos, porque no se sabe cómo desembrollar su unidad.

La lengua, por el contrario, es una totalidad en sí y un principio de clasificación. En cuanto le damos el primer lugar entre los hechos del lenguaje, introducimos un orden natural en un conjunto que no se presta a ninguna otra clasificación[61].

Entonces, según De Saussure, es necesario tomar como punto de partida la lengua como sistema de formas normativamente idéntica y enfocar todos los fenómenos del lenguaje hacia estas formas estables y autónomas (autárquicas).

Al separar la lengua del lenguaje en el sentido del

60. «Il n'y a, selon nous, qu'une solution á toutes ces difficultés: *il faut se placer de prime abord sur le terrain de la langue et la prendre pour norme de toutes les autres manifestations du langage. En effet, parmi tant de dualités, la langue seule parait être susceptible d'une définition autonome et fournit un point d'appui satisfaisant pour l'esprit*" (De Saussure, *Cours de Linguistique Genérale*, p. 24). La cursiva es de De Saussure. [En el texto citamos la traducción de Amado Alonso, Losada, Buenos Aires, 1945, aquí página 51. N. de la T.].

61. "Pris dans son tout, le langage est multiforme et hétéroclite; á cheval sur plusieurs domaines, á la fois physique, physiologique et psychique, il appartient encoré au domaine individuel et au domaine social; il ne se laisse classer dans aucune catégorie des faits humains, parce qu'on ne sait comment dégager son unité. La langue, au contraire, est un tout en soi et un principe de classification. Des que nous lui donnons la premiére place parmi les faits de langage, nous introduisons un ordre naturel dans un ensemble qui ne se préte á aucune autre classification" (op. cit, p. 25). [P. 51 de la citada traducción de A. Alonso —N. de la T.].

conjunto de todas las manifestaciones de la capacidad discursiva, sin ninguna excepción, De Saussure pasa en seguida a diferenciarla de los actos del habla individual, es decir, de la enunciación (parole).

Al separar la lengua (langue), del habla (parole), se separa a la vez: 1) lo que es social de lo que es individual; 2) lo que es esencial de lo que es accesorio y más o menos accidental.

La lengua no es una función del sujeto hablante, es el producto que el individuo registra pasivamente; nunca supone premeditación y la reflexión no interviene en ella más que como la actividad de clasificar, de que hablamos en las pp. 207 y siguientes.

El habla es, por el contrario, un acto individual de voluntad y de inteligencia, en el cual conviene distinguir: 1) las combinaciones por las cuales el sujeto hablante utiliza el código de la lengua con miras a expresar su pensamiento personal; 2) el mecanismo psicofísico que le permita exteriorizar esas combinaciones[62].

El habla no puede ser objeto de estudio de la lingüística, tal como la entiende De Saussure[63]. Los

62. "En séparant la langue de la parole, on separe du méme coup: ce qui est social de ce qui est individuel; ce qui est essentiel de ce qui est accessoire et plus ou moins accidental. La langue n'est pas fonction du sujet parlant, elle est produit que l'individu enregistre passivement; elle ne suppose jamais de préméditation et la reflexión n'y intervient que pour l'actívité de classement dont il sera question". "La parole est au contraire un acte individuel de volonté et d'intelligence, dans lequel il convient de distinguer: 1°, les combinaisons, par lesquelles le sujet parlant utilise le code de la langue en vue d'exprimer sa pensée personelle; 2°, le mécanisme psycho-physique lui permet d'extérioriser ces combinaisons" (op. cit., p. 30). [Alonso, p. 57.].

63. Aunque De Saussure admite la posibilidad de una especial lingüística del habla ("linguistique de la parole"), no dice nada acerca de cómo ésta podría ser. En esta relación dice lo siguiente: "Il faut choisir entre deux routes qu'il est impossible de prende en méme temps; elles doivent étre suivies séparément. On peut á la rigueur conserver le nom de linguistique de la parole. Mais il ne faudra pas la confondre

elementos lingüísticos del habla son tan sólo las formas de la lengua normativamente idénticas que están presentes en aquélla. Todo lo demás es "accesorio y casual".

Subrayemos la siguiente tesis de De Saussure: la lengua se contrapone al habla como lo social se contrapone a lo individual. El habla, entonces, es totalmente individual. Como veremos más adelante, éste es el *proton pseudos* de De Saussure y de toda la corriente del objetivismo abstracto.

El acto individual del habla, de la enunciación, tan decididamente echado por la borda en la lingüística, regresa, sin embargo, como el factor necesario de la historia de la lengua[64]. Esta última, según De Saussure, y de acuerdo con el espíritu de la segunda corriente, se contrapone tajantemente a la lengua como sistema sincrónico. En la historia predomina la "enunciación" con su individualidad y virtualidad, y es por eso que la rige una ley totalmente distinta de la que rige el sistema de la lengua.

Y así es como —dice De Saussure— el "fenómeno" sincrónico nada tiene en común con el diacrónico [...] La lingüística sincrónica se ocupará de las relaciones lógicas y psicológicas que unen términos coexistentes y que forman sistema, tal como aparecen a la conciencia colectiva.

La lingüística diacrónica estudiará por el contrario las relaciones que unen términos no apercibidos por una misma conciencia colectiva, y que se reemplazan unos a otros sin formar sistema entre ellos[65].

avec la linguistique proprement dite, celle dont la langue est l'unique objet" (op. cit., p.39).

64. Dice De Saussure: *"tout ce qui est diachronique dans la langue ne l'est que par la parole. C'est dans la parole que se trouve le germe de tous les changements"* (p. 138). [Trad. Alonso, p. 172.].

65. "C'est ainsi que le 'phénoméne' synchronique n'a rien de commun avec le diachronique [...] (p. 129). *La linguistique synchronique* s'occupera des rapports

Los puntos de vista de De Saussure sobre la historia son sumamente característicos para aquel espíritu del racionalismo que hasta el presente predomina en la segunda corriente del pensamiento filosófico-lingüístico, y para el cual la historia representa un elemento irracional que distorsiona la pureza lógica del sistema lingüístico.

De Saussure y su escuela no es la única cúspide del objetivismo abstracto en la actualidad. A su lado se erige otra: la escuela sociológica de Durkheim, representada en la lingüística por la figura de Meillet. No nos vamos a detener en caracterizar sus puntos de vista[66], que corresponden plenamente al marco de los postulados principales de la segunda corriente que hemos presentado. También para Meillet la lengua es social no en su calidad de proceso, sino como sistema estable de normas lingüísticas. El carácter externo e impositivo de la lengua respecto de cada conciencia individual aparece según Meillet como el principal distintivo social de la lengua.

Éstos son los puntos de vista de la segunda corriente de la filosofía del lenguaje: el objetivismo abstracto.

Por supuesto, muchas escuelas y corrientes del pensamiento lingüístico, a veces muy importantes, no se ajustan al marco de las corrientes que hemos presentado. Nuestro propósito fue sólo el de señalar sus líneas magistrales. Los demás fenómenos del pensamiento

logiques et psychologiques reliant des termes coéxistants et formant systéme, tels qu'ils ont apercus par la méme conscience collective. La *linguistique diachronique* étudiera au contraire les rapports reliant des termes succesifs non apercus par une méme conscience collective, et qui se substituent les uns aux autres sans former systéme entre eux" (op. cit., p. 140). La cursiva es de De Saussure. [Trad. Alonso, pp. 162 y 174].

66. M. N. Peterson en el artículo arriba citado ("Lengua como fenómeno social") expone los puntos de vista de Meillet en relación con los fundamentos del método sociológico de Durkheim.

filosófico-lingüístico tienen en relación con las corrientes analizadas un carácter ecléctico o de compromiso, o carecen en general de principios teóricos orientadores.

Tomemos como ejemplo el movimiento de los neogramáticos, el importante fenómeno de la lingüística de la segunda mitad del siglo XIX. Los neogramáticos están relacionados en una parte de sus postulados con la primera corriente, tendiendo a su límite inferior: el fisiológico. Para ellos, el individuo creador del lenguaje es, en términos generales, el individuo fisiológico. Por otro lado, los neogramáticos trataron de construir para el lenguaje, sobre el terreno psico-fisiológico, unas leyes científico-naturales inexpugnables, totalmente independientes de todo arbitrio individual de los hablantes.

De ahí, la idea acerca de las leyes fónicas (Lautgesetze) que propusieron los neogramáticos[67].

En la lingüística, como en cualquier disciplina particular, existen dos recursos principales para desembarazarse de la obligación y del trabajo teórico responsable que una reflexión filosófica implica. El primer camino significa admitir de entrada todas las opiniones fundamentales (eclecticismo académico), el segundo es el de no aceptar ningún punto de vista fundamental y proclamar el "hecho" como la última base y el criterio de todo conocimiento (positivismo académico).

El efecto filosófico de los dos modos de deshacerse de la filosofía es el mismo, puesto que también la investigación a partir de la segunda posición queda

67. Los trabajos principales de la corriente de neogramáticos: Osthoff, *Das physiologische und psychologische Moment in der sprachlichen Formenbildung* (Berlín, 1879); Brugmann und Delbrüch, *Grundriss der vergleichenden Grammatik der indogermanischen Sprachen* (cinco tomos, 1.ª ed. del primer tomo es de 1886). El programa de los neogramáticos está expuesto en el prefacio del libro de Osthoff y Brugmann, *Morphologische Untersuchungen*, I, Leipzig, 1878.

impregnada, bajo la etiqueta del "hecho", de todos los puntos de vista fundamentales sin excepción alguna. La elección de uno de estos recursos depende por completo del temperamento del investigador: los eclécticos son más plácidos, los positivistas, más inconformes.

En la lingüística existen muchos fenómenos y escuelas enteras (escuelas en el sentido de la preparación técnico-científica), que prescinden del trabajo de una orientación filosófico-lingüística. Éstos, por supuesto, quedan fuera de los límites del presente ensayo.

Tendremos la ocasión de mencionar más adelante, durante el análisis del problema de la interacción discursiva y del problema de la significación, a algunos lingüistas y filósofos del lenguaje omitidos aquí: por ejemplo, Otto Dietrich y Anton Marty.

Al principio de este capítulo nos hemos planteado el problema de la separación y delimitación del lenguaje como objeto específico de la investigación. Hemos tratado de poner de manifiesto aquellas pautas que ya han sido marcadas en la solución de este problema por las corrientes anteriores del pensamiento filosófico-lingüístico. Como resultado, nos vimos ante dos series de pautas que siguen direcciones diametralmente opuestas; ante las tesis del subjetivismo individualista y las antítesis del objetivismo abstracto.

¿Cuál es el auténtico meollo de la realidad lingüística: el acto discursivo individual —el habla—, o el sistema de la lengua? ¿Y cuál es la forma existencial de la realidad lingüística: la generación creativa continua, o la inmovilidad inmutable de las normas idénticas a sí mismas?

CAPÍTULO II

LENGUA, LENGUAJE, ENUNCIADO

¿Es objetiva la lengua como sistema de formas normativas idénticas a sí mismas? - Lengua como sistema de normas y el punto de vista real de una conciencia hablante - Problema de la palabra ajena y extranjera - Errores del objetivismo abstracto - Resumen

En el capítulo anterior hemos intentado presentar una imagen totalmente objetiva de las dos corrientes del pensamiento filosófico-lingüístico. Ahora tenemos que someterlas a un análisis crítico bien fundamentado. Sólo después de esto podremos responder la pregunta planteada al final del capítulo anterior.

Comencemos por la crítica de la segunda corriente, la del objetivismo abstracto. Ante todo, hagámonos la pregunta: ¿en qué medida es real el sistema de normas idénticas a sí mismas, es decir, el sistema de la lengua tal como lo entienden los exponentes de la segunda corriente?

Ninguno de los representantes del objetivismo abstracto, por supuesto, le atribuye al sistema de la lengua una realidad material y objetual. Es verdad que el sistema se manifiesta mediante objetos materiales que son los signos, pero en cuanto sistema de formas normativamente idénticas es real tan sólo en su calidad de norma social.

Los exponentes de la segunda corriente subrayan continuamente —y éste es uno de sus postulados fundamentales—, que el sistema de la lengua aparece para cualquier conciencia individual como un hecho externo y objetivo, y que es independiente de esta conciencia. Pero en

su calidad de un sistema de normas inmutables e idénticas a sí mismas, lo es como tal únicamente para la conciencia individual y desde el punto de vista de esta conciencia.

En efecto, hagamos caso omiso de la conciencia individual subjetiva, que se opone a la lengua como sistema de normas incontestables para ella y, si analizamos la lengua de una manera de veras objetiva, es decir, desde fuera o, más exactamente, por encima de ella, no encontraremos ningún sistema de normas idénticas a sí mismas. Por el contrario, nos enfrentaremos a una generación permanente de las normas de la lengua.

Desde un punto de vista realmente objetivo, un punto de vista que trate de enfocar la lengua independientemente de cómo se le presente a su portador en un momento dado, la lengua aparecerá como una generación permanente. Para el punto de vista objetivo, que lograra elevarse por encima de la lengua, no existe un momento real en cuyo corte se podría construir un sistema sincrónico de la lengua.

El sistema sincrónico, de esta manera, objetivamente no corresponde a ningún momento real del proceso de la generación histórica. En efecto, para un historiador de la lengua que sostenga el punto de vista diacrónico, el sistema sincrónico no es real y sirve tan sólo de escala convencional para registrar las divergencias que se verifican en todo momento real del tiempo.

Así pues, el sistema sincrónico existe únicamente desde el punto de vista de una conciencia subjetiva del individuo hablante que pertenece al grupo lingüístico dado en cualquier momento del tiempo histórico. Objetivamente, no existe en ningún momento real del tiempo histórico. Podemos admitir que, para Julio César cuando escribía sus obras, la lengua latina representara un sistema inmutable, incuestionable de normas idénticas a sí mismas, pero para un historiador del latín, en el mismo momento en que

César trabajaba, se desarrollaba un proceso continuo de cambios lingüísticos (aunque el historiador no siempre fuera capaz de registrarlos).

Todo sistema de normas sociales se encuentra en una situación análoga. Sólo existe para la conciencia subjetiva de los individuos que pertenezcan a un colectivo dado regido por estas normas. Así son los sistemas de normas morales, normas de derecho, normas de gusto estético (que asimismo existen), etcétera. Por supuesto, se trata de normas heterogéneas: varían su carácter obligatorio, la amplitud de su alcance social, su importancia, determinada por su proximidad con las bases sociales, etcétera. Pero su modo de existencia en cuanto normas es siempre el mismo: son reales sólo para las conciencias subjetivas de los miembros del colectivo dado.

¿Quiere decir, entonces, que la misma relación de la conciencia subjetiva con la lengua como sistema de formas objetivas e incuestionables carece de toda objetividad? Desde luego que no. Comprendida correctamente, esta relación puede apreciarse como factor objetivo.

Cometeríamos un error garrafal si dijéramos: la lengua como sistema de normas indiscutibles y fijas existe objetivamente. Pero si dijéramos que la lengua respecto de la conciencia individual aparece como sistema de normas inmutables, que éste es el modo de existencia de la lengua para cada miembro de un colectivo lingüístico dado, expresaríamos de esta manera una relación absolutamente objetiva. Otra es la cuestión si este mismo hecho esté o no establecido correctamente, si en efecto para la conciencia del hablante la lengua aparezca tan sólo como un sistema inmutable e inmóvil de normas. Dejaremos por lo pronto abierta esta cuestión. Pero en todo caso se trata de establecer cierta relación objetiva.

¿Qué piensan al respecto los mismos representantes

del objetivismo abstracto? ¿Estarán afirmando que la lengua sea sistema de normas objetivas, incuestionables e idénticas a sí mismas, o bien se dan cuenta de que éste no es sino el modo de la existencia de la lengua para la conciencia subjetiva de los hablantes de una lengua dada? Esta pregunta ha de ser contestada de la siguiente manera. La mayor parte de los representantes del objetivismo abstracto se inclina a sostener la realidad inmediata, la objetividad inmediata de la lengua como sistema de formas normativamente idénticas. Para estos exponentes de la segunda corriente, el objetivismo abstracto tiende directamente a una hipostatización del objetivismo abstracto. Otros seguidores de la misma corriente (como Meillet) son más críticos y se dan cuenta del carácter abstracto y convencional del sistema de la lengua. No obstante, ningún representante del objetivismo abstracto ha llegado a una comprensión clara y precisa del género de actividad que es propio de la lengua en cuanto sistema objetivo. En la mayoría de los casos estos lingüistas oscilan entre las dos acepciones de la palabra "objetivo" en relación con el sistema de la lengua: entre su comprensión como entre comillas (desde el punto de vista de la conciencia del hablante) y la comprensión sin comillas (desde el punto de vista objetivo). Así actúa, por ejemplo, el mismo De Saussure; no ofrece una solución clara de esta cuestión.

Pero ahora hemos de interrogarnos: ¿acaso la lengua realmente existe para la conciencia subjetiva del hablante como un sistema objetivo de incuestionables formas normativamente idénticas? El objetivismo abstracto, ¿habrá comprendido correctamente el punto de vista de la conciencia subjetiva del hablante? O, en otras palabras: ¿éste sería en realidad el modo de la existencia de la lengua en una conciencia discursiva subjetiva?

Hemos de contestar negativamente la pregunta.

La conciencia subjetiva del hablante no maneja la lengua como un sistema de formas normativamente idénticas. Tal sistema es una abstracción, obtenida mediante un arduo trabajo realizado para determinados propósitos cognoscitivos y prácticos. El sistema de la lengua es producto de una reflexión sobre el lenguaje, reflexión que no se lleva a cabo en la conciencia del hablante nativo de una lengua determinada, ni tampoco con el propósito inmediato de hablar.

En efecto, el objetivo del hablante consiste en producir un cierto enunciado concreto. Para él, se trata de aplicar una forma normativamente adecuada (admitamos por lo pronto su existencia) en un determinado contexto concreto. Él no ubica el centro de gravedad en la adecuación de la forma, sino en aquella nueva significación concreta que la forma adquiere en el contexto dado. Al hablante no le interesa el aspecto de la forma que la hace ser la misma en todos los casos de su uso, sin excepción alguna, cualesquiera que fuesen estos casos. Lo que al hablante le importa es aquel aspecto de la forma lingüística gracias al cual ella se convierte en un signo apropiado para las condiciones concretas de una situación dada.

Expresémoslo así: al hablante no le importa la forma lingüística como una señal estable y siempre igual a sí misma, sino como un signo siempre mutante y elástico. Tal es el punto de vista del hablante. Pero el hablante debe también tener en cuenta el punto de vista del que oye y entiende. ¿No es justamente éste el punto en el cual reclama sus derechos la identidad normativa de la forma lingüística?

No es del todo correcto. La tarea principal de la comprensión no se reduce en absoluto al momento del reconocimiento de la forma lingüística que el hablante utiliza en cuanto forma conocida, en cuanto "aquella misma forma", de la misma manera como percibimos claramente,

por ejemplo, una señal aún no suficientemente familiar, o como reconocemos un elemento de alguna lengua poco conocida. No; la tarea de la comprensión, en general, no se reduce al reconocimiento de una forma aplicada, sino a su comprensión precisamente en un contexto dado y concreto, a la comprensión de su significación en un enunciado dado, es decir, a la comprensión de su novedad pero no al reconocimiento de su identidad.

En otras palabras, también el receptor, el que comprende, al pertenecer al mismo colectivo lingüístico, está orientado hacia la forma lingüística dada no como hacia una señal inamovible e idéntica a sí misma, sino como hacia un signo mutante y elástico.

El proceso de comprensión no puede de ninguna manera ser confundido con el proceso de reconocimiento[68]. Son profundamente distintos. Sólo un signo se comprende, mientras que una señal se reconoce. Una señal representa una cosa unitaria, internamente inamovible, que en la realidad no sustituye nada, no refleja ni refracta nada, sino que aparece simplemente como un medio técnico para indicar la presencia de uno u otro objeto (determinado e inamovible), o bien alguna acción (asimismo determinada y estática)[69]. Una señal en ningún caso se refiere al terreno de lo ideológico; una señal se refiere al mundo de los objetos técnicos, a los instrumentos de producción en el sentido más amplio. Aun más lejos de la ideología se encuentran aquellas señales que trata la reflexología. Tomadas en su

68. Nótese la analogía con los puntos de vista de E. Benveniste, expresados en los años sesenta: cf. *Problemas de lingüística general II* [1974], trad. Juan Almela, Siglo XXI, México, 1977, especialmente pp. 82-95. [N. de la T.]

69. Karl Bühler, en su artículo "Vom Wesen der Syntax" *(Festschrift für Karl Vossler, pp. 61-69)*, propone unas distinciones interesantes y agudas entre señales y combinaciones de señales (por ejemplo, en la navegación) y entre formas lingüísticas y combinaciones de formas lingüísticas, en relación con el problema de la sintaxis.

relación al organismo de un animal sometido a prueba en un experimento, estas señales no tienen nada que ver con la técnica. En esta calidad no representan señales sino estímulos especiales; son instrumentos de producción tan sólo en las manos del experimentador. Sólo un lamentable malentendido y los inveterados hábitos del pensamiento mecanicista han sido la causa de que estas "señales" hayan sido convertidas casi en una clave para la comprensión del lenguaje y del psiquismo humano (de la palabra interna).

Mientras alguna forma lingüística represente tan sólo una señal, y como tal se reconozca por el receptor (el que comprende), no aparece para él como una forma de la lengua. Pero ni siquiera en las fases iniciales de la enseñanza de las lenguas existe la señal pura. En estos casos también la forma está ubicada en un contexto en el que se convierte en un signo, aunque estén presentes ciertas características de la señal y el momento correspondiente de su reconocimiento.

De este modo, para una forma lingüística en cuanto signo, su momento constitutivo no es su autoidentidad de señal, sino su variabilidad específica, así como para la comprensión de una forma lingüística, el momento constitutivo no es el reconocimiento de "lo mismo", sino la comprensión en el sentido propio de la palabra, es decir, la orientación en un contexto y en una situación dada: una orientación en el proceso de generación, y no "orientación" en una cierta calidad estática[70].

Todo esto no quiere decir, por supuesto, que el momento de la señalización y el correlativo momento del reconocimiento no existan en la lengua. Estos momentos sí

70. Más adelante veremos que precisamente este tipo de la comprensión en el sentido propio, la comprensión de la generación, se encuentra en la base de la respuesta, es decir, en la base de la interacción discursiva. No se puede trazar una frontera definida entre la comprensión y la respuesta. Toda comprensión responde, esto es, traduce lo comprendido en un contexto nuevo, en un posible contexto de la respuesta.

existen, pero no son constitutivos para la lengua como tal. Están dialécticamente desactivados, absorbidos por la nueva calidad del signo (es decir, por la lengua como tal). La señal y el reconocimiento están dialécticamente desactivados en la lengua materna, es decir, precisamente para la conciencia lingüística de un miembro de un colectivo lingüístico dado. En el proceso de asimilación de una lengua extranjera la cualidad de señal y el reconocimiento todavía se perciben, todavía no están superados, la lengua no se convierte totalmente en una lengua. El ideal de la apropiación de una lengua es la absorción de la señalidad por la signicidad pura, del reconocimiento por la comprensión pura[71].

Así pues, la conciencia lingüística tanto del hablante como del receptor (del que oye y comprende), nada tiene que ver, en la práctica del vivo trabajo discursivo, con el sistema abstracto de formas normativamente idénticas de la lengua, sino que está relacionada con el lenguaje en cuanto conjunto de los posibles contextos del uso de una forma lingüística dada. Un hablante de lengua materna no se enfrenta a la palabra extraída del diccionario, sino a la palabra que forma parte de los enunciados más diversos

71. El postulado que hemos expuesto funciona en la práctica, pero sin una correcta concientización teórica, fundamentando los métodos efectivos del aprendizaje de las lenguas extranjeras vivas. El meollo de estos métodos se reduce en general al hecho de enseñar cada forma lingüística sólo en un contexto y en una situación concreta. Así, por ejemplo, se enseña una palabra sólo mediante los diferentes contextos en que figura una misma palabra. Debido a ello, el momento del reconocimiento de una palabra idéntica desde un principio se combina dialécticamente y se absorbe por los aspectos de su variabilidad contextual, de su diferenciación y novedad. Mientras tanto, la palabra separada de su contexto, escrita en un cuadernito y aprendida a la par con el significado ruso se convierte en una especie de señal, se reifica, se vuelve rutinaria y puntual, y en el proceso de su comprensión el momento del reconocimiento se vuelve demasiado fuerte. En resumen, con una metodología correcta y saludable de la enseñanza práctica, una forma debe asimilarse no a partir de un sistema abstracto de la lengua, como una forma idéntica a sí misma, sino en la estructura concreta de un enunciado, como un signo variable y elástico.

pertenecientes al consocio lingüístico A, al consocio B, al consocio C, con los cuales comparte la lengua, así como la palabra de los más heterogéneos enunciados propios. Partiendo de esta situación, hace falta una orientación particular y específica para llegar a la palabra idéntica a sí misma correlativa al sistema lexicológico de la lengua: la palabra del diccionario. Es por eso que un miembro de un colectivo lingüístico normalmente no percibe jamás el yugo de las normas lingüísticas que son inexorables para él. La forma de la lengua actualiza su significación normativa tan sólo en los momentos excepcionales de un conflicto, momentos que no son característicos para la vida discursiva (para el hombre contemporáneo esta situación concierne casi exclusivamente al discurso escrito).

A eso hay que agregar otra consideración sumamente importante. La conciencia discursiva de los hablantes no tiene que ver, en realidad, con la forma de la lengua en cuanto tal ni con la lengua en sí. En efecto, la forma lingüística, que le es dada al hablante, según acabamos de demostrar, tan sólo en el contexto de enunciaciones determinadas, se le da, por lo mismo, solamente dentro de un contexto ideológico dado. En la vida real, nosotros jamás pronunciamos ni oímos palabras, sino que oímos la verdad o la mentira, lo bueno lo malo, lo importante o lo nimio, lo agradable o lo desagradable. La palabra siempre aparece llena de un contenido y de una significación ideológica o pragmática. Así es como comprendemos la palabra, y respondemos únicamente a una palabra así: una palabra que nos afecta en una situación ideológica o vital.

El criterio de la corrección se le aplica al enunciado solamente en los casos anormales o especiales (por ejemplo, en la enseñanza de la lengua). Normalmente el criterio de la corrección lingüística suele absorberse por un criterio puramente ideológico: la corrección de un enunciado

está sumergida en su misma veracidad o falsedad, en su poeticidad o banalidad, etcétera[72].

La lengua en el proceso de su realización pragmática es inseparable de su contenido ideológico o vital. Por eso, para separar en abstracto la lengua de su capacidad ideológica o vital, hace falta una orientación absolutamente especial, no condicionada por los propósitos de una conciencia hablante.

Si convertimos en regla esta separación abstracta, si transformamos en sustancia una forma lingüística exenta de su potencial ideológico, como lo hacen algunos exponentes de la segunda corriente, aprehenderemos entonces la señal y no el signo del lenguaje-discurso. Uno de los errores más profundos del objetivismo abstracto es la ruptura entre la lengua y su capacidad ideológica.

Así, la lengua en cuanto sistema de formas normativamente idénticas no representa el modo real de la existencia del lenguaje para las conciencias de los individuos que la hablan. Desde el punto de vista de una conciencia hablante y de su práctica viviente de la comunicación social no existe un camino directo hacia el sistema de la lengua, propuesto por el objetivismo abstracto.

Entonces, ¿qué es este sistema?

Desde el principio está claro que este sistema ha sido obtenido mediante una abstracción, que se compone de elementos separados en abstracto de las unidades reales del flujo discursivo: las enunciaciones. Para ser verídica, toda abstracción debe justificarse por algún propósito determinado, teórico o práctico. Una abstracción puede ser productiva o improductiva: productiva para unos fines

72. Como veremos más adelante, en esta relación resulta imposible estar de acuerdo con Vossler en el reconocimiento de un peculiar y determinado gusto lingüístico que no se fundiera permanentemente con un específico "gusto" ideológico: artístico, cognoscitivo, ético u otro.

y tareas, pero improductiva para otros.

¿Cuáles son los propósitos implícitos de la abstracción lingüística que conducen a la concepción del sistema sincrónico de la lengua? ¿Desde qué punto de vista este sistema aparece como productivo y necesario?

En la base de aquella metodología lingüística del pensamiento, que conduce a la concepción de la lengua como sistema de formas normativamente idénticas, se encuentra una orientación práctica y teórica hacia el estudio de las lenguas muertas y ajenas, que se conservan en los monumentos escritos.

Es preciso insistir en el hecho de que esta orientación filológica ha determinado en un grado significativo todo el pensamiento lingüístico del mundo europeo. Es sobre los cadáveres de las lenguas escritas como se ha formado y ha madurado este pensamiento; en el proceso de reanimación de estos cadáveres han sido elaboradas casi todas las categorías principales, los enfoques y hábitos fundamentales de dicho pensamiento.

El filologismo es un rasgo ineludible de la lingüística europea, condicionada por los destinos históricos de su mismo nacimiento y desarrollo. Por más que profundicemos en el tiempo siguiendo la historia de las categorías y métodos lingüísticos, en todas partes nos encontramos con filólogos. No sólo los alejandrinos fueron filólogos, sino también los romanos y los griegos (Aristóteles es un filólogo típico); los hindúes asimismo fueron filólogos.

Podemos decir directamente: la lingüística aparecía en los lugares y en los momentos en que aparecían las necesidades filológicas. La necesidad filológica generó la lingüística, meció su cuna y dejó su flauta filológica en los pañales. Esta flauta está destinada a despertar a los muertos. Pero le faltan sonidos apropiados para dominar un lenguaje vivo en su generación continua.

El académico N. Ia. Marr señala muy justamente esta esencia filológica del pensamiento lingüístico indoeuropeo: la lingüística indoeuropea, al disponer de un objeto de investigación ya hecho y formado hasta hace tiempo, a saber: de las lenguas indoeuropeas de las épocas históricas, y partiendo casi exclusivamente de las formas anquilosadas de las lenguas escritas, y además y ante todo de las lenguas muertas, no ha podido, naturalmente, poner de manifiesto el proceso de surgimiento del lenguaje y de la génesis de sus tipos[73].

O en otro lugar: El obstáculo más grande [para estudiar el lenguaje primitivo - V. V.] no es la dificultad de las investigaciones mismas, ni la falta de datos patentes, sino nuestro pensamiento científico, encadenado por una tradicional cosmovisión filológica o histórico-cultural, no educada en una percepción etnológico-lingüística del lenguaje vivo, de sus matices desbordantes de libre creación[74].

Las palabras del académico N. Ia. Marr son, por supuesto, justas no sólo en relación con la lingüística indoeuropea, que da tono a toda la lingüística actual, sino también respecto de toda la lingüística que conocemos en la historia. Como hemos dicho, la lingüística es siempre hija de la filología.

Guiada por la necesidad filológica, la lingüística siempre ha partido de un enunciado monológico acabado —de un monumento antiguo— como realidad última. La lingüística iba elaborando sus métodos y categorías en el proceso del trabajo sobre este enunciado monológico o más bien sobre una serie de tales enunciados, unidos para ella tan sólo por la comunidad de la lengua.

Pero un enunciado monológico ya aparece como

73. N. Ia. Marr, *Las etapas de la teoría yafética* [en ruso], 1926, p. 269.

74. Op. cit, pp. 94-95.

abstracción, aunque, a decir verdad, es una abstracción natural. Todo enunciado monológico, incluso un monumento escrito, es un elemento inseparable de la comunicación discursiva. Todo enunciado, incluso un enunciado escrito y acabado, responde a algo y está orientado hacia algún objeto. Representa tan sólo un eslabón en la cadena ininterrumpida de las actuaciones discursivas. Todo monumento continúa el trabajo de sus antecesores, polemiza con ellos, espera una comprensión activa, una respuesta, a la que de hecho puede anticiparse. Todo monumento es una parte realmente inseparable de la ciencia, la literatura o de la vida política. Un monumento, como cualquier enunciado monológico, está orientado hacia la recepción en el contexto de la cotidianidad científica o de la realidad corriente de la literatura, esto es, en la generación de aquella esfera ideológica de la cual este monumento es una parte inalienable.

Un lingüista-filólogo lo arranca de su esfera real, lo percibe como si este monumento fuese una totalidad centrada en sí misma y aislada, y le contrapone no una comprensión ideológicamente activa, y le contrapone no una comprensión absolutamente pasiva, en la que no viene madurando una respuesta como sucede en toda comprensión verdadera. El filólogo correlaciona el monumento, aislado en cuanto documento de la lengua, con otros monumentos en un plano común de la lengua dada.

Los métodos y las categorías del pensamiento lingüístico se ha formado en este proceso de correlación y de interíluminación, en el plano de la lengua, de los enunciados monológicos y aislados. Una lengua muerta estudiada por un lingüista es para él, desde luego, una lengua ajena. Por eso el sistema de las categorías lingüísticas menos que nada aparece como producto de la reflexión cognoscitiva en una conciencia lingüística del hablante

de la lengua en cuestión. No se trata de una reflexión de una conciencia que irrumpe abriéndose el camino en el mundo inexplorado de una lengua ajena. La comprensión ineludiblemente pasiva de un filólogo lingüista se proyecta incluso en el mismo monumento estudiado desde el punto de vista de la lengua, como si tal monumento estuviese de por sí orientado a una comprensión de este tipo, tal como si hubiese sido escrito para un filólogo.

Como resultado aparece una teoría de la comprensión radicalmente falsa, que no sólo se encuentra en la base de los métodos de interpretación lingüística del texto, sino en la base de toda la semasiología europea. Toda la doctrina acerca de la significación y del tema está completamente impregnada de la falsa idea de la comprensión pasiva, es decir, de una comprensión de la cual se excluye de antemano y por principio una respuesta activa.

Más adelante veremos que este tipo de comprensión, con la respuesta previamente cancelada, en realidad no representa la comprensión del lenguaje-discurso. La última es inseparable de la necesidad de tomar una posición activa respecto de lo que se dice y se comprende. En cambio, la comprensión pasiva se caracteriza justamente por privilegiar claramente el aspecto de la identidad del signo lingüístico, es decir, por una percepción reificada de su aspecto de señal, por tanto predomina en ella el momento de reconocimiento.

Entonces la definición auténtica de la lengua dentro del pensamiento lingüístico es la siguiente: lengua muerta, escrita y ajena.

El enunciado aislado, acabado y monológico, sacado de su contexto discursivo real, no orientado hacia una posible respuesta activa, sino a la comprensión pasiva de un filólogo, representa el dato último y punto de partida para el pensamiento lingüístico.

Originado en el proceso de asimilar una lengua

ajena y muerta con fines de investigación, el pensamiento lingüístico servía asimismo a otro propósito, ya no investigativo sino didáctico: no el de descifrar una lengua, sino el de enseñar una lengua descifrada. Por ende los monumentos se convierten, de monumentos heurísticos, en el patrón escolar y clásico de una lengua.

La segunda tarea principal de la lingüística, la de crear un aparato necesario para enseñar una lengua descifrada, esto es, codificarla con una orientación adecuada a los fines de una transmisión escolar, dejó un sello importante en el pensamiento lingüístico. La fonética, la gramática, el léxico son tres apartados en el sistema de la lengua, tres centros organizadores de las categorías lingüísticas que se han generado en el cauce de las dos tareas señaladas de la lingüística: la tarea heurística y la pedagógica. ¿Quién es el filólogo?

Por más profundamente distintas que fuesen las señas históricas y culturales de los lingüistas, desde sacerdotes hindúes hasta lingüistas contemporáneos europeos, un filólogo siempre y en todas partes ha sido un descifrador de las escrituras y palabras ajenas y "secretas" y un maestro y propagador de lo descifrado o de lo recibido por tradición.

Los primeros filólogos y los primeros lingüistas siempre y en todas partes fueron sacerdotes. La historia no conoce ningún pueblo histórico cuyas escrituras sagradas o las tradiciones no fuesen en una mayor o menor medida heteroglóticas e incomprensibles para un profano. La tarea de los sacerdotes filólogos consistía precisamente en descifrar el misterio de las palabras sagradas.

La filosofía más antigua del lenguaje se originó precisamente en este terreno: la doctrina védica de la palabra, la doctrina del Logos de los antiguos pensadores griegos y la filosofía bíblica de la palabra.

Para comprender estos filosofemas no hay que olvidar ni por un momento que se trata de los filosofemas

de la palabra ajena. Si algún pueblo conociera tan sólo su propia lengua, si para él el lenguaje representara tan sólo la lengua materna de su vida cotidiana, si la palabra enigmática de los otros, la palabra de la lengua ajena no formara parte de su horizonte, un pueblo semejante jamás habría creado filosofemas parecidos[75]. Es un rasgo sorprendente: desde la antigüedad más profunda hasta el día de hoy la filosofía de la palabra y el pensamiento lingüístico fundan sus bases sobre su percepción específica de la palabra ajena y extranjera y en aquellos problemas que precisamente la palabra ajena plantea a la conciencia: descifrar y enseñar lo descifrado.

Un sacerdote védico y un filólogo-lingüista contemporáneo, al reflexionar sobre el lenguaje, se encuentran fascinados y esclavizados por un mismo fenómeno: el de la palabra ajena y extranjera.

La lengua propia se vive de una manera muy distinta de, o, más exactamente, no suele percibirse en absoluto como un discurso preñado de todas las categorías que se originan en el pensamiento lingüístico o se generan por el pensamiento filosófico y religioso de los antiguos. La lengua materna es familiar, se siente como la vestimenta propia y común o, mejor, como la atmósfera habitual en que vivimos y respiramos. En ella no hay misterios; sólo podría convertirse en misterio en boca ajena, sobre todo en una boca jerárquicamente ajena, como la del jefe, la del sacerdote. Pero en tal caso se convertiría ya en otra palabra, cambiaría externamente o se extraería de las relaciones vitales (el tabú en la vida cotidiana o la arcaización del

75. Según la religión védica, la palabra sagrada —según el uso que le da un sacerdote iniciado y "conocedor"— se convierte en el soberano de toda la existencia, tanto de los dioses como de la gente. Un sacerdote "conocedor" se define allí como el dominador de la palabra: en esto consiste todo su poder. Esta doctrina aparece ya en la Rig-Veda. Son de conocimiento común el filsofema griego del Logos y la doctrina alejandrina del Logos.

discurso), si es que ya desde un principio no hubiese sido, en boca de un jefe conquistador, una palabra extranjera. Sólo así se origina la Palabra, sólo así *incipit philosophia, incipit philologia.*

La orientación de la lingüística y de la filosofía del lenguaje hacia la palabra ajena y extranjera no es fortuita ni arbitraria. Por el contrario, esta orientación simboliza el enorme papel histórico que la palabra ajena ha desempeñado en el proceso de edificación de todas las culturas históricas. Este papel ha pertenecido a la palabra ajena en todas las esferas, sin excepción alguna, de la creatividad ideológica, desde las formaciones políticas y sociales hasta la etiqueta de la vida cotidiana. A la palabra ajena le ha correspondido aportar las luces, la cultura, la religión, la organización política (los sumerios y los semitas babilonios; los pueblos yaféticos y los helenos; Roma, el cristianismo y los pueblos bárbaros; Bizancio, los vikingos, las tribus eslavas del Sur y los eslavos orientales, etcétera.). El grandioso papel organizativo de la palabra ajena —la que siempre llegaba acompañando a la fuerza y a la organización ajena, o era encontrada por un joven pueblo conquistador en el terreno de una vieja y poderosa cultura ocupado por él, cultura que desde los sepulcros mismos parecía cautivar la conciencia ideológica del pueblo advenedizo— condujo a la situación en que la palabra ajena en las profundidades de la conciencia histórica de los pueblos se había relacionado con la idea del poder, de la fuerza, de la santidad, de la verdad y había propiciado el que el pensamiento sobre la palabra se orientara predominantemente hacia la palabra ajena.

Sin embargo, incluso hoy no ha surgido en la filosofía del lenguaje ni en la lingüística una conciencia objetiva del enorme papel histórico de la palabra ajena. Por el contrario, la lingüística aún ahora sigue esclavizada por la palabra ajena; la lingüística aparece como una especie de

la última ola que nos ha alcanzado de una corriente, antes vivificante, del lenguaje ajeno, una última supervivencia de su papel dictatorial y fundador de la cultura.

Es por eso que la lingüística, siendo ella misma producto de la palabra extranjera, está muy lejos de comprender correctamente el papel de la palabra lingüística. Por el contrario, la indoeuropeística ha elaborado unas categorías para la comprensión de la historia de la lengua que excluyen del todo una apreciación correcta del papel de la palabra ajena. Sin embargo, este papel es, por lo visto, enorme.

El académico N. Ia. Marr ha promovido una idea bien articulada acerca del cruce lingüístico como factor principal de la evolución de las lenguas. El factor del cruzamiento lingüístico fue reconocido por él como el principal para solucionar el problema del origen del lenguaje.

En general el cruzamiento —dice N. Ia. Marr—, como factor de la génesis de las diversas especies lingüísticas e incluso de los tipos, el cruzamiento como fuente de la formación de las especies nuevas, se observa y se puede seguir en todas las lenguas yaféticas, lo cual viene a ser uno de los logros importantes de la lingüística yafética [...] Se trata de que no existe una primitiva lengua fónica, una lengua tribal; no existe ni, como veremos, existió ni pudo existir. La lengua es creación de la sociedad, que surge con base en la interacción tribal producida por las necesidades económicas, y viene a ser el sedimento de esta comunidad, siempre multitribal[76].

En el artículo "Sobre el origen del lenguaje" el académico N. Ia. Marr dice lo siguiente respecto de la cuestión que estamos tratando:

En resumen, el enfoque que la llamada cultura nacional suele dar a una u otra lengua, como habla

76. N. Ia. Marr, *Las etapas de la teoría yafética,* p. 268.

materna de toda la masa de la población, es acientífico e irreal; la lengua nacional de todos los estamentos, la lengua extraclasista es todavía una ficción. Esto no es todo. Así como los estamentos en las primeras fases evolutivas vienen de las tribus —propiamente de las formaciones tribales, incluso nada simpies—, mediante cruzamiento, igualmente las concretas lenguas, tribales, incluso nacionales, representan tipos de lenguas híbridas, cruzadas de los elementos simples, de los cuales mediante elcruzamiento se forman todas las lenguas. El análisis paleontológico del lenguaje humano no va más allá de la determinación de tales elementos y, sin embargo, la teoría yafética permite interpretarlos de un modo tan decisivo y definitivo, que el problema del origen del lenguaje se reduce al del surgimiento de los elementos mencionados, que no representan sino nombres tribales[77].

Aquí apenas apuntamos la importancia de la palabra ajena para el problema del origen del lenguaje y de su evolución. Estos problemas en sí están fuera de los límites de nuestro trabajo. La palabra ajena nos importa en cuanto factor que determina el pensamiento filosófico-lingüístico acerca de la palabra y todas las categorías y enfoques de este pensamiento.

Dejaremos de lado tanto las peculiaridades del pensamiento primitivo acerca del discurso extranjero[78], como las categorías de filosofemas más antiguos de la palabra que hemos mencionado arriba. Trataremos aquí tan sólo de señalar todas aquellas singularidades del pensamiento lingüístico que han madurado a lo largo de

77. Ibid, pp. 315-316.

78. Así, la percepción primitiva mágica del discurso se determina en una gran medida por la palabra ajena. Nos referimos a todo el conjunto de fenómenos que le incumben.

siglos y que determinan el pensamiento lingüístico actual. Nos hemos de cerciorar de que son precisamente éstas las categorías que han encontrado su expresión más clara y nítida en las enseñanzas del objetivismo abstracto.

Trataremos de expresar en los siguientes postulados aquellas peculiaridades de la percepción de la palabra ajena que se convirtieron en el fundamento del objetivismo abstracto. Con ello resumimos la exposición anterior y la complementamos con una serie de puntos significativos[79].

I. El momento estable e idéntico a sí mismo de las formas lingüísticas prevalece sobre su variabilidad.

II. Lo abstracto prevalece sobre lo concreto.

III. La sistematicidad abstracta prevalece sobre la historicidad.

IV. Las formas de los elementos prevalecen sobre las formas de la totalidad.

V. La sustancialización del elemento lingüístico aislado sustituye la dinámica del discurso.

VI. La monosemia y la monoacentualidad de la palabra sustituye su polisemia y poliacentualidad.

VII. Se presenta el concepto de la lengua como una cosa acabada que se transmite de una generación a otra.

VIII. La incapacidad de comprender la generación de la lengua desde su interior.

Nos detendremos brevemente en cada una de estas

79. No hay que olvidar que el objetivismo abstracto en su nueva presentación aparece como la expresión de aquel estado de la palabra ajena cuando ésta ya había perdido en una gran medida su autoridad y su fuerza productiva. Además, la especificidad de la percepción de la palabra ajena aparece debilitada en el objetivismo abstracto por el hecho de que las categorías principales de su pensamiento se extendían también a la percepción de las lenguas vivas y maternas. Porque la lingüística estudia la lengua viva tal como si ésta estuviese muerta, y la lengua materna, como si fuera extranjera. Es por esta posición que las propuestas del objetivismo abstracto difieren tanto de los filosofemas antiguos de la palabra ajena.

particularidades del pensamiento acerca de la palabra extranjera.

I. La primera no requiere aclaración. Ya hemos indicado que la comprensión de la lengua propia no implica el reconocimiento de los elementos idénticos del lenguaje, sino la comprensión de su nueva significación contextual. En cambio, la edificación de un sistema de formas idénticas a sí mismas aparece como una etapa necesaria e importante en el proceso del desciframiento y transmisión de una lengua extranjera.

II. El segundo punto se comprende también a partir de lo dicho. Un enunciado monológico y acabado es en realidad una abstracción. La concretización de la palabra sólo es posible mediante su inclusión en un contexto histórico real de su realización primitiva. En un enunciado monológico aislado aparecen rotos justamente aquellos hilos que lo unían con toda la concreción de la generación histórica.

III. El formalismo y la sistematicidad aparecen como rasgo típico de todo pensamiento dirigido a un objeto acabado, es decir, inmovilizado.

Esta peculiaridad del pensamiento lingüístico tiene manifestaciones múltiples. Es característico el hecho de que sea el pensamiento ajeno el que de ordinario (si no exclusivamente) suela sistematizarse. Los creadores e iniciadores de nuevas corrientes ideológicas nunca son sus sistematizadores formales. Las empieza a sistematizar la época que se siente en la posesión de un pensamiento acabado y recibido de una autoridad. Es preciso que pase la época creadora, y sólo entonces empieza la sistematización formalista, tarea de herederos y epígonos que se creen propietarios de una palabra ajena que está ya

privada de la voz. La orientación en medio de una corriente generadora no puede ser jamás normalmente sistematizadora. Es por eso que el de la gramática, pensamiento formalista y sistematizador, pudo desarrollar toda su plenitud y fuerza sólo sobre el material de una lengua muerta y extranjera, y solamente allí donde dicha lengua perdiese hasta cierto punto su fascinación, su carácter sagrado y su autoridad. El pensamiento gramático, formalmente sistematizador, hubo de ocupar ineludiblemente una posición conservadora y académica respecto de una lengua viva, es decir, hubo de tratar una lengua viva como si se presentara como acabada y, por consiguiente, de tratar con hostilidad toda clase de novedades lingüísticas. Pero el pensamiento sistemático sobre la lengua es incompatible con su comprensión viva e histórica. Desde el punto de vista del sistema, la historia siempre se presenta tan sólo como una serie de infracciones eventuales.

IV. La lingüística, como hemos visto, trabaja orientada hacia el enunciado monológico aislado. Se estudian los monumentos lingüísticos, a los que se contrapone la conciencia pasivamente comprensiva del filólogo. De este modo todo el trabajo se lleva a cabo dentro de los límites de un enunciado dado. Pero los límites del enunciado como una totalidad se perciben débilmente o incluso dejan de percibirse. Todo el trabajo de la investigación se dedica al estudio de las relaciones inmanentes al territorio interno del enunciado. Mientras tanto, todos los problemas de, por así decirlo, la política exterior del enunciado permanecen fuera del análisis, esto es, todas las relaciones que sobrepasan las fronteras del enunciado como totalidad monológica. Es muy comprensible que la misma totalidad del enunciado y las formas de esta totalidad se queden al margen del pensamiento lingüístico. En efecto, el pensamiento lingüístico no avanza más allá de

los elementos de un enunciado monológico. La estructura de una oración compuesta (de un período) es el máximo que puede abarcar la lingüística. En cuanto a la estructura de la totalidad de un enunciado completo, la lingüística la deja a la incumbencia de otras disciplinas: la retórica y la poética. La lingüística carece de enfoque de las formas composicionales de la totalidad. Es por eso que entre las formas lingüísticas de los elementos de enunciado y las formas de su totalidad no hay una transición continua y en general no hay relación alguna. Sólo mediante un salto pasamos de la sintaxis a las cuestiones de la composición. Lo cual es absolutamente inevitable, puesto que las formas de un enunciado total sólo pueden ser percibidas y comprendidas sobre el fondo de otros enunciados totales en la unidad de una esfera ideológica. Así, las formas de un enunciado artístico —de una obra literaria— sólo pueden ser comprendidas en la unidad de la vida literaria, en una relación indivisible con otras formas asimismo literarias. Al referir una obra a la unidad de la lengua como sistema, al analizarla como un documento lingüístico, perdemos el enfoque de sus formas en cuanto formas de una totalidad literaria. Entre la obra relacionada con el sistema de la lengua y la obra tomada en la unidad de la vida literaria se impone una ruptura completa, imposible de superar desde el terreno del objetivismo abstracto.

V. La forma lingüística viene a ser tan sólo un aspecto, separado en abstracto de la totalidad dinámica de una actuación discursiva completa, esto es, del enunciado. En el marco de tareas lingüísticas determinadas una abstracción semejante es, por supuesto, completamente legítima. Sin embargo, en el terreno del subjetivismo abstracto la forma lingüística se convierte en sustancia, aparece como un elemento que puede ser separado en la realidad, elemento

capaz de su propia existencia histórica aislada. Es muy comprensible que suceda así, ya que el sistema en cuanto totalidad no puede desarrollarse históricamente. El enunciado como totalidad no existe para la lingüística. Por consiguiente, permanecen tan sólo elementos del sistema, esto es, las formas lingüísticas aisladas. Son ellas las que pueden tolerar la historia.

De este modo, la historia de la lengua aparece como historia de formas lingüísticas aisladas (formas fonéticas, morfológicas y otras) que se desarrollan en contra del sistema como totalidad y a pesar de los enunciados concretos[80]. Vossler aprecia muy justamente la historia de la lengua tal como la entiende el objetivismo abstracto:

Una historia de la lengua como la llamada gramática histórica es, para decirlo grosso modo, lo mismo que sería una historia del traje sin el concepto de la moda o del gusto de la época: un índice, ordenado cronológica y geográficamente, de botones, alfileres, medias, gorros y tirantes. En gramática histórica estos botones y tirantes se llaman, por ejemplo, /a/ abierta acentuada en sílaba libre, /k/ + /l/ iniciales, etc[81].

VI. El sentido de una palabra se define plenamente por su contexto. En realidad, existen tantos significados de una palabra cuantos contextos hay de su uso[82]. Sin embargo, con todo esto, la palabra no pierde su unidad ni se desintegra en el número de palabras correspondiente a los contextos de su uso. La

80. El enunciado aparece únicamente como un medio indiferente del cambio de la forma lingüística.

81. Cf. el artículo citado de Vossler: "Gramática e historia lingüística", p. 40. (Ed. rusa, p. 170.).

82. Por el momento dejamos de lado la diferenciación entre significado y tema (cr. *infra*, cap. IV).

unidad de la palabra no se asegura, desde luego, tan sólo por la unidad de su composición fonética, sino también por el factor de unidad propio de todas las significaciones. ¿Cómo conciliar la polisemia fundamental de la palabra con su unidad? —así es como puede ser formulado, de un modo sumario y elemental, el problema principal de la significación—. Este problema sólo puede resolverse dialécticamente. ¿Cómo, en cambio, actúa el objetivismo abstracto? El momento de la unidad de la palabra, para él, parece anquilosarse y separarse de la pluralidad fundamental de sus significaciones. Esta pluralidad se percibe como matices ocasionales de un significado fijo y estable. La orientación de la lingüística es directamente opuesta a la orientación del proceso vivo de la comprensión de los hablantes que intervienen en una interacción discursiva determinada. Un filólogo-lingüista, al cotejar los contextos de una palabra dada, privilegia el momento de la identidad en el uso, puesto que le importa sustraer la palabra dada de los contextos confrontados y atribuirle una definición fuera del contexto, es decir, él pretende crear la palabra de diccionario. El proceso de aislamiento de la palabra y de la estabilización de su significado fuera del contexto se refuerza además mediante la confrontación de idiomas, es decir, la busca de una palabra correspondiente en otro idioma. En el proceso del trabajo lingüístico, la significación se estructura en la frontera que se traza entre al menos dos idiomas. El trabajo del lingüista se complica además por el hecho de crear una ficción de un objeto único y real que correspondería a una palabra dada. El objeto en cuestión es unitario, idéntico a sí mismo y es el que asegura la unidad del significado. Esta ficción de la realidad literal de la palabra coadyuva aún más para la sustancialización de su significado. La síntesis dialéctica de la unidad del significado con su multiplicidad en este terreno se vuelve imposible.

El error más profundo del objetivismo abstracto consiste además en lo siguiente: los diversos contextos de uso de alguna palabra aparecen concebidos en un mismo plano. Los contextos parecen formar una serie de enunciados cerrados, centrados en sí mismos y orientados en un mismo sentido. Pero en la realidad las cosas son muy distintas: los contextos de uso de una misma palabra a menudo se contraponen mutuamente. Un caso clásico de tal contraposición de los contextos de una misma palabra son las réplicas de un diálogo. En este caso una misma palabra figura en dos contextos opuestos en colisión. Desde luego, las réplicas de un diálogo aparecen tan sólo como un caso más representativo y evidente de contextos multidireccionales. Pero en la realidad, todo enunciado concreto en una u otra forma, en diferentes grados expresa una conformidad con algo o una negación de algo. Los contextos no permanecen uno junto al otro sin hacerse caso mutuamente, sino que se encuentran en un permanente estado de intensa e ininterrumpida interacción y lucha. El cambio del acento valorativo de la palabra en sus distintos contextos no ha sido tomada en absoluto en cuenta por la lingüística, ni tampoco se ha reflejado en la doctrina acerca de la unidad del significado. Este acento es lo que menos se somete a la sustancialización, a pesar de que la pluriacentualidad de la palabra sea justamente lo que le da vida. El problema de la pluriacentualidad debe relacionarse estrechamente con el problema de la polisemia. Los dos problemas sólo pueden ser solucionados al establecerse el vínculo mencionado. Sin embargo, es justamente este vínculo lo que viene a ser absolutamente irrealizable en el terreno del objetivismo abstracto con sus principios. La lingüística echa por la borda el acento valorativo junto con la enunciación singular (parole)[83].

83. El desarrollo posterior de los postulados expresados aquí aparece en el capítulo IV de nuestro libro.

VII. Según la doctrina del objetivismo abstracto, la lengua como si fuera una obra acabada, se transmite de una generación otra. Desde luego, los exponentes de la segunda corriente entienden esta transmisión de la lengua como herencia metafóricamente. Sin embargo, en sus manos esta semejanza viene a ser algo más que una metáfora. Al sustancializar el sistema de la lengua y al percibir una lengua viva como si fuese una lengua muerta y ajena, el objetivismo abstracto la convierte en algo ajeno con respecto a la corriente de la comunicación discursiva. La corriente se precipita adelante, pero la lengua, como pelota, se pasa de una generación a otra. Pero en realidad la lengua se mueve junto con la corriente y es inseparable de ella. No se transmite propiamente si no continúa, pero continúa como un proceso ininterrumpido de generación. Los individuos no reciben una lengua acabada, sino que ingresan en esta corriente de la comunicación discursiva o, más bien, su conciencia se realiza por primera vez únicamente en esta corriente. Sólo en el proceso de enseñanza de una lengua ajena una conciencia acabada —acabada gracias a la lengua materna— se contraponen a una lengua asimismo acabada, a la que sólo puede recibir. La lengua materna no se recibe por la gente: la gente despierta por primera vez dentro de la lengua materna[84].

VIII. Como hemos visto, el objetivismo abstracto no sabe relacionar la existencia de la lengua en el corte sincrónico abstracto con su proceso generativo. Como sistema de formas normativamente idénticas, la lengua existe para una conciencia hablante; como proceso generativo existe solamente para un historiador. De este modo se excluye

84. El proceso de asimilación de la lengua materna por un niño es el proceso de un paulatino ingreso de la criatura en la comunicación discursiva. Conforme al grado del ingreso la conciencia se forma y se llena de contenido.

la posibilidad de una participación activa de la conciencia hablante en el proceso de la generación histórica. La combinación dialéctica de la necesidad con la libertad y, por decirlo de esta manera, con la responsabilidad lingüística, resulta absolutamente imposible en este terreno. Aquí predomina una concepción puramente mecanicista de la necesidad lingüística. No cabe ni la menor duda de que también este rasgo del objetivismo abstracto está relacionado con una inconsciente orientación hacia una lengua muerta y ajena.

Recapitulemos ahora en torno a nuestro análisis crítico del objetivismo abstracto. Al problema que hemos planteado al principio del primer capítulo —el del carácter real y dado de los fenómenos lingüísticos en cuanto objeto de un estudio específico y unitario— se le da una solución errónea. La lengua como sistema de formas normativamente idénticas es una abstracción, que puede justificarse teórica y prácticamente sólo desde el punto de vista de un desciframiento de una lengua ajena y muerta y de su enseñanza. Este sistema no puede ser la base de una comprensión y explicación de los hechos lingüísticos tomados en su vida y generación. Por el contrario, el sistema nos aleja de la generación viva y real del lenguaje y de sus funciones sociales, a pesar de que los partidarios del objetivismo abstracto reclamen la importancia sociológica de su punto de vista. El objetivismo abstracto tiene como base teórica los presupuestos de una visión del mundo racionalista y mecanicista, que tienen muy poca capacidad para fundamentar una comprensión adecuada de la historia, puesto que el lenguaje es un fenómeno netamente histórico.

¿Quiere decir, entonces, que los fundamentos de la primera corriente, el subjetivismo individualista, sean los correctos? ¿Tal vez, justamente esta corriente haya logrado localizar la realidad auténtica del lenguaje? ¿O bien la verdad se encuentra en medio, como un compromiso

entre las dos corrientes, entre las tesis del subjetivismo individualista y las antítesis del objetivismo abstracto? Consideramos que en este caso, como en cualquier otro, la verdad no se sitúa en el justo término medio, ni representa un compromiso entre la tesis y la antítesis, sino que se encuentra más allá de los dos, al negar por igual tanto la tesis como la antítesis, esto es, siendo una síntesis dialéctica. Las tesis de la primera corriente, según lo veremos en el capítulo siguiente, tampoco resisten una revisión crítica. Puntualicemos además lo siguiente. El objetivismo abstracto, al considerar el sistema de la lengua como lo único importante para el análisis de los fenómenos lingüísticos, rechaza el acto discursivo —la enunciación— como acto individual. Como ya lo hemos dicho, en ello consiste el proton pseudos del objetivismo abstracto. El subjetivismo individualista considera precisamente el acto discursivo, o la enunciación, como lo único que importa. Pero también esta corriente define este acto como individual y por tanto trata de explicarlo desde las condiciones de la vida individual y psíquica de la persona. Éste es su propio *proton pseudos.*

En la realidad, un acto discursivo o, más exactamente, su producto el enunciado, no puede ser reconocido como fenómeno individual en el sentido exacto de la palabra ni puede ser explicado a partir de las condiciones psicológico-individuales o psico-fisiológicas del sujeto hablante. El enunciado tiene carácter sociológico.

Sustentaremos esta tesis en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO III

INTERACCIÓN DISCURSIVA

Teoría de la expresión en el subjetivismo individualista - Crítica de la teoría de la expresión - Estructura sociológica de la vivencia y la expresión - Problema de la ideología cotidiana - Enunciado como base de la generación discursiva - Direcciones para resolver el problema de la realidad dada del lenguaje - Enunciado como totalidad y sus formas.

La segunda corriente del pensamiento filosófico-lingüístico, según hemos visto, se relaciona con el racionalismo y el neoclasicismo. La primera corriente, el subjetivismo idealista, se relaciona con el romanticismo. El romanticismo en una gran medida fue una reacción a la palabra ajena y a las categorías del pensamiento por ella condicionadas. El romanticismo fue la reacción más inmediata a la última reincidencia del poder cultural de la palabra extranjera: a la época del Renacimiento y la neoclásica. Los románticos fueron los primeros filólogos de la lengua vernácula, los primeros que intentaron reestructurar radicalmente el pensamiento lingüístico en base a la vivencia de la lengua materna en cuanto mediación para el proceso generativo de la conciencia y el pensamiento. Es verdad que los románticos siguieron siendo filólogos en la acepción exacta de esta palabra. Por supuesto estaba más allá de sus fuerzas reconstruir el pensamiento acerca del lenguaje formado y asentado durante centurias. Sin embargo, lograron aportar a este pensamiento nuevas categorías y pusieron los cimientos de las particularidades específicas de la primera corriente. Es característico el hecho de que hasta

hoy en día los exponentes del subjetivismo individualista sean especialistas en lenguas modernas, principalmente romanistas (Vossler, Leo Spitzer, Lorck y otros).

Sin embargo, también para el subjetivismo individualista el enunciado monológico fue la realidad definitiva y el punto de partida en su reflexión acerca del lenguaje. Pero sus representantes no lo enfocaron desde el punto de vista de un filólogo de comprensión pasiva sino desde la interioridad del hablante, desde el punto de vista de su autoexpresión.

¿Qué es lo que un enunciado monológico representa para el subjetivismo individualista? Hemos visto que el enunciado aparea como un acto puramente individual, como expresión de una conciencia individual, con sus intenciones, tendencias, impulsos creativos, gustos, etcétera. La categoría de la expresión es la categoría superior y general a la que se ajusta un acto lingüístico: la enunciación.

Pero ¿qué es la expresión?

Su definición más simple y sumaria sería la siguiente: es algo que de alguna manera se ha formado en la psique individual y que puede ser proyectado hacia afuera mediante algunos signos externos. Entonces, la expresión contiene dos miembros: lo expresado (interno) y su objetivación externa para los demás (o, tal vez, para uno mismo). La teoría de la expresión, por más sofisticadas y complejas que sean sus formas, presupone ineludiblemente estos dos elementos: todo el acontecimiento de la expresión se desenvuelve entre ellos. Por lo tanto, toda teoría de la expresión inevitablemente sobreentiende que lo expresado puede de alguna manera formarse y existir fuera de la expresión, que existe antes en otra forma y luego pasa a ser la forma de la expresión. De no ser así, si lo expresado existiera desde un principio en la forma de la expresión,

y si entre ambos se diera una transición cuantitativa (algo así como aclaración, diferenciación, etcétera), entonces toda la teoría de la expresión se derrumbaría. La teoría de la expresión forzosamente presupone un cierto dualismo entre lo interno y lo externo, así como una determinada prioridad de lo interno, puesto que todo acto de objetivación (expresión) se desarrolla desde el interior hacia afuera. Sus fuentes se encuentran en el interior. No es gratuito el hecho de que la teoría del subjetivismo individualista y todas las teorías de la expresión en general se hayan producido exclusivamente en un terreno idealista y espiritualista. Todo lo sustantivo se encuentra en el interior, mientras que lo externo puede llegar a ser importante tan sólo al convertirse en el recipiente de lo interno, en la expresión del espíritu.

En realidad, lo interno, al convertirse en lo externo, al expresarse hacia afuera, cambia. Está forzado a apropiarse de un material externo que posee sus propias leyes, ajenas a lo interno. En el proceso de esta asimilación del material, de su superación, de su transformación en un recurso pasivo de la expresión, lo vivenciado y expresado se transforma por sí mismo y se ve obligado a aceptar un cierto compromiso. Es por eso que en el terreno del idealismo, sobre el cual se han constituido todas las teorías de la expresión, pudo tener lugar también una negación radical de la expresión en cuanto distorsión de la pureza de lo interior[85]. En todo caso, todas las fuerzas creativas y organizativas de la expresión se encuentran en el interior. Todo lo externo es tan sólo un material pasivo para la forma interior. De ahí sigue que también la comprensión, la interpretación y la explicación de un fenómeno ideológico pueden ser dirigidas hacia el interior, deben ir,

85. "Idea expresada es mentira" (Tiutchev); "Oh, si el alma pudiera decirse sin palabras" (Fet). Tales declaraciones son típicas para el romanticismo idealista.

en comparación con la expresión, en una dirección inversa: partiendo de una objetivación externa, la explicación debe penetrar hacia sus raíces organizativas internas. Así es como entiende la expresión el subjetivismo individualista.

La teoría de la expresión, que se encuentra en la base de la primera corriente del pensamiento filosófico-lingüístico, es radicalmente errónea.

La vivencia —lo expresado y su objetivación externa— están hechos, como ya lo sabemos, del mismo material. No hay vivencia fuera de su encarnación sígnica. Por consiguiente, desde un principio ni siquiera puede plantearse una diferencia cualitativa entre lo interno y lo externo. Pero es más que eso: el centro organizativo y formativo no se encuentra en el interior (es decir, no en el material de los signos internos), sino afuera. No es la vivencia la que organiza la expresión, sino por el contrario, es la expresión la que organiza la vivencia, le da por primera vez una forma y una determinación del sentido.

En efecto, no importa qué aspecto de una expresión-enunciado tomáramos, este aspecto siempre se determina por las condiciones reales del enunciado en cuestión, y ante todo por la situación social inmediata.

Esto sucede porque se construye entre dos personas socialmente organizadas, y aunque un interlocutor real no exista, siempre se prefigura como una especie de representante del grupo social al que el hablante pertenece. La palabra está orientada hacia un interlocutor, hacia la condición de éste: si se trata de la persona perteneciente a un mismo grupo social o no, si está por encima o por debajo del hablante (rango jerárquico del interlocutor), si está o no relacionado con el hablante mediante algún vínculo social más estrecho (padre, hermano, marido, etc.). Un interlocutor abstracto, esto es, un hombre en sí, no puede existir; con éste, en efecto, no tendríamos ningún lenguaje común en sentido

literal ni figurado. Incluso si pretendemos a veces vivenciar y expresarnos *urbi et orbi*, en la realidad vemos "la ciudad y el mundo" a través del prisma del medio social concreto que nos abarca. En la mayoría de los casos presuponemos en esta situación un cierto horizonte social típico y estable, hacia el cual se orienta la creatividad ideológica del grupo social y de la época a que pertenezcamos, esto es, hacia un coetáneo de nuestra literatura, nuestra ciencia, nuestra moral, nuestro derecho.

El mundo interior y el pensamiento de todo hombre posee un auditorio social estable, en cuya atmósfera se estructuran sus argumentos internos, las motivaciones y valoraciones internas, etc. Cuanto más culta es la persona dada, tanto más el auditorio en cuestión se aproxima a un auditorio normal de la creación ideológica, pero en cualquier caso el interlocutor ideal no puede salvar las fronteras de una determinada clase social y de una determinada época.

El aspecto de la orientación de la palabra hacia el interlocutor es de suma importancia. En realidad, la palabra representa un acto bilateral. Se determina en la misma medida por aquel a quien pertenece y por aquel a quien está destinada. En cuanto palabra, aparece precisamente como producto de las interrelaciones del hablante y el oyente. Toda palabra expresa a "una persona" en su relación con "la otra". En la palabra me doy forma a mí mismo desde el punto de vista del otro, al fin de cuentas desde el punto de vista de mi colectividad. La palabra es el puente construido entre el yo y el otro. Si un extremo del puente está apoyado en mí, el otro se apoya en mi interlocutor. La palabra es el territorio común compartido por el hablante y su interlocutor.

Pero ¿quién es el hablante? Porque si la palabra no le pertenece por entero —al ser, por así decirlo, una zona fronteriza entre él y su interlocutor—, le pertenece al

hablante al menos a la mitad. Aquí se presenta un aspecto en el cual el hablante viene a ser un propietario indiscutible de la palabra que en este momento no puede ser enajenada de él. Se trata del acto fisiológico de la realización de la palabra. Pero la categoría de la propiedad es inaplicable a este acto, tomado como puramente fisiológico.

Si no nos atenemos al acto fisiológico de la realización de la palabra, sino a la realización de la palabra en cuanto signo, entonces la cuestión de la propiedad se complica extraordinariamente. Sin mencionar ya el hecho de que el hablante toma prestada la palabra en cuanto signo del acervo social de los signos existentes, la formulación individual de este signo social en un enunciado concreto se determina completamente por las relaciones sociales. Justamente aquella individuación estilística del enunciado de la que hablan los vosslerianos representa un reflejo de las interrelaciones sociales en cuya atmósfera se construye el enunciado dado. La estructura del enunciado se determina —y se determina desde el interior— por la situación social más inmediata y por la situación social más englobadora.

Efectivamente, cualquier enunciado, que analicemos, incluso aquel que no representara una información referencial (comunicación en el sentido estricto de la palabra), sino la expresión de alguna necesidad, por ejemplo, del hambre, se pondrá enseguida de manifiesto su orientación social completa. Ante todo, el enunciado se determina de la manera más inmediata por los participantes del acontecimiento del enunciado, tanto por los presentes como por los distantes, en relación con tal o cual situación: es ésta la que formula el enunciado, le confiere una u otra entonación, al hacerlo sonar ora como exigencia, ora como súplica, bien como reclamación de un derecho o como petición de un favor, con un estilo sofisticado o sencillo, con seguridad o timidez, etcétera.

La situación inmediata y sus participantes sociales

más próximos determinan la forma ocasional y el estilo del enunciado. Los estratos más profundos de su estructura se determinan por las relaciones sociales más duraderas y profundas de las cuales el hablante participa.

Si tomamos un enunciado en medio de un proceso generativo, cuando se encuentra todavía "en el alma", la esencia del asunto no varía, puesto que la estructura de la vivencia es tan social como la estructura de su objetivación externa. El grado de conciencia, claridad, formulación de un enunciado es directamente proporcional a su orientación social.

En efecto, incluso una simple y vaga concientización de una sensación cualquiera, aunque sea del hambre, sin que se exprese hacia el exterior, no puede prescindir de alguna forma ideológica. Y es que toda concientización requiere un discurso interior, una entonación interior y aun un estilo interior incipiente: se puede sentir el hambre de una manera suplicante, molesta, rencorosa, indignada. Aquí, desde luego nos limitamos a enumerar tan sólo los sentidos burdos y marcados de la entonación interna, pero en la realidad resulta posible una entonación sumamente fina y compleja en su articulación de la vivencia. La expresión externa, en la mayoría de los casos, solamente reitera y aclara el sentido de la orientación interna del discurso interior y las entonaciones ya presentes en él.

Depende de la situación inmediata de la vivencia, así como de la situación social general del hambriento, la dirección que va a tomar el despliegue entonacional de la sensación interna de su hambre. Son justamente éstas las condiciones que determinan el contexto valorativo y el horizonte social en que se toma la conciencia de la vivencia del hambre. El contexto social más próximo determinará a los posibles receptores, aliados o enemigos, hacia los cuales se orienta la conciencia y la vivencia del hambre: podría tratarse del rencor hacia una inhóspita naturaleza,

hacia uno mismo, hacía la sociedad, hacia un grupo social determinado, hacia un hombre determinado, etcétera. Por supuesto, son posibles diferentes grados de concientización, articulación y diferenciación en esta orientación social de la vivencia; pero fuera de alguna orientación social la vivencia no es posible. Incluso el llanto de un bebé de pecho está "orientado" hacía la madre. Puede presentarse un matiz de llamamiento o de propaganda en la vivencia del hambre: la vivencia se estructurará centrada en una posible consigna, en un argumento político, se articulará como protesta, etcétera.

En relación con un receptor potencial (pero a veces incluso claramente percibido), pueden distinguirse dos polos, dos límites entre los cuales la vivencia puede tomar forma y ser objeto de una toma de conciencia, tendiendo a uno u otro límite. Los llamaremos convencionalmente: vivencia-yo y vivencia-nosotros.

Propiamente, la vivencia-yo tiende hacia la aniquilación; en cuanto se aproxima al límite, pierde su articulación ideológica y por tanto deja de ser objeto de una toma de conciencia, acercándose a la reacción fisiológica de un animal. Al tender hacia este límite, la vivencia va perdiendo todas las potencialidades, todos los brotes de una orientación social, y por tanto se despoja de su formulación verbal. Tanto las vivencias aisladas como grupos enteros de ellas pueden acercarse a este límite perdiendo su claridad y articulación ideológica y atestiguando el desarraigo social de la conciencia[86].

La vivencia-nosotros no es en absoluto una experiencia oscura o gregaria, sino que está diferenciada. Es más, la diferenciación ideológica, el crecimiento de la

86. Acerca de la posibilidad de la separación de un contexto social del grupo de las vivencias sexuales humanas, y de la pérdida de su articulación verbal relacionada con esta posibilidad, ver nuestro libro *Freudismo*, GIZ, 1927, pp. 135-136.

conciencia es directamente proporcional a la firmeza y la solidez de una orientación social. Cuanto más unido, organizado y diferenciado es el colectivo al que un individuo se orienta, tanto más brillante y complejo es su mundo interior.

Pueden existir diversos grados de la vivencia-nosotros y diferentes tipos de su articulación ideológica. Supongamos que una persona que esté pasando hambre toma conciencia de ella dentro de una multitud de gentes que sufren hambre por razones casuales (un infortunado, un mendigo, etcétera.). La vivencia de este individuo desclasado adquirirá un matiz especifico y tenderá hacia formas ideológicas determinadas cuya envergadura puede ser bastante amplia: resignación, vergüenza, envidia y otros tonos axiológicos matizarán la vivencia. Las formas ideológicas correspondientes hacia las cuales va a desarrollarse esta vivencia son la protesta individualista de un marginado o la resignación mística llena de arrepentimiento.

Supongamos que la persona que sufre el hambre pertenezca a una colectividad en la cual el hambre no es casual y tiene carácter colectivo, pero que la misma colectividad de las personas hambrientas no esté vinculada por una relación material sólida y sufre su hambre por separado. En la mayoría de los casos el campesino se encuentra en una situación semejante. El hambre se vive por toda la comunidad, pero dentro de una desvinculación material, de la ausencia de una economía unificada, cada quien la soporta en el pequeño y cerrado mundillo de su economía privada. Una colectividad semejante no dispone de un cuerpo material unificado para una acción conjunta. En estas condiciones prevalecerá una conciencia del hambre propia resignada, pero sin vergüenza ni rebajamiento: "Todos aguantan, aguántate tú también". En un terreno semejante se desarrollan los sistemas filosóficos

y religiosos de la no resistencia[87] y del fatalismo (el primer cristianismo, el sistema de Tolstoi).

El hambre es vivida de una manera muy distinta por un miembro de la colectividad objetivamente unida por circunstancias materiales (un regimiento de soldados; obreros de una fábrica; peones de una gran finca capitalista; finalmente, toda una clase social en el momento de madurar hasta la conciencia de ser "clase para sí"). En este caso, en la vivencia predominarán los tonos de una protesta activa y segura; aquí no existe el terreno para entonaciones resignadas y dóciles. Se trata de un terreno asimismo más favorable para una mayor claridad y articulación ideológica de la vivencia[88].

Todos los tipos de vivencia que examinamos, con sus entonaciones principales, están preñados asimismo de imágenes correspondientes y de respectivas formas de enunciados posibles. En todas partes, la situación social determina qué imagen, qué metáfora y qué forma de enunciado pueden desarrollarse a partir de una orientación entonacional de una vivencia dada.

La vivencia de sí mismo es de un carácter especial. No se trata de una "vivencia yo" en el sentido propio de la palabra que hemos definido antes. La vivencia individualista aparece completamente diferenciada y articulada. El individualismo es una peculiar forma ideológica de la "vivencia nosotros" de la clase burguesa (existe también un tipo análogo de la vivencia de sí mismo de la clase

87. En el original se sobreentiende la posición tolstoíana: "la no resistencia al mal mediante la violencia". [N. de la T.]

88. Se puede encontrar un material interesante sobre el problema de la expresión del hambre en los libros del conocido lingüista de la escuela vossleriana Leo Spitzer: *Italienische Kriegsgefangenenbriefe* y *Die Umschreibungen des Begriffes Hunger*. El problema central es: la agilidad y la adaptabilidad de la palabra y de la imagen a las condiciones de una situación excepcional. Sin embargo, el autor no ofrece un enfoque auténticamente sociológico.

feudal aristocrática). El tipo individualista de la vivencia se determina por una orientación social consolidada y segura. La seguridad individualista de sí propio, el valor de sí mismo no se extrae de las profundidades de la personalidad, sino desde el exterior: se trata de una interpretación ideológica del reconocimiento social del yo, con la garantía de su derecho y del apoyo y las garantías objetivas de su actividad económica individual mediante un régimen político. La estructura de una conciencia individual es una estructura tan social como el tipo colectivista de vivencia: se trata de una determinada interpretación ideológica de una situación socioeconómica compleja y estable, proyectada hacia una psique individual. Sin embargo, en este tipo peculiar de la "vivencia-nosotros" individualista, igual que en el régimen social correspondiente, existe una contradicción interna que tarde o temprano ha de romper su estructura ideológica.

El tipo solitario de la vivencia de sí mismo ("saber y tener fuerzas para quedarse solo con su razón"), tal como la cultiva Romain Rolland y en parte Tolstoi, es una estructura análoga. La arrogancia de esta soledad también se apoya en un "nosotros". Se trata de una especie característica de la "vivencia-nosotros" propia de los intelectuales de la Europa Occidental contemporánea. Las palabras de Tolstoi acerca de que existe un pensamiento para sí mismo y otro pensamiento para el público tan sólo confrontan dos concepciones de público. Este "para sí mismo" tolstoiano significa en realidad una concepción social distinta del receptor, que lo caracteriza. No existe el pensamiento sin una tendencia hacia una posible expresión y, por consiguiente, fuera de una orientación social de esta expresión.

Así pues, una persona hablante, abordada, por decirlo así, desde su interior, aparece por completo como producto de interrelaciones sociales. No sólo la expresión

externa, sino también su vivencia interna resulta ser un territorio social. Por tanto, todo el camino que dista entre una vivencia interior ("lo expresable") y su objetivación externa ("lo enunciado") se traza a través de un territorio social. Cuando la vivencia se actualiza en un enunciado acabado, su orientación social se complica por la presencia de una situación social comunicativa más inmediata y, ante todo, por la existencia de interlocutores concretos.

Nuestra exposición echa una nueva luz sobre el problema de la conciencia y la ideología que hemos analizado. Sin contar con una objetivación, con una expresión mediante un material determinado (el material del gesto, de la palabra interna, del grito), la conciencia es una ficción. Se trata de una construcción ideológica mal concebida, creada por medio de una abstracción de los hechos concretos de la expresión social. Pero la conciencia en cuanto expresión material organizada (mediante el material ideológico de la palabra, del sonido, del signo, del dibujo, del color, de la música), es un hecho objetivo y una enorme fuerza social. Es verdad que la conciencia no se encuentra por encima de la existencia ni la puede determinar constitutivamente, pero en cambio es una parte de la existencia, una de sus fuerzas y por lo mismo posee una eficacia, juega un papel en la arena de la existencia. Mientras la conciencia permanece en la cabeza del individuo consciente, como un embrión intradiscursivo de la expresión, se trata todavía de un fragmento demasiado pequeño de la existencia, y su radio de acción es aún muy reducido. Pero al pasar por todas las fases de la objetivación social y al ingresar en el campo de fuerzas de la ciencia, del arte, de la moral, del derecho, se convierte en una fuerza real y es capaz incluso de realizar una influencia inversa sobre las bases económicas de la vida social. Por supuesto, esta fuerza de la conciencia se

materializa en determinadas organizaciones sociales, se articula en expresiones ideológicas estables (ciencia, arte, etcétera), pero inclusive en la forma vaga y primitiva de un pensamiento y una vivencia pasajera, la conciencia había sido ya un pequeño acontecimiento social y no un acto individual interno.

Desde un principio, la vivencia está orientada hacia una expresión externa totalmente actualizada, tendiendo hacia ella. Esta expresión de la vivencia puede llevarse a cabo, pero también puede ser detenida o inhibida. En este último caso, la vivencia viene a ser una expresión suspendida (no tocaremos aquí la cuestión sumamente compleja de las causas y las condiciones de la suspensión). A su vez, una expresión realizada causa una poderosa influencia retroactiva sobre la vivencia: empieza a estructurar la vida interior confiriéndole una expresión más definida y estable.

La influencia inversa de una expresión articulada y estable sobre la vivencia (es decir, la expresión interna) tiene una enorme importancia que siempre ha de tomarse en cuenta. Se podría decir que no tanto la expresión se acomoda a nuestro mundo interior, cuanto nuestro mundo interior busca adaptarse a las posibilidades de nuestra expresión y a sus posibles vías y direcciones.

Para diferenciarlo de los sistemas ideológicos ya formados —arte, moral, derecho—, llamaremos ideología cotidiana a todo el conjunto de experiencias vivenciales y de las expresiones relacionadas directamente con éstas. La ideología cotidiana es un mundo caótico del discurso interior y exterior desordenado y no asentado, mundo que confiere un sentido a todo nuestro acto ético o acción, y a todo nuestro estado "consciente". Al tomar en cuenta la índole sociológica de la estructura de expresión y vivencia, podemos decir que la ideología cotidiana tal como la comprendemos, en términos generales corresponde a

aquello que las fuentes marxistas designan como "psicología social". En este contexto preferimos evitar la palabra "psicología", puesto que nos importa exclusivamente el contenido del psiquismo y de la conciencia, el cual es completamente ideológico y no se determina por factores orgánicos e individuales (biológicos, fisiológicos), sino por factores sociológicos. El factor orgánico e individual carece absolutamente de importancia para la comprensión de las principales tendencias creativas y plenas de vitalidad del contenido de la conciencia.

Los sistemas ideológicos articulados de la moral social, de la ciencia, del arte, de la religión se cristalizan a partir de la ideología cotidiana y a su vez la influyen retroactivamente, dando en condiciones normales el tono a la ideología cotidiana. Pero al mismo tiempo estos productos ideológicos estructurados conservan permanentemente un vínculo orgánico y vivo con la ideología cotidiana, se alimentan de sus jugos y fuera de ella están muertos, como lo están, por ejemplo, una obra literaria terminada o una idea científica fuera de una percepción viva que los valore. Pero también esta percepción, para la cual propiamente existe cualquier tipo de obra ideológica, se lleva a cabo en el lenguaje de la ideología cotidiana. La ideología cotidiana ubica la obra en una situación social determinada. Una obra se vincula con la totalidad del contenido de la conciencia receptora, se ilumina por ésta de un modo nuevo. En esto consiste la vida de una obra ideológica. En cualquier época de su existencia histórica la obra debe establecer nexos estrechos con la ideología cotidiana cambiante, debe impregnarse de ella, saturarse de sus jugos siempre nuevos. Solamente en la medida en que una obra sea capaz de establecer una relación orgánica e indisoluble con la ideología cotidiana de una época determinada, será capaz también de mantenerse viva durante esta época (por

supuesto, en un grupo social determinado). Fuera de este vínculo deja de existir, puesto que deja de experimentarse como ideológicamente significativa.

Hemos de distinguir varios estratos dentro de la ideología cotidiana. Estos estratos se determinan por la escala social que mide la vivencia y la expresión, por las fuerzas sociales hacia las cuales estas últimas deben orientarse permanentemente.

El horizonte en medio del cual se realiza una vivencia o una expresión determinada puede ser, como ya lo sabemos, más o menos extenso. El mundillo de una vivencia puede ser muy estrecho y oscuro, la orientación social de la vivencia puede ser eventual e instantánea, distintiva tan sólo de una agrupación accidental precaria de varias personas. Desde luego, incluso estas vivencias caprichosas son de índole ideológica y sociológica, pero se sitúan ya en los límites entre lo normal y lo patológico. Una semejante vivencia fortuita permanece aislada en la vida psíquica de una persona determinada. No es capaz de consolidarse y encontrar una expresión diferenciada y acabada, puesto que carece de un auditorio socialmente fundamentado y sólido: ¿de dónde pueden surgir las bases para su diferenciación y acabamiento? Un afianzamiento (por escrito o incluso impreso) es aún menos posible para una semejante vivencia aleatoria. Una vivencia originada por una situación casual y momentánea no tiene ninguna oportunidad para obtener una fuerza y una eficacia posteriores.

Tales vivencias constituyen el estrato inferior, inestable y sumamente cambiante de la ideología cotidiana. Por tanto, a este estrato pertenecen todas las vivencias difusas, poco desarrolladas, que pasan esporádicamente por nuestra psique, así como los pensamientos y las palabras fortuitas y ociosas. Todos ellos representan los abortos, incapacitados para vivir, de las orientaciones sociales, las

novelas sin héroe y exposiciones sin auditorio. Carecen de toda lógica y unidad. Es sumamente difícil localizar en tales retazos ideológicos una regularidad sociológica. En el estrato inferior de la ideología cotidiana sólo es posible captar una regularidad estadística; sólo con base en una gran cantidad de productos de esta clase se ponen de manifiesto las líneas generales de una ley socioeconómica. Es desde luego imposible descubrir los presupuestos socioeconómicos de una vivencia o una expresión aislada.

Los estratos superiores de la ideología cotidiana, que son contiguos a sistemas ideológicos, resultan más consistentes, responsables y de índole creativa. Son mucho más móviles y tensos en comparación con una ideología estructurada; son capaces de transmitir los cambios de las bases socioeconómicas en forma más dinámica y definida. Es en las ideologías cotidianas de este tipo donde se acumulan las energías creativas con la ayuda de las cuales se llevan a cabo las reestructuraciones parciales o radicales de sistemas ideológicos. Las nuevas fuerzas sociales que surgen primeramente encuentran una expresión ideológica y una articulación en estos estratos superiores de la ideología cotidiana, antes de que logren conquistar la arena de una ideología oficial organizada. Desde luego, estas nuevas corrientes de la ideología cotidiana, por más revolucionarias que fuesen, en medio de la lucha y en el proceso de una paulatina penetración en las organizaciones ideológicas (la prensa, la literatura, la ciencia), están sujetas a la influencia de los sistemas ideológicos ya formados, asimilan parcialmente las formas acumuladas y los hábitos y los enfoques ideólogicos.

Lo que suele llamarse "individualidad creativa" representa la expresión de una línea firme y permanente en la orientación social de una persona. Ante todo, aquí se incluyen los estratos superiores y más articulados

del discurso interior (ideología cotidiana), cada ima gen, cada entonación de la cual pasaron por la fase de la expresión, como por una prueba mediante la expresión. De este modo, en tal categoría se incluyen las palabras, entonaciones y gestos del discurso interior que ya pasaron por la experiencia de la expresión externa en una escala social más o menos extensa; son elementos solventes socialmente, pulidos por las reacciones y réplicas, por la negación o el apoyo de un auditorio social.

En los estratos inferiores de la ideología cotidiana, por supuesto, el factor bio-biográfico juega un papel importante, pero a medida que el enunciado echa raíces en un sistema ideológico, su importancia disminuye cada vez más. Si, por consiguiente, en los estratos inferiores de una vivencia y una expresión (enunciado) las explicaciones bio-biográficas pueden aportar algo, su papel en los estratos superiores es extremadamente modesto. El método sociológico objetivo es para ellos el más adecuado.

Así pues, la teoría de la expresión, fundamento del subjetivismo ideológico, debe ser rechazada por nosotros. El centro organizador de cada enunciado, de cada expresión no se encuentra adentro, sino afuera: en el medio social que rodea al individuo. Sólo un grito animal inarticulado aparece organizado, en efecto, desde el interior del aparato fisiólogico de un individuo aislado. Este grito no agrega ningún matiz ideólogico a la reacción fisiológica. Pero incluso el enunciado más primitivo de un hombre, realizado por un organismo singular, se organiza fuera de éste, en las condiciones extraorgánicas del medio social. El enunciado en cuanto tal es plenamente el producto de una interacción social, tanto de la más inmediata, determinada por la situación social de la conversación, como de la más amplia, definida por todo el conjunto de condiciones de una colectividad hablante dada. Una enunciación singular

(parole), contrariamente a la doctrina del objetivismo abstracto, dista de ser un hecho individual que no esté sujeto, por su índole individual, a un análisis sociológico. Si esto fuera así, entonces la suma de estos actos individuales ni tampoco algunos aspectos abstractos propios de todos estos actos individuales ("formas normativamente idénticas"), podrían generar producto social alguno.

El subjetivismo individualista tiene razón en que las enunciaciones singulares representan la única realidad concreta de la lengua en que la relevancia creativa de la lengua depende de ellas. Pero el subjetivismo individualista no tiene razón en menospreciar y en dejar de comprender la naturaleza social del enunciado, tratando de derivar la enunciación del mundo interior del hablante como su expresión. La estructura del enunciado y la de la misma vivencia expresada es una estructura social. La estructuración estilística del enunciado es una articulación social, así como el mismo flujo discursivo de las enunciaciones, al cual en efecto se reduce la realidad de lenguaje, es también un flujo social. Cada gota en él es social, así como lo es toda la dinámica de su generación. El subjetivismo individualista tiene toda la razón al sostener que no deben desligarse la forma lingüística y su contenido ideológico. Toda palabra es ideológica, y todo el uso del lenguaje está relacionado con el cambio ideológico. Pero el subjetivismo idealista no tiene razón al deducir también este contenido ideológico de la palabra a partir de las condiciones de un psiquismo individual.

Tampoco tiene razón el subjetivismo idealista en tomar como punto de partida, tal como lo hace el objetivismo abstracto, el enunciado monológico por excelencia. Es verdad que algunos vosslerianos empiezan a acercarse al problema del diálogo y, por consiguiente, a una comprensión más idónea de la interacción discursiva.

En esta relación es sumamente característico el libro de Leo Spitzer que ya hemos mencionado, Italienische Umsgangssprache, en el que se ensayan unos análisis de la lengua hablada italiana en una estrecha relación con las condiciones del habla y ante todo con la posición del interlocutor[89]. Sin embargo, el método de Leo Spitzer es psicológico-descriptivo. Leo Spitzer no hace conclusiones sociológicas de principio a partir de su análisis. Así que para los vosslerianos, la realidad principal sigue siendo un enunciado monológico.

Fue Otto Dietrich quien planteó el problema de la interacción discursiva con una gran claridad[90]. Parte de una crítica de la teoría de la enunciación en cuanto expresión. Para él, la función principal del lenguaje no es la expresión, sino la comunicación. Esto le permite tomar en cuenta al receptor. La condición mínima de un fenómeno lingüístico es, según Dietrich, la presencia de dos sujetos (el hablante y el oyente). Sin embargo, Dietrich comparte los presupuestos psicológicos generales con el subjetivismo individualista. Las investigaciones de Dietrich carecen asimismo de una base sociológica definida.

Ahora podemos contestar las preguntas que planteamos al principio del primer capítulo de esta parte. La realidad concreta del lenguaje en cuanto discurso no es el sistema abstracto de formas lingüísticas, ni tampoco una enunciación monológica y aislada, ni el acto psicofísico de

89. Es significativa la misma estructura del libro, que contiene cuatro capítulos. He aquí sus títulos: I. *Eröffnungsformen des Gesprächs. II. Sprecher und Hörer, A. Höfilichkei (Rücksicht auf den Partner). B. Sparsamkeit und Verschwendung im Ausdruck; C. Ineinandergreifen von Rede und Gegenrede. III. Sprecher und Situation. IV. Der Abschluss des Gresprächs.* El precursor de Spitzer en la investigación de la lengua hablada en condiciones del habla real fue Hermann Wunderlich. Cf. su libro: *Unsere Umgangssprache* (1894).

90. Cf. *Die Probleme der Sprachpsychologie* (1914).

su realización, sino el acontecimiento social de interacción discursiva, llevada a cabo mediante la enunciación y plasmada en enunciados.

La interacción discursiva es, entonces, la realidad principal del lenguaje.

El diálogo en el sentido estricto de la palabra es, por supuesto, tan sólo una de las formas, aunque la más importante, de la interacción discursiva. Pero el diálogo puede ser comprendido extensivamente, no solamente como la comunicación verbal directa y oral de las personas presentes, sino como toda comunicación discursiva, del tipo que sea. Un libro, es decir, una actuación discursiva impresa, es también un elemento de la comunicación discursiva. Como tal se discute en un diálogo directo y vivo, pero además, esta comunicación discursiva está orientada hacia una percepción activa, relacionada con una elaboración y con la réplica interna, así como hacia una reacción impresa organizada en las más diversas formas creadas a propósito en una esfera dada de la comunicación discursiva (reseñas, exposiciones críticas que determinan la influencia sobre los trabajos posteriores, etcétera). Además, una semejante actuación discursiva está orientada hacia las actuaciones anteriores en la misma esfera, del mismo autor o de otros, y parte de un determinado estado de un problema científico o de un estilo artístico. Así pues, una actuación discursiva participa en una discusión ideológica a gran escala: responde a algo, algo rechaza, algo está afirmando, anticipa las posibles respuestas y refutaciones, busca apoyo, etcétera.

Todo enunciado, por más terminado e importante que fuese en sí mismo, es tan sólo un momento en la comunicación discursiva continua (cotidiana, literaria, cognoscitiva, política). Pero además, este intercambio discursivo es, a su vez, tan sólo un momento de un

continuo y multilateral proceso generativo de un colectivo social determinado. De ahí surge un problema importante: el estudio del vínculo entre una interacción concreta y una situación extraverbal más próxima y, a través de ésta, la relación con la situación más amplia. Las formas de esta vinculación son diferentes, y en relación con una u otra forma, los distintos momentos de la situación adquieren una significación diferente (así, son diferentes los vínculos con los diversos momentos de las situaciones en la comunicación artística o científica). La comunicación discursiva jamás puede ser comprendida y explicada fuera del vínculo con una situación concreta. La comunicación verbal está indisolublemente entretejida con comunicaciones de otro tipo, habiendo surgido en un terreno de la comunicación productiva, común a todas ellas. No se puede arrancar la palabra de esta comunicación unitaria, en un proceso generativo permanente y eterno. En esta relación concreta con la situación, la comunicación discursiva siempre está acompañada por actos sociales de carácter extralingüístico (actos de trabajo, actos simbólicos de un ritual, de una ceremonia, etcétera), siendo a menudo tan sólo su complemento y cumpliendo con una función auxiliar. El lenguaje vive y se genera históricamente en la comunicación discursiva concreta, y no en un sistema lingüístico abstracto de formas, ni tampoco en la psique individual de los hablantes. Por consiguiente, un orden metodológicamente fundado del estudio del lenguaje debe ser el siguiente: 1) formas y tipos de interacción discursiva en relación con sus condiciones concretas; 2) formas de enunciados concretos, de algunas actuaciones discursivas en estrecha relación con la interacción cuyos elementos son estos enunciados, esto es, los géneros de las actuaciones discursivas, determinados por la interacción discursiva, en la vida y en la creación ideológica; 3) a partir de ahí, una

revisión de las formas del lenguaje tomadas en su versión lingüística habitual.

El mismo orden vale para una generación concreta del lenguaje: primero se genera la comunicación social (fundada sobre las infraestructuras), en ella se generan la comunicación y la interacción discursiva y, finalmente, esta generación se refleja en el cambio de las formas de la lengua.

Todo lo dicho revela una extraordinaria importancia del problema de las formas del enunciado en cuanto totalidad. Ya hemos señalado que la lingüística contemporánea carece de un enfoque del enunciado en sí. Su análisis no va más allá de los elementos. Mientras tanto, las unidades reales de la corriente lingüístico discursiva son los enunciados. Pero justamente para estudiar las formas de esta unidad real, ella no puede ser separada del flujo histórico de los enunciados. Como totalidad, el enunciado se realiza solamente en el flujo de la comunicación discursiva. La totalidad se determina por sus fronteras, y éstas pasan por la línea de contacto del enunciado determinado con el medio extraverbal y con el verbal, constituido por otros enunciados.

La primera y la última palabra, el inicio y el fin de un enunciado real: he aquí el problema de la totalidad. El proceso discursivo entendido ampliamente, como proceso de la vida discursiva externa e interna, es, en realidad, continuo, no conoce principio ni fin. Un enunciado actualizado externo representa una isla que asoma desde un océano sin orillas que es el discurso interior; dimensiones y formas de la isla se determinan por la situación dada del enunciado y por su auditorio. La situación y el auditorio obligan al discurso interior a que se actualice mediante una expresión externa determinada, la que inmediatamente se incluye en un contexto cotidiano extraverbal; en éste la expresión mencionada se complementa con una acción, un acto ético o una respuesta de otros participantes de la

enunciación. Una pregunta completa, una exclamación, una orden, una súplica: éstas son las totalidades típicas de los enunciados cotidianos. Todas ellas (sobre todo aquellas tales como la orden o la súplica) requieren un complemento extraverbal, así como un principio igualmente extraverbal. El mismo tipo de conclusión de estos pequeños géneros cotidianos se determina por la fricción de la palabra sobre un medio extraverbal, lo mismo que por la fricción de la palabra sobre la palabra ajena (la de otras personas). Así, la forma de una orden se define por los obstáculos que puede encontrar, por el grado de obediencia, etcétera. La conclusión genérica en estos casos responde a las particularidades casuales e irrepetibles de las situaciones vitales. Sólo se puede hablar de tipos determinados de conclusión genérica en el discurso cotidiano en que se presenten formas mínimamente estables fijadas por las costumbres y las circunstancias. Así, un tipo muy especial de conclusión genérica aparece en las ligeras charlas de salón que no obligan a nada, en las que todos pertenecen al mismo círculo y en las que la diferenciación principal de la concurrencia (del auditorio) es según el sexo. Aquí se elaboran las formas específicas de la palabra-alusión, de la palabra callada, de reminiscencias de relatos pequeños y de antemano poco serios, etcétera. Otro tipo de conclusión se establece en las pláticas entre marido y mujer, entre hermano y hermana. Las personas heterogéneas, reunidas casualmente en alguna fila de espera, en alguna institución, empiezan, terminan y estructuran las réplicas de un modo totalmente distinto. Las reuniones campestres, las fiestas citadínas, las pláticas entre obreros durante la hora de la comida, presentan sus propios tipos de comunicación. Cualquier situación cotidiana estable posee una determinada organización del auditorio y, por consiguiente, un repertorio correspondiente de pequeños géneros cotidianos. A un

género cotidiano le corresponde siempre un cauce dentro de la comunicación social, siendo el género un reflejo ideológico de ésta en su tipo, estructura, finalidad y composición social. El género cotidiano es parte del medio social: de una fiesta, un rato de ocio, una conversación de salón o de taller. Roza este medio, está delimitado y determinado por él en todos sus aspectos internos. Los procesos laborales y los de la comunicación oficial poseen sus propias formas de estructuración de los enunciados.

En cuanto a las formas de la comunicación ideológica en el sentido exacto de la palabra: formas de presentaciones políticas, de actos políticos, de leyes, fórmulas, declaraciones, formas de enunciados poéticos, de tratados científicos; estas formas han sido sometidas a investigaciones especializadas en la retórica y la poética, pero, según ya hemos dicho, tales investigaciones aparecen totalmente separadas del problema del lenguaje por una parte y, por otra, de los problemas de la comunicación social[91].

Un análisis productivo de las formas de totalidad en los enunciados en cuanto unidades reales del flujo discursivo, es sólo posible en base al reconocimiento del enunciado como un fenómeno puramente sociológico. Una filosofía del lenguaje marxista debe precisamente tomar como fundamento el enunciado en cuanto fenómeno real del lenguaje (discurso) y en cuanto estructura socioideológica.

Al demostrar la estructura sociológica del enunciado, volvamos a las dos corrientes del pensamiento filosófico y lingüístico y hagamos un resumen conclusivo.

La lingüista moscovita R. Shor, que se adhiere a la segunda corriente del pensamiento filosófico-lingüístico

91. Sobre la separación de una obra poética de las condiciones de la comunicación artística y sobre su consiguiente cosificación, veáse nuestro trabajo: "Palabra en la vida y palabra en la poesía" [*Zvezda*, 6 (1926), GIZ].

(el objetivismo abstracto), comienza con las siguientes palabras su breve ensayo sobre la situación en la lingüística contemporánea:

La lengua no es cosa (ergon) sino la actividad natural propia del hombre (energeia), dijo la lingüística romántica del siglo XIX. La lingüística teórica contemporánea dice otra cosa: "La lengua no es una actividad individual (energeia), sino el acervo histórico y cultural de la humanidad (ergon)[92].

Esta conclusión sorprende por su unilateralidad y mala fe. Desde el punto de vista de los hechos, es absolutamente incorrecta. También la escuela de Vossler pertenece a la lingüística teórica contemporánea, y representa en Alemania uno de los movimientos más poderosos de la lingüística actual. Es impermisible identificar la lingüística contemporánea tan sólo con una de sus corrientes.

Desde el punto de vista teórico, tanto la tesis como la antítesis construidas por R. Shor deben ser rechazadas por igual, por ser igualmente inadecuadas a la naturaleza real del lenguaje.

En conclusión, formulemos nuestro punto de vista acerca de la cuestión en unos pocos postulados:

1) La lengua como sistema estable de formas normativamente idénticas es tan sólo una abstracción científica, productiva únicamente para ciertos fines teóricos y prácticos. Esta abstracción no se adecua a la realidad concreta del lenguaje.

2) El lenguaje es un proceso continuo de generación, llevado a cabo en la interacción discursiva social de los hablantes.

92. En el artículo citado de R. Shor "Crisis de la lingüística contemporánea", p. 71.

3) Las leyes de la generación lingüistica, lejos de ser leyes psicológicas e individuales, tampoco pueden ser desvinculadas de la actividad de los individuos hablantes. Las leyes de la generación lingüística son sociológicas.

4) La creación del lenguaje no coincide con la artística o con algún otro tipo de creación específicamente ideológica. Pero al mismo tiempo la creación del lenguaje no puede ser comprendida en una separación de los sentidos y valores ideológicos que contiene. La generación del lenguaje, como toda generación histórica, puede percibirse como una ciega necesidad mecánica, pero puede llegar a ser una "necesidad libre", al convertirse en una necesidad consciente y deseada.

5) La estructura del enunciado es puramente sociológica. El enunciado como tal surge entre los hablantes. Un acto discursivo individual (en el sentido exacto de la palabra "individual") es una *contradictio in adjecto.*

CAPÍTULO IV

TEMA Y SIGNIFICACIÓN EN EL LENGUAJE

Tema y significación - Problema de la percepción activa - Valoración y significado - Dialéctica de la significación

El de la significación es uno de los problemas más difíciles en la lingüística. En el proceso de su solución se pone de manifiesto con una claridad peculiar el monologismo unilateral de la lingüística. La teoría de la comprensión pasiva no deja posibilidad de aproximarse a los problemas generales más importantes de la significación lingüística.

Dentro de los límites de nuestro trabajo nos vemos obligados a limitarnos a un examen sumamente breve y superficial de esta cuestión. Trataremos tan sólo de apuntar hacia las líneas, principales de su elaboración productiva.

Una significación determinada y unificadora, un sentido único, pertenecen a todo enunciado en cuanto totalidad. Llamaremos tema a este sentido de un enunciado total[93]. El tema debe ser unitario, en caso contrario careceremos de fundamento para hablar de un enunciado. El tema de un enunciado, en realidad, es individual e irrepetible, como lo es el mismo enunciado. Aparece como la expresión de una situación histórica concreta por la que fue originado el enunciado. El enunciado "¿qué hora es?" posee en todo momento dado una significación diferente y, por consiguiente, según nuestra terminología, un tema

93. Esta denominación es, por supuesto, convencional. Aquí el tema abarca también su cumplimiento; por eso no hay que confundir nuestro concepto con el tema de una obra literaria. El concepto de "unidad temática" se le aproxima más.

diferente, de acuerdo con la situación histórica (histórica en dimensiones microscópicas) concreta en la cual se pronuncia y cuya parte, en realidad, representa.

De ahí que el tema de un enunciado se determine no solamente por las formas lingüísticas que participan en él —palabras, formas morfológicas y sintácticas, sonidos, entonación—, sino también por los aspectos extraverbales de la situación. Al perder de vista estos aspectos de la situación, no entenderemos el enunciado, de la misma manera como sucede al perder las palabras más importantes de la secuencia. El tema de un enunciado es siempre concreto, como lo es el instante histórico al que el enunciado pertenece. Sólo el enunciado en su plenitud concreta como fenómeno histórico posee un tema. Así es el tema de un enunciado.

Sin embargo, seríamos malos dialécticos si nos limitáramos al carácter históricamente irrepetible y único de cada enunciado concreto. Junto al tema o, más exactamente, dentro del tema, el enunciado posee también un significado. A diferencia del tema, entendemos por significado todos los aspectos repetibles e idénticos a sí mismos en todas las repeticiones del enunciado. Desde luego, se trata de aspectos abstractos: en forma convencionalmente aislada no tienen una existencia concreta y autónoma, pero al mismo tiempo representan una parte inseparable y necesaria del enunciado. El tema de un enunciado es, en realidad, indivisible. La significación del enunciado, por el contrario, se desintegra en una serie de significados de los elementos lingüísticos que lo conforman. El tema irrepetible del enunciado "¿qué hora es?", tomado en su vínculo indisoluble con una situación histórica concreta, no puede dividirse en elementos. La significación del enunciado "¿qué hora es?" —idéntica, por supuesto, en todos los casos históricos de su enunciación—, se constituye de los significados de las

palabras, formas de la relación sintáctica y morfológica entre ellos, de la entonación interrogativa, etcétera.

El tema es un sistema de signos complejo y dinámico, que trata de adecuarse a un determinado momento de la generación. El tema es reacción de una conciencia en proceso de generación a la generación del ser. La significación es el aparato técnico de la realización del tema. Por supuesto, es imposible trazar una frontera mecánica y absoluta entre tema y significación. No hay tema sin significación, ni significación sin tema. Es más, resulta imposible, incluso, mostrar el significado de una palabra aislada (por ejemplo, en la enseñanza de una lengua extranjera) sin convertirla en elemento de un tema, es decir, sin construir un enunciado "ejemplar". Por otra parte, el tema debe apoyarse en cierta estabilidad de la significación, de lo contrario, perderá su nexo con los enunciados anteriores y posteriores, esto es, perderá su sentido por completo.

El estudio de las lenguas de los pueblos primitivos y la paleontología de la significación contemporánea llegan a la conclusión acerca del carácter compuesto del pensamiento primitivo. El hombre primitivo solía utilizar alguna palabra para significar los fenómenos más heterogéneos, desvinculados entre sí desde nuestro punto de vista. Es más, una misma palabra podía significar conceptos completamente apuestos —arriba y abajo, tierra y cielo, bien y mal, etcétera—.

Basta decir que —dice el académico N. Ia. Marr— la paleontología contemporánea del lenguaje nos ofrece la posibilidad de llegar en su indagación hasta la época en que la tribu tenía a su disposición una sola palabra para aplicarla en todas las significaciones de las que la humanidad era capaz de tomar conciencia[94].

94. «Por las etapas de la teoría yafética», p. 278.

Pero nos pueden preguntar, ¿acaso una semejante palabra polivalente era *palabrar*? Precisamente, era la palabra. Por el contrario, si algún complejo fónico poseyera un solo significado inerte e invariable, entonces este complejo no sería palabra ni signo, sino tan sólo señal[95]. La multiplicidad de significaciones es la cualidad constitutiva de la palabra. En relación con la palabra ambivalente de la que habló N. Ia. Marr, podemos decir lo siguiente: una palabra semejante, en realidad, casi carece de significado, porque es tema en su totalidad. Su significación es inseparable de una situación concreta de su realización. El significado cambia tantas veces, cuantas veces cambia la situación. En este caso, el tema absorbe, diluye en sí el significado, no deja que se estabilice y solidifique siquiera un poco. Pero conforme se desarrolla el lenguaje, conforme se amplía la disponibilidad de complejos fónicos, los significados empiezan a anquilosarse, de acuerdo con las líneas de aplicación temática de una palabra más utilizadas en la vida de un colectivo.

El tema, como hemos dicho, pertenece solamente a un enunciado completo, y a una palabra aislada le pertenece tan sólo en medida en que puede figurar en calidad de un enunciado completo. Así, por ejemplo, la palabra polivalente de N. Ia. Marr siempre aparece en calidad de un todo (y por eso carece de significaciones estables). En cambio, el significado pertenece a un elemento y a un conjunto de elementos en su relación con un todo. Desde luego, si prescindimos de la relación con el todo (es decir, con el enunciado), perderemos por completo el significado.

95. Todo esto demuestra que incluso aquella palabra primigenia de la que habla N. Ia. Marr, en nada se parece a la señal, concepto al cual algunas personas tratan de reducir el lenguaje. Porque una señal que signifique todo es menos que nada capaz de asumir la función de señal. La señal tiene una capacidad muy débil para acomodarse a las condiciones cambiantes de una situación y, en realidad, el cambio de una señal representa su sustitución por otra señal.

Precisamente por esta razón no se debe trazar un límite demasiado tajante entre tema y significación.

La manera más correcta para formular la relación mutua entre tema y significadoes la siguiente. El tema es el límite superior y real de la significación lingüística, en realidad, sólo el tema quiere decir algo concreto. El significado es el límite inferior de la significación lingüística. El significado, fundamentalmente, nada quiere decir y tan sólo posee una potencialidad, una posibilidad de significación en un tema concreto. La indagación del significado de uno u otro elemento puede, de acuerdo con la definición que hemos dado, seguir en dos direcciones: o en la dirección hacia el límite superior, el tema; en tal caso, se tratará de una investigación sobre una significación contextual de una palabra dada en condiciones de una enunciación concreta; o bien puede tender hacia el límite inferior, el del significado. En este caso se tratará de la investigación acerca de la significación de una palabra en el sistema de la lengua. En otras palabras, de la investigación léxica.

La distinción entre el tema y el significado y la comprensión concreta de su relación mutua es sumamente importante para estructurar una auténtica disciplina de la significación. Hasta ahora, su importancia no ha sido comprendida en absoluto. La distinción entre el significado usual y el significado ocasional de la palabra, entre el significado principal y el secundario, entre la denotación y la connotación, etcétera, son radicalmente insatisfactorias. La tendencia principal, que está en la base de todas las distinciones semejantes, y que consiste justamente en atribuir un valor máximo al momento principal, al significado usual, el cual se concibe además como realmente existente y estable, es absolutamente incorrecta. Además, el tema, que permanece incomprendido, no puede reducirse a un significado ocasional o connotativo de las palabras.

La diferencia entre el tema y el significado se aclara especialmente en relación con el problema de la comprensión, al que nos referiremos brevemente. Ya hemos tenido la oportunidad de hablar acerca del tipo pasivo, filológico de comprensión, con la respuesta excluida de antemano. Toda comprensión verdadera es activa y representa un germen de la respuesta. Sólo la comprensión activa puede abordar el tema: un proceso generativo sólo puede ser abarcado desde otro proceso generativo.

Comprender un enunciado ajeno significa orientarse respecto de él, encontrarle un lugar apropiado en un contexto correspondiente. Por encima de cada palabra de un enunciado que vamos entendiendo formamos una especie de estratos formados con nuestras propias palabras de respuesta. Cuanto mayor es su número y cuanto más importantes son, tanto más profunda y sustancial es la comprensión.

Así pues, todo elemento semántico aislado de un enunciado y el enunciado completo se transportan por nosotros a un contexto distinto, activo, en proceso de respuesta. Toda comprensión es dialógica. La comprensión se contrapone al enunciado como una réplica se contrapone a otra en un diálogo. La comprensión busca para la palabra del hablante una contrapalabra. Sólo la comprensión de la palabra extranjera busca una "misma" palabra en su propia lengua.

Por eso no cabe hablar de que una significación esté asignada a una palabra en cuanto tal. En realidad, pertenece a la palabra situada entre los hablantes, es decir, se realiza solamente en el proceso activo de comprensión como respuesta. El significado no se encuentra en la palabra, ni en el alma del hablante o del oyente. La significación es el efecto de interacción del hablante con el oyente con base en el material de un complejo fónico determinado. Es la centella eléctrica que aparece solamente si se juntan dos polos opuestos. Los que menosprecian el tema,

accesible tan sólo a una comprensión activa preñada de respuesta, y al definir el significado de la palabra tratan de acercarse a su límite inferior, idéntico a sí mismo, estable, en realidad pretenden encender una bombilla eléctrica después de desconectar la corriente. Sólo la corriente de la comunicación discursiva da a la palabra la luz de su significación.

Ahora pasaremos a uno de los problemas más importantes de semántica, el problema de la interrelación entre valoración y significación. Toda palabra pronunciada en la vida real no sólo posee un tema y un significado en el sentido referencial o de contenido, sino también una valoración, esto es, todos los contenidos referenciales se presentan en el discurso vivo, se dicen o se escriben en relación con un determinado acento valorativo. No existe palabra sin un acento valorativo. ¿Qué es este acento, y cómo se relaciona con el aspecto referencial de la significación?

El estrato más pronunciado, pero a la vez el más superficial de la valoración social contenida en la palabra se transmite mediante una entonación expresiva. La entonación en la mayoría de los casos se determina por la situación más próxima, mediante circunstancias a menudo efímeras. He aquí un caso clásico del uso de la entoncación en el lenguaje cotidiano. Dostoievski cuenta en el *Diario de un escritor:*

> Pero un domingo, ya de noche, me ocurrió andar algunos pasos al lado de una pandilla de seis artesanos borrachos, y de pronto me convencí de que se pueden expresar todos los pensamientos, sensaciones y hasta hondos juicios con sólo ese sustantivo, que por añadidura no tiene nada de complejo (se trata

de una palabra obscena muy común —V.V.). He aquí, por ejemplo, uno de estos chicarrones que lo pronuncia de un modo enérgico y tajante para expresar su negativa rotunda respecto de algo de lo que acaban de hablar. Otro le replica con ese mismo sustantivo, pero ya en otro tono y sentido muy diverso..., precisamente poniendo en duda la justicia de la negación del primero. Un tercero se indigna de pronto contra el negador, irrumpe violentamente en el diálogo y le suelta el mismo sustantivo, pero ya en son de amenaza e insulto. Vuelve entonces a terciar el segundo interlocutor, indignado con el tercero, con el ofensor, y lo interpela diciéndole: "Vamos, hombre, ¿a qué te metes en nuestra conversación? ¡Estamos hablando tranquilamente, y de pronto saltas y te pones a insultar a Filka!". Y he aquí que todo eso lo viene a decir con ese mismo vocablo prohibido, con la misma denominación sencilla de un objeto, sin más aditamento que el de alzar la mano y coger al otro por el hombro. Pero hete aquí que, de pronto, un cuarto interlocutor, el más joven de la partida, que hasta allí no despegó los labios, buscando probablemente la solución de la primera discrepancia que dio lugar a la disputa, entusiasmado, alzando los brazos, grita: "¡Eureka! —piensan—. ¿Encontré?". Pues no hay tal eureka ni tal encontré, sino que repite exactamente ese mismo sustantivo que no figura en los diccionarios, esa misma palabra, una nada más, pero con entusiasmo, con un grito de fruición, al parecer, demasiado

> intensa, pues al sexto amigote, el mayor y de gesto agrio, no le hace gracia, y en un santiamén le disipa el entusiasmo al mozo, repitiéndole con malhumorada y admonitoria voz de bajo..., pues ese mismo sustantivo que está prohibido emplear delante de señoras, con el que por lo demás, expresa clara y exactamente: "¿A qué te entrometes en la conversación? ¡Cierra el pico!". Y así, sin proferir otra palabra, repitiendo ese vocablo favorito seis veces, por turno, se comprendieron perfectamente[96].

Las seis "actuaciones lingüísticas" de los obreros son diferentes, a pesar de que consisten en una misma palabra. En realidad, esta palabra es tan sólo el apoyo para la entonación. La conversación aquí se lleva a cabo mediante entonaciones que expresan las valoraciones de los hablantes. Estas valoraciones y las entonaciones respectivas se determinan plenamente por la situación social más próxima de la conversación, y por eso no requieren ningún apoyo referencial. En el habla cotidiana la entonación tiene a menudo una significación totalmente independiente de la composición semántica del discurso. El material entonacional interno acumulado a menudo encuentra un escape en las construcciones lingüísticas absolutamente inadecuadas para la entonación expresada. La entonación, además, no penetra en la significación intelectual, temático-referencial de la secuencia. Expresamos nuestro sentimiento, agregando una entonación gráfica y profunda a alguna palabra casual, que es con frecuencia una interjección o un adverbio favorito o, a veces, una palabra semánticamente plena, que suele utilizar para la solución meramente entonacional de las menudas o,

96. Remito a Fedor M. Dostoyevski, *Obras completas*, t. III, Aguilar, Madrid, 1949, p. 799. [N. de la T.]

a veces, grandes situaciones y estados de ánimo diarios. Para accionar estas válvulas de escape mediante la entonación se utilizan las expresiones como: "así y así", "eso mismo", "por eso", "vamos", etcétera. Lo característico consiste en que a menudo estas palabrejas se duplican, es decir, la imagen fónica se extiende artificialmente con la finalidad de dar salida a una entonación acumulada. La misma palabreja favorita suele repetirse, por supuesto, con una enorme variedad entonacional, de acuerdo con la diversidad de las situaciones y estados de ánimo vitales.

En todos los casos semejantes el tema propio de cada enunciado (porque un tema específico caracteriza también cada uno de los enunciados de los seis artesanos) se realiza plenamente mediante las fuerzas de una entonación expresiva, sin la ayuda de las significaciones de las palabras y de los nexos gramaticales. Una valoración así y la entonación que le corresponde no pueden salvar los límites estrechos de la situación más cercana y de un mundillo social íntimo. La entonación semejante, en efecto, sólo puede verse como un fenómeno colateral y accesorio de las significaciones del lenguaje.

Sin embargo, no todas las valoraciones son así. No importa qué enunciado examinemos, incluso uno de cobertura semántica más amplia, apoyado en un auditorio social más extenso, siempre vamos a encontrar que la valoración tiene en este enunciado una importancia enorme. Es verdad que en estos casos la valoración no se expone adecuadamente mediante la entonación, y sin embargo ésta es la que define la selección y la colocación de todos los elementos significantes principales del enunciado. No se puede construir un enunciado sin valoración cada enunciado es, ante todo, una orientación axiológica. Por eso en una enunciación viva todo elemento no sólo significa sino que también valora. Solamente un elemento abstracto,

tomado en el sistema de la lengua y no en la estructura del enunciado, aparece como privado de valoraciones. La orientación hacia un sistema abstracto produjo el hecho de que la mayoría de los lingüistas separan la valoración de la significación, al considerarla como un aspecto accesorio de la significación, como expresión de la actitud individual del hablante hacía el objeto del enunciado[97].

Entre los lingüistas rusos, G. Spett habla de la valoración con connotación. Para él existe una brusca separación entre el significado referencial y la connotación valorativa, y los dos se sitúan en las esferas distintas de la realidad. Esta ruptura entre el significado referencial y la valoración es absolutamente inadmisible y proviene del hecho de subestimar las importantes funciones de la valoración en el lenguaje. El significado referencial se constituye mediante la valoración porque ésta es la que determina el ingreso de un significado referencial dado al horizonte de los hablantes, tanto al del grupo más inmediato como al horizonte social de una clase social. Además, a la valoración le corresponde un papel justamente creativo en los cambios de la significación. El cambio de la significación es, en el fondo, siempre una re-valoración: la transferencia de una palabra determinada de un contexto valorativo al otro. La palabra o se eleva a un rango superior, o con frecuencia desciende al inferior. La separación entre el significado de una palabra y su valoración lleva irremediablemente a que el significado, desplazado de su lugar en el proceso vivo de generación social (lugar en que siempre aparece lleno de valoraciones), pasa al

97. Así es como define la valoración Anton Marty, el que ofrece un análisis fino detallado de las significaciones verbales; cf. A. Marty, *Untersuchungen zur Grunlegung, der allgemeinen Grammatik und Sprachphilosophie,* Halle, 1908.

nivel ontológico, se convierte en una existencia ideal alejada del proceso de la generación histórica.

Precisamente con el fin de comprender la generación histórica del tema y de los significados que lo realizan, es necesario tomar en cuenta la valoración social. La generación del sentido en el lenguaje siempre está relacionada con la generación del horizonte valorativo de un grupo social determinado, al tiempo que la generación del horizonte valorativo —en el sentido del conjunto de todo cuanto tiene importancia para el grupo— se define plenamente por la ampliación de las bases económicas. En el terreno de la ampliación de las bases se extiende sustantivamente el horizonte existencial, accesible, comprensible e importante para el hombre. Un ganadero primitivo no está implicado en nada, y casi nada llega a conmoverlo. Un hombre de la época final del capitalismo se interesa por todo, por las tierras más lejanas e incluso por las estrellas más lejanas. Esta extensión del horizonte valorativo se lleva a cabo dialécticamente. Los nuevos aspectos de la existencia, incluidos en el círculo de los intereses de la sociedad, asociados a la palabra y al *pathos* del hombre, ya no dejan de lado los demás elementos existenciales incluidos desde antes, sino que luchan con éstos, los reevalúan, los desplazan de su lugar en la unidad del horizonte valorativo. Esta generación dialéctica se refleja en el proceso generativo de los sentidos del lenguaje. Un sentido nuevo se revela en el viejo y con su ayuda, pero tan sólo para contraponérsele y para reestructurarlo.

De ahí, la incesante lucha de acentos en cada parcela de la existencia. En la composición del sentido no hay nada que estuviera por encima del proceso de la generación, que fuese independiente de la ampliación dialéctica del horizonte social. La sociedad en proceso de generación amplía su percepción de la existencia asimismo en proceso de la generación. En este proceso no existe nada absolutamente estable. Es por eso que el significado —un elemento abstracto, idéntico a sí mismo— se absorbe por el tema, está desgarrado por las vivas contradicciones de éste, para emerger como un significado nuevo, con una estabilidad y autoidentidad igualmente momentáneas.

TERCERA PARTE

HACIA UNA HISTORIA DE LAS FORMAS DE ENUNCIADO EN LAS CONTRUCCIONES LINGÜÍSTICAS (ENSAYO DE APLICACIÓN DEL MÉTODO SOCIOLÓGICO A PROBLEMAS DE SINTAXIS).

CAPÍTULO I

TEORÍA DEL ENUNCIADO Y PROBLEMAS DE SINTAXIS

Importancia de los problemas de sintaxis - Categorías sintácticas y enunciado como totalidad - Problema de los párrafos - Problema de las formas de transmisión del discurso ajeno.

Los principios y métodos tradicionales de la lingüística, y sobre todo los que se afianzaron del modo más destacado y consecuente en el terreno del objetivismo abstracto, no pueden proponer un enfoque productivo de los problemas de la sintaxis. Todas las demás categorías principales del pensamiento lingüístico contemporáneo, elaboradas fundamentalmente por la lingüística comparada indoeuropea, son de carácter completamente fonético y morfológico. Basado en la fonética y la morfología comparada, este pensamiento sólo es capaz de ver todos los fenómenos del lenguaje a

través de las lentes de las formas fonéticas y morfológicas. Trata de ver a través de estas lentes también los problemas de la sintaxis, lo cual lleva a su morfologización[98]. Esta es la razón por la cual la sintaxis resulta muy problemática, como lo reconoce la mayoría de los exponentes de la indoeuropeística.

Esto es muy comprensible si recordamos los modos particulares de percibir una lengua muerta y ajena: percepción que tiene por objetivo principal el desciframiento de esta lengua y su enseñanza a otras personas[99].

Mientras tanto, para una comprensión correcta del lenguaje y de su generación los problemas de la sintaxis tienen una enorme importancia. Entre todas las formas lingüísticas, las formas sintácticas se aproximan más que otras a las formas concretas de enunciado, a las formas de actuaciones discursivas concretas. Todas las segmentaciones sintácticas del discurso representan una especie de desmembramiento del cuerpo vivo de un enunciado y, por tanto, se sujetan con una mayor dificultad a que se las adscriba al sistema abstracto de la lengua. Las formas sintácticas son más concretas que las morfológicas o fonéticas y se vinculan más estrechamente a las condiciones reales del habla. Por eso en nuestra

98. La tendencia oculta hacia la morfologización de la forma sintáctica tiene como consecuencia el hecho de que en la sintaxis, como en ninguna otra disciplina lingüística, predomine un pensamiento escolástico.

99. A esto hay que agregar, además, los fines específicos de la lingüística comparada: la demostración del parentesco entre las lenguas, el establecimiento de su serie genética y de la protolengua. Tales propósitos favorecen aún más a la primacía de la fonética en el pensamiento lingüístico. El problema de la lingüística comparada, muy importante para la filosofía contemporánea del lenguaje a causa del enorme lugar que estos estudios lingüísticos ocupan en los tiempos modernos quedó, por desgracia, sin examinar en el presente trabajo. Es un problema muy difícil, y su análisis más superficial implicaría una ampliación significativa de este libro.

reflexión sobre los fenómenos vivos del lenguaje las formas sintácticas han de tener prioridad sobre las formas morfológicas y fonéticas. Pero de lo dicho se deduce también que un estudio productivo de las formas sintácticas sólo es posible sobre el terreno de una elaborada teoría del enunciado. Mientras el enunciado en su totalidad siga siendo una terra incógnita para el lingüista, no será posible hablar de una comprensión real y concreta, no escolástica, de la forma sintáctica.

Ya hemos mencionado el hecho de que la lingüística no tiene acceso a la totalidad del enunciado. Se puede decir directamente que el pensamiento lingüístico ha perdido irremediablemente la percepción de la totalidad discursiva. Un lingüista se siente mejor a la mitad de una frase. Cuanto más avanza hacia las regiones de la lengua limítrofes con el discurso, hacia la totalidad de un enunciado, tanto menos segura se vuelve su posición. Pero de lo que carece por completo es de un enfoque de la totalidad; no existe una sola categoría lingüística que sirva para una definición de un todo.

Todas las categorías lingüísticas en cuanto tales sólo son aplicables al territorio interior del enunciado. Así, todas las categorías morfológicas sólo tienen validez en el interior del enunciado y se niegan a servir como la definición del todo. Lo mismo sucede con las categorías sintácticas, tales como, por ejemplo, la categoría de la "oración"; ésta solamente define la oración dentro del enunciado, como su elemento, pero no como totalidad.

Para cerciorarse del carácter fundamentalmente "elemental" de todas las categorías lingüisticas, basta con tomar un enunciado concluido (relativamente concluido, desde luego, puesto que todo enunciado es parte del proceso discursivo) que consista en una sola palabra. Enseguida hemos de percatarnos de que, al pasar esta palabra por el cedazo de todas las categorías lingüísticas,

todas ellas sólo son capaces de definirla como un posible elemento de la lengua pero no cubren la totalidad del enunciado. Justamente aquello que convierte a palabra en un enunciado total permanece fuera de la óptica de todas las categorías y definiciones lingüísticas, sin excepción. Al desarrollar la palabra en cuestión hasta un enunciado acabado, con todos sus miembros (mediante los "sobreentendidos"), obtendremos una oración simple, pero no un enunciado. A pesar de aplicar a esta oración todas las categorías lingüísticas posibles, jamás daremos con aquello que la convierte en un enunciado total. De modo que al permanecer dentro de los límites de las categorías gramaticales existentes en la lingüistica actual, jamás podremos aprehender una totalidad discursiva. Las categorías lingüísticas nos arrastran del enunciado con su estructura concreta, al sistema abstracto de la lengua.

Pero no solamente el enunciado, sino todas las partes mínimamente acabadas de un enunciado monológico carecen de definición lingüística. Esto es lo que sucede con los párrafos, que se separan entre sí mediante una sangría. La composición sintáctica de estos párrafos es sumamente heterogénea: pueden incluir desde una sola palabra hasta un gran número de oraciones compuestas. Decir que un párrafo debe incluir una idea acabada equivale a no decir absolutamente nada, puesto que hacen falta definiciones desde el punto de vista de la misma lengua, mientras que el carácter acabado de una idea no viene a ser, de ninguna manera, una definición lingüística. Si, según suponemos, no se puede separar por completo las definiciones lingüísticas de las ideológicas, tampoco es lícito sustituir unas por otras.

Si penetráramos más en la esencia lingüística de los párrafos, advertiríamos que éstos en algunos de sus rasgos sustanciales son análogos a las réplicas de un diálogo. Representan una especie de monólogo debilitado e inserto

en el interior de un enunciado monológico. El discurso se desarma en las partes que se señalan por escrito como párrafos de acuerdo con su orientación hacia el oyente o el lector, cuyas posibles reacciones se toman en cuenta. Cuanto más débil resulta esta orientación hacia el lector y el registro de sus posibles reacciones, tanto menos dividido en párrafos aparecerá nuestro discurso. Los tipos clásicos de párrafos: pregunta-respuesta (cuando la pregunta se plantea por el autor junto con su respectiva respuesta), complemento; anticipaciones de ciertas refutaciones posibles; el hallazgo de aparentes contradicciones y sinsentidos en el discurso propio de uno, etcétera[100]. Existe un caso muy difundido: el de convertir en el objeto de discusión el discurso propio de uno o su parte (por ejemplo, el párrafo anterior). En tal caso, la atención del hablante se transfiere del tema de su discurso a la forma de éste (reflexión acerca del mismo discurso). Y este cambio en la intencionalidad discursiva se determina por el interés del oyente. Si el discurso pasara por alto la presencia del oyente en forma absoluta (lo cual es, desde luego, imposible), entonces su división orgánica se reduciría al cero. Aquí, por supuesto, nos alejamos de aquellas divisiones especiales determinadas por las tareas y los fines propios de las áreas ideológicas específicas, como son, por ejemplo, las divisiones estróficas del discurso versificado, o las particiones puramente lógicas, que obedecen al tipo presupuestos-conclusiones; tesis-antítesis, etcétera.

Sólo un estudio de las formas de la comunicación discursiva y de las respectivas formas de enunciados

100. Aquí apenas estamos esbozando el problema de los párrafos. Nuestras aseveraciones suenan dogmáticamente, puesto que no demostramos nada, ni confirmamos nada con base en un material correspondiente. Además, estamos simplificando el problema. Por escrito, mediante la sangría (párrafo) se realizan las divisiones más diversas del discurso monologado.

enteros pueden echar una luz al sistema de los párrafos y a todos los problemas análogos. Mientras la lingüística permanece orientada hacia el enunciado monológico aislado, seguirá careciendo de un enfoque orgánico respecto de todas estas cuestiones. Asimismo, un desarrollo de los problemas más elementales de la sintaxis es posible tan sólo con base en la comunicación discursiva. En esta dirección debe realizarse una revisión detallada de todas las categorías lingüísticas principales. El interés que la sintaxis ha demostrado últimamente por los problemas de la entonación y los intentos correspondientes por renovar las definiciones de las totalidades sintácticas mediante un registro más fino y diferenciado de las entonaciones nos parecen muy poco productivos. Lo pueden ser tan sólo en combinación con una comprensión correcta de los fundamentos de la comunicación discursiva.

Los siguientes capítulos de nuestro trabajo están dedicados a uno de los problemas específicos de la sintaxis. A veces resulta sumamente importante echar una nueva luz a un fenómeno conocido y aparentemente bien estudiado mediante una problematización renovada, vislumbrar sus aspectos nuevos por medio de una serie de preguntas dirigidas intencionalmente. Es sobre todo importante en aquellas áreas en las que la investigación aparece sobrecargada por toda una masa de descripciones y clasificaciones puntillosas y detalladas, pero carentes de toda orientación. Al llevar a cabo una semejante problematización renovada puede suceder que algún fenómeno, que se había manifestado como particular y secundario, tuviese una importancia fundamental para la ciencia. Mediante un oportuno planteamiento del problema es posible descubrir las posibilidades metodológicas ocultas del fenómeno.

En nuestra opinión, el fenómeno del discurso ajeno,

es decir, los modelos sintácticos ("estilo directo", "estilo indirecto", "estilo indirecto libre"), sus modificaciones y variantes que encontramos en la lengua para transmitir los enunciados ajenos y para incluirlos precisamente en cuanto enunciados de otros en un contexto monológico coherente, resulta precisamente sumamente productivo y relevante. El interés metodológico excepcional que estos fenómenos representan hasta ahora no ha sido apreciado. Los estudiosos no han logrado descubrir en este problema de la sintaxis, secundario para una mirada superficial, el asunto de importancia fundamental para la lingüística general[101]. Pero justamente dentro de la orientación sociológica de interés científico por la lengua se pone de manifiesto la importancia metodológica y la representatividad del fenómeno.

El objetivo de nuestro trabajo subsiguiente es el de problematizar el fenómeno de la transmisión del discurso ajeno dentro de una orientación sociológica. Con base en el material de este problema trataremos de trazar las directrices del método sociológico en la lingüística. No pretendemos en absoluto llegar a unas conclusiones importantes y positivas de carácter específicamente histórico: el mismo material que aducimos, suficiente para plantear el problema y mostrar la necesidad de ubicarlo sociológicamente, está muy lejos de ser suficiente para hacer amplias generalizaciones históricas. Estas últimas sólo se presentan en forma preliminar e hipotética.

101. En la sintaxis de Peshkovski, por ejemplo, a este fenómeno apenas se le dedican cuatro páginas. Cf A. M. Peshkovski, *Russki sintaksis y nauchnom osveschenii (Sintaxis rusa a la luz de la ciencia)*, Moscú, 1902, pp. 465-468 (1928, pp. 552-555).

CAPÍTULO II

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA DEL "DISCURSO AJENO"

Definición del "discurso ajeno" - Problema de la recepción activa del discurso del otro en relación con el problema del diálogo - Dinámica de la interrelación del contexto autorial y el discurso ajeno - "Estilo lineal" de la transmisión del discurso ajeno - "Estilo pintoresco" en la transmisión del discurso ajeno.

"Discurso ajeno" es discurso en el discurso enunciado dentro de otro enunciado, pero al mismo tiempo es discurso sobre otro discurso, enunciado acerca de otro enunciado.

Todo aquello de lo que hablamos es apenas el contenido del discurso, el tema de nuestras enunciaciones. Un tema semejante —y tan sólo tema— puede ser, por ejemplo, un asunto como "naturaleza", "hombre", "oración subordinada" (uno de los temas de la sintaxis), pero un enunciado ajeno no es solamente el tema del discurso: puede, por así decirlo, formar parte del discurso y de su construcción como un singular elemento estructural. Con esto, el discurso ajeno conserva su autonomía estructural y semántica sin destruir, sin embargo, el tejido del contexto que lo adoptó.

Es más, un enunciado ajeno que siga siendo únicamente el tema del discurso sólo puede ser caracterizado superficialmente. Para apreciar la plenitud de su contenido, es necesario introducirlo en la estructura del discurso. Permaneciendo dentro de los límites de

representación temática del discurso ajeno, se pueden contestar las preguntas: "cómo" y "de qué" hablara el sujeto NN, pero el "qué" dijera sólo puede ser develado mediante la transmisión de sus palabras, aunque sea por medio del estilo indirecto.

Pero, siendo elemento estructural del discurso autorial, del que forma parte por cuenta propia, el enunciado ajeno al mismo tiempo aparece como el tema del discurso autorial, participa de su unidad temática justamente en cuanto enunciado ajeno, mientras que su propio tema autónomo se manifiesta como el tema del tema del discurso del otro.

El "discurso ajeno" se concibe por el hablante como el enunciado del otro sujeto, enunciado autónomo completamente y por principio, estructuralmente acabado y situado fuera del contexto propio. El discurso ajeno, al conservar al mismo tiempo su contenido temático y al menos algunos elementos de su completud lingüística y de su inicial independencia estructural, se transfiere desde aquella existencia autónoma hacia el contexto autorial. El enunciado autorial que admite en su composición otro enunciado, elabora normas sintácticas, estilísticas y composicionales para su asimilación parcial, para que participe de la unidad sintáctica, composicional y estilística del enunciado autorial, conservando a la vez, aunque en forma rudimentaria, la independencia inicial (sintáctica, composicional, estilística) del enunciado ajeno, sin lo cual su plenitud sería inaprehensible.

En las lenguas modernas, algunas modalidades del discurso indirecto y, particularmente, del "discurso cuasidirecto"[102] se caracterizan por la tendencia a transmitir

102. Para no entrar en contradicción con la exégesis que hace el autor de estos fenómenos sintácticos, de aquí en adelante dejo de usar los términos comúnmente adoptados "estilo directo", "estilo indirecto", "estilo indirecto libre", y paso a traducirlos

el enunciado ajeno desde la esfera de la estructura discursiva hacia el plano temático o de contenido. Sin embargo, allí tampoco puede llevarse a cabo la disolución del discurso ajeno en el contexto autorial: allí también se conserva, aparte de las indicaciones semánticas, la elasticidad del enunciado ajeno, se deja palpar el cuerpo del discurso ajeno en cuanto totalidad centrada en sí misma.

De esta manera, en las formas de transmisión del discurso ajeno se expresa una actitud activa de un enunciado respecto del otro, y además no se expresa en un plano temático, sino en las estables formas estructurales de la misma lengua.

Se nos presenta el fenómeno de la reacción de una palabra a la otra que, sin embargo, se distingue sustancialmente del diálogo. En el diálogo, las réplicas aparecen gramaticalmente disociadas y no se incorporan en el contexto unificado. Y es que no están presentes las formas sintácticas que estructuran la unidad del diálogo. Pero si el diálogo se da en un contexto autorial que lo abarca, nos enfrentamos entonces a un caso del discurso directo, esto es, a una de las variedades del fenómeno que estamos estudiando.

El problema del diálogo empieza a atraer cada vez más la atención de los lingüistas y a veces, incluso, se coloca directamente en el centro de los intereses lingüísticos[103]. Es

como "discurso directo", "discurso indirecto", "discurso cuasidirecto" [N de la T.].

103. En ruso, al problema del diálogo desde el punto de vista lingüístico está dedicado tan sólo un trabajo: L. P. Iakubinski, "Sobre el discurso dialogado", en la compilación *Russkaia Rech (Habla Rusa)*, Petrogrado, 1923. Hay unas observaciones interesantes, de índole semilingüística, acerca del diálogo, en el libro de V. Vinogradov, *Poesía de Anna Ajmátova* [en ruso], Leningrado, 1925 (en el capítulo "Las muecas del diálogo"). En alemán, los problemas del diálogo actualmente se están trabajando por la escuela de Vossler. Cf. sobre todo el estudio ya citado "Die uneigentliche direkte Rede", en *Festschrift fiirKarl Vossler* (1922).

muy comprensible: la unidad real del lenguaje en cuanto discurso (*Sprache ais Rede*), según ya sabemos, no es un enunciado monológico aislado sino la interacción de al menos dos enunciados, es decir, el diálogo. Pero un estudio productivo del diálogo presupone una investigación más profunda de las formas de transmisión del discurso ajeno, puesto que en ellas se reflejan las tendencias principales y constantes de la percepción activa del discurso ajeno; esta percepción es fundamental también para el diálogo.

En efecto, ¿cómo se percibe el discurso de otra persona? ¿Cómo vive el enunciado ajeno en la concreta conciencia del discurso interno del receptor? ¿En qué forma la conciencia elabora activamente el enunciado ajeno? ¿Cómo se orienta hacia el enunciado ajeno el discurso subsecuente del receptor?

En las formas de transmisión del discurso ajeno, se nos presenta precisamente un documento objetivo de esta percepción. Si sabemos leerlo, este documento no nos habla acerca de los procesos aleatorios e inestables, subjetivamente psicológicos, en el "alma" del receptor, sino sobre las tendencias sociales fijas de la percepción activa del discurso ajeno, tendencias que se sedimentan en las formas de la lengua. El mecanismo de este proceso no se sitúa en el alma individual, sino en la sociedad, que selecciona y gramaticaliza (es decir, integra a la estructura gramatical de una lengua) sólo aquellos aspectos de la percepción activa de un enunciado ajeno que sean socialmente importantes y constantes y que, por consiguiente, estén fundamentados en la propia existencia económica del colectivo hablante.

Por supuesto, hay diferencias sustanciales entre la percepción activa del discurso ajeno y su transmisión en un contexto coherente que no se deben menospreciar. Toda transmisión, sobre todo una transmisión fija, persigue algunos fines específicos: narración, protocolo judicial,

polémica científica, etcétera. Luego, la transmisión cuenta con un tercero, esto es, con aquel a quien precisamente se transmiten las palabras de otra persona. La orientación hacia el tercero es particularmente importante, porque consolida la influencia de las fuerzas sociales organizadas sobre la percepción discursiva. En la comunicación dialógica viva, en el propio momento de la transmisión de las palabras percibidas del interlocutor, las palabras a las que respondemos suelen estar ausentes. En la respuesta solemos repetir las palabras del interlocutor sólo en ocasiones peculiares y excepcionales: para corroborar que nuestra comprensión sea correcta, para tomarle las palabras, etcétera. Todos estos momentos específicos de la transmisión deben tomarse en cuenta. Pero el meollo del asunto no cambia por esto. Las condiciones de la transmisión y sus objetivos sólo facilitan la actualización de las tendencias del discurso interno ya presentes, para orientarlas hacia la percepción activa, y estas tendencias, a su vez, pueden desarrollarse en las formas lingüísticas reservadas para la transmisión del discurso.

Desde luego, estamos lejos de afirmar que las formas sintácticas, por ejemplo, del discurso indirecto o del discurso directo expresen sin mediaciones las tendencias y las formas de la activa percepción axiológica del enunciado ajeno. Por supuesto, nuestra percepción no se manifiesta inmediatamente en las formas del discurso directo o discurso indirecto. Estos no son sino modelos estables de la transmisión. Pero, por una parte, estos modelos y sus modalidades sólo pudieron surgir y cincelarse orientadas hacia las tendencias dominantes de la percepción del discurso ajeno y, por otra, puesto que ya se han formado y existen en la lengua, estos modelos ejercen una influencia reguladora —estimulante o inhibitiva— sobre el desarrollo de las tendencias de la

percepción valorativa que se mueven dentro del cauce marcado por las formas señaladas.

La lengua no refleja las oscilaciones subjetivas y psicológicas, sino las interrelaciones sociales estables de los hablantes. En diferentes lenguas, durante épocas distintas, en grupos sociales diversos, en los contextos axiológicos variables predominan una u otra forma, unas u otras modalidades de estas formas. Todo esto indica la debilidad o la fuerza de las tendencias de la orientación social recíproca de los hablantes: las formas mencionadas son justamente los sedimentos estables, seculares de tales tendencias. Si en condiciones determinadas alguna forma resulta desplazada (por ejemplo, algunas modalidades "dogmáticas y racionales" del discurso indirecto en la novela rusa actual), es testimonio de lo difícil que es que se manifiesten, de esta manera reductora o inhibitoria, las tendencias dominantes de la comprensión y evaluación del enunciado ajeno.

Todo lo sustantivo en la percepción del enunciado ajeno, todo lo que puede tener alguna importancia ideológica se expresa en el material del discurso interno. El que percibe el enunciado ajeno no es un ser mudo privado de palabra sino un hombre pleno de discursos internos. Todas sus vivencias —el llamado fondo aperceptivo— se manifiestan en el lenguaje de su discurso interno y sólo en esta medida se relacionan con el discurso externo expreso. La palabra roza la palabra. En el contexto de este discurso interno se lleva precisamente a cabo la percepción del enunciado ajeno, todo lo que puede tener alguna importancia ideológica se expresa en el material del discurso interno. Esta percepción activa dentro de los límites del discurso interno se realiza en dos direcciones: en primer lugar, el enunciado ajeno se enmarca en un contexto existente de comentario (que en parte coincide con aquello que se denomina el fondo aperceptivo de la

palabra), en una situación interna y externa, una expresión visual, etcétera; en segundo lugar, se va preparando la réplica (Gegenrede). Y la preparación de la réplica —la réplica interior y el comentario efectivo[104]— desde luego, se funden orgánicamente en la unidad de la percepción activa, se objetivan en el contexto "autorial" que rodea el discurso ajeno. Independientemente de la orientación axiológica del contexto determinado —narración artística, artículo polémico, la defensa de un abogado, etcétera—, podemos distinguir en él claramente dos tendencias: la del comentario manifiesto y la de la réplica, y suele predominar tan sólo una de ellas. Entre el discurso ajeno y el contexto que la transmite prevalecen relaciones dinámicas complejas y tensas. ¡No se puede comprender la forma de transmisión del discurso ajeno sin tenerlas en cuenta!

El error principal de los investigadores anteriores de las formas de transmisión del discurso ajeno consiste en aislarlo por completo del contexto transmisor. De ahí el estatismo, la inmovilidad en la definición de estas formas (es el estatismo que caracteriza toda la sintaxis científica). Mientras tanto, el objeto auténtico de la investigación debe ser precisamente la interrelación dinámica entre estos dos factores: el discurso referido ("ajeno") y el discurso transmisor ("autorial"). En la vida real estos discursos existen, viven y se generan sólo en medio de esta interrelación, y no aisladamente. El discurso ajeno y el contexto transmisor no son más que los términos de una interrelación dinámica. Esta, a su vez, refleja el dinamismo de la orientación social recíproca de las personas en el proceso de la comunicación ideológico-verbal (dentro de las tendencias firmes y estables de la comunicación, por supuesto).

¿En qué direcciones puede desarrollarse el dinamismo de las relaciones mutuas entre el discurso autorial y el

104. El término se toma prestado de L. P. Iakubinski. Cf. el artículo citado.

ajeno? Hemos observado dos direcciones principales de este dinamismo.

En primer lugar, la tendencia principal de la reacción activa hacia el discurso ajeno puede buscar la preservación de su integridad y autenticidad. La lengua puede tender a crear facetas marcadas y estables para el discurso del otro. En este caso, los modelos y sus modalidades sirven a un aislamiento más marcado y estricto del discurso ajeno, a que se limite la penetración de las entonaciones autoriales, a que se reduzcan o se desarrollen las singularidades lingüísticas individuales.

Esta es la primera orientación. Dentro de sus límites es necesario distinguir rigurosamente el hecho de hasta qué punto es diferenciada, en un grupo lingüístico determinado, la percepción social del discurso ajeno, hasta qué punto se perciben y tienen un peso social expresión, las particularidades estilísticas del discurso, el matiz lexicológico, etcétera. O bien el discurso ajeno se percibe tan sólo como un hecho social íntegro, como una postura semántica indivisible del hablante, es decir, se percibe apenas el qué del discurso y se deja tras el umbral de la percepción su cómo. Este tipo de percepción del discurso ajeno, el tipo temático-semántico y de carácter despersonalizante desde el punto de vista lingüístico, predomina en el francés antiguo y medio (en el último se presenta un considerable desarrollo de modalidades despersonalizantes del discurso indirecto)[105]. Encontramos el mismo tipo en los monumentos de la literatura rusa antigua aunque con una ausencia casi total de un modelo de discurso

105. Sobre algunas particularidades, en este sentido, del francés antiguo, *vide infra*. Sobre la transmisión del discurso ajeno en el francés medio, cf. Gertraud Lerch, "Duneigentliche direkte Rede", en *Festschrift für Karl Vossler* (1922), pp. 112 y ss. Además: Karl Vossler, *Frankreichs Kultur im Spiegel seiner Sprachentwocklung* (1913).

indirecto. El tipo prevaleciente es el estilo directo despersonalizado (en el sentido lingüístico)[106].

En los límites de la primera dirección es preciso distinguir también el grado de la percepción autoritaria de la palabra, el grado de su seguridad ideológica y de dogmatismo. Cuanto más dogmático un discurso, tanto menos la percepción comprensiva y evaluadora permite que aparezcan matizaciones entre verdad y mentira, entre bien y mal, tanto más se han de despersonalizar las formas de transmisión del discurso ajeno. En medio de una disyuntiva brusca y rígida de todas las valoraciones sociales no hay lugar para una actitud positiva y atenta hacia todos los momentos individualizantes del enunciado ajeno. Esta clase de autoritarismo dogmático caracteriza la literatura en el francés medio y nuestra literatura antigua. El siglo XVII en Francia y el XVIII en Rusia se caracterizan por un racionalismo dogmático que, lo mismo que en otras direcciones, disminuye la individualización discursiva. En los límites del racionalismo dogmático prevalecen las modificaciones temáticas y analíticas del discurso indirecto y las modificaciones retóricas del discurso directo[107]. La nitidez y la invulnerabilidad de las fronteras entre el discurso autorial y el ajeno alcanza ahí su límite extremo.

Esta primera dirección en el dinamismo de la orientación mutua entre el discurso autorial y el discurso del otro la queremos denominar, utilizando el término de la historia del arte acuñado por Wölffiin, el estilo lineal (*der lineare Stil*) de la

106. Por ejemplo, en el *Cantar de la campaña del príncipe Igor* no hay ni un solo caso del discurso indirecto, a pesar de la abundancia, en este monumento, del "discurso ajeno". En las crónicas éste aparece muy rara vez. El discurso ajeno se introduce siempre en forma de una masa compacta e impenetrable, muy poco o nada individualizada.

107. En el neoclasicismo ruso casi está ausente el discurso indirecto.

transmisión del discurso ajeno. Su tendencia principal consiste en la creación de los contornos externos nítidos en un discurso ajeno débil en su individuación. Si se logra una homogeneidad estilística plena de todo el contexto (el autor y todos sus personajes hablan un mismo lenguaje), el discurso ajeno alcanza una cerrazón máxima y una elasticidad escultórica desde el punto de vista gramatical y composicional.

En la segunda dirección del dinamismo de la orientación mutua entre el discurso ajeno y el autorial ponemos de manifiesto procesos de carácter totalmente opuesto. La lengua elabora los modos de una introducción más fina y flexible de la réplica y del comentario autorial en el discurso ajeno. El contexto autorial tiende a desintegrar el carácter compacto y cerrado del discurso ajeno, a borrar sus fronteras. Este estilo de transmisión del discurso ajeno lo podemos denominar pictórico. Su tendencia consiste en desdibujar los nítidos contornos exteriores de la palabra ajena. En este caso el mismo discurso aparece individualizado en una medida mucho mayor; la sensación de los aspectos más diversos del enunciado del otro puede estar finamente diferenciada. Se percibe no sólo su sentido temático, la aserción que contenga, sino también todas las singularidades de su plasmación verbal.

Dentro de esta segunda línea son posibles también varios tipos heterogéneos. El impulso activo hacia la debilitación de las fronteras del enunciado puede provenir del contexto autorial que compenetre el discurso ajeno con sus propias entonaciones, con el humor, la ironía, el amor o el odio, con la fascinación o el desdén. Este tipo es distintivo de la época del Renacimiento (sobre todo en la lengua francesa), para los fines del siglo XVIII y casi para todo el XIX. El dogmatismo autoritario y racional de la palabra en este caso aparece muy debilitado. Predomina

cierto relativismo en las valoraciones sociales, que resulta muy positivo para una percepción de todos los matices lingüísticos individuales del pensamiento, de la convicción, del sentimiento. En este terreno se desarrolla también el colorido del enunciado ajeno, que a veces conduce al debilitamiento del aspecto semántico de la palabra (por ejemplo, en la "escuela natural", e incluso en el mismo Gogol las palabras de los personajes a veces casi pierden el sentido temático llegando a ser un objeto de color, análogo a la indumentaria, a la apariencia externa, a los objetos del entorno cotidiano, etcétera).

Pero es posible también otro tipo: la dominante discursiva se transfiere al discurso ajeno, el cual se hace más fuerte y más activo que el contexto autorial que lo abarca, e incluso el discurso ajeno hace desvanecer a este último. El contexto autorial pierde una gran parte de la objetividad que le es propia en comparación con el discurso ajeno. Empieza a percibirse y se reconoce en su calidad del igualmente subjetivo "discurso ajeno". En las obras literarias esto a menudo encuentra su manifestación compositiva en la aparición de un narrador que sustituye al autor en el sentido habitual de la palabra. Su habla es tan individualizada, llena de colorido e ideológicamente falta de autoridad como las palabras de los personajes. La posición del narrador es vacilante, y en la mayoría de los casos él habla en el lenguaje de los personajes que representa. No puede contraponer a las posiciones subjetivas de sus personajes un mundo más objetivo y de una mayor autoridad. Así es la narración en Dostoievski, Andrei Biely, Remizov, Sologub y en los novelistas rusos contemporáneos[108].

108. Sobre el papel del narrador en la epopeya existe una bibliografía bastante extensa. Hasta ahora, la obra principal es la de K. Friedmann, *Die Rolle des Erzählers in der Epik*, 1910. En nuestro país, el interés hacia el narrador fue suscitado por los "formalistas". El estilo del narrador en Gogol es definido por V. V. Vinogradov como aquel que se mueve "en zigzag entre el autor y los personajes" (cf. su "Gogol y la escuela natural" [en ruso]). Según Vinogradov, el estilo discursivo del narrador de *El doble* se encuentra en una relación análoga con respecto al estilo de Goliadkin (cf. su "Estilo del poema pertersburguense *El doble*", en la compilación *Dostoievski* [en ruso], ed. de Dolinin, I, 1923, pp. 239 y 241; la semejanza entre el lenguaje del narrador y el del personaje fue señalada ya por Berlinski). En su trabajo sobre Dostoievski, B. M. Engelhardt indica muy justamente que en Dostoievski "no se puede encontrar una descripción que podríamos llamar objetiva del mundo exterior... Debido a ello surge aquella multiplicidad de planos en una obra literaria que en los seguidores de Dostoievski lleva a una singular desintegración del ser...". Esta "desintegración del ser" es observada por B. M. Engelhardt en el *Melki bes [Diablo menor]* de Sologub y en el Petersburgo de A. Biely (cf. B. M. Engelgardt, "Novela ideológica de Dostoievski" en la II compilación Dostoievski [en ruso], ed. Dolinin, 1925, p. 94). He aquí cómo define Bally el estilo de Zola: "Personne plus que Zola n'a usé et abusé du procede qui consiste á faite passer tous les événements par le cerveau de ses personnages, a ne décrir les paysages que par leur yeux, á n'énoncer des idées personnelles que par leur bouche. Dans ses derniers romans, ce n'est plus une maniere: c'est un tic, c'est une obsession. Dans Rome, pas un coin de la ville éternelle, pas une scéne qu'el ne évoíe par les yeux de son abbé, pas une idée sur la religión qu'il ne formule par son íntermédiaire", GRM, VI, 417. (Se cita por: E. Lorck, Die "Erlebte Rede", S. 64). Al problema del narrador está dedicado el interesante artículo de Ilya Gruzdev, "Sobre los procedímientos de la narración literaria" *[Zapiski Peredvizhnogo Teatra [Apuntes, del Teatro Itinerante]*, Petrogrado, 1922, núms. 40, 41, 42). Sin embargo, el problema lingüístico de la transmisión del discurso ajeno no se plantea en ninguno de estos trabajos.

Si la avanzada del contexto autorial sobre el discurso ajeno singulariza un idealismo contenido o bien un colectivismo contenido en la percepción del discurso del otro, la desintegración del contexto autorial, en cambio, atestigua un individualismo relativista de la percepción discursiva. A un enunciado subjetivo del otro se le fcontrapone el comentario y la réplica de un contexto autorial que se concibe a sí mismo como igualmente subjetivo.

Para toda la segunda línea es característico un desarrollo extraordinario de los modelos mixtos de la transmisión del discurso ajeno: del discurso cuasi indirecto y, especialmente, del discurso cuasi directo, el que debilita más que otros las fronteras del enunciado ajeno. Predominan asimismo aquellas modalidades del discurso directo e

indirecto que pueden ser más flexibles y permeables a las tendencias autoriales (discurso directo difuso, formas análitico-verbales del discurso indirecto, etcétera).

Al seguir todas estas tendencias de una percepción que reacciona activamente al discurso del otro, es preciso tomar permanentemente en cuenta todas las peculiaridades de los fenómenos estudiados. Es sobre todo importante la orientación axiológica del contexto autorial.

En este sentido, el discurso literario transmite con una sensibilidad mucho mayor todos los cambios en la interorientación sociodiscursiva. Un discurso retórico, a diferencia del literario, ya por su misma orientación axiológica no tiene un trato tan libre con la palabra ajena. La retórica requiere una sensación nítida de las fronteras del discurso ajeno. Le es propia una agudización del sentimiento de propiedad sobre la palabra, es escrupulosa en la cuestión de autenticidad. El lenguaje retórico-judicial se caracteriza por una clara sensación de la subjetividad discursiva de las "partes" de un proceso en comparación con la objetividad del juzgado, de la decisión judicial y de todo el comentario investigativo y judicial. El retoricismo político es análogo. Importa determinar el peso específico del discurso retórico judicial y político en la conciencia lingüística de un grupo social de una época dada. Luego, siempre se debe tomar en cuenta la posición jerárquica y social de la palabra ajena representada. Cuanto más fuerte es la sensación de la jerarquía de la palabra ajena, tanto más nítidas son sus facetas, tanto menos accesible es ella a la penetración hacia su interior de las tendencias de comentario y réplica. Así, dentro de los límites del neoclasicismo, en los géneros bajos se presentan considerables desviaciones del estilo dogmático-racional y lineal en la transmisión

del discurso del otro. Es característico el hecho de que el discurso cuasi directo lograra por primera vez un desarrollo considerable justamente en las fábulas y cuentos de La Fontaine.

Resumiendo todo lo que hemos dicho acerca de las posibles tendencias de la interrelación dinámica entre el discurso ajeno y el autorial, podemos señalar las siguientes épocas: el autoritarismo dogmático que se caracteriza por un estilo monumental desindividualizado y lineal en la reproducción del discurso del otro (la Edad Media); el dogmatismo racionalista con su estilo aún más lineal (los siglos XVII y XVIII); el individualismo realista y crítico, con su estilo pictórico y con tendencia a la penetración del comentario y réplica autorial en el discurso ajeno (fines del XVIII y el XIX) y, por último, el individualismo relativista con su desintegración del contexto autorial (en la actualidad).

La lengua no existe por sí misma, sino en combinación con el organismo individual de un enunciado concreto, de una actuación discursiva concreta. Sólo mediante el enunciado la lengua entra en contacto con la comunicación, absorbe sus fuerzas vivas, se vuelve realidad. Las condiciones de la comunicación discursiva, sus formas, los modos de diferenciación se determinan por los presupuestos socioeconómicos de una época. Estas condiciones cambiantes de comunicación sociodiscursiva son las que determinan las transformaciones de las formas de reproducción del enunciado ajeno que hemos analizado. Es más, nos parece que en estas formas la sensibilidad hacia la palabra ajena y hacia la persona hablante que la misma lengua posee, se manifiestan con una nitidez y un relieve peculiares los tipos de la comunicación socioideológica que se van transformando a través de la historia.

CAPÍTULO III

DISCURSO INDIRECTO, DISCURSO DIRECTO Y SUS MODALIDADES

Modelos y modalidades; gramática y estilística - Característica general de la transmisión del discurso ajeno en la lengua rusa - Modelo del discurso indirecto - Modalidad impresionista del discurso indirecto - Modelo del discurso directo - Discurso directo determinado - Discurso directo reificado - Discurso directo anticipado, diseminado y encubierto - Fenómeno de la interferencia discursiva - Preguntas y exclamaciones retóricas - Discurso directo sustituido - Discurso cuasi directo.

Hemos señalado las direcciones principales del dinamismo en que se desarrolla la orientación recíproca entre el discurso autorial y el ajeno. Este dinamismo encuentra su expresión lingüística concreta en los modelos de la reproducción del discurso ajeno y en las modalidades de los modelos, los cuales son precisamente indicadores de la correlación de fuerzas entre el enunciado autorial y el enunciado ajeno, alcanzada en un momento dado de la evolución de la lengua. Caractericemos brevemente estos modelos y sus modalidades más importantes desde el punto de vista de las tendencias evolutivas que hemos señalado.

Ante todo, algunas palabras acerca de la relación entre la modalidad y el modelo. Es análoga a la relación que se establece entre la realidad viva del ritmo y la abstracción del metro. El modelo sólo se realiza en forma de su modalidad determinada. Durante siglos o decenios, en las modalidades se acumulan aquellos cambios, se estabilizan aquellos nuevos hábitos de una orientación

activa con respecto al discurso ajeno, que posteriormente se sedimentan como sólidas formaciones lingüísticas en los modelos sintácticos. En cambio, las modalidades en sí se encuentran en el límite entre la gramática y la estilística. Se dan los casos en que resulta posible la discusión acerca de si una determinada forma de reproducción del discurso ajeno viene a ser modelo o modalidad, si concierne a la gramática o a la estilística. Por ejemplo, una discusión semejante tuvo lugar en torno al discurso cuasi directo en alemán y en francés, entre Bally por un parte y Kalepky y Lorck por otra. Bally se negaba a reconocer en el discurso cuasi directo un modelo sintáctico legítimo y veía en él tan sólo una modalidad estilística. Las mismas razones se podrían alegar acerca del discurso cuasi indirecto en francés. En nuestra opinión, es metodológicamente impropio e incluso imposible trazar una frontera estricta entre la gramática y la estilística, entre el modelo gramatical y su modificación estilística. Esta frontera es inestable en la misma vida de la lengua, en la que unas formas están en el proceso de gramaticalización, mientras otras están desgramaticalizándose, y justamente estas formas ambiguas y fronterizas son las que representan para un lingüista un interés máximo: precisamente allí pueden ser captadas las tendencias evolutivas de una lengua[109].

Vamos a caracterizar los modelos del discurso directo y del indirecto únicamente en la lengua rusa culta. No buscamos, en absoluto, una lista exhaustiva de sus

109. Con frecuencia se acusa a Vossler y a los vosslerianos de preocuparse más por las cuestiones de la estilística que por las de la lingüística propiamente. En efecto, la escuela de Vossler se interesa por las cuestiones limítrofes, habiendo percibido su importancia metodológica y eurística, y en ello vemos las enormes ventajas de esta escuela. Lo malo es que los vosslerianos, según estamos enterados, pongan en el pri mer plano los factores subjetivos y psicológicos y las tareas individuales y estilísticas. De esta manera la lengua a veces se convierte directamente en el juego del gusto individual.

posibles modalidades. Nos importa tan sólo el aspecto metodológico del problema.

Es sabido que los modelos sintácticos de la transmisión del discurso ajeno en ruso aparecen muy débilmente desarrollados. Aparte del discurso cuasi directo, que carece en ruso de indicadores sintácticos propios (como sucede, por lo demás, también en alemán), existen dos modelos: los estilos directo e indirecto. Pero entre ambos modelos no se presentan las diferencias pronunciadas propias de otras lenguas. Los indicadores del discurso indirecto son débiles y pueden combinarse en la lengua hablada fácilmente con los indicadores del discurso directo[110].

La ausencia de la *consecutio temporum* y el carácter pasivo del subjuntivo le resta singularidad a nuestro discurso indirecto y no crea un terreno favorable para que se desarrollen modalidades sustantivas e interesantes para nuestro punto de vista. En general, nos vemos obligados a reconocer una prioridad incondicional del discurso directo en ruso. La historia de nuestra lengua no tuvo un período cartesiano y racionalista, en que un "contexto autorial" seguro, racionalista y objetivo analizara y desmembrara la composición del discurso ajeno, creando modalidades complejas e interesantes para su transmisión indirecta.

Todas estas peculiaridades del ruso crean un ambiente sumamente favorable para un estilo pictórico de

110. En muchas otras lenguas el estilo indirecto se distingue sintácticamente con toda claridad del estilo directo (uso especial de los tiempos verbales, de los modos de los nexos y de formas personales), de modo que en ellas, aparece un modelo especial y muy complejo de la transmisión indirecta del discurso... Pero en nuestra lengua incluso aquellos únicos indicios del discurso indirecto que acabamos de mencionar a menudo dejan de sostenerse, y el estilo indirecto se mezcla con el directo. Por ejemplo, Osip dice en *El Inspector*: "El dueño de la posada dijo que no le daré de comer, hasta que pague lo que debe" (Cf. Peshkovski, Sintaxis rusa, 3.ª ed., p. 553. La cursiva es del autor).

transmisión del discurso ajeno, a pesar de que este estilo sea un poco deslavado e impreciso, sin la sensación de las fronteras rebasadas y de las resistencias vencidas, como sucede en otras lenguas. Predomina una extraordinaria facilidad de interacción e interpretación entre el discurso autorial y el ajeno. Esto tiene que ver también con el papel tan poco importante que tuvo en la historia de nuestra lengua culta la retórica, con su nítido y estilo lineal de la reproducción del discurso ajeno, con su entonación, aunque burda, pero definida y directa.

Ante todo, vamos a caracterizar el discurso indirecto como modelo menos elaborado en ruso. Empecemos por una pequeña observación crítica en contra de A. M. Peshkovski. Al señalar que en ruso no existen formas elaboradas del discurso indirecto, Peshkovski hace la siguiente declaración, sumamente extraña:

> Para persuadirse de que la transmisión indirecta del discurso no es propia del ruso, sólo hace falta tratar de reproducir un discurso directo más o menos extenso en forma indirecta ("El asno, con la cabeza baja, dice que no está mal, que, sin decir mentiras, se lo puede oír sin aburrirse, pero qué lástima que no conozca al gallo de ellos, que se daría más maña de haber aprendido algo de él")[111].

Si Peshkovski hubiese realizado el mismo experimento de la traslación inmediata del discurso directo al indirecto en francés, cuidando tan sólo la gramática, habría llegado a las mismas conclusiones. Si, por ejemplo, intentara traducir el discurso directo e incluso el discurso

111. Peshkovski, op.cit, p.554. La cursiva es de Peshkovski.

cuasi directo al indirecto en las fábulas de La Fontaine —este último usa muy extensamente el discurso cuasi directo—, obtendría una construcción igualmente correcta desde el punto de vista gramatical pero estilísticamente tan ilegítima como la de su ejemplo ruso. Y esto a pesar de que en francés el discurso cuasi directo es sumamente próximo al discurso indirecto[112] (se usan los mismos tiempos y personas). Toda una serie de palabras, expresiones y giros apropiados en el discurso directo y en el cuasi directo, sonarían sumamente raros si se transfirieran a la estructura del discurso indirecto. Peshkovski comete un error típico para un "gramático". La traducción directa y puramente gramatical del discurso ajeno de un modelo de transferencia a otro, sin una transformación estilística correspondiente, no es sino el método de ejercicios escolares de gramática, pedagógicamente malo e inaceptable. Tal aplicación de los modelos no tiene nada que ver con su uso lingüístico real. Los modestos expresan la tendencia de una percepción activa del discurso ajeno. A su manera cada modelo reelabora creativamente el enunciado ajeno en un sentido determinado, propio tan sólo de este modelo. Si la lengua en una fase determinada de su desarrollo siente el enunciando ajeno como un todo compacto, no disgregable, invariable e impenetrable, este enunciado no presentará ningún modelo aparte de un discurso directo primitivo e inerte (estilo monumental). En su experimento, Peshkovski se atiene justamente a este punto de vista sobre la invariabilidad del enunciado ajeno, sobre la literalidad absoluta de su representación, pero trata al mismo tiempo de aplicarle el modelo del discurso indirecto. El resultado obtenido está lejos de comprobar la impropiedad de la transmisión

112. Por eso se lo llama *"style indirecte libre"* (estilo indirecto libre). Pero conviene que mantengamos aquí una terminología uniforme, orientada a la alemana por Volóshinov. [Nota de la T.].

indirecta en ruso. Por el contrario, demuestra que a pesar de una elaboración insuficiente del modelo del discurso indirecto, éste en ruso es de todas maneras tan singular que no todo discurso directo se presta a ser transferido a este modelo[113]. El peculiar experimento de Peshkowski pone de manifiesto su total y completo menosprecio del sentido lingüístico del discurso indirecto. El sentido mencionado consiste en una transmisión analítica del discurso ajeno. El análisis del enunciado ajeno, simultáneo a la transmisión e inseparable de ella, es el indicio obligatorio de toda modificación del discurso indirecto. Los grados y las orientaciones del análisis pueden variar.

La tendencia analítica del discurso indirecto se pone de relieve ante todo en el hecho de que todos los elementos emocionales y afectivos del discurso, por no expresarse en el contenido sino en las formas del enunciado, no se transfieren en la misma forma al discurso indirecto. Se transfieren de la forma del discurso a su contenido, y sólo en esta forma se introducen en una construcción indirecta, o bien se transmiten inclusive a la oración principal como un comentario desarrollado del verbo introductor del discurso. Por ejemplo, el discurso directo: "¡Qué bien! ¡Esta sí es ejecución!" no puede ser presentado en el discurso indirecto de la manera siguiente:

"Él dijo que qué bien y que ésta sí es una ejecución", sino más bien como: "Él dijo que esto estaba muy bien, y que ésta era una verdadera ejecución", o bien como: "Él dijo con admiración que esto estaba bien y que se trataba de una verdadera ejecución"[114].

113. El error de Peshkovski que acabamos de analizar atestigua una vez más el hecho de que la ruptura entre la gramática y la estilística resulta ser metodológicamente perniciosa.

114. A pesar de que en ruso, como justamente Volóshinov señala, no existe la con-

Todas las reducciones, las elisiones, etcétera, posibles en el discurso directo gracias a la carga emocional y afectiva, no son lícitos en el discurso indirecto gracias a su tendencia analítica, y participan de su estructura sólo en su forma desarrollada y completa. En el ejemplo de Peshkovski, la exclamación del asno: "¡No está mal!", no puede ser introducida en el discurso indirecto inmediatamente como:

"Dice no está mal...", sino tan sólo como:

"Dice que no está mal...", o incluso como:

"Dice que el ruiseñor no canta mal..."

Tampoco puede introducirse sin mediación en el discurso indirecto el "sin decir mentiras". Asimismo, la expresión del discurso directo: "lástima que no conozcas...", no puede reproducirse como: "pero que qué lástima que no conozcas...", etcétera.

Es asimismo evidente que toda expresión de las intenciones del hablante, que sea constructiva y que aparezca constructivamente acentuada, no puede transferirse en la misma forma del discurso directo al indirecto sin mediaciones. Así, las particularidades constructivas acentuales de las oraciones interrogativas, exclamativas e imperativas no se conservan en el discurso indirecto y permanecen solamente e su contenido.

El discurso indirecto "oye" de otra manera el enunciado ajeno, en su transmisión percibe y actualiza otros aspectos y matices en comparación con otros modelos. Es por eso que sea imposible traducir otros modelos de enunciado al modelo indirecto. Esto sólo resulta posible en aquellos casos en que un enunciado directo ya de por sí aparezca construido un poco analíticamente; por supuesto,

cordancia de los tiempos como en español, otros recursos sintácticos permiten lograr el mismo efecto de transformación, lo que se intentó mostrar en la traducción de los ejemplos [N. de la T.].

tan sólo en un grado en que sea posible el análisis en el discurso directo. El análisis es, en cambio, el alma del discurso indirecto.

Al observar más de cerca el "experimento" de Peshkovski, podemos notar que el matiz léxico de las palabras como "no está mal", "darse la maña", no armoniza del todo con el alma analítica del discurso indirecto. Estas palabras tienen demasiado colorido; representan las modalidades del lenguaje (individuales o típicas) del personaje asno, y no sólo transmiten el exacto significado temático de su enunciado. Se prestan a ser sustituidas por sus equivalentes semánticos: ("bien", "perfeccionarse") o bien, en el caso de que se preserven las "palabritas"[115] en una construcción indirecta, a quedar entrecomilladas. Inclusive al leer en voz alta este discurso indirecto pronunciaríamos las palabras mencionadas de una manera algo diferente, como dando a entender que estas expresiones se han tomado sin mediación alguna del discurso de un personaje, y que conservamos nuestra distancia ante ellas.

Pero aquí afrontamos de lleno la necesidad de distinguir dos direcciones que puede tomar la tendencia analítica del discurso indirecto y, respectivamente, sus dos modalidades principales.

En efecto, el análisis de una construcción indirecta puede tomar dos rumbos o, más exactamente, puede referirse a dos objetos esencialmente diferentes. Un enunciado ajeno puede percibirse como una determinada posición plena de sentido del hablante, y en tal caso mediante la construcción indirecta se transmite analíticamente su exacta composición temática (lo que dijo el hablante). Así, en nuestro caso, es posible una transmisión exacta del sentido temático de la evaluación que hace el asno al canto

115. El ejemplo de Peshkovski y todos los comentarios de Volóshinov se refieren a la fábula de I. A. Krylov *El asno y el ruiseñor* [N. de la T.].

del ruiseñor. Pero asimismo un enunciado ajeno puede ser percibido y analíticamente transmitido en cuanto expresión, que caracteriza no sólo el tema del discurso (o, inclusive, no tanto el tema del discurso), como al mismo hablante, su manera de hablar individual o típica (o bien las dos a la vez), su estado de ánimo expresado no en el contenido sino en las formas del discurso (por ejemplo: su carácter discontinuo, el orden de las palabras, la entonación expresiva, etcétera), su capacidad o su ineptitud para expresarse adecuadamente.

Estos dos objetos de la transmisión analítica indirecta son profunda y fundamentalmente diferentes. En un caso se desarticula el sentido en sus momentos significativos y temáticos, en el otro, el enunciado mismo en cuanto tal se desintegra en estratos estilísticos y verbales. El límite lógico de la segunda tendencia sería un análisis lingüístico y estilístico. Sin embargo, junto con semejante análisis estilístico, en este tipo de transmisión indirecta se lleva a cabo un análisis temático del discurso ajeno, y como resultado se llega a un desmembramiento del sentido temático y de la capa verbal que lo plasma. A la primera modalidad del modelo del discurso indirecto la llamaremos analítico-temática, y a la segunda, analítico-discursiva. La modalidad analítico-temática percibe el enunciado ajeno en un plano puramente temático, y deja de percibir y de captar todo aquello que no tiene importancia temática alguna. Aquellos aspectos de una construcción verbal formada que sí poseen una importancia temática, es decir, los necesarios para la comprensión de la postura significativa del hablante, son transmitidos por el primer tipo de modalidad también temáticamente (así, en nuestro ejemplo, la construcción exclamativa y la expresión de arrebato pueden transmitirse mediante la palabra "muy"), o bien se introducen directamente en el contexto autorial, como característica que proviene del autor.

La modalidad analítico-temática abre amplias posibilidades para introducir las tendencias a la réplica y al comentario del discurso autorial, conservando al mismo tiempo una distancia marcada y clara entre la palabra autorial y la ajena. Gracias a ello, aparece como un magnífico recurso para la transmisión lineal del discurso ajeno. Indiscutiblemente, esta modalidad se caracteriza por la tendencia a tematizar la palabra ajena, preservando en ella no tanto una elasticidad estructural, como la flexibilidad semántica y la autonomía (hemos visto cómo se tematiza en ella la estructura del enunciado ajeno). Éste se alcanza, desde luego, mediante una cierta despersonalización del discurso transmitido.

La modalidad temático-analítica sólo puede tener un desarrollo más o menos extenso y sustantivo en un contexto autorial algo racionalista y dogmático, que implique, en todo caso, un interés por el sentido, gracias a lo cual el autor ocupa mediante sus propias palabras, responsabilizándose directamente de ellas, una determinada posición llena de sentido. Allí donde esto no existe, donde la palabra autorial aparece de por sí llena de colorido y reificada, o donde se introduce de plano un narrador caracterizado verbalmente, esta modalidad sólo puede tener un lugar secundario y muy circunstancial (por ejemplo, en Gogol, en Dostoievski, etcétera).

En ruso esta modalidad en general aparece bastante poco desarrollada. Se la puede encontrar preeminentemente en un contexto cognoscitivo y retórico (científico, filosófico, político), en el cual aparezca la necesidad de exponer las opiniones ajenas acerca de un tema, confrontarlas, deslindar la propia posición de la posición ajena. En el discurso literario es extremadamente rara. Adquiere una determinada importancia únicamente en los

autores que no rehusan la orientación semántica y la contundencia de su propio discurso como, por ejemplo, en Turguénev y, sobre todo, en Tolstoi. Pero aquí tampoco encontramos aquella riqueza y variedad de esta clase de modificación que encontramos en francés o en alemán.

Pasamos a analizar la modalidad analítico-discursiva. Ésta permite introducir en la estructura tangencial las palabras y los giros del discurso ajeno que caracterizan la fisonomía-subjetiva y estilística del enunciado del otro en cuanto expresión. Estas palabras y giros se introducen de tal manera que se percibe claramente su especificidad, subjetividad, tipicidad, pero más frecuentemente aún, se los pone entre comillas. He aquí cuatro ejemplos:

1) "Santiguándose, Gregorio se expresó del difunto en el sentido de que el mozo no carecía de talento, pero que era un mentecato y, lo que es peor, estaba aquejado de una enfermedad y, más que eso, un impío, y su impiedad se la habían inculcado Fiódor Pávlovich y su hijo mayor".

2) "Otro tanto sucedió con los polacos, los cuales comparecieron con facha de orgullo e independencia. En voz alta manifestaron que en primer lugar ambos "habían servido a la Corona y que 'pan Mitia' había querido comprar su honor con tres mil rublos, habiéndole visto ellos mucho dinero en las manos"[116].

3) "Krasotkin rechazaba con orgullo tal inculpación, haciendo constar que con los muchachos de su edad, es decir, de trece años, habría sido una vergüenza ponerse a jugar 'en nuestro tiempo' a los caballitos; pero que él lo

116. F.M.Dostoievski, *Obras completas*, tomo III, Aguilar, Madrid, 1949, p.530.

hacía con unos 'pequeñines' porque los quería, y de sus sentimientos nadie habría osado pedirle cuenta"[117].

4) "La encontró en un estado parecido a locura completa: gritaba, temblaba, vociferaba que Rogochin estaba escondido en el jardín, allí, en su misma casa; que ella acababa de verlo; que iba a matarla aquella noche, ¡a degollarla!"[118] (Dostoievski, *El idiota*. Aquí en la construcción indirecta se conserva la expresividad del enunciado ajeno).

Las palabras y expresiones ajenas (sobre todo las entrecomilladas), incluidas en un discurso indirecto y percibidas en su especificidad se "distancian"[119], hablando en el lenguaje de los formalistas, y se distancian justamente en la dirección requerida por el autor; se reifican, su colorido se intensifica, pero al mismo tiempo estas palabras ajenas están marcadas por los tonos de la actitud autorial de ironía, humor, etcétera.

Este tipo de modificación del discurso indirecto debe diferenciarse de una transición inmediata del discurso indirecto al directo, a pesar de que sus funciones sean casi homólogas: cuando el discurso directo continúa el indirecto, su subjetividad discursiva aparece más nítida y orientada según las necesidades del autor. Por ejemplo:

Por más que tratara de ser evasivo, Trifon

117. Ib., p. 415.

118. Ib., p. 886.

119. Se refiere a "extrañamiento" o "distanciamiento", término formalista que circula en español en estas dos versiones [N. de la T.].

> Borísovich, después de interrogados los campesinos respecto a los cien rublos, acabó por confesar, añadiendo únicamente que al punto había devuelto escrupulosamente todo a Dmitriy Fiódorovich 'por el más estricto sentido del honor', y que 'sólo que, mire usted, el caballero estaba tan borracho, que no puede recordarlo'" (Dostoievski, Los hermanos Karamazov, el subrayado es nuestro)[120]. Con grandísimo respeto para la memoria de su difunto amo, dijo, no obstante, que aquél era injusto con Mitia y 'no había criado como era debido a sus hijos'. —'A éste, de chico, sin mí se lo hubieran comido los piojos' —dijo, refiriéndose a la niñez de Mitia (ibid., el subrayado es nuestro)[121].

Este caso, en que el discurso directo viene preparado por el indirecto y parece surgir espontáneamente de éste como una imagen —como una imagen plástica, no del todo separada de una piedra sin labrar, en las esculturas de Rodin—, aparece como una de las innumerables modalidades del discurso directo en su tratamiento pictórico.

Tal es la modalidad analítico-discursiva de la construcción indirecta. Es capaz de crear efectos muy inesperados y pintorescos en la transmisión del discurso ajeno. Esta modalidad presupone un alto grado de individuación del enunciado ajeno en la conciencia lingüística, una capacidad de percibir diferenciadamente las envolturas discursivas del enunciado y su significado referencial. Lo cual no es propio de la percepción autoritaria ni racionalista del enunciado ajeno. Como

120. Op.cit., t. III, p. 530.

121. Op. cit., t. III, p. 535 (Modifiqué levemente la traducción de Cansinos, para destacar la singularidad del discurso ajeno) [N. de la T.].

procedimiento estilístico socorrido, en la lengua sólo puede echar raíces en el terreno del individualismo crítico y realista, mientras que la modalidad temático-analítica caracteriza precisamente el individualismo racionalista. En la historia de la lengua literaria rusa este período ha estado casi por completo ausente. Es por eso que hemos observado una predominancia inconmesurable de la modalidad discursivo-analítica sobre la temático-analítica. La ausencia de la concordancia de los tiempos en ruso resulta asimismo sumamente benéfica para el desarrollo de la modalidad analítico-discursiva.

Hemos observado que nuestras dos modalidades, a pesar de ser unidas mediante la común tendencia analítica del modelo, no expresan sino dos concepciones profundamente distintas de la palabra ajena y de la persona hablante. En la primera modalidad, el personaje hablante aparece como portador de una determinada posición de sentido (cognoscitiva, ética, vital, cotidiana), y no existe para el autor fuera de esta posición, reproducida de un modo estrictamente objetual. No hay lugar para que se plasme en una imagen. Dentro de la segunda modalidad, por el contrario, el personaje se construye como una manera subjetiva (individual y típica) de pensar y hablar, manera que implica también una valoración por parte del autor. En este caso, la persona hablante sí se plasma en una imagen.

En la lengua rusa puede señalarse además una tercera modalidad de la construcción indirecta, bastante importante, que se emplea principalmente para reproducir el discurso interno, los pensamientos y las vivencias del personaje. Esta modalidad da un trato muy libre al discurso ajeno, al reducirlo, al apuntar con frecuencia tan sólo sus temas y dominantes, y por lo mismo puede ser llamada impresionista. La entonación autorial fácil y libremente se

desborda hacia su estructura difusa. He aquí un ejemplo clásico de esta modalidad impresionista que proviene del *Jinete de Bronce*, de Pushkin:

> ¿En qué pensaba él? En que era pobre; que se veía en la necesidad de conseguir mediante el trabajo la independencia y el honor, que Dios hubiese podido concederle un poco más de inteligencia y de dinero. Que existen afortunados ociosos, no demasiado listos, indolentes, para quienes ¡qué fácil es la vida! Que él apenas hace dos años que estaba en el servicio; también pensaba que el tiempo seguía tormentoso, que el río seguía creciendo; que de seguro ya habrían levantado los puentes sobre Neva, y que dos o tres días no podría ver a su Parasha. Así divagaba él... (El subrayado es nuestro)[122].

En este ejemplo vemos que la modalidad impresionista del discurso indirecta se sitúa como a medio camino entre las modalidad temático-analítica y analítico-discursiva. Con cierta frecuencia aquí se lleva a cabo evidentemente un análisis temático. Algunas palabras y giros se originan claramente en la conciencia del mismo Eugenio (sin embargo, sin subrayar su especificidad). Pero lo que mejor se oye es la ironía del mismo autor, su acentuación, su posición activa en la disposición y reducción del material.

Ahora analicemos el modelo del discurso directo. Éste aparece más bien elaborado en la lengua literaria

122. No se olvide que este pasaje (como abajo las citas del *Prisionero del Cáucaso* y de *Poltava*) proviene de un poema largo, que Volóshinov transcribe en prosa). [N. de la T.].

rusa y dispone de una enormen variedad de modalidades sustantivamente distintas. Entre las voluminosas, inertes e indivisibles moles del discurso directo en los momentos antiguos, y los actuales modos ágiles y a menudo ambíguos de introducirlo en el contexto autorial se extiende un largo e instructivo camino evolutivo. Pero por el momento nos vemos obligados a posponer tanto el análisis de este camino histórico como la descripción estática de las modalidades existentes del discurso directo en lenguaje literario. Nos hemos de limitar a aquellas modalidades en las que tiene lugar un mutuo intercambio de entonaciones: una especie de contaminación recíproca entre el contexto autorial y el discurso ajeno. Además, nos interesan no tanto aquellos casos en que el discurso autorial desplaza el enunciado ajeno, empipándolo con sus propias entonaciones, cuanto aquellos en los que, por el contrario, las palabras ajenas se dispersan y se diseminan por todo el contexto autorial, haciéndolo inestable y ambiguo. Por lo demás, entre estos y aquellos casos no siempre es posible trazar una frontera definida: con mucha frecuencia la contaminación suele ser precisamente recíproca.

La modalidad que puede ser denominada discurso directo predeterminado está al servicio de la primera dirección en la dinámica de la interrelación (la avanzada autorial)[123].

El caso de la emergencia del discurso directo a partir del indirecto, que ya hemos analizado, pertenece a

123. Aquí no abordamos los casos más primitivos de réplica autorial y del comentario del discurso directo: la introducción de una cursiva autorial (es decir, la transferencia del acento); su interrupción con observaciones diversas, con paréntesis y simplemente con signos de exclamación, interrogación, perplejidad (sic!, etcétera.). Para superar el carácter inerte del discurso directo tiene una considerable importancia la inserción, en lugares correspondientes, de un verbo introductorio acompañado de comentarios y réplicas.

esta modalidad. La incidencia más interesante y difundida de esta modalidad es el surgimiento de un discurso directo a partir del "discurso cuasi directo", el que va preparando la percepción del directo, estando a su vez a medio camino entre la narración y el discurso ajeno. Los temas principales de un futuro discurso directo se anticipan por el contexto y se matizan con entonaciones autoriales; de esta manera las fronteras del enunciado ajeno se debilitan extremadamente. Un caso clásico de esta modalidad es la descripción del estado del príncipe Myshkin en la víspera de un ataque epiléptico en *El idiota* de Dostoievski, a saber: casi todo el capítulo quinto de la segunda parte (ahí mismo se dan magníficos modelos de discurso cuasi directo). El discurso directo del príncipe Myshkin en este capítulo suena constantemente en su propio mundo, puesto que la narración es conducida por el autor dentro del horizonte de su personaje. Para la palabra ajena ahí se crea un fondo aperceptivo, que puede definirse como semiajeno (del mismo personaje) y semiautorial. Hay que reconocer, sin embargo, que este caso, con toda evidencia, demuestra que este grado de penetración de las entonaciones autoriales en el discurso directo casi siempre se relaciona con un debilitamiento de la objetividad en el mismo contexto autorial.

Otra modalidad al servicio de la misma tendencia puede ser denominada estilo directo reificado. En este caso el contexto autorial se estructura de tal manera que las definiciones objetivamente del personaje (por parte del autor) echan una espesa sombra sobre su propio discurso. Las valoraciones y emociones que saturan la representación objetivadora del héroe se transfieren a sus mismas palabras. El peso semántico de las palabras ajenas disminuye, pero en cambio se refuerza su importancia caracterológica, su colorido o su tipicidad cotidiana. Así, al reconocer en escena a un personaje cómico según su maquillaje,

vestuario y su tenue general, ya estamos prestos a reír aun antes de comprender el sentido de sus palabras. Así es en la mayoría de los casos, el discurso directo en Gogol y en los represetantes de la llamada "escuela natural". En su primera obra también Dostoievski trató de insuflar el alma a esta palabra ajena cosificada.

La preparación del discurso ajeno y su anticipación mediante la presentación de su tema, de sus valoraciones y acentos es capaz de subjetivizar y de matizar con los tonos del personaje el contexto autorial hasta tal grado que éste puede empezar a sonar a "discurso ajeno", aunque siga incluyendo también entonaciones autoriales. La conducción de un relato exclusivamente dentro del horizonte del mismo héroe —según hemos visto, este reproche fue dirigido ya a Zola por Bally—, y además no sólo dentro de un horizonte espacio-temporal, sino también dentro del axiológico y entonacional, crea para un enunciado ajeno un fondo aperceptivo altamente singular. Lo cual permite hablar de una especial modalidad de un discurso ajeno anticipado y disperso, oculto en el contexto autorial, que parece irrumpir hacia un auténtico enunciado directo del personaje.

Esta modalidad está muy difundida en la prosa actual, sobre todo en Andrei Biely y en los escritores influidos por éste (cf., por ejemplo, Nikolai Kurbov, de Ehrenburg). Pero sus modelos clásicos han de buscarse en el Dostoievski del primero y segundo período (en su última etapa esta modalidad aparece con una frecuencia menor). Nos vamos a detener en su novela corta Una historia escabrosa.

Todo el relato puede tomarse como entrecomillado, como relato del "narrador", aunque éste no aparezca marcado temática ni composicionalmente. Pero también en el interior del relato, casi cada epíteto, definición,

valoración pueden también entrecomillarse en cuanto originados en la conciencia de uno u otro personaje. Citaremos un pequeño fragmento del inicio de la obra:

> Entonces, en un claro y helado anochecer de invierno, aunque, en realidad, ya cerca de la medianoche, tres varones sumamente respetables se encontraban sentados en una habitación muy confortable e incluso lujosa, en una estupenda casa de dos pisos, en el Margen Pertersburguense [zona de Petersburgo - N. de la T.], y estaban entretenidos por una conversación decente y superlativa de tema sumamente curioso. Los tres varones ya habían alcanzado los grados y títulos máximos. Estaban sentados en torno a una mesita, cada quien en una estupenda y mullida butaca, y al son de la práctica saboreaban lenta y confortablemente la champaña (la cursiva es nuestra)[124].

Si nos abstraemos del juego de entonaciones tan interesante y complejo, este fragmento lo tendríamos que caracterizar, desde el punto de vista estilístico, como sumamente malo y trivial. En efecto, en pocas líneas impresas de la descripción el epíteto "estupendo" aparece dos veces, "confortable" dos veces, y los demás epítetos son ¡"lujoso", "decente", "superlativo", "sumamente respetable"!

Es inevitable la condena más severa a este estilo si tomamos la descripción como si en serio fuera el autorial (como en Turguénev o en Tolstoi), o incluso la de un narrador, pero de un solo narrador (como en el Ich-Erzählung). Sin embargo, el fragmento no puede interpretarse de este modo.

124. Para ilustrar mejor las observaciones del autor, ofrezco mi propia traducción [N. de la T.].

Cada uno de estos pobres, pálidos y vacuos epítetos ¡son arena de un encuentro y lucha de dos entonaciones, dos puntos de vista, dos discursos!

Pero analicemos algunos fragmentos más, que caracterizan al dueño de la casa, consejero privado Nikíforov:

> Digamos de pasada dos palabras acerca de él: había iniciado su carrera como empleado modesto y despreocupado, había desempeñado su empleo tranquilamente por espacio de cuarenta y cinco años... Le desagradaban, sobre todo, el desorden y el entusiasmo, que en su concepto representaba el desorden moral, y en el ocaso de su vida sumíase completamente en cierta comodidad regalona y en una soledad sistemática... Era su aspecto muy decente: todo afeitado, parecía algo más joven de lo que era, se conservaba bien, prometía vivir aún mucho, y siempre, desde los pies a la cabeza, tenía el aire de un verdadero "gentleman". Trabajar no le era necesario ya; conservaba todavía un cargo, pero sus obligaciones limitábanse a presidir reuniones y echar firmas. En una palabra: todo el mundo lo tenía por un hombre magnífico. Sólo una pasión había tenido ese hombre, o, mejor dicho, un solo deseo vehemente: poseer casa propia y, desde luego, una casa señorial, no un cuartel de pisos para alquilar. Finalmente, había podido satisfacer ese único capricho. (La cursiva es nuestra)[125].

125. Op. cit., t.I, p. 1392.

Ahora resulta claro de dónde vienen los epítetos triviales monótonos, pero tan sostenidos en su trivialidad y aburrimiento, del fragmento anterior. Se originaron en la conciencia del consejero, quien disfruta sus comodidades, su propia casita, su posición, su título; vienen de la conciencia del consejero privado Nikíforov, logró escalar socialmente. Los epítetos podrían entrecomillarse, como el "discurso ajeno" de Nikíforov. Pero no sólo le pertenecen a él. Es el narrador quien conduce el relato, quien parece solidarizarse con los "consejeros", los adula, en todo se atiene a su opinión, habla su lenguaje, pero con todo exagera de una manera provocadora, echando de cabeza todos sus enunciados reales y posibles y exponiendéndolos a la ironía y burla autorial. En cada epíteto banal del relato del autor, mediatizado por el narrador, ironiza y se burla de su personaje. Es así como se crea el complejo juego de entonaciones en nuestro fragmento, juego casi irreproducible en la lectura en voz alta.

La narración que sigue, toda está estructurada dentro del horizonte del otro protagonista, Pralínski. Esta narración aparece sembrada de epítetos y valoraciones de este héroe, es decir, de su discurso oculto, y sobre este fondo penetrado de ironía autorial se eleva su verdadero "discurso directo", interno y externo, y entrecomillado. De este modo, casi cada una de las palabras de este relato desde el punto de vista de su expresión, de su tono emocional, de su posición acentual en la frase simultáneamente forma parte de dos contextos entrecruzados, de dos discursos: el discurso del autor-narrador (irónico y burlón) y el del personaje (cuya situación no le permite ironizar). Esta simultánea pertenencia a dos discursos, de orientación expresíva diferenciada, explica también la singularidad

de la construcción de las frases, los "virajes sintácticos" y la peculiaridad del estilo. Éste habría sido distinto de haberse limitado a sólo uno de los discursos señalados, así como la frase aparecería construida en otra forma. Estamos ante un caso clásico de un fenómeno lingüístico casi estudiado: la interferencia discursiva.

El fenómeno de interferencia discursiva en ruso puede en parte tener lugar en la modalidad analítico-discursiva del estilo indirecto, en aquellos casos relativamente raros en que, dentro de los límites de una reproducción indirecta, se conservan no sólo algunas palabras y expresiones aisladas, sino también la construcción expresiva del enunciado ajeno. Así sucedió en nuestro cuarto ejemplo, en que la construcción exclamativa de un enunciado directo pasó a formar parte de un discurso indirecto. Como resultado se obtuvo una especie de disonancia entre la sosegada entonación narrativo-protocolaria de la transmisión analítica autorial y la excitada e histérica entonación de la semidemente heroína. De ahí, cierta distorsión singular de la fisonomía sintáctica de aquella frase, que sirve a dos amos, siendo partícipe simultánea de dos discursos. Pero sobre el teerreno del discurso indirecto el fenómeno de interferencia discursiva no puede adquirir una expresión sintáctica más o menos delineada y estable.

El caso más importante y sintácticamente modelado (al menos en francés) de la fusión interferente de dos discursos entonacionalmente apuntados en sentidos diversos es el discurso cuasi directo. Debido a su importancia excepcional le dedicamos todo el capítulo siguiente. Allí analizamos también la historia del problema en la romano-germanística. La discusión que se había desarrollado en torno al discurso cuasi directo, las opiniones surgidas alrededor de esta cuestión (sobre todo

las de la escuela de Vossler) representan un gran interés metodológico y por lo mismo estarán sometidas por nosotros a un examen crítico. Pero aquí, en los límites del presente capítulo, seguiremos analizando algunos otros fenómenos emparentados con el discurso cuasi directo, que por lo visto en ruso sirvieron de suelo fértil para su germinación y formación.

Nos hemos interesado tan sólo en modalidades ambiguas y bifacéticas del discurso directo en su tratamiento pictórico, y a causa de ello no hemos tocado una de sus modalidades "lineales" más importantes: estilo directo retórico. La importancia sociológica de esta modalidad, "la que pretende convencer", y la de sus variaciones diversas es muy grande. Pero no podemos detenernos aquí en todas ellas. Sólo lo vamos a hacer ante algunos fenómenos que suelen acompañar a la retórica. Existe un fenómeno común: pregunta retórica y exclamación retórica. Para nuestra óptica son interesantes algunos casos correspondientes según su localización en el contexto. Parecen situarse en la frontera misma entre el discurso autorial y el ajeno (generalmente interno), pero a menudo participan de uno u otro discurso, esto es, pueden ser interpretados como pregunta o exclamación del autor, pero a la vez como pregunta o exclamación del mismo personaje que éste se dirigiera a sí mismo.

He aquí un ejemplo:

> Pero ¿quién a la luz de la luna, en medio del profundo silencio, camina pisando con sigilo? El ruso vuelve en sí. Ante él, con saludo tierno y mudo, está la joven circasiana. Él mira en silencio a la doncella y piensa: éste es un sueño falso, un juego inútil de los cansados sentidos... (Pushkin, *El prisionero de Cáucaso*).

Las palabras conclusivas (internas) del héroe parecen responder a la pregunta retórica del autor, y ésta puede ser interpretada como una pregunta en el discurso interior del propio personaje.

Un ejemplo de la exclamación:

> Todo, todo lo dijo el terrible sonido; la naturaleza frente a él se oscureció. ¡Adiós, libertad sagrada! ¡Él se ha convertido en esclavo! (Ibid.)

En la prosa está muy difundido el caso en que una pregunta del tipo "¿qué había que hacer?" introduce reflexiones del personaje o una narración acerca de sus acciones, y la pregunta viene a ser igualmente la del autor y la del héroe que se encuentra en una situación difícil.

Sin embargo, en éste y en otros casos semejantes de preguntas y exclamaciones, sin duda, el autor es más activo, y es por eso que estas preguntas y exclamaciones jamás se entrecomillan. Aquí se pronuncia el propio autor, pero de parte del personaje: parece conducir el discurso por éste.

He aquí un ejemplo interesante:

> Apoyados sobre sus lanzas, los cosacos observan la oscura ribera del río, y junto a ellos, negras en el crepúsculo, pasan flotando las armas del malvado... ¡Adiós, libre campamento, y la casa de los padres, y el apacible Don, y la guerra, y las bellas mozas! El enemigo secreto atracó en la orilla, la flecha sale del carcaj —vuela— y cae el cosaco desde el cerro ensangrentado. (Ibíd).

Aquí el autor intercede por su héroe, dice por él lo

que él mismo hubiese podido o debido decir, lo que es apropiado en la situación determinada. Pushkin se despide de la patria por el cosaco (el cual no lo puede hacer, naturalmente, por sí mismo).

Este hablar por el otro ya se acerca considerablemente al discurso cuasi directo. Llamaremos este caso discurso directo sustituido. Desde luego, esta sustitución presupone una coincidencia de las entonaciones: de la autorial y de la sustituida, la que corresponde al discurso del personaje, y por eso aquí no se presenta interferencia alguna.

Cuando entre el autor y el protagonista, en un contexto estructurado retóricamente, existe una completa solidaridad en las valoraciones y las entonaciones, entonces el retoricismo del autor y el del personaje a veces empiezan a sobreponerse, las voces se funden, y se forman largos períodos que pertenecen simultáneamente tanto a la narración autorial como al discurso interno (o también al externo) del héroe. Se da un fenómeno que ya casi no se distingue del discurso cuasi directo; sólo falta la interferencia. El discurso cuasi directo del joven Pushkin se había formado —por lo visto, por primera vez— con base en el retoricismo byroniano. En El prisionero de Cáucaso el autor es absolutamente solidario con su héroe en sus valoraciones y entonaciones. El relato se construye en los tonos del personaje, pero los discursos de éste se estructuran en los tonos del autor. Ahí es donde encontramos el siguiente ejemplo:

> Allí las cumbres de los cerros se extienden en una monótona cadena; entre ellas, el camino solitario se pierde en una taciturna lejanía... Y el pecho del joven prisionero se agitaba con un pensamiento lúgubre... El camino largo conduce a Rusia, al país en que él había iniciado su fogosa juventud con orgullo y despreocupado; en que conoció la primera alegría, en que amó tantas cosas amables, en que abrazó el sufrimiento amenazador, en que, mediante una vida tormentosa, echó a perder la esperanza, la alegría y el deseo... Él conoció a la gente y al mundo, y supo el precio de la vida incierta. En los corazones de los hombres halló traición, en los sueños de amor, un delirio... ¡Libertad! A ti sola te busco aún en el mundo sublunar... Pero ya sucedió... Ya no tiene nada en el mundo que se le figurara como un objetivo de alguna aspiración. Y ustedes, los últimos sueños, ustedes también lo abandonaron. Él se convirtió en esclavo (ibíd., la cursiva es nuestra).

Aquí, con toda evidencia, se transmite el "lúgubre pensamiento" del propio prisionero. Es su discurso, pero formalmente pronunciado por el autor. Si en todas partes sustituimos el pronombre personal "él" por "yo", y si cambiamos respectivamente las formas verbales no se producirá ningún sinsentido ni inconsecuencia estilística alguna. Es característico que este discurso incluye los apóstrofes en segunda persona (dirigidos a la libertad y a los sueños), lo cual subraya aún más la identificación del autor con el héroe. Estilística y semánticamente este discurso del héroe no se distingue en nada de su discurso directo retórico, que se pronuncia en la segunda parte del poema:

> Olvídame: no merezco tu amor ni tu fascinación... Sin ilusión, sin deseos, estoy marchitándome, víctima de las pasiones...

> ¡Por qué no apareciste ante mis ojos antes en aquellos días cuando yo creía en la esperanza y en los embriagantes sueños! ¡Pero es tarde ya! Estoy muerto para la felicidad, se alejó volando el fantasma de la esperanza... (Ibid).

Todos los autores que han escrito acerca del discurso cuasi directo, (tal vez, con la única excepción de Bally), habrían reconocido en nuestro ejemplo una muestra irreprochable.

Nosotros, sin embargo, nos inclinamos a considerar este caso como discurso sustituido. Es verdad que únicamente falta un paso para convertirlo en discurso cuasi directo. Y Pushkin dio este paso al separarse de sus héroes, al oponerles un contexto autorial más objetivo, con sus propias valoraciones y entonaciones. Pero aquí, en el ejemplo aducido, faltan todavía las interferencias entre el discurso autorial y el ajeno y, por consiguiente, faltan indicios gramaticales o estilísticos originados por la palabra ajena, los cuales caracterizan el discurso cuasi directo a diferencia del contexto que lo rodea. En nuestro caso, en cambio, sólo reconocemos el discurso del "prisionero" por los indicios puramente semánticos. No sentimos aquí la fusión de dos discursos orientados diferentemente, no percibimos la resistencia elástica del discurso ajeno detrás de su transmisión autorial.

Para demostrar por fin qué es en realidad el discurso cuasi directo, citaremos un estupendo ejemplo de la *Poltava* de Pushkin. Con este ejemplo concluiremos este capítulo:

> Pero [Kochubey] ocultó con persistencia en su corazón un rencor muy emprendedor. Con impotente amargura, dirigió sus pensamientos hacia la muerte. No le desea mal alguno a Mazepa: de todo tiene la culpa su hija. Pero también le perdona a la hija: que dé contestación a Dios, al cubrir de deshonor a la familia, al olvidar los cielos y la ley... Pero mientras tanto, con ojo de águila busca, en su círculo doméstico, unos compañeros valientes, firmes, incorruptos...

CAPÍTULO IV

DISCURSO CUASI DIRECTO EN FRANCÉS, ALEMÁN Y RUSO

Estilo indirecto libre en francés - Concepción de Tobler - Concepción de Th. Kalepky - Concepción de Bally - Crítica del objetivismo abstracto e hipostático de Bally - Bally y los vosslerianos - Discurso cuasi directo en alemán - Concepción de Eugen Lerch - Concepción de Lorck - Doctrina de Lorck sobre el papel de la fantasía en el lenguaje - Concepción de Gretraud Lerch - Discurso ajeno en el francés antiguo -Discurso ajeno en el francés medio y en la época del Renacimiento - Estilo indirecto libre en La Fontaine y La Bruyére - Estilo indirecto libre en Flaubert - Aparición del discurso cuasi directo en el alemán - Crítica de subjetivismo hispostatizante de los vosslerianos - Discurso cuasi directo en ruso - Reproducción de la interferencia discursiva en la lectura en voz alta (problema de la representación) - Lugar de nuestra investigación en el estudio sistemático de las ideologías.

Para el fenómeno del discurso cuasi directo en francés y en alemán, los diferentes autores han propuesto varias terminologías. En realidad, cada uno de los que se habían ocupado de la cuestión propusieron su propio término. Nosotros todo el tiempo estamos utilizando el término de Gertraud Lerch *uneigentech direkte Rebe*, como el más neutral entre todos los propuestos y como uno que implica un mínimo de reflexión teórica. Es un término irreprochable al aplicarlo al ruso o al alemán. Solamente en relación con el francés puede suscitar algunas dudas.

He aquí algunos ejemplos del discurso cuasi directo en francés:

1) Il protesta: "son pére la haïssait!"
en el estilo directo sería:
Il protesta et s'ecria: "Mon pére te haït!"

En el indirecto:
Il protesta et s'ecria que son pére la haïssait.

En el discurso cuasi indirecto:
Il protesta: "son pére, s'ecria-t-il, la haïssait!".
(Tomamos prestado de G. Lerch este ejemplo de Balzac).

2) Tout le jour il avait l'oeil au guet, et la nuit, si quelque chat faisait du bruit, le chat prenait l'argent. (La Fontaine).

3)En vain il (le colonel) parla de la sauvagerie du pays et de la difficulté pour une femme d'y voyager: elle (miss Lydia) ne craignait ríen; elle aimait par-dessus tour á voyager á cheval; elle se faisait une fête de coucher au bivac: elle menaçait d'aller en Asie-Mineure. Bref, elle avait réponse á tout, car jamais Anglais n'avait été en Corse: donc elle devait y aller. (P. Mérimée, *Colomba*).

4) Resté seul dans l'embrasure de la fenêtre, le cardinal s'y tint immobile, un instant encore... Et ses bras fremissant se tendirent, en un geste d'imploration: "O Dieu! Puisque ce médecin s'en allait ainsi, heureux de sauver l'embarras de son impuissance, o Dieu que ne faisiez-vous un miracle pour montrer l'éclat de votre pouvoir sans bornes! Un miracle, un miracle. Il le demandait du fond de son ame de croyant (Zola, *Rome*).

(Los dos últimos ejemplos se aducen y se discuten por Kalepky, Bally y Lorck).

El fenómeno del discurso cuasi directo en cuanto

forma especial para transmitir un enunciado ajeno, junto con el estilo directo e indirecto, fue por primera vez señalado por Tobler en 1887 (en *Zeitschrift für romanische Philologie*, XI, S. 437).

Tobler determinó que el fenómeno, como "una mezcla peculiar del discurso directo e indirecto" (*Eigentümliche Mischung direkt und indirekter Rede*). Esta forma mixta toma prestados, según Tobler, del discurso directo el tono y el orden de las palabras, y del indirecto, tiempos y personas de los verbos.

Como puramente descriptiva, esta definición puede ser aceptada. En efecto, desde el punto de vista de una descripción comparativa superficial de los rasgos, Tobler señala correctamente las respectivas diferencias y similitudes de la forma en cuestión con el discurso directo o indirecto.

Pero la misma palabra "mezcla" en esta definición es absolutamente inaceptable, puesto que incluye una explicación genética —"se formaron de la mezcla"—, la cual es difícil que se compruebe. Pero inclusive desde el punto de vista descriptivo es incorrecta, porque no estamos ante una simple mezcla o una suma aritmética de dos formas, sino ante una tendencia absolutamente nueva, positiva, de la percepción activa de un enunciado ajeno, ante una orientación peculiar de la dinámica de la interrelación entre el discurso del autor y el discurso del otro. Pero Tobler no percibe esta dinámica y tan sólo hace constar los rasgos abstractos de los modelos.

Ésta es la definición de Tobler. Pero ¿cómo explica Tobler la aparición de nuestra forma?

El hablante, como quien informa acerca de los acontecimientos pasados, aduce el enunciado del otro en una forma autónoma, de la misma manera como sonaba en el pasado. Para esto, el hablante cambia el *Präsens* del enunciado verdadero al *Imperfektum* para demostrar que

el enunciado es simultáneo a los acontecimientos pasados. Luego realiza otros cambios (de las formas personales del verbo, de los pronombres) para que no se piense que el enunciado pertenezca al mismo narrador.

Esta explicación de Tobler está basada en un esquema incorrecto, pero muy difundido en la vieja lingüística: de qué manera habría razonado y motivado el hablante al introducir conscientemente, por su propio riesgo, una nueva forma.

Pero incluso al admitir este esquema de explicación, de todas formas los motivos del "hablante" tobleriano se nos antojan no del todo convincentes y claros: si pretende conservar la autonomía del enunciado en la misma forma como sonó en el pasado, ¿no es mejor, acaso, reproducir el enunciado ajeno como un discurso directo? En tal caso, su referencia al pasado, su pertenencia al personaje y no al narrador estaría fuera de toda duda. O bien, si se introduce el imperfecto y la tercera persona, ¿no será más fácil emplear simplemente la forma del discurso indirecto? Porque lo más importante en nuestra forma —una absolutamente nueva relación mutua entre el discurso del autor y el discurso del otro— no encuentra, justamente, expresión alguna en los motivos de Tobler. Para él, se trata de dos formas viejas de las que quiere hacer una nueva.

En nuestra opinión, a partir de los motivos del hablante según el esquema mencionado se puede, en el mejor de los casos, explicar sólo el empleo, en uno u otro caso, de una forma ya hecha, pero en ningún caso puede explicarse así la formación de una nueva forma en la lengua. Los motivos y las intenciones individuales del hablante pueden desplegarse conscientemente sólo en los límites de las posibilidades gramaticales existentes, por una parte, y en las condiciones de la comunicación discursiva y social que predominen en un grupo dado, por otra. Tales posibilidades

y condiciones son dados, y son ellos los que delinean el horizonte lingüístico del hablante. No está dentro de sus fuerzas individuales el trascender este horizonte.

Cualesquiera que sean las intenciones del hablante, cualesquiera que sean los errores que cometa, por más que analice, mezcle o combine las formas, no logrará crear un nuevo modelo gramatical en la lengua ni una nueva tendencia en la comunicación discursiva social. Las intenciones subjetivas sólo podrán tener un carácter creado siempre y cuando coincidan con aquellas tendencias de la interacción sociodiscursiva de los hablantes que estén en proceso de generación y formación permanente, pero tales tendencias cambian con los factores socioeconómicos. Para que se formara aquella sustancialmente nueva percepción de la palabra ajena que tuvo su expresión el discurso cuasi directo tenía que suceder cierto cambio, cierto movimiento dentro de la comunicación sociodiscursiva y de la orientación recíproca de los enunciados. En su proceso de generación esta forma empieza a participar en el círculo de aquellas posibilidades lingüísticas en cuyos límites sólo es posible que se determinen, se motiven y se realicen productivamente las intenciones discursivas individuales de los hablantes.

Th. Kalepky es otro autor que escribió acerca del discurso cuasi directo (*Zeitschrift für romanische Philologie, XIII, 1899, s. 491-513*). É1 consideró el discurso cuasi directo como una tercera forma de transmisión del enunciado ajeno, absolutamente autónoma, y la definió como discurso oculto o velado (*verschleierte Rede*). El sentido estilístico de esta forma, dice Kalepky, consiste en la necesidad de adivinar quién habla. En efecto: desde el punto de vista abstractamente gramatical habla el autor, desde el punto de vista del sentido real de todo el contexto habla el héroe.

Indiscutiblemente, el análisis de Kalepky representa

un paso adelante en el análisis de nuestro problema. En vez de sumar mecánicamente los indicios abstractos de los dos modelos, trata de encontrar una nueva y positiva orientación estilística de nuestra forma. Kalepky entendió correctamente también el carácter ambivalente del discurso cuasi directo. Sin embargo, no define correctamente esta ambigüedad. De ninguna manera se puede estar de acuerdo con Kalepky en el sentido de que se trata del discurso velado y de que el sentido del procedimiento consiste en adivinar quién es el que habla. Porque nadie empieza un proceso de comprensión con abstractos razonamientos gramaticales, y por tanto cualquier persona desde un principio tiene claro que, según el sentido, el que habla es el héroe. Las dificultades surgen únicamente para un gramático. Además, nuestra forma no presenta ningún dilema "o — o", sino que su especificidad consiste justamente en que aquí hablan a la vez tanto el héroe como el autor, y que aquí dentro de los límites de una construcción gramatical se conservan los acentos de dos voces distintamente orientadas. Hemos visto que en el lenguaje tiene lugar también el fenómeno de un auténtico discurso ajeno encubierto. Hemos visto de qué manera una acción implícita de este discurso ajeno, oculto en un contexto autorial, produjo determinados fenómenos gramaticales y estilísticos en este contexto. Pero ésta es una modalidad distinta del "discurso ajeno". Mientras tanto, el discurso cuasi directo es un discurso manifiesto, si bien bifronte, como Jano.

El desacierto metodológico principal de Kalepky consiste en que interpreta nuestro fenómeno discursivo dentro de los límites de una conciencia individual, busca sus raíces psíquicas y sus efectos subjetivamente estéticos. Volveremos todavía con una crítica fundamental de este enfoque al analizar los puntos de vista de los vosslerianos (Lorck, E. Lerch y G. Lerch).

En 1912, Bally expuso este problema en *Germanisch-romanische Monatsschrift*, IV, s. 549 ff., 597 ff. En 1914 volvió a este punto, en una polémica con Kalepky, en un artículo enjundioso intitulado "Figures de pensée et formes linguistiques" (GRM, IV, 1914, s. 405 ff, 456 ff.).

La esencia del punto de vista de Bally se reduce a lo siguiente: considera que el discurso cuasi directo sea una variedad nueva y tardía de la forma clásica del estilo indirecto. Según él, esta modalidad se formó de esta manera: *il disait, qu'il était malade - il disait: il était malade - il était malade (disait-il)*[126]. La pérdida del nexo que se explica, según Bally, mediante la tendencia moderna, propia de la lengua, de preferir las combinaciones paratácticas de las oraciones a las hipotácticas. Luego Bally señala que esta variedad del discurso indirecto que él nombra, respectivamente *style indirect* libre, no es una forma anquilosada, sino que se encuentra en movimiento tendiendo al discurso directo como su límite. En los casos más expresivos, según Bally, resulta difícil determinar dónde termina el "estilo indirecto libre" y empieza el "estilo directo". Entre otros, considera que un caso semejante sea el fragmento de Zola aducido por nosotros en el ejemplo cuarto. Justamente en la invocación del cardenal a Dios: "o Dieu! que ne faisiez vous un miracle", simultáneamente con el indicio del discurso indirecto (el imperfecto) en el apóstrofe aparece la segunda persona, como si fuera un discurso directo. Bally considera como una forma análoga al discurso cuasi directo en alemán, el discurso indirecto del segundo tipo (con la omisión del nexo y con el orden de palabras del discurso directo).

Bally distingue rigurosamente entre formas lingüísticas ("formes linguistiques") y figuras de pensamiento ("figures de pensée"). Estas últimas son

126. La forma intermedia es, por supuesto, una ficción lingüística.

aquellos modos de expresión que, desde el punto de vista de la lengua, son ilógicas y en los cuales se rompe la relación normal entre el signo lingüístico y su significación normal. Las figuras de pensamiento no pueden ser reconocidas como fenómenos lingüísticos en el sentido estricto de la palabra, porque no existen rasgos lingüísticos precisos y estables que los expresaran como tales. Por el contrario, los rasgos lingüísticos correspondientes no significan en la lengua lo que les atribuyen las figuras de pensamiento. Entre éstas Bally cataloga también el discurso cuasi directo en sus formas puras, puesto que desde el punto de vista puramente gramatical se trata del discurso del autor. Pero lo que está de acuerdo con el sentido no está representado mediante ningún signo lingüístico especial. Por tanto, estamos ante un fenómeno extralingüístico.

Ésta es, en sus rasgos principales, la concepción de Bally. Este lingüista es actualmente el exponente más importante del objetivismo abstracto. Bally hipostatiza y considera vivas las formas de la lengua obtenidas por medio de una abstracción de las actuaciones discursivas concretas (pragmático-cotidianas, literarias, científicas, etcétera). Esta abstracción, habitual en los lingüistas, se lleva a cabo, según hemos demostrado, con el fin de descifrar una lengua ajena muerta o con el de enseñarla prácticamente. Y he aquí a un Bally que maneja como vivas y pone en movimiento estas abstracciones lingüísticas: la modalidad del discurso indirecto empieza a tender hacia el patrón del discurso directo, y dentro de esta tendencia se forma el discurso cuasi directo. A la omisión del nexo "que" y del verbo que introduce el discurso se les atribuye un papel creativo en el surgimiento de una nueva forma. Pero en la realidad, en el sistema abstracto de la lengua, en que están dadas las *formes linguistiques* de Bally, no hay movimiento ni vida, como tampoco hay generación. La

vida sólo empieza allí donde se encuentran un enunciado con el otro, es decir, allí donde comienza la interacción discursiva, si bien no la inmediata, "cara a cara", sino la mediatizada, la literaria[127].

No es que una forma abstracta tienda a otra forma abstracta, sino que cambia la orientación mutua de dos enunciados en base a una percepción transformada y activa de la "persona hablante" por parte de la conciencia lingüística, cambia la concepción de su autonomía ideológica y semántica, de su individualidad discursiva. La omisión del nexo "que" no aproxima entre sí dos formas abstractas, sino dos enunciados en toda su plenitud de sentido: es como si se rompiera un dique, de modo que las entonaciones autoriales irrumpen libremente en el discurso ajeno.

Como resultado de este mismo objetivismo hipostatizante aparece también la ruptura entre las formas lingüísticas y las figuras de pensamiento, entre langue y parole. Por sí mismas, las formas lingüísticas, como las entiende Bally, existen tan sólo en las gramáticas y los diccionarios (donde su existencia es, desde luego, absolutamente legítima), pero en la realidad viva del lenguaje aparecen sumergidas en la naturaleza irracional, desde el punto de vista abstractamente gramatical, de las "figures de pensée".

Bally tampoco tiene razón al señalar como analogía del discurso cuasi directo francés la construcción indirecta alemana del segundo tipo[128]. Se trata de un error muy característico. Desde el punto de vista abstractamente gramatical la analogía de Bally es irreprochable, pero

127. Acerca de las formas inmediatas y mediatizadas de la interacción discursiva, ver el artículo mencionado de L. P. Iakubinski.

128. Este error de Bally fue señalado por Kalepky. Bally parcialmente lo corrige en su segundo trabajo.

desde el punto de vista de una tendencia discursiva social este parangón no aguanta la crítica. Es que una misma tendencia discursiva social (determinada por las mismas condiciones socioeconómicas) en las lenguas distintas, según sus estructuras gramaticales puede manifestarse en rasgos exteriores diversos. En las diferentes lenguas empieza a modificarse, en una dirección determinada, precisamente aquel modelo que resulta más elástico justamente en este sentido. En el francés, el modelo del discurso indirecto fue el que mostró estas cualidades, mientras que en el alemán y el ruso fue el modelo discurso directo.

Ahora pasemos a analizar los puntos de vista de los vosslerianos. Estos lingüistas transfieren la dominante de la investigación de la gramática a la estilística y a la psicología, de las "formas lingüísticas" a las "figuras de pensamiento". Sus desacuerdos con Bally, según sabemos, son de fondo. Lorck en su crítica de los puntos de vista del lingüista de Ginebra, apelando a la terminología humboldtiana opone a sus opiniones sobre la lengua en cuanto *ergon*, las suyas propias que la caracterizan en cuanto *energeia*. Al punto de vista de Bally sobre esta cuestión particular se le confrontan, de esta manera, los fundamentos del subjetivismo individualista. En calidad de factores, aparecen en la arena de la confrontación los fenómenos como el afecto en el lenguaje, la fantasía en el lenguaje, la empatía, el gusto lingüístico. Pero antes de pasar a analizar sus puntos de vista, presentaremos tres ejemplos del discurso cuasi directo en alemán.

1) Der Konsul ging, die Hände auf dem Rücken, umher und bewegte nervös die Schultern. Ir hatte Keine Zeit. Er warar bei Gott überhanft. Sie sollte sich gedulden und sich gefälligst noch fünfzig mal besinnen! (Th. Mann, *Buddenbrocks*).

2) Herrn Gosch ging es schlecht, mit einer grossen schönen Armbewegung wies er die Annahme zurück er könne zu den Glücklichen gehören. Das, beschwerliche Greisenalter nahte heran, es war da, wie gesagt, seine Grube war geschaufelt. Er konnte acends kaum noch sein Glas Grog zum Munde führen ohne die Hälfte zu verschütten, so marchte der Teufel seinen Arm zittern. Da nutzte kein Fluchen... Der Wille triumphierte nicht mehr (ibid).

3) Nun Kreutzter Doktor Mantelsack im Stehen die Beine und blätterte in seinem Notizbuch. Hanno Buddenbrock sah vornü ber gebeugt und rang unter dem Tisch die Hände. Das B, der Buchstabe B war and der Reihe! Gleich würde sein Name ertönen, und er würde aufstehen und nicht eine Zeile wissen, und es würde einen Skandal geben, eine Iaute, schreckliche Katastrophe, so guter Launer der Ordinarius aüch mochle... Die Sekunden dehnten sich martervoll. Buddenbrock... jetzt sagte er Buddenbrock...

'Edgar' sagte Doktor Mantelsack... (ibid.).

Estos ejemplos demuestran claramente que el discurso cuasi directo en alemán gramaticalmente es absolutamente análogo al ruso.

También en 1914, Eugen Lerch trató el problema del discurso cuasi directo (GRM, VI, S. 470). Define el discurso cuasi directo de la siguiente manera: "discurso como hecho" (*Rede als Tatsache*). El discurso ajeno se transmite mediante esta forma de tal modo como si su contenido fuese un hecho comunicado por el mismo autor. Al comparar entre sí el discurso directo, el indirecto y el cuasi directo desde el punto de vista de aquella realidad que era propia a su contenido, Lerch llega a la conclusión de que el más real viene a ser el discurso cuasi directo. Entonces lo prefiere estilísticamente al discurso indirecto,

por ser más vívido y dejar una impresión más concreta.

E. Lorck presentó una detallada investigación del discurso cuasi directo en un pequeño libro intitulado *Die Erlebte Rede*, dedicado a Vossler. También Lorck ahí se detiene minuciosamente en la historia de nuestro problema.

Lorck define el discurso cuasi directo como "discurso vivido" (*Erlebte Rede*), a diferencia del discurso directo como "discurso dicho" (*Geprochene Rede*) y del discurso indirecto como "comunicado" (*Berichtete Rede*).

Lorck aclara su definición de la siguiente manera. Supongamos que Fausto pronuncia en escena su monólogo: *Habe nun, ach! Philosophie, Juristerei... durchaus studiert mir heissem Bemühn...* Lo que el personaje expresa en primera persona, el oyente lo está vivenciando en tercera: *Faust bar nun, ach! Philosophie...* Y esta transposición que se lleva a cabo dentro de la misma vivencia perceptora es lo que aproxima el discurso vivido al relato.

Si ahora el oyente quiere transmitir a otra persona, y aun a una tercera, el discurso de Fausto que oyó y vivenció, lo citará o bien literalmente en forma directa: *Habe nun, ach! Philosophie...*, o bien indirecta: *Faust, dass er leider, o bien: Er hat leider...* Pero si desea, para sí mismo, revivir en su alma la vívida impresión de la escena vivenciada, entonces recordará: *Faust hat nun, ach, Philosophie...*, o bien, puesto que se trata de las impresiones pasadas: *Faust hatte nun, ach!*

Así pues, para Lorck, el discurso cuasi directo aparece como una forma de representación inmediata de la vivencia del discurso ajeno, de su viva impresión, y por tanto es poco apropiada para transmitir el discurso a otras personas. Porque con este tipo de transmisión se perdería el carácter de la comunicación y podría parecer que el hombre habla consigo mismo o que está alucinando. De ahí que no se utilice en la lengua hablada y sirva tan sólo a los fines de la representación artística. En ésta, su importancia estilística es enorme.

Efectivamente, para un artista, en el proceso de la creación sus imágenes vienen a ser la misma realidad; no sólo las ve, sino que también las oye. No las obliga a hablar (como en el discurso directo) sino que las oye hablar. Entonces esta viva impresión de las voces oídas como en sueños puede ser directamente expresada sólo en forma del discurso cuasi directo. Es la forma de la misma fantasía. Es por eso que se dejó oír por primera vez en el mundo fabuloso de La Fontaine, y por lo mismo aparece como recurso favorito de los artistas como Balzac y sobre todo Flaubert, capaces de sumergirse por completo y de olvidarse de sí mismos en un mundo creado por su fantasía.

Entonces un artista, al utilizar esta forma apela también únicamente a la fantasía del lector. No busca comunicarla por medio de algunos hechos o del contenido del pensamiento, sino que quiere tan sólo transmitir sus impresiones, despertar en el alma del lector vivas imágenes y nociones. No apela a la razón, sino a la imaginación. Sólo desde el punto de vista de una mente racionalista y analítica, en el discurso cuasi directo habla el autor, pero para la fantasía viva habla el personaje. La fantasía es la madre de esta forma.

La idea principal de Lorck, desarrollada en sus otros trabajos[129], se reduce al hecho de que en el lenguaje el papel creativo no pertenece a la razón, sino justamente a la fantasía. La razón dispone únicamente de las formas ya creadas por la fantasía, petrificadas y abandonadas por su alma viva. La razón por sí misma no crea nada.

La lengua según Lorck no es una existencia hecha, (*ergon*), sino una eterna generación y un acontecimiento vivo (*energeia*); la lengua no es el medio ni el recurso para lograr algunos fines externos, sino un organismo viviente,

129. *Passé défini, imparfait, passé indéfini. Eine grammatisch-psychologische* Studie von E.Lorck.

que en sí mismo contiene su finalidad y que la realiza en sí mismo. Y esta autosuficiencia creativa del lenguaje se realiza mediante la fantasía lingüística. La fantasía se siente en el lenguaje como en su nativo elemento vital. El lenguaje no es para ella un recurso, sino carne de su carne y sangre de su sangre. Se satisface con un juego del lenguaje por el mismo juego. Un autor como Bally enfoca el lenguaje desde el punto de vista de la razón y por eso no es capaz de entender aquellas formas que aún sobreviven en él, formas en las cuales aún late el pulso del proceso generativo, formas que todavía no se convirtieron en un recurso para la razón. Es por eso que Bally no entendió la singularidad del discurso cuasi directo y, al no encontrar en él la denotación lógica, lo excluyó del sistema de la lengua.

Desde el punto de vista de la fantasía, Lorck intenta comprender e interpretar la forma del imperfecto en el discurso cuasi directo. Lorck distingue entre *Défini-Denkakte* y *Imparfait-Denkakte*. Estos actos no se diferencian por su contenido de ideas, sino por la misma forma de su realización. En *Défini* nuestra mirada va dirigida al exterior, al mundo de las cosas y contenidos pensados, y en *Imparfait* al interior, al mundo del pensamiento en su proceso de generación y formación.

Los *Défini-Denkakten* tienen un carácter fáctico y constativo, mientras que los *Imparfait-Denkakten* son de carácter empático e impresivo. En ellos, la misma fantasía reproduce un pasado viviente.

Lorck analiza el siguiente ejemplo: *L'Irlande poussa un grand cri de soulagement, mais la Chambre des lords, six jours plus tard, repoussait le bill: Gladstone tombait* (*Revue de deux Mondes*, 1900, Mai, p. 159).

Si, como Lorck lo señala, se sustituyen los dos imperfectos por el defini, percibiremos la diferencia muy claramente: Gladstone tombai tiene un matiz sensitivo,

mientras que *Gladstone tomba* suena como una información seca y oficial. En el primer caso, el pensamiento parece demorar en torno a su tema y a sí mismo. Pero lo que en este caso llena la conciencia no es la idea de la caída de Gladstone, sino el sentimiento de la importancia del suceso. En cuanto a la *Chambre des lords repoussait le bill*, la función del tiempo verbal es otra. En este último caso tiene lugar una especie de una anticipación alarmante de las consecuencias del acontecimiento: el imperfecto del repoussait expresa una espera en estado de tensión. Basta con pronunciar esta frase en voz alta para captar las peculiaridades de la orientación psíquica del hablante. La última sílaba en repoussait se pronuncia con un tono más alto que expresa tensión y espera. La tensión llega a su solución y una especie de calma en *Gladstone tombai*. En los dos casos el imperfecto aparece matizado de sentimiento y lleno de fantasía; no tanto hace constar la acción significada, como la trata de vivenciar lentamente y de reproducirla. En esto consiste la importancia del imperfecto para el discurso cuasi directo. En una atmósfera creada por esta forma, el *Défini* hubiese sido imposible.

Tal es la concepción de Lorck. Él mismo califica su análisis investigación en la zona del alma del lenguaje (*Sprachseele*). Esta región (*das Gebiet der Sprachseelenforschung*), según él, fue descubierta por primera vez por K. Vossler. Sus huellas sigue Lorck en su trabajo. Lorck analiza el problema en un corte estático, psicológico. En un trabajo publicado en 1922, Gertraud Lerch trata de crear, para nuestra forma y también sobre el terreno vossleriano, una amplia perspectiva histórica. Su trabajo contiene una serie de observaciones sumamente valiosas, por lo cual nos detendremos en él más detalladamente. El papel que en la concepción de Lorck tuvo la fantasía, tiene en la de Lerch la empatía (*Einfühlung*). Es justamente la empatía que encuentra

una expresión adecuada en el discurso cuasi directo. A las formas del discurso directo e indirecto se le antepone un verbo introductorio ("dijo", "pensó", etcétera). Por ello, la responsabilidad por lo dicho se transfiere por el autor sobre el héroe. Gracias a que el discurso cuasi directo prescinde de este verbo, el autor presenta los enunciados del héroe de tal modo como si él mismo los tomara en serio, como si se tratara de hechos, y no sólo de lo dicho o lo pensado. Según Lerch, esto llega a ser posible tan sólo en base a la empatía del poeta con las creaciones de su propia fantasía, en base a la identificación con ellas.

¿Cuál ha sido el proceso de la formación histórica de esta forma? ¿Cuáles fueron los presupuestos necesarios para su desarrollo? En el francés antiguo las construcciones psicológicas estaban muy lejos de diferenciarse tan estrictamente de las gramaticales, como sucede ahora. Las combinaciones paratácticas e hipotácticas solían entremezclarse de muchas maneras. La puntuación se encontraba en sus meros inicios. Por eso no existían fronteras rigurosas entre el discurso directo y el indirecto. El narrador del francés antiguo todavía no cabe separar las imágenes de su fantasía de su propio "yo". Participa internamente en sus actos y palabras, aparece como su partidario y defensor. Todavía no aprende a transmitir las palabras del otro en su aspecto literal externo, absteniéndose de su propia participación e intromisión. Su temperamento de francés antiguo está muy lejos de una observación tranquila, contemplativa y objetiva. Sin embargo, esta disolución del narrador en sus personajes, en el francés antiguo no aparece tan sólo como el resultado de su libre elección, sino también de la necesidad: no existían formas lógicas y sintácticas rigurosas para llevar a cabo un claro deslinde mutuo. El discurso cuasi directo en francés antiguo no aparece como una elección estilística libre, sino

que se basa en la mencionada falla gramatical. Aparece como el resultado de una simple insuficiencia gramatical para separar el propio punto de vista, su propia posición de las de sus personajes.

He aquí un interesante fragmento del *Eulaliaseguenz* (segunda mitad del siglo XI):

Ellent adunet lo suon element: / melz sostendreiet les empedementz / qu 'elle perdesse sa Virginitet. / Poros furer morte a grand honestet. ("Ella junta toda su energía: mejor soportará los martirios que perderá su virginidad. Por eso ella murió con gran honor").

Aquí, dice Lerch, una firme e inquebrantable decisión de la santa se funde (*klingt zusamment*) con el caluroso respaldo del autor. Durante la Baja Edad Media y en el francés medio ya no se da esta penetración en las almas de los otros. En los historiadores de este período muy rara vez se encuentra el *praesens historicum* mientras que el punto de vista del narrador se separa rigurosamente de los de las personas representadas. El sentimiento cede su lugar a la razón. La transmisión del discurso ajeno se vuelve impersonal y pálida, y en ella se percibe mejor el narrador que el hablante.

Después de este período despersonalizante llega un abrupto individualismo de la época del Renacimiento. La transmisión del discurso ajeno quiere ser más intuitiva. El narrador de nuevo trata de acercarse a su héroe, de establecer con él una relación más íntima. El estilo se caracteriza por una inestable, libre y psicológicamente matizada concordancia de los tiempos y los modos.

En el siglo XVII empiezan a formarse, en oposición al irracionalismo lingüístico del Renacimiento, las reglas estrictas del discurso indirecto según los tiempos y los modos (sobre todo gracias a Oudin, 1632). Se establece un equilibrio armónico entre los aspectos subjetivo y objetivo del pensamiento, entre un análisis temático y la expresión

de los estados de ánimo personales. Todo esto bajo cierta presión de parte de la Academia.

Conscientemente y como un procedimiento estilístico libre el discurso cuasi directo sólo pudo aparecer después de que gracias a la imposición de la *consecutio temporum* surgiese un fondo sobre el cual pudiese destacarse nítidamente. Aparece por primera vez en La Fontaine; en esta forma se preserva el equilibrio entre lo subjetivo y lo objetivo, característico de la época del neoclasicismo.

La omisión del verbo que introduce el discurso marca la identificación del narrador con el personaje, mientras que el uso del imperfecto (en oposición al presente del discurso directo) y la selección del pronombre correspondiente al discurso indirecto indican que el narrador conserva su posición autónoma, que no se disuelve por completo en las vivencias de su personaje. A La Fontaine en cuanto escritor de fábulas le convenía muy bien este procedimiento del discurso cuasi directo que supera tan felizmente el dualismo de un análisis abstracto y de una ímpresión directa, buscando su concordancia armoniosa. El discurso indirecto es demasiado analítico y mortecino. En cuanto al discurso directo, éste, a pesar de reproducir dramáticamente el enunciado ajeno, es incapaz sin embargo de crear simultáneamente un escenario para éste, un *milieu* anímico y emocional para su percepción.

Si La Fontaine utilizaba este procedimiento para una empatía simpática, La Bruyére extrae del mismo efectos agudamente satíricos. No sitúa sus figuras en un país fabuloso, ni las representa con un suave humorismo como el de La Fontaine, sino que envuelve en discurso cuasi directo su oposición interna a ellas y su misma superación. Rechaza a los seres que representa. Todas las imágenes de La Bruyére aparecen irónicamente refractadas por el medium de su engañosa objetividad.

En Flaubert este procedimiento manifiesta una fisonomía aún más compleja. Flaubert dirige su mirada justamente hacia aquello que le es repulsivo y odioso, pero incluso en estos casos es capaz de empatizar, de identificarse con lo aborrecible y lo repugnante. El discurso cuasi directo llega a ser en él tan ambivalente e inquieto como lo es su propia orientación con respecto a sí mismo y sus criaturas: su posición interna oscila entre admiración y repulsión. El discurso cuasi directo, que permite simultáneamente tanto identificarse con sus propias creaturas como conservar su posición autónoma, su distancia para con ellas, resulta ser altamente beneficiosa para plasmar este amor-odio hacia sus personajes. Éstas son las interesantes reflexiones de Gertraud Lerch. Agregaremos a su excurso histórico del desarrollo del discurso cuasi directo en francés las noticias tomadas de Eugen Lerch acerca de la época en que había aparecido este procedimiento en alemán. En esta lengua el discurso cuasi directo aparece muy tradicionalmente: como recurso consciente y elaborado, por vez primera apenas en Thomas Mann en sus *Buddenbrocks* (1901) y, por lo visto, bajo un influjo inmediato de Zola. Esta "epopeya familiar" aparece narrada por el autor en los tonos emocionales de un supuesto miembro del clan de los *Buddendrocks*, quien está recordando y, al hacerlo, está vivenciando toda su historia. Agreguemos de nuestra parte que en su última novela *Zauberberg* [*La montaña mágica*] (1924) Th. Mann da a procedimiento una aplicación aún más fina y profunda. De acuerdo con nuestras noticias, sobre el problema analizado no existe nada más nuevo ni enjundioso. Pasemos al análisis crítico de las opiniones de Lorck y Lerch.

En los trabajos de Lorck y de Lerch, al objetivismo hipostatizante de Bally se le opone un subjetivismo idealista consecuente y rigurosamente expresado. En el fundamento del alma del lenguaje encuentra una subjetiva

crítica individual de los hablantes. El lenguaje en todas sus manifestaciones se convierte en la expresión de fuerzas psíquicas y las intenciones semánticas individuales. La generación del lenguaje llega a ser la generación del pensamiento y del alma de los individuos hablantes.

Este subjetivismo individualista de los vosslerianos es tan inaceptable para la explicación de nuestro fenómeno concreto como el objetivismo abstracto de Bally. En efecto, la persona hablante, sus vivencias, sus intenciones subjetivas, sus propósitos, sus concepciones estilísticas conscientes no aparecen más allá de su objetivación material en el lenguaje. Porque fuera de su manifestación lingüística, aunque sea por medio del discurso interno, la persona no se da ni a sí misma ni a otros; puede iluminar y concientizar en su alma sólo aquello para lo cual exista un material objetivo e iluminador, la luz materializada de la conciencia en forma de discursos, valoraciones, acentos. La personalidad interior subjetiva, con su autoconciencia, no es dada como hecho material que pueda servir de soporte a una explicación causal, sino como ideologema. La personalidad interior, con todas sus intenciones subjetivas, con todas sus profundidades no es sino un ideologema; y es además un ideologema incierto y difuminado, hasta que se determine en productos más estables y elaborados de la creación ideológica. Por eso carece de sentido explicar cualquier tipo de fenómenos y formas ideológicas mediante factores e intenciones subjetivas y psíquicas: esto significaría querer explicar un ideologema más claro y riguroso mediante otro ideologema, pero más impreciso y caótico. El lenguaje vislumbra la personalidad interior y su conciencia, las crea, las hace diferenciadas, las profundiza, y no inversamente. La personalidad se genera por sí misma en el lenguaje, aunque no tanto en sus formas abstractas cuanto en los temas ideológicos del lenguaje. La personalidad desde el punto de vista de su contenido subjetivo es tema del lenguaje, y

este tema se desarrolla y varía en el cauce de las construcciones lingüísticas más estables. Por consiguiente, no es la palabra la que aparece como expresión de la personalidad interna, sino que la personalidad interna aparece como expresión o palabra internalizada. Y la palabra viene a ser la expresión de la comunicación social, de la interacción social de las personas materiales, de los productores. Son las condiciones de esta comunicación plenamente material las que determinan y estipulan la definición temática y constructiva que una personalidad interna recibe en una época y en un medio dados, la manera en que toma conciencia de sí misma, hasta qué punto esta autoconciencia resulte rica y segura, la forma en que motiva y valora sus propios actos. La generación de una conciencia individual dependerá de la generación del lenguaje, desde luego, en su estructura gramatical y concretamente ideológica. La personalidad interior se genera a la par con el lenguaje, comprendido de una manera plurilateral y concreta, en cuanto uno de sus temas más importantes y profundos. Y la generación del lenguaje es, pues, un momento en la generación de la comunicación inseparable de ésta y de su base material. La base material determina la diferenciación de la sociedad, su régimen sociopolítico, coloca y sitúa jerárquicamente a las personas que interactúan en ella; es esto lo que determina el lugar, el tiempo, las condiciones, las formas, los modos de la comunicación discursiva, y con lo mismo se determinan también los destinos del enunciado individual en una época dada del desarrollo de la lengua, el grado de su permeabilidad, de la diferenciación para percibir en ella sus diversos aspectos, el carácter de su individuación semántica y discursiva. Ante todo, esto se expresa en las construcciones estables de la lengua, en los patrones discursivos y sus modalidades. En ellos, la persona hablante no se presenta como un tema difuso, sino como una construcción más estable (aunque en términos concretos esta construcción está indisolublemente vinculada

a un contenido determinado correspondiente). En las formas de transmisión del discurso ajeno la misma lengua reacciona a la personalidad como a una portadora de la palabra.

¿Qué hacen, mientras tanto, los vosslerianos? Con sus explicaciones, ofrecen tan sólo una tematización difusa de un reflejo estructural más estable de la personalidad hablante, traducen al lenguaje de motivaciones individuales, aunque de las más finas y sinceras, los acontecimientos de la generación social, los acontecimientos de historia. Atribuyen una ideología a la ideología. Pero los factores materiales objetivos de estas ideologías —de las formas de la lengua y de las motivaciones subjetivas de su uso— permanecen fuera del campo de investigación. No afirmamos que este trabajo de la ideologización de la ideología sea absolutamente inútil. Por el contrario, a veces resulta muy importante tematizar una estructura formal, para penetrar más fácilmente hacia sus raíces objetivas, porque estas raíces son universales. La intensidad ideológica y la conflictividad que los vosslerianos aportan a la lingüística contribuyen a clarificar algunos aspectos de la lengua, petrificados y anquilosados en las manos del objetivismo abstracto. Hemos de estarles agradecidos por ello. Abrieron las viejas heridas en el alma ideológica de la lengua, la que a veces, en manos de algunos lingüistas, parecía fenómeno de la naturaleza no viva. Pero no se acercaron a una explicación real y objetiva de la lengua. Se aproximaron a la vida de la historia, pero no a su explicación; a su superficie, siempre agitada, siempre en movimiento pero no a las fuerzas motrices profundas. Es característico que Lorck en su carta a Eugen Lerch, anexada a su libro, llega a la siguiente afirmación algo inesperada. Al describir la necrosis y el anquilosamiento racional de la lengua francesa, agrega: "Para ella hay sólo una posibilidad de renovación: el lugar de la burguesía

debe ser tomado por el proletariado" (*Für sie gibt es nur eine Möglichkeit der Verjüungung: anstelle des Bourgeois muss der Proletarier zu Worte kommen*).

¿Cómo relacionar esto con el exclusivo papel creador de la fantasía en la lengua? ¿Acaso el proletario es tan fantasma? Desde luego, Lorck se refiere a otra cosa. Probablemente comprende que el proletariado aportará las nuevas formas de la comunicación sociodiscursiva, de la interacción discursiva de los hablantes y todo un mundo nuevo de entonaciones y acentos sociales. Aportará también una nueva concepción de la personalidad hablante, de la misma palabra, de la verdad lingüística. Es probable que, al hacer esta aserción, Lorck tuviese en mente algo semejante. Un burgués puede fantasear tanto o mejor que un proletario. Dispone de más ocio.

El individualismo subjetivista de Lorck se manifestó en relación con nuestro problema en el hecho de que el dinamismo de la interrelación entre el discurso autorial y el ajeno no se manifiesta en su concepción. El discurso cuasi directo está lejos de expresar una impresión pasiva surgida a partir del enunciado ajeno, sino que revela una orientación activa que no se reduce en absoluto a la transformación de la primera persona en tercera: más bien aporta sus propios acentos al enunciado ajeno, acentos que colisionan e interfieren con los acentos de la palabra ajena. Es imposible estar de acuerdo con Lorck en cuanto a que la forma del discurso directo inerte esté más cerca de la percepción inmediata y de la vivencia del discurso ajeno. Cada una de las formas de transmisión del discurso ajeno percibe a su manera la palabra ajena y la asimila activamente. Gertraud Lerch parece captar este dinamismo, pero lo expresa en un lenguaje subjetivamente psicológico. Los dos autores, de este modo, tratan de reducir a un solo plano un fenómeno tridimensional. En el fenómeno objetivo del discurso cuasi directo lo que se

conserva no es la empatía distanciada en los límites de un alma individual, sino los acentos del personaje (empatía) con los del autor (distancia) en los límites de una misma construcción lingüístico-discursiva. Tanto Lorck como Lerch no toman en cuenta un aspecto sumamente importante para la comprensión de nuestro problema: la valoración que contiene cualquier palabra viva y la acentuación expresiva del enunciado. El sentido del discurso no es dado fuera de su acentuación y entonación viva y concreta. En el discurso cuasi directo reconocemos la palabra ajena no tanto según el sentido tomado en abstracto, sino ante todo por la acentuación y entonación del personaje, por la orientación valorativa del discurso. Percibimos la manera en que estas valoraciones ajenas interrumpen en los acentos y entonaciones autoriales. Es lo que distingue, según sabemos, el discurso cuasi directo del discurso sustituido, en el cual no aparece ningún acento nuevo respecto del contexto autorial circundante. Volvamos a los ejemplos rusos del discurso cuasi directo. He aquí un ejemplo sumamente característico, otra vez tomado del poema largo de Pushkin *Poltava*:

> Mazepa, afligido fingidamente, dirige su voz sumisa al zar. Y lo sabe Dios, y el mundo lo ve: él, el pobre adalid, durante veinte años ha servido al zar con su alma fiel; pagado de su generosidad desmedida, ha sido ascendido maravillosamente... ¡Oh, cómo es ciega y loca la maldad! ¿Acaso ahora, a la puerta del sepulcro, él iría a aprender la traición y a oscurecer su buena fama? ¿No fue él, por ventura, quien negó, indignado, la ayuda a Estanislao, quien, pudoroso, rechazó la corona de Ucrania, quien mandó, según su deber, el acuerdo y las cartas secretas, al zar? ¿No fue él, por ventura, el que se hizo de oídos sordos ante las insinuaciones del Khan y del sultán de Conslantinopla? Ardiendo en celo, siempre ha sido feliz de disputar con los enemigos del zar blanco mediante su inteligencia o su espada, no se ahorraba trabajos ni vida, ¡para que ahora su maldito enemigo se atreviera a infamar sus canas! ¿Y quiénes son, además? ¡Iskra y Kochubey! ¡Tanto tiempo que fueron sus amigos!... Y, con lágrimas aleves, con su frío atrevimiento el malvado exige su ejecución ¿Que ejecuten a quién? ¡Anciano implacable! ¿De quién es la hija que se entregó a tus brazos? Pero fríamente hace callar la protesta somnolienta de su corazón...

En este fragmento la sintaxis y el estilo, por un lado, se determinan por los tonos valorativos de humildad, de la queja lacrimosa de Mazepa, pero por otro lado, esta "petición lacrimosa" aparece sometida a la orientación axiológica del contexto autorial, a sus acentos narrativos matizados, en este caso, de tonos de indignación que más adelante irrumpen mediante una pregunta retórica: "¿Que ejecuten a quién? ¡Anciano implacable! ¿De quién es hija la que se entregó a tus brazos?..."

Es completamente posible transmitir en la lectura la doble entonación de cada una de las palabras, esto es, mediante la misma lectura de la petición de Mazepa, desenmascarar su hipocresía. Estamos ante un caso muy simple con entonaciones retóricas algo primitivas y muy claras. Pero en la mayoría de los casos, y precisamente allí donde el discurso cuasi directo se convierte en un fenómeno masivo —en la nueva narrativa— resulta imposible la transmisión fónica de la interferencia valorativa. Es más, el mismo desarrollo del discuro cuasi directo está relacionado con el hecho de que los grandes géneros prosísticos pasan

al registro mudo. Esta afonía de la prosa puso de manifiesto el hecho de que el carácter multiplano y la complejidad de las estructuras entonacionales, que tanto caracterizan la nueva literatura, resulten irreducibles a la voz.

He aquí un ejemplo de la interferencia de dos discursos irreproducible adecuadamente con la voz, proveniente de *El idiota* de Dostoievski:

> Pero ¿por qué no corrió hacia él el príncipe? ¿Por qué le dio un rodeo, como si' no lo hubiera visto, siendo así que se habían cruzado sus miradas? (¡Sí, sus miradas habían cruzado, y se habían mirado el uno al otro!) ¿No quería él mismo, hacía un instante, cogerlo de la mano y llevárselo consigo allá? ¿No quería ir mañana a verlo y decirle que había estado en casa de ella? ¿No se había desprendido él de su demonio al dirigirse allá, a mitad de camino, cuando de pronto la alegría le había henchido el alma? ¿O era que, efectivamente, había algo en Rogochin, es decir, en toda la imagen de aquel día, de aquel hombre, en toda la proclividad de sus palabras, gestos, actos y miradas, que pudiese justificar los terribles presentimientos del príncipe y las torturantes sugestiones de su demonio? ¿Algo que saltase a la vista ello mismo, pero que fuese difícil analizar y expresar, imposible de justificar con suficientes razones, pero que, no obstante, producía, pese a toda esa dificultad e imposibilidad, una impresión total e irrebatible que involuntariamente se convertía en convicción plena?... ¿Convicción de qué? (¡Oh, y cómo lo atormentaba al príncipe la rareza, la bajeza de aquella convicción, de aquel ruin presentimiento, y cómo se culpaba a sí mismo!)[130]. Ahora toquemos brevemente un problema muy importante e interesante, el de la reproducción fónica del discurso ajeno, revelado por el contexto autorial.

La dificultad de entonar con valor expresivo consiste en este caso en un permanente vaivén entre el horizonte axiológico del autor y el horizonte del personaje, e inversamente. ¿En qué casos, y dentro de qué límites es posible la simulación del personaje? Por simulación absoluta entendemos no sólo un cambio en la entonación expresiva —cambio que es posible también en los límites de una sola voz, de una sola conciencia—, sino también el cambio en la voz en el sentido de todo, el conjunto de los rasgos que la individualizan, el cambio de rostro (esto es, de la máscara) en cuanto conjunto de todos los rasgos que individualizan la mímica y la gesticulación y, finalmente, en cuanto un completo encerramiento en sí misma de esta voz, de esta cara durante la simulación completa de este papel. Porque en este mundo individual y cerrado ya no pueden penetrar ni fluir libremente las entonaciones autoriales. Este carácter autotélico de la voz ajena y de la cara ajena hace imposible la transición paulatina del contexto autorial al discurso ajeno y a la inversa. El discurso ajeno empezará a sonar como en un drama, donde no existe un contexto abarcador y donde a las réplicas del héroe se les oponen las réplicas de otro personaje gramaticalmente desvinculadas de aquéllas. De este modo, mediante la simulación absoluta, entre el discurso ajeno y el contexto autorial se establecen las relaciones análogas a las que existen entre las réplicas en un diálogo. Así el autor se sitúa en el mismo nivel que su

130. Dostoievski, op. cit., x. II, p. 637.

héroe, y sus relaciones se dialogizan. De todo esto se deduce necesariamente el hecho de que una simulación absoluta del discurso ajeno en la lectura en voz alta resulta posible en casos muy raros. De otra manera es inevitable un conflicto con las tareas globalizadoras del contexto. Se sobreentiende que en estos casos sumamente raros sólo puede tratarse de modalidades lineales y moderadamente pictóricas de una construcción directa. Pero si el discurso directo aparece traspasado por las acotaciones y réplicas del autor, y si sobre este discurso recaen sombras demasiado espesas del contexto valorativo del autor, entonces la simulación absoluta resulta imposible.

Pero sigue siendo posible una simulación parcial (sin metamorfosis total), que vuelve posibles las transiciones entonacionales paulatinas entre el contexto autorial y el discurso ajeno y, en ciertos casos de la presencia de dos modalidades ambivalentes, hacer que en una misma voz coincidan todas las entonaciones. Sin embargo, esto puede ser posible en los casos análogos a los aducidos aquí. Las preguntas y las exclamaciones retóricas a menudo tienen la función del cambio de un tono al otro.

Sólo nos resta hacer conclusiones de nuestro análisis del discurso cuasi directo, así como las conclusiones de toda la tercera parte de nuestro trabajo. Hemos de ser breves: todo lo importante aparece en el mismo texto, así que trataremos de evitar repeticiones.

Hemos examinado las formas más importantes de la transmisión del discurso ajeno. No propusimos descripciones gramaticales abstractas, sino que tratamos de encontrar en estas formas la documentación del hecho de cómo la misma lengua, en una u otra época de su desarrollo, percibe la palabra ajena y a la personalidad hablante. Siempre nos basamos en el presupuesto de que los destinos del enunciado y de la persona hablante en

la lengua reflejan los destinos sociales de la interacción discursiva, de la comunicación ideológico-discursiva en sus tendencias más fundamentales. La palabra en cuanto fenómeno ideológico por excelencia es dada en su generación y en su transformación permanente, refleja con fidelidad todos los desplazamientos y cambios sociales. En los destinos de la palabra están los destinos de la sociedad parlante. Pero existen varios caminos para seguir la generación dialéctica de la palabra. Se puede estudiar la generación del sentido, esto es, la historia de la ideología en el sentido exacto: la historia del conocimiento, como historia de la generación de la verdad, puesto que la verdad es eterna sólo en cuanto generación eterna de la verdad; la historia de la literatura como generación de la verdad artística. Éste es un camino. El otro se traza en una estrecha relación y en una permanente colaboración con el primero: el estudio de la generación de la misma lengua en cuanto material ideológico, en cuanto medio de la refracción ideológica del ser, ya que el reflejo refractado del ser en la conciencia del hombre se lleva a cabo únicamente en la palabra y mediante la palabra. Es imposible estudiar la generación de la lengua abstrayéndose por completo del ser social refractado en ella, haciendo a un lado las fuerzas refractantes de las condiciones socioeconómicas. No se puede estudiar la generación de la palabra abstrayéndose de la generación de la verdad y de la verdad artística en la palabra, así como de la sociedad de los hombres, para los cuales esta verdad existe. Estos dos caminos, en una permanente interacción entre sí, estudian, de esta manera, el reflejo y la refracción de la generación de la naturaleza y de la historia en la generación de la palabra.

Pero existe un camino más: el reflejo de la generación de la palabra en la palabra misma, y dos subdivisiones de este camino: la historia de la filosofía de la palabra y la

historia de la palabra en la palabra. Nuestro trabajo se sitúa en esta última dirección. Nos damos cuenta perfectamente de sus insuficiencias y sólo esperamos que el mismo planteamiento del problema de la palabra en la palabra tenga una importancia primordial. La historia de la verdad, la historia de la verdad artística y la historia de la lengua pueden ganar mucho con el estudio de las refracciones de su fenómeno principal —el enunciado concreto— en las construcciones de la misma lengua.

En conclusión, algunas palabras más acerca del discurso cuasi directo y de la tendencia social que expresa. El surgimiento y el desarrollo del discurso cuasi directo debe estudiarse en relación con el desarrollo de otras dos modalidades del discurso directo e indirecto, igualmente pintorescas. Entonces nos hemos de convencer de que nuestro fenómeno se ubica en la ruta magistral del desarrollo de las lenguas europeas contemporáneas, de que significa una transformación importante en los destinos sociales del enunciado. El triunfo de las formas extremas del estilo pictórico en la transmisión de la palabra ajena se explica, por supuesto, no por los factores psicológicos, ni por las tareas estilísticas individuales que se impone un artista, sino por una subjetivización general y profunda de la palabra como enunciado ideológico. Este enunciado ya no representa un monumento, ni siquiera un documento de una posición sustantiva plena de sentido, sino que se percibe tan sólo como la expresión de un estado subjetivo casual. En la conciencia lingüística se han diferenciado hasta tal punto las envolturas tipificadoras e individualizantes del enunciado, que lograron tapar por completo y relativizar su núcleo semántico, la posición social responsable realizada en este núcleo. El enunciado parece dejar de ser objeto de un serio recuento semántico. La palabra

categórica sobrevive todavía tan sólo en un contexto científico, siendo palabra "por sí misma": palabra como aserción. En todas las demás parcelas de la creación verbal no predomina la palabra "declarada", sino la "creada". Ahora, toda la actividad discursiva se reduce a la reubicación de las "palabras ajenas" y de las "palabras como si fueran ajenas". Incluso en las ciencias humanas se manifiesta la tendencia de sustituir un enunciado responsable acerca de una cuestión determinada con la representación de un estado contemporáneo del dicho problema en la ciencia, con un cálculo y una conclusión inductiva de una "opinión predominante hoy en día", lo cual a veces se considera como la "solución" más respetable del problema. En todo ello se pone de relieve la impactante incertidumbre e imprecisión de la palabra ideológica. Un discurso artístico retórico, filosófico, humanístico se convierte en un "reino de opiniones", de las opiniones paladinas, e incluso en éstas el primer plano no sale aquello que propiamente "opinan", sino "cómo" se opina: de un modo individual o típico. Este proceso en los destinos de la palabra de la Europa burguesa contemporánea y en nuestro país (casi hasta los últimos tiempos) puede ser definido como la cosificación de la palabra, como la pérdida del valor temático de la palabra. Tanto en la Europa Occidental como en nuestro país, los ideólogos de este proceso son las escuelas formalistas de la poética, la lingüística y la filosofía del lenguaje. No es el lugar apropiado para puntualizar sobre los presupuestos de clase social que explican este proceso como tampoco hace falta repetir las justas palabras de Lorck sobre los caminos posibles para la renovación de la palabra ideológica, de la palabra temática, portadora de una valoración social segura y perentoria, de la palabra seria y responsable en su seriedad.

ÍNDICE

Prólogo **5**
Valentín Nikoláevich Volóshinov (1894-1936) *El Marxismo y la filosofía del lenguaje* y el Círculo de Bajtín. Por Tatiana Bubnova

Introducción. **19**
El Marxismo y la filosofía del lenguaje.
(Los principales problemas del método sociológico en la ciencia del lenguaje)

PRIMERA PARTE
La importancia de la filosofía del lenguaje para el marxismo.

Capítulo I **27**
El estudio de las ideologías y la filosofía del lenguaje.

Capítulo II **39**
EL problema de la reación entre las bases y las superestructuras.

Capítulo III **51**
La filosofía del lenguaje y la psicología objetiva.

SEGUNDA PARTE
Hacia la filosofía del lenguaje.

Capítulo I 77
Dos corrientes del pensamiento filosófico lingüístico.

Capítulo II 106
Lengua, Lenguaje, Enunciado.

Capítulo III 135
Interacción discursiva.

Capítulo IV 161
Tema y significación en el lenguaje.

TERCERA PARTE
Hacia una historia de als formas de enunciado en las contrucciones lingüísticas (ensayo de aplicación el método sociológico a problemas de sintáxis).

Capítulo I 175
Teoría del enunciado y problemas de sintáxis.

Capítulo II 182
Planteamiento del problema del "discurso ajeno".

Capítulo III 196
Discurso indirecto, discurso directo y sus modalidades.

Capítulo IV 222
Discurso cuasi directo en francés, alemán y ruso página.

Otras colecciones de Ediciones Godot

Exhumaciones
dedicada a la reedición de textos olvidados

Doce pruebas de la inexistencia de Dios
de Sébastien Faure con Ilustraciones de León Ferrari

El Falansterio
(textos seleccionados) Charles Fourier Notas Introductorias de Mario Vargas Llosa

Lewis Mumford
(textos escogidos) prólogo y selección Daniel Mundo

Narrativa Contemporánea
dedicada a la publicación de autores que no encajan con el perfil que exige el mercado

Andar Ligero
Emilce Strucchi

Consulte más títulos en nuestra web:
www.edicionesgodot.com.ar
info@edicionesgodot.com.ar
Buenos Aires - Argentina

Este legendario libro fue publicado en ruso en 1929. Apareció por primera vez en lengua española en 1976, traducido del inglés, en la Argentina, en los momentos aciagos para la cultura. Exhibir en la portada la palabra "marxismo" era impensable, y los editores encontraron una buena salida, sin traicionar en absoluto el espíritu del libro: *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. En realidad, afinar la traducción era una tarea imprescindible, porque uno de los problemas del legado del Círculo de Bajtín son precisamente las traducciones y la interpretación aleatoria de los conceptos. La terminología especializada que se usa en diferentes lenguas y en diferentes versiones no ha sido unificada incluso hasta ahora, aunque actualmente se han realizado esfuerzos en este sentido, al menos en inglés.

El problema central de este legado, como ha sido reconocido, es el contexto de la producción de los textos, escritos durante un período histórico determinado y destinados a su tiempo, pero luego extraviados por diversas razones, y el contexto de la recepción, sobre todo fuera de su país y muchos años después, recepción de acuerdo con los problemas de otra época. Esto genera lecturas múltiples. Los textos del Círculo de Bajtín se leyeron con otros ojos, en un contexto diferente, y perdieron en cierta medida el vínculo con su significación original. Fueron actualizados de acuerdo con el pensamiento de otras épocas.

En fin, es éste el destino de los libros: ya sabemos que el texto "no existe", sólo la interpretación. El libro de Volóshinov, atribuido a Bajtín, y la confusión en torno a la autoría contribuyeron considerablemente a la interpretación "semiótica" y "marxista" del "dialogismo" bajtiniano.

Tatiana Bubnova

ISBN 978-987-1489-11-4